Paul Cartledge

LOS ESPARTANOS

UNA HISTORIA ÉPICA

Ariel

Paul Cartledge

Los espartanos

Una historia épica

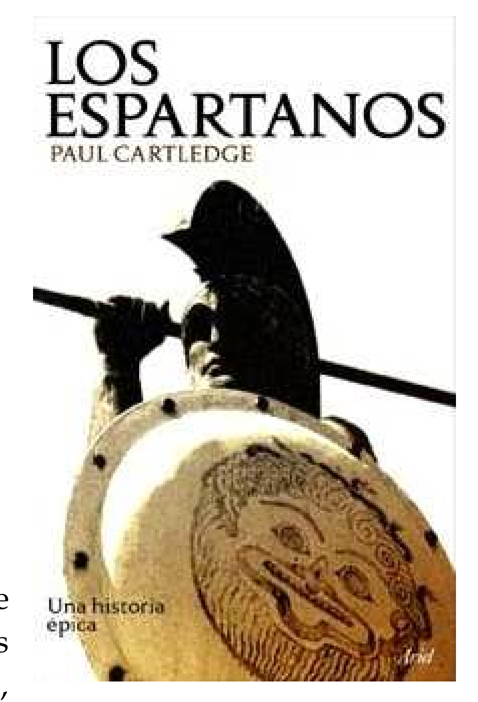
Traducción de Joan Soler Chic

Título original: The Spartans

1.ª edición: marzo de 2009

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
ISBN: 978-84344-8793-2
Depósito legal: B. 5.246 - 2009
Impreso en España.
por Industria gráfica Cayfosa, s.a.
Crta. de Caldes, Km. 3,7
08130 Sta. Perpetua de Mogoda Barcelona)



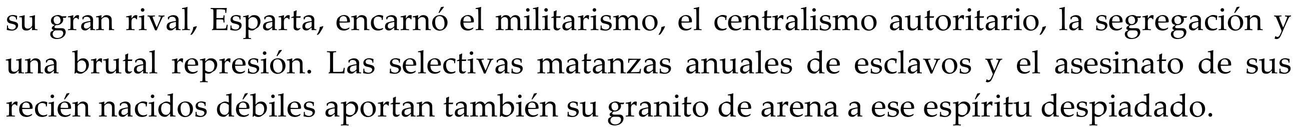


Título: *Los espartanos. Una historia épica*
Autor: Paul Cartledge
Fecha de publicación: Febrero de 2009
Editorial: Ariel
Colección: Ariel Historia
Páginas: 288
ISBN: 978-84-344-8793-2
Formato: 14,5 X 23 cm.
Encuadernación: Rústica con solapas

Los espartanos. Una historia épica
Paul Cartledge

ID Y DECID A LOS ESPARTANOS…

Los espartanos son nuestros antepasados exactamente igual que los atenienses. Pero mientras que los atenienses fomentaron la democracia, el individualismo y la alta cultura, su gran rival, Esparta, encarnó el militarismo, el centralismo autoritario, la segregación y una brutal represión. Las selectivas matanzas anuales de esclavos y el asesinato de sus recién nacidos débiles aportan también su granito de arena a ese espíritu despiadado.



Los espartanos personificaban la superioridad física y la organización eficiente. Tan implacables como abnegados, sus rituales guerreros hicieron de ellos la fuerza de combate por excelencia: la legendaria batalla de las Termópilas resume todo o que es Esparta.

Más allá de los mitos, Paul Cartledge nos presenta la absorbente historia de un pueblo extraordinario, desde su condición de gran potencia hasta su desaparición final.

¡Esparta vive!

«El eminente historiador Paul Cartledge nos regala una admirable crónica del ascenso y caída de Esparta... La prosa cristalina de Cartledge, su vivaz capacidad narrativa y sus lúcidas indagaciones históricas dan como resultado una historia de primera magnitud de los espartanos», *PublishersWeekly*.

«En su panorama sobre la verdadera Esparta, Cartledge fusiona su erudición con una agilidad y entusiasmo que estimulará a los lectores desde la primera página», *Booklist*.

«Una lúcida y elegante historia de una sociedad legendaria...El autor destaca los logros y la bravura de sus héroes guerreros, pero también muestra las zonas más oscuras de la vida espartana», *Kirkus Reviews.*

Formado en la Universidad de Oxford, **Paul Cartledge**, es profesor de Historia Griega en la Universidad de Cambridge. Es autor de numerosos libros sobre historia de la Antigua Grecia, entre ellos *Termópilas* (2008), *Los griegos* (2004) o *Alejandro Magno* (2008).

Sumario*

* El nombre de sumario obedece a que en la edición original aparece al final de la obra [Nota del escaneador]

Para Anton Powell y Barry Strauss

Agradecimientos

¿Quiénes eran los antiguos espartanos y por qué nos han de importar? A muchos de nosotros, los sucesos del 11 de septiembre de 2001 nos impulsaron a reconsiderar qué había de característico y de característicamente admirable —o al menos defendible— en la civilización, los valores y la cultura occidentales. Algunos nos vimos incitados a preguntarnos en voz alta si alguna definición de esa civilización y sus valores culturales justificaría que muriésemos por ellos, y quizá incluso que matásemos por ellos. Los historiadores de la Grecia antigua pensamos en esto con especial intensidad, pues el mundo de la antigua Grecia es uno de los fundamentos primarios de la civilización occidental. Tal como dijo J. S. Mill, la batalla de Maratón, librada en 490 a.C. entre los atenienses, apoyados por los plateos, y los persas invasores, fue mucho más importante que la batalla de Hastings, incluso como acontecimiento de la historia inglesa.

Como veremos, lo mismo podría decirse de la batalla de las Termópilas de diez años después. Fue una derrota de la pequeña fuerza griega liderada por espartanos frente a los efectivos abrumadoramente superiores de los persas y otros invasores; sin embargo, transmitió la esperanza de que vendrían tiempos mejores, y su trascendencia cultural es incalculable. De hecho, algunos dicen que las Termópilas fue el momento más glorioso de Esparta.

Así pues, una razón no insignificante de por qué en la actualidad nos ha de importar quiénes eran los antiguos espartanos es que desempeñaron un papel clave —algunos dirían *el* papel clave— al defender Grecia y por tanto impedir que un poder extranjero y foráneo conquistara una forma de cultura o civilización que constituye una de las raíces principales de la civilización occidental.

Mientras escribo, hay una considerable concentración de interés popular y académico en la sociedad y la civilización de los antiguos espartanos. Destacan dos series de televisión —además de la de PBS, hubo una de cuatro partes emitida simultáneamente en más de cincuenta países en el History Channel—; una película de Hollywood basada en la reciente novela histórica *Puertas de fuego* de Steven Pressfield; y no menos de tres coloquios académicos internacionales, uno en Escocia, y los otros dos en la propia Esparta moderna; uno organizado por expertos griegos, incluidos miembros del Servicio Arqueológico griego que trabaja allí (cuya ayuda a lo largo de los años ha sido inmensa), el otro por la Escuela Británica de Atenas (que, de un modo u otro, desde 1906 ha participado en investigaciones en y sobre Esparta, y actualmente está buscando financiación para crear un centro de investigaciones en la ciudad). ¿Qué puede haber todavía en la antigua Esparta

que merezca la atención de todos estos medios?

Este libro intenta responder a esta compleja pregunta. Es el primer libro verdaderamente general que he escrito sobre los espartanos (para los otros escritos por mí, véase la sección «Lecturas adicionales»); y por esta oportunidad debo dar las gracias, en primer lugar, a mi colaboradora y alma gemela Bettany Hughes. Leí por casualidad un artículo en el suplemento semanal de un periódico y me enteré de que Esparta tenía actualmente interés para ella. Desde entonces he descubierto que compartimos un interés apasionado no sólo por la historia de Esparta sino también por transmitir la historia en general a un público amplio.

También quiero dar las gracias a mi experto y comprensivo agente, Julian Alexander, y a los editores de dos publicaciones que son un conducto absolutamente esencial del tipo de historia popular o pública que estoy intentando poner en práctica: Greg Neale y su segundo, Paul Lay, de la *BBC History Magazine,* y Peter Furtado, de *History Today.* Les estoy enormemente agradecido por publicar fragmentos míos (y de Bettany Hughes) que guardan relación con el proyecto presente. Doy las gracias asimismo a Edmund Keeley por el permiso para citar su traducción —y del fallecido Philip Sherrard— de las «Termópilas» de Cavafis.

La edición original de este libro fue dedicada a mi amigo y colega el doctor Anton Powell. Aprovecho la oportunidad de esta nueva edición para dedicarla también a otro amigo y colega, el profesor Barry Strauss, de la Cornell University. Para él es difícil compartir mi entusiasmo por la historia espartana, no digamos ya aprobar el antiguo modo de vida espartano, pero durante muchos años también ha tenido un gran interés en comunicarse con un público amplio, tanto como escritor de libros y artículos para el lector general inteligente como coautor de un muy leído libro de texto dirigido a universitarios norteamericanos. Naturalmente, no quedará desacreditado por algún error o desacierto que haya podido quedar pendiente, y espero que no se sienta decepcionado al ver que este libro está dedicado a él.



Cronología

(Todas las fechas son a. C.; hasta 525, y algunas posteriores, son aproximadas)

2000—1600 Edad Media del Bronce

1600—1100 Edad Tardía del Bronce (o edad micénica)

1200 Caída del reino de la Edad del Bronce de los lacedemonios

1000 Los dorios se instalan en Esparta y Laconia

800 La ciudad de Esparta se expande para incluir Amiclas

776 Se fundan los Juegas Olímpicos (trad.)

735 Los espartanos invaden Mesenia: primera guerra mesénica

720 Acceso de Teopompo al poder

706 Esparta funda Tarentum (Taras griega, moderna Tarento)

700 Primer templo de Ortia; construcción del santuario de Menelao; acceso de Polidoro al poder

680 Acceso del rey Feidón de Argos al poder

676 Inicio de la Carneia (trad.)

675 Muerte de Teopompo

670 Revuelta de los ilotas de Mesenia: segunda guerra mesénica

669 Batalla de Hysias

665 Muerte de Polidoro

650 Las reformas atribuidas a Licurgo

560 Acceso del rey Creso de Lidia al poder

556 Éforo Chilón (trad.)

550 Esparta se alía con Tegea; Gitiadas adorna la Casa de Latón de Atenea; trono de Apolo Jacinto a cargo de Baticles

550 Ciro el Grande funda el Imperio persa

546 Caída de Sardes y del reinado de Creso a manos de los persas

545 Batalla de los Campeones (en Tireatis)

525 Esparta derroca a Polícrates, tirano de Samos

520 Acceso de Cleomenes al poder

519 Cleomenes en Beocia

515 Acceso al poder de Demarato; embajada de Meandro de Samos

512 Expedición fallida de Anquimolio sobre Atenas

510 Cleomenes derroca a Hipias, tirano de Atenas

508 Segunda intervención de Cleomenes en Atenas

507 Las reformas de Clístenes fundan la democracia ateniense

506 Esparta y los aliados de la Liga del Peloponeso invaden Ática

499 Embajada de Aristágoras de Mileto; inicio de la revuelta jónica

494 Batalla de Sepeia; fin de la revuelta jónica

491 Demarato es depuesto; acceso de Leotíquidas II al poder

490 Batalla de Maratón

490 Muerte de Cleomenes; acceso de Leónidas I al poder

480 Batalla de las Termópilas

479 Batalla de Platea

déc. 470 Esparta hace volver al regente Pausanias; se retira de la alianza antipersa; Atenas funda la Liga de Delos antipersa

478 Exilio de Leotíquidas II

469 Muerte del regente Pausanias y de Leotíquidas II; acceso de Arquídamo II al poder

464 Gran terremoto en Esparta

464-460? Revuelta de los ilotas (tercera guerra mesénica)

461 Pericles adquiere importancia en Atenas

457 Batalla de Tanagra

445 Paz de los Treinta Años con la alianza ateniense

431 Comienza la guerra del Peloponeso

427 Muerte de Arquídamo II; acceso de Agis II al poder

425 Rendición en Esfacteria

421 Paz de Nicias

418 (Primera) Batalla de Mantinea

413 Ocupación de Decelea

412 Alianza con Persia

409 Acceso de Pausanias al poder

404 Esparta gana la guerra del Peloponeso

401 Formación de una fuerza de «Diez mil» mercenarios griegos para apoyar a Ciro el Joven, el pretendiente persa

400 Acceso de Agesilao II al poder

399 Restos de los «Diez mil» absorbidos en las fuerzas antipersas de Esparta en Asia

395 Destitución y exilio de Pausanias, acceso de Agesípolis I al poder; comienza la guerra corintia

386 La Paz del Rey o Paz de Antálcidas pone fin a la guerra corintia

382 Ocupación espartana de Tebas

380 Muerte de Agesípolis I; acceso de Cleómbroto I al poder

379/380 Liberación de Tebas

378 Fundación de la Segunda Liga Ateniense; fundación de la (Segunda) Confederación Beocia; creación de la Banda Sagrada de Tebas

371 Batalla de Leuctra; muerte de Cleómbroto I

370/369 Invasión de Laconia por Epaminondas, liberación de los ilotas mesenios; fundación de Mesenia

368 Fundación de Megalópolis

366 Deserción de la mayoría de los aliados de la Liga del Peloponeso

362 (Segunda) Batalla de Mantinea; muerte de Epaminondas

360 Muerte de Agesilao II; acceso de Arquídamo III al poder

338 Muerte de Arquídamo III

331 «Batalla de ratones»; muerte de Agis III

309 Muerte de Cleomenes II; acceso de Areo I al poder

294 Arquídamo IV derrotado en Mantinea por Demetrio Poliorcetes

254 Acceso de Leónidas II al poder
244 Acceso de Agis IV al poder; intento de reformas sociales y económicas
241 Muerte de Agis IV
236 Acceso de Cleomenes III al poder
227 Cleomenes lleva a cabo reformas políticas, sociales, económicas y militares
227 El acceso del agíada Euclidas, hermano de Cleomenes III, al trono de los euripóntidas pone fin a la tradicional realeza dual
222 Batalla de Selasia; Esparta ocupada por primera vez en su historia por Antígono III Dosón de Macedonia
219 Muerte de Cleomenes III en Alejandría
207 Derrota en Mantinea; 4.000 espartanos muertos; Nabis asume el poder
195 Imposición de la presencia de Roma; Esparta privada de los restantes periecos laconios
192 Muerte de Nabis; Esparta bajo la dominación de la Liga Aquea
188 Filopoemen interviene otra vez en Esparta
146 Los romanos derrotan a la Liga Aquea y establecen un protectorado en Grecia; destrucción de Corinto
79—77 Cicerón visita Esparta
42 Muerte de 2.000 espartanos en la batalla de Filipos
40 Livia (futura esposa de Augusto) recibe asilo en Esparta
32 Esparta toma partido por Octavio (más adelante Augusto) en contra de Antonio
27 Augusto fue, de facto, el primer emperador romano
21 Augusto visita Esparta, donde es huésped del gobernante local C. Julio Euricles
2 Integración de los ex periecos en la Liga Eleuterolaconiana
14 d.C. Muerte de Augusto


MACEDONIA
Río Estrimón
TRACIA
Anfípolis
TASOS
SAMOTRACIA
CALCÍDICA
Olinto
Potidea
Río Peneo
Olimpo
EPIRO
Dodona
Río Aqueronte
TESALIA
MAGNESIA
IMBROS
LEMNOS
CORCIRA
(CORFÚ)
DOLOPES
FTIÓTIDE
LESBOS
MAR
MÉLIDE
ESCIROS
LEUCADE
ACARNANIA
ETOLIA
Termópilas
EUBEA
CEFALENIA
ITACA
LOCRIDE
FÓCIDE
BEOCIA
Tebas
Citerón
QUÍOS
ACAYA
EGEO
ZACINTO
ÉLIDE
PELOPONESO
ARCADIA
ATICA
SALAMINA
Atenas
ANDROS
TENOS
Río Peneo
Olimpia
Mantinea
ARGÓLIDE
EGINA
Río Alfeo
Argos
Micenas
CICLADAS
MICONOS
MAR
Taigeto
MESENIA
ESFACTERIA
Pilos
Esparta
LACONIA
Río Eurotas
NAXOS
PAROS
MELOS
AMORGO
JÓNICO
TERA
(SANTORINI)
CITERA
MAPA GENERAL
DE
GRECIA ANTIGUA
Ida
Cnoso
CRETA


Artemisio
Golfo Maliaco
Termópilas
LOCRIDA
ETOLIA
ACARNANIA
EUBEA
Euripo
Calcis
Elatea
FOCIDA
Delfos
Aufica
Naupacta
Queronea
BEOCIA
Tebas
Eretria
Platea
Tanagra
Golfo de Corinto
ACAYA
Dekeleia
Maraton
Megara
Atenas
ATICA
Salamina
Sicion
Corinto
PELOPONESO
ELIDA
Micenas
Egina
Olimpia
ARCADIA
Mantinea
Argos
ARGOLIDA
C.Sunio
Tegea
CINURIA
MESENIA
LACONIA
Esparta
Pilos
C.Malea



Sur del Peloponeso: territorio nacional espartano de Laconia y Mesenia.

Introducción

El principal período cronológico abordado por *Los espartanos* va de 480 a 360 a.C., es decir, dentro de la era clásica de la historia griega, desde la época en que Esparta, como eje de la nueva Liga del Peloponeso, dirigió a los legitimistas griegos en la defensa de su patria contra una invasión persa de enormes proporciones, hasta la época de la crisis de Esparta como sociedad y su hundimiento como gran potencia griega tres o cuatro generaciones después. En este período abordaremos la historia de las crecientes dificultades de Esparta con sus aliados de la Liga del Peloponeso, el importante desastre causado por un enorme terremoto, seguido de una revuelta devastadora de la clase servil de los ilotas, las cada vez mayores diferencias y luego la importante confrontación militar con Atenas, y la sustitución de ésta como gran potencia del mundo griego del Egeo, a lo que siguió su grave, y a la larga terminal, agotamiento.

En la narración se intercalarán biografías breves, separadas del texto principal, que por un lado resucitarán la historia del pasado de forma gráfica y personal, y por otro explorarán e ilustrarán temas y procesos históricos subyacentes. Para contextualizar los años que van de 480 a 360, primero veremos una descripción de la formación del Estado espartano en el período histórico temprano de Grecia, sobre todo en los siglos vi' y vi, junto con una mirada retrospectiva a la prehistoria de la región de Laconia, en la que debe ubicarse firmemente toda la historia espartana. A continuación, para ilustrar la profundidad de la caída de Esparta desde el poder y el estado de gracia, el argumento continuará hasta la inútil resistencia encabezada por Esparta contra el poder de Alejandro Magno y su mucho más acertada decisión de ponerse de parte del futuro emperador romano Augusto.

Además del relato cronológico hay otro aspecto no menos importante y fascinante de nuestra historia de Esparta, que puede resumirse como el mito espartano. El prolongadísimo período de excepcional éxito de Esparta, como sociedad y como gran potencia, despertó lógicamente un enorme interés en los observadores externos, a menudo admirados, a veces profundamente críticos. Pese al fracaso final, la catástrofe y el colapso en cuanto al poder real, crecieron el dominio de Esparta sobre lo griego no espartano y las imaginaciones extranjeras, y siguen creciendo en la actualidad, cada vez con más fuerza y complicación. Comenzó con Critias y Platón (pariente del primero), alumnos de Sócrates, a finales del siglo V y en el siglo IV a.C., y ha proseguido sin pausa, no digamos ya a través de los romanos, a quienes les gustaba pensar que estaban emparentados genéticamente con los espartanos, y de pensadores del Renacimiento y etapas tempranas de la época moderna como Moro, Maquiavelo y Rousseau, que admiraban la estabilidad y el orden político prodigiosos de Esparta, o mediante los nazis del siglo XX y sus supuestos emuladores de la actualidad. Profundamente xenófobos, en la antigüedad los espartanos eran considerados intrigantes, extremistas, incluso hostiles, como seguramente hoy los consideraríamos nosotros.

Esparta fue la utopía original (Tomás Moro, que acuñó la palabra Utopía en 1516, tenía a Esparta en un lugar central de su mente), pero se trataba de una utopía autoritaria, jerárquica y represiva, no de creatividad liberal y expresión libre. El principal objetivo de

la comunidad era el uso de la guerra para la supervivencia y el dominio sobre los demás. A diferencia de otras ciudades griegas, que satisfacían su deseo de tierra exportando población para formar nuevas ciudades «coloniales» entre los «nativos» no griegos, los espartanos atacaban, sometían o esclavizaban a sus vecinos y compañeros griegos del sur del Peloponeso.

Por tanto, la imagen o el espejismo de Esparta es cuando menos ambivalente y presenta dos facetas. A la imagen positiva del guerrero espartano que eleva el espíritu, ideal del sacrificio colectivo simbolizado en la historia de las Termópilas, hay que oponer su falta de logros culturales, su negativa —en su mayor parte— al gobierno abierto, tanto en su territorio como en el extranjero, y la represión brutalmente eficaz, durante varios siglos, de un pueblo griego esclavizado en su totalidad.

El libro se divide en tres partes: la primera, «¡Id y decid a los espartanos!», que también se utilizó como título de una película sobre la guerra del Vietnam, se basa en las primeras palabras del famoso epitafio coetáneo dedicado a los muertos en la batalla de las Termópilas, atribuido a Simónides. Examina la evolución de una de las sociedades y culturas antiguas más enigmáticas, que ha dejado una marca profunda en el desarrollo de Occidente. Mientras que a Atenas se le atribuyen con razón logros extraordinarios en el arte visual, la arquitectura, el teatro, la filosofía y la política democrática, los ideales y las tradiciones de su máxima rival, Esparta, son igualmente poderosos y duraderos: deber, disciplina, la nobleza de las armas en una causa por la que vale la pena morir, el sacrificio del individuo por el bien superior de la comunidad y el triunfo de la voluntad sobre obstáculos aparentemente insuperables.

Esta primera parte explica cómo evolucionó Esparta hasta convertirse en la fuerza de combate más poderosa del mundo griego antiguo, sin ir nunca más allá ni ocultar los rastros de sus orígenes en un conjunto de pueblos situados en las orillas del río Eurotas, en el sur del Peloponeso. En un principio, creció sometiendo y esclavizando a sus vecinos inmediatos de Laconia y Mesenia, que acabaron siendo conocidos como ilotas («cautivos») y periecos («los que viven fuera»), y controlando con facilidad el territorio más grande de ciudades—estado del mundo griego, unos 8.000 kilómetros cuadrados, más del doble del territorio de la segunda ciudad más grande, Siracusa, y más del triple del territorio de Atenas en Ática (unos 2.500 kilómetros cuadrados).

Veamos primero la base territorial de Esparta en Laconia y Mesenia. No es sólo el puro tamaño del territorio que vino en llamarse «Lacedemonia» lo que provoca asombro y justifica la atención del historiador, sino también la fertilidad de su agricultura, la riqueza en minerales y la seguridad de su entorno cerrado. Por encima de todo, advertimos la presencia de dos grandes llanuras ribereñas divididas por una de las cordilleras más altas de toda Grecia, así como la existencia de grandes depósitos naturales de mineral de hierro con un contenido en metal extraordinariamente elevado. En el sur de Laconia hay pruebas de asentamientos humanos que se remontan al Neolítico. En la actualidad, las cuevas de Pirgos Dirou, en Mani, constituyen una notable atracción turística por sus estalactitas y estalagmitas de múltiples colores que pueden ser inspeccionadas a corta distancia desde una embarcación guiada. Pero en el cuarto milenio a.C. aquí floreció un pequeño asentamiento, como atestiguan en silencio montones de huesos. En otras partes del sur del Peloponeso no fue antes del tercer milenio, por lo demás conocido como Edad Temprana

del Bronce, cuando se estableció un asentamiento importante que abarcaba un área grande. Según algunos arqueólogos y antropólogos, fue durante ese milenio y su fase cultural cuando la tríada de ingredientes dietéticos básicos —cereal, aceituna y uva— echó raíces firmes. Esta combinación simple pero explosiva subyace a los avances más impresionantes de las edades Media y Tardía del Bronce, fechadas entre aproximadamente 2000 y 1100 a.C.

Mucho antes de la última fecha, los asentamientos en Laconia se contaban por centenares, y su población llegó a ser de varios miles de habitantes. La principal área de concentración era el valle aluvial del perenne río Eurotas, y en especial su llanura inferior, o Helos, y su llanura superior o Espartana. La *Ilíada* de Homero, un texto probablemente ensamblado en forma monumental alrededor de 700 a.C. pero cuyos orígenes se remontan al menos a 1100 a.C., precisamente el final de la Edad del Bronce, contiene en su segundo libro un famoso Catálogo de Barcos. En éste se dice que el rey Agamenón de Micenas, «rico en oro», fue capaz de formar un ejército en su lucha por rescatar de Troya, en el Helesponto, a Helena, esposa de su hermano Menelao, a la que al parecer el ruin príncipe troyano Paris había secuestrado. O al menos así reza la épica leyenda griega. No es posible confirmar, ni siquiera en su trama básica, la historia de la *Ilíada,* que acaso sea inmortal precisamente porque en esencia es imaginaria. En todo caso, en el reinado de Menelao, como se refleja en el Catálogo, había un lugar llamado Helos, junto al mar, y un lugar llamado —por supuesto— Esparta. El homérico Helos pudo haber estado situado en una zona llamada actualmente Ayios Stephanos (San Esteban), donde se han descubierto importantes restos de la Edad Tardía del Bronce. Sin embargo, hasta ahora no se han encontrado restos materiales en ninguna parte de Laconia que concuerden con el tipo de palacio que cabría esperar de las descripciones de Homero (tanto en la *Ilíada* como en la *Odisea),* y puede ser que, en la Edad Tardía del Bronce, Laconia estuviera de hecho —en contraposición a la fantasía homérica—dividida en diversos principados, ninguno de los cuales podía reivindicar la soberanía sobre el conjunto de la región.

Entre 1100 y 700 a.C., pasó algo espectacular en Laconia, como en otras partes del Peloponeso y, de hecho, en lo que los historiadores y arqueólogos denominan mundo micénico. Los palacios de Micenas y Tirinto en la Argólida, y Pilos en Mesenia, y otros en otras regiones del sur y el centro de Grecia habían sido quemados y destruidos hacia 1200, y la civilización de la que habían sido centro había desaparecido para dar paso a una era culturalmente tan pobre que a menudo se la conoce como época Oscura. Naturalmente, la oscuridad no fue total ni uniforme en toda la Grecia posmicénica, si bien en algunas partes fue tan intensa y prolongada como en Laconia. Algunos de los anteriores habitantes permanecían en el mismo sitio, aunque diseminados y en menor número. Sin embargo, parece que a la larga fueron dominados por un grupo —o varios grupos— de intrusos procedentes del norte y el noroeste, gentes que se llamaban a sí mismas dorios y hablaban un dialecto dórico del griego. Estos recién llegados fueron, en general, los antepasados de los históricos espartanos. Una señal de su novedad es que el lugar del principal asentamiento que construyeron, en Esparta, no había tenido ninguna importancia durante la anterior Edad del Bronce micénica. Por tanto, no traía aparejadas asociaciones directas con un pasado más glorioso —esta clase de asociaciones se concentraron más bien en Terapne, en el sudeste, y en Amiclas, a unos kilómetros derecho al sur.

A mediados del siglo VIII, los nuevos espartanos se sentían lo bastante seguros de sí mismos para extender su influencia y su control más al sur de Laconia, con lo que incorporaron Amiclas como quinto pueblo constituyente a añadir a los cuatro originales (Cinosura, Mesoa, Limnas y Pitana), y transformaron Terapne en un importante centro de culto dedicado a Menelao y su controvertida esposa Helena y los hermanos divinos de ésta, los Dióscuros, por lo demás conocidos como Cástor y Pólux. Hacia 735 el control de todo el valle del Eurotas y sus alrededores no era suficiente, ni política ni económicamente, para los agresivos y expansionistas espartanos, que volvieron su ambiciosa mirada hacia el oeste, a Mesenia, pasando por alto —o rodeando— el imponente obstáculo que planteaba la cordillera del Taigeto, cuyo pico más alto alcanza los 2.400 metros. Fue seguramente tras una serie de incursiones y escaramuzas fronterizas, más que a raíz de una invasión coordinada —como a fuentes posteriores les ha gustado transmitir—, como los espartanos derrotaron a la larga a sus vecinos mesenios y convirtieron a los habitantes del principal valle aluvial ribereño del Pamisos, del sudoeste del Peloponeso, en campesinos—siervos, que trabajaban su antigua tierra bajo coacción para mayor beneficio de sus nuevos, y en gran medida poco gratos, amos espartanos. Como iba a señalar Tucídides tres siglos después, esos mesenios eran la porción mayor del grupo de individuos conocidos en conjunto como ilotas. Aunque seguramente la idea del «ilotaje» se desarrolló primero o simultáneamente en Laconia, en la parte más meridional del valle del Eurotas. En cualquier caso, algunas fuentes posteriores derivaron por error el nombre «ilota» etimológicamente de la ciudad o región llamada Helos, seguramente porque ahí es donde se encontraba la principal, y original, concentración de ilotas.

Estos ilotas constituyen el hecho humano individual más importante de la antigua Esparta. Divididos en dos grandes grupos, los mesenios al oeste del Taigeto y los laconios al este, los ilotas procuraron a los espartanos la base económica de su estilo de vida único. Superaban muchísimo en número a los ciudadanos espartanos de pleno derecho, quienes en su defensa se llamaban a sí mismos *homoioi,* o «semejantes» (no «iguales», como se traduce a menudo erróneamente; la palabra inglesa *peer* [par] quizá tiene un significado más equivalente, aunque, como el francés *pair,* deriva del latín *par,* «igual»). Esto se debía a que eran todos iguales sólo en un aspecto, el hecho de ser miembros de una casta militar dominante de amos. Los espartanos fueron unos amos de éxito excepcional: tuvieron a los ilotas sometidos durante más de tres siglos. Pero esto tuvo un alto coste. La amenaza de la revuelta ilota, sobre todo de los mesenios, era casi constante, y los espartanos respondían convirtiéndose en una especie de campamento permanentemente armado, la Fortaleza Esparta. Los espartanos varones tenían prohibido cualquier actividad, profesión o negocio aparte de la guerra, y adquirieron fama de ser los marines de todo el mundo griego, una fuerza de combate excepcionalmente profesional y motivada. Esparta tenía que estar continuamente alerta y preparada para hacer frente a enemigos tanto interiores como exteriores.

Como otros griegos, los espartanos atribuyeron la fundación de su sociedad y su estado extraordinarios a las reformas de un hombre. El héroe individual al que se reconoció este logro soberbio fue Licurgo, cuyo nombre significa aproximadamente «lobo-trabajador». Era una mezcla quizá de George Washington... y Pol Pot. Es muy posible que también fuera totalmente imaginario. En una ocasión, Winston Churchill se refirió a la Rusia

soviética como un acertijo envuelto en un misterio dentro de un enigma. Podría haber utilizado las mismas palabras con Licurgo. Cuando se enfrentó a las pruebas contradictorias de este taumaturgo, el biógrafo histórico y moral Plutarco (que escribió en torno a 100 d.C.) estaba tan desconcertado que llegó a una conclusión bastante convincente: que debió de haber más de un Licurgo. A pesar de todo, decidió escribir la vida de sólo uno de ellos, comparándolo honoríficamente con el rey Numa, padre fundador romano. En el siglo IV a.C., Aristóteles fue bastante menos elogioso en su valoración de los logros del legislador, mientras que Rousseau llegó a superar a Plutarco en sus alabanzas.

La leyenda de Licurgo postuló un notable escenario «de año cero» cuando, con ocasión de una crisis profunda, fue capaz de convencer a sus compañeros espartanos para introducir el ciclo educativo integral y obligatorio denominado Agoge *(agôgê,* literalmente «cría», como en el caso del ganado). Este sistema de educación, adiestramiento y socialización transformaba a los chicos en hombres preparados para el combate, cuyo valor, disciplina y habilidad alcanzaron una fama sin parangón. También se atribuyó a Licurgo la reforma completa del sistema político de los espartanos y la introducción quizá del primer sistema de autogobierno de los ciudadanos griegos. Acaso Licurgo sea para nosotros un mito, pero fue por las leyes que supuestamente les dio por lo que los espartanos que murieron en las Termópilas dieron su vida tan de buen grado.

Aparte de los sistemas político y educativo, a Licurgo se le reconoce haber alterado decisivamente el carácter psicológico de los ciudadanos. Aunque el sistema «licúrgico» presentaba muchos aspectos extraños para un observador externo, los espartanos creían en su ideología a rajatabla. A lo largo de la historia espartana hubo muy pocos desertores... o renuentes. En el fondo de todo ello había paranoia y una obsesión por el secreto, ambas en circunstancias totalmente racionales. Aunque tenían bien ganada fama por las tácticas bélicas de los hoplitas y las maniobras coordinadas de infantería en masa, en las que paredes de escudos de ocho en fondo avasallaban al enemigo y lo sacaban del campo de batalla o lo aterrorizaban hasta obligarlo a la rendición y la huida, los espartanos también estaban cautivados por el espionaje y la recogida de datos de inteligencia. Fueron pioneros de muchos métodos de comunicación secreta. Algo ciertamente siniestro es que los adolescentes más prometedores en el umbral de la edad adulta eran incorporados a una especie de policía secreta, conocida como Cripteia (una especie de «Brigada de operaciones especiales»), cuyo principal objetivo era asesinar ilotas alborotadores seleccionados y sembrar el terror entre los demás.

Éste es sólo uno de muchos aspectos del sistema espartano que los lectores modernos considerarán difícil de asimilar, incluso de creer. No obstante, Licurgo, al crear un sistema en el que la primera lealtad de los individuos era para con el grupo, y sobre todo el Estado, antes que con la familia o los amigos, introdujo una interpretación novedosa de lo que significaba ser un *politês* (ciudadano). Quizá no fue ésta la intención, pero el concepto cambiaría el curso de la civilización occidental. La primera parte del libro termina con las guerras persas de 480-479, el tremendo choque entre el enorme y autocrático Imperio persa y un pequeño grupo de ciudades griegas legitimistas que luchaban para defender no sólo su patria sino también su estilo de vida. Pese a las circunstancias adversas, en las Termópilas, Salamina, Platea y Mícala, los legitimistas griegos dejaron a un lado sus

diferencias y combatieron como hombres poseídos por un ideal de libertad —como así era, en cierto modo—. No sólo rechazaron la invasión persa sino que sentaron las bases para un avance considerable de la cultura y el poder griegos tanto al este como al oeste, en lo que llamamos el período clásico de la civilización y la cultura griegas.

Los espartanos lideraron en conjunto la victoriosa resistencia griega, y lo hicieron desde el frente. La batalla de las Termópilas, en la que el rey Leónidas estuvo al mando de una pequeña fuerza de hoplitas griegos, entre ellos 300 paladines espartanos cuidadosamente seleccionados, y frenó el avance persa de forma decisiva, fue técnicamente una derrota. Pero desde el punto de vista moral, de las costumbres y el estado de ánimo, supuso una gran victoria, y en la guerra, tal como observó Napoleón, la moral pesa más que todos los demás factores en una proporción de tres a uno. Esa resistencia épica en las Termópilas proporcionará un punto culminante de la primera parte, en buena medida porque es el elemento individual más formativo en el diverso, complejo y perdurable mito espartano. La segunda parte del libro lleva por título «El mito espartano». Se centra en el épico enfrentamiento entre Esparta y Atenas y sus aliados respectivos, que por lo general, para abreviar, se conoce como la guerra del Peloponeso pero que yo llamaré la guerra ateniense (431-404), pues la consideraré, desde la perspectiva espartana, como la guerra contra los atenienses. Por tanto, en el libro la exploración de las contradicciones y sorpresas en el seno de la sociedad espartana estará ligada a un relato convincente del desastroso conflicto entre Esparta y Atenas y sus respectivos aliados, que se originó casi al mismo tiempo que terminó su rechazo conjunto de los persas. Atenas y Esparta representaban dos formas de ser diferentes y cada vez más incompatibles. Atenas era democrática, individualista, radical, comercial, marítima. Esparta, terrestre, jerárquica, con mentalidad oligárquica, sobre todo conservadora, propensa a sobrevalorar su versión del pasado e inclinada a rechazar innovaciones como la acuñación de moneda o la guerra de asedio. La guerra fría que estalló entre Esparta y Atenas en el período que siguió a las guerras persas pronto se volvió alarmantemente caliente.

Tras los heroicos esfuerzos conjuntos de 479, Esparta se retiró de la principal iniciativa naval dirigida por Atenas para liberar de la dominación persa a los restantes griegos egeos. Unos quince años después, las dos ciudades tuvieron un importante desacuerdo. Esparta había sufrido un violento terremoto más o menos en 464, al que siguió una revuelta ilota a gran escala. Otras ciudades mandaron tropas para sofocar la sublevación, pero la contribución de Atenas —aunque fue planeada y organizada por el proespartano Cimón, que incluso había puesto a uno de sus hijos el nombre de Lacedemonio, o «espartano»— pronto fue enviada de vuelta a casa. Los espartanos simplemente no querían que varios miles de ciudadanos—soldados con mentalidad democrática anduvieran sueltos entre su clase inferior servil griega en su territorio rigurosamente controlado. En 458 o 457, las dos libraron entre sí una batalla campal en Tanagra, Beocia. En 445 se llegó a una especie de acuerdo de paz, pero cuando por fin se declararon las hostilidades en 431, nadie se sorprendió.

Las ciudades griegas habían estado luchando unas contra otras desde tiempo inmemorial. El filósofo efesio Heráclito llamaba a la guerra «el padre de todo, y el rey de todo». No obstante, en lo referente a salvajismo y destrucción, la guerra ateniense no tuvo precedentes. Como escribió el antiguo escritor-viajero Pausanias, hasta entonces Grecia

había caminado sobre dos pies, pero esta guerra la derribó como si de un terremoto se tratara. Nada podía ilustrar mejor su carácter desordenado que un episodio del séptimo año de la guerra, en 425. Llegaron al mundo exterior noticias increíbles de un suceso extraordinario en Esfacteria, una pequeña isla situada frente a la costa sudoeste de Mesenia, dentro del territorio de Esparta. Una fuerza de 400 espartanos y hoplitas periecos, entre ellos 120 de la élite *homoioi,* o semejantes, se habían rendido tras un bloqueo de doce semanas de las fuerzas atenienses apoyadas por descendientes de antiguos ilotas mesenios. Este acontecimiento sacudió el mundo griego. No tenía que haber pasado, eso es todo, pues contradecía totalmente el mito espartano tal como quedó establecido y ejemplificado a las mil maravillas en las Termópilas, el mito de No Rendirse Jamás.

Desde el punto de vista militar, el asedio de Esfacteria fue algo secundario en la guerra ateniense, una contienda de duración, escala y ferocidad inauditas. No obstante, desde la óptica psicológica fue devastador. Incluso la Gran Plaga (posiblemente una especie de tifus), que castigó Atenas en 430 y provocó la pérdida de quizá el 30% de las fuerzas de combate atenienses, parecía un incidente relativamente normal en comparación con la rendición de los espartanos en Esfacteria. En palabras de Tucídides, general ateniense y principal historiador de la guerra, aquello fue

> el acontecimiento que causó entre los helenos [griegos]
> más sorpresa que ninguna otra cosa acaecida en la guerra.[1]

Los espartanos estaban tan conmocionados por lo sucedido que hicieron un llamamiento a la paz —aunque habían sido ellos quienes habían iniciado la guerra y ni mucho menos habían alcanzado su objetivo declarado de liberar a los súbditos griegos de Atenas—. De hecho, para colmo de males, los atenienses rechazaron rotundamente las tentativas de paz de los espartanos y retuvieron a los 120 prisioneros espartanos como rehenes durante el resto de la primera fase —diez años— de la guerra.

Para el conjunto de los griegos, y en concreto para los espartanos, era inconcebible que 120 productos del sistema educativo Agoge se rindieran tras apenas ochenta días de privaciones, hambre y sed. Cuando se les interrogó sobre este hecho en Atenas, al parecer uno de los prisioneros explicó su rendición diciendo que él no había combatido en buena lid, hombre contra hombre. No había estado luchando contra hombres de verdad en una guerra nos   mal usando armas masculinas. En vez de ello, había sido sometido por lo que él llamaba los «husos» de los enemigos, que, según afirmaba, eran incapaces de distinguir a un verdadero guerrero de un cobarde de nacimiento. En realidad, los «husos», explica Tucídides, eran flechas, armas innobles, cobardes, de larga distancia, típicamente afeminadas. Pero ¿qué conclusión habrían sacado la esposa del prisionero y las demás mujeres espartanas de esta justificación?

El mito espartano fue convincentemente calificado de «espejismo» en la década de 1930 por el experto francés François Ollier, pues la relación entre el mito y la realidad era, y es a veces, muy difícil de percibir sin distorsión. Hoy sigue vigente. Quizá la más interesante y controvertida de sus muchas facetas es la posición de las mujeres espartanas. Como siempre, Atenas brinda una comparación y un contrapunto de gran utilidad. Una

[1] Tucídides, Libro IV, capítulo 40. Véase también Strassler, ed. 1996.

muchacha ateniense no recibía ninguna educación académica aparte de la formación necesaria para las tareas domésticas exigible a una buena esposa y madre ateniense: coser, cocinar, cuidar de los niños, llevar la casa. Por sistema, una niña recibía menor ración de comida que sus hermanos varones. En la pubertad, quedaba aislada en la casa de su padre o en la de otro guardián masculino hasta que se casaba con un hombre que, si podía permitírselo, la mantenía en la medida de lo posible alejada de las miradas ajenas, considerando deshonroso incluso que hablaran de ella hombres no emparentados. No se le permitía poseer ninguna cantidad significativa de bienes por derecho propio y no tenía nada oficial que decir en la tan cacareada democracia de Atenas. Curiosamente, las mujeres atenienses de las que hemos oído hablar más no eran ni mucho menos las ciudadanas atenienses sino las *hetairas*, o prostitutas de categoría, que eran poderosas pero socialmente inaceptables.

En agudo y completo contraste, las mujeres espartanas eran, según se dice, activas, prominentes, poderosas, con mentalidad sorprendentemente independiente y realmente parlanchinas. Las niñas recibían una educación similar a la de los niños, pero separadas de ellos. Muchas sabían leer y escribir. Las vírgenes jóvenes, untadas de aceite de la cabeza a los pies, participaban en carreras y luego bailaban por la noche para adorar a sus dioses y diosas. Durante el día, en última instancia para atraer pretendientes, lanzaban la jabalina y el disco, luchaban —a veces, otra vez según se dice, con los chicos— y realizaban ejercicios gimnásticos, completamente desnudas y a plena vista del público, con gran consternación de los visitantes griegos de otras ciudades. También les gustaban mucho los caballos. Una criadora, Cinisca (hermana del rey Agesilao II), fue la primera mujer en llegar a ganar una corona en los, por lo demás, implacablemente masculinos Juegos Olímpicos, en las carreras de cuadrigas de cuatro caballos. «Gané con un tiro de caballos ligeros de pies», se lee en su autoelogiosa inscripción. Todo un carácter, en efecto, aunque para ser justos Cinisca debería haber mencionado al anónimo auriga. La fama de las chicas y mujeres espartanas por su extraordinaria belleza física se remontaba a Helena de Troya —o Helena de Esparta, como desde luego era originariamente—. Pero también tenían fama de ser libertinas e impúdicas. El despectivo epíteto «exhibidoras de muslos» fue acuñado precisamente para ellas, aunque, como veremos, las estatuillas de bronce que representaban jóvenes espartanas típicas en poses atléticas (y reveladoras de muslos) cuentan una historia más bien de vitalidad, elegancia y vigor.

Las mujeres espartanas podían poseer bienes, tierra incluida, y aunque no tenían voz oficial en la Asamblea de guerreros, sin duda hallaron otras vías para dar a conocer sus opiniones y hacerse oír. Existe incluso una antología de «Dichos de mujeres espartanas», conservados por Plutarco, algo impensable en el caso de las atenienses. Además, estaban liberadas de las tareas cotidianas, carga habitual de sus hermanas de Atenas. Los hombres y las mujeres ilotas se ocupaban de los quehaceres domésticos por ellas, cocinaban, cosían, atendían a los niños, etcétera. A las mujeres espartanas les quedaban sólo las satisfacciones de la maternidad, que por cierto se tomaban muy en serio. También parecían ser independientes desde el punto de vista sexual, aunque no son del todo fáciles de creer ni comprender supuestas costumbres espartanas relativas al intercambio de esposas. Desde luego, estando los hombres a menudo en la guerra o preparándose para ella, buscaron satisfacción emocional con otras mujeres. Y naturalmente las mujeres fuertes alcanzaron

tales puestos de autoridad que se las podía considerar una fuerza política o —dependiendo de la perspectiva— una amenaza.

No es que Esparta fuera ninguna utopía feminista. Por ejemplo, buena parte del adiestramiento físico tenía una finalidad completamente eugenésica. Sin embargo, para los no espartanos fue tal la aparente emancipación de las mujeres, que Aristóteles las culpó de la desaparición final de Esparta como gran potencia debido a que nunca se habían sometido satisfactoriamente al régimen litúrgico impuesto y que sus hombres habían aceptado. Esto seguramente fue una opinión desvirtuada por la óptica típicamente sexista del ciudadano griego corriente, pero hace un cumplido indirecto al que probablemente fue el grupo de mujeres más admirable de toda Grecia.

La victoria de Esparta en la guerra ateniense se había conseguido con grandes dificultades y a un alto precio. En la guerra se habían alcanzado nuevos niveles de crueldad, lo que llevó a Tucídides a poner en entredicho la hegemonía de los griegos en la humanidad y la civilización. Se produjeron asedios brutales, matanzas de mujeres y niños, rapiña sistemática y la destrucción de comunidades enteras, la venta de miles de griegos como esclavos y, sobre todo, feroces estallidos de *stasis* o guerra civil. La descripción de Tucídides de la guerra civil en Corcyra (la moderna Corfú) en 427 es un escalofriante clásico del análisis político.

Para empezar, el conflicto fue un punto muerto entre el poder marítimo ateniense frente al poder terrestre espartano, de modo que ningún bando era capaz de dominar en la esfera preferida del otro. Pero en 415 los atenienses se extralimitaron, inspirados por el genio maléfico de Alcibíades, una especie de Pericles (que había sido su protector desde la muerte de su padre en combate) falso. Enviaron una enorme armada a Sicilia, aparentemente a defender a «parientes», aunque en realidad fue a conquistar la isla entera o al menos a garantizar nuevos recursos para una reanudación de la guerra con Esparta, que había estado temporalmente en suspenso desde 421. Alcibíades, el principal inspirador de esa empresa de alto riesgo, era tan detestado por sus celosos rivales políticos como querido por las masas atenienses por su estilo de vida ampulosamente campechano. En los Juegos Olímpicos de 116 .había participado en no menos de siete equipos de cuadrigas de cuatro caballos y, después de llevarse casi inevitablemente la corona con uno de ellos, encargó nada menos que al poeta Eurípides que le escribiera la oda victoriosa.

De todos modos, la expedición a Sicilia se hizo a la mar con el peor de los augurios: una mutilación a gran escala de imágenes sagradas de Hermes, el dios de los viajeros, por toda la ciudad de Atenas. Por su supuesta implicación en este y otros sacrilegios, Alcibíades fue acusado de delito capital y procesado, pero desertó en el sur de Italia..., y se pasó al enemigo. Probablemente fue él quien sugirió que Esparta fortificara permanentemente una guarnición en territorio ateniense, con lo que aislaba la ciudad de sus recursos de plata y empujaba a miles de esclavos a huir, y enviara un general espartano disponible a ayudar en la defensa de Sicilia, sobre todo Siracusa. Ambas medidas fueron cruciales en la catastrófica derrota final de Atenas.

Así pues, la campaña siciliana tuvo el peor de los comienzos posibles, y más adelante estuvo marcada por la ineptitud, los titubeos y las diferencias de opinión en el alto mando. Además, la principal ciudad siciliana enemiga, Siracusa, estaba material y moralmente preparadísima para resistir el ataque. Las fuerzas atenienses, tras fracasar en su intento de

tomarla por asedio y sufrir una importante derrota naval en el Gran Puerto de esa ciudad en 413, se vieron a sí mismas prisioneras y, si no eliminadas en el acto, condenadas ignominiosamente a una muerte lenta y dolorosa por inanición en las canteras cercanas. De todos los que salieron de Atenas en 415, como hace constar pesaroso Tucídides, muy pocos regresaron.

En retrospectiva, el desastre siciliano fue el momento decisivo de la guerra ateniense, pese a que las campañas prosiguieron durante otra década, sobre todo en el mar, en el Egeo oriental y en torno al Helesponto (Dardanelos). En concordancia con el carácter paradójico general de la contienda, en esta década Esparta se tragó el orgullo y acudió a Persia en busca del dinero necesario para construir una flota capaz de derrotar a los atenienses en su propio terreno y en su propio elemento. Como cabía suponer, esta política de doblegarse ante el bárbaro oriental halló resistencia por parte de los comandantes espartanos conservadores, pero un personaje, Lisandro, resulto ser más que idóneo para la tarea, de modo que en el proceso se convirtió en algo como un rey errante de alta mar. Su relación personal con uno de los hijos del gran rey persa garantizó un suministro regular de fondos a Esparta en el momento clave, y entre 407 y 405 Lisandro fue capaz de forjar el instrumento del destino final de Atenas. En 405, la última flota griega fue vencida por fin en Egospótamos (Helesponto). El trato que dio Lisandro a los prisioneros de guerra fue despiadado: les cortó la mano derecha y los mandó de vuelta a Atenas como terrible augurio del destino que le esperaba a la ciudad. Tras un asedio durante el invierno de 405-404, a consecuencia del cual los atenienses se morían de hambre por las calles, Lisandro pudo imponer las condiciones de Esparta para la rendición.

El Imperio ateniense, con sus audaces ideas sobre la democracia, el libre comercio y el progreso racional, había sido eclipsado, no volvería a brillar tanto o al menos no de la misma forma. Parecía que ahora Esparta tenía la posibilidad de construir un imperio distinto en su lugar. Sin embargo, en 400 a.C., momento del polémico acceso de Agesilao II al poder, circulaba por ahí un oráculo desalentador:

> Jactanciosa Esparta, ten cuidado de que no te brote
> una realeza lisiada...
> Se abatirán sobre ti problemas inesperados...[2]

Los espartanos eran un pueblo con fama de piadoso, podríamos decir supersticioso, siempre a punto de creer en augurios, sobre todo los poco convenientes. La tercera parte del libro, titulada «Una realeza lisiada», revela hasta qué punto la predicción fatídica llegó, en cierto modo, a cumplirse.

En el espacio de tres décadas, algo más que una generación humana, Esparta sufrió una humillante derrota militar, la invasión de su territorio y, lo más sorprendente de todo, la revuelta y la liberación de la mayor parte de los siervos ilotas de los que dependía básicamente el poder y el modo de vida de los espartanos. El personaje clave de esta notable peripecia fue el rey lisiado de quien hablaba el oráculo —o al menos así se interpretó a posteriori—. Agesilao, el último espartano, fue la personificación de todos los puntos fuertes y débiles de su extrordinario pueblo, y era literal y metafóricamente cojo.

[2] Plutarco, *Vida de Agesilao,* cap. 6. Véase Shipley, 1997, en «Lecturas adicionales».

Lisandro, aunque aristócrata, no era rey, y los espartanos estaban entusiasmados con su curiosa realeza dual. Desde el punto de vista tradicional, esto se remontaba a la misma fundación de la ciudad, y los dos reyes de dos casas reales distintas mantenían firmemente su ascendencia directa del dios—héroe Heracles. La dualidad dio origen inevitablemente a consejos divididos, rivalidades dinásticas, ansias sucesorias, luchas de facciones. Pero como era tradicional y estaba establecida por orden divina, se consideraba buena e inalterable. Lisandro, por tanto, incapaz de acceder a uno de los tronos legítimos y frustrado en su deseo de fabricarse una realeza alternativa propia, decidió volverse persona de influencia, forjador de reyes.

Su candidato elegido en la disputa sucesoria de 400 fue su viejo amigo, el susodicho lisiado Agesilao, hermanastro del fallecido Agis II. Como no se esperaba que Agesilao llegara a ser rey, había sido tratado más o menos como cualquier espartano corriente y, por ejemplo, había terminado la Agoge con gran éxito. Pero jugaba en su contra la deformidad física, el hecho de que Agis hubiera reconocido como sucesor un hijo suyo, Leotíquidas, y nada menos que el oráculo sobre una «realeza lisiada». La intervención del poderoso Lisandro inclinó la balanza a su favor. Se encontró una explicación convincente para el oráculo. Éste se refería a una realeza lisiada metafóricamente, es decir, un trono ocupado por una persona ilegítima, lo que Lisandro afirmaba de Leotíquidas, pues éste era hijo, no de Agis, ¡sino del intruso ateniense Alcibíades! (Las fechas cuadraban perfectamente.) Por fin, Lisandro pudo señalar que la minusvalía de Agesilao no había impedido su éxito en la Agoge y que, en una época de cambios tremendos y desorientadores, Agesilao abogaría por el tradicionalismo espartano. Estos argumentos prevalecieron en la Gerusía, el senado de Esparta, y Agesilao fue elegido rey.

Si Lisandro esperaba realmente gobernar a través de Agesilao, pronto se sintió desengañado y decepcionado. El nuevo monarca tenía su propia agenda, aunque ésta coincidía en gran medida con la exagerada ambición de Lisandro de tener un imperio griego que abarcara todo el Egeo así como el territorio continental. Por desgracia para Esparta, sin embargo, Agesilao resultó ser un dirigente inflexible, excesivamente espartano, incapaz de adaptarse a un mundo en cambio permanente. Así pues, iba a presidir tanto activa como pasivamente la última victoria de Esparta y su espectacular declive durante las tres o cuatro décadas siguientes.

Pronto trascendió que la guerra ateniense había transformado no sólo el mundo griego en general sino también la propia Esparta. El adagio de lord Acton —el poder absoluto corrompe absolutamente— fue de rotunda aplicación en este caso. El culto a la frugalidad y al notorio no consumo, que en el pasado le había servido muy bien a Esparta para disimular verdaderas diferencias de fortuna entre los supuestos «semejantes», dio paso a una ética más individualista e interesada de la que Lisandro, pese a ser materialmente austero, era un talismán. El número de ciudadanos espartanos había comenzado a descender vertiginosamente, hecho agravado por la codicia en la acumulación de tierra y otras formas de riqueza personal. Hacia 371, había sólo unos 1.500 ciudadanos guerreros adultos —en comparación con unos 25.000 atenienses, por ejemplo—. La disparidad rápidamente creciente entre las cifras de ciudadanos y de ilotas llegó a ser de veras alarmante, y el recurso de liberar ilotas supuestamente de fiar y armarlos era una espada de doble filo.

En manos de Agesilao, también la política exterior resultó de lo más contraproducente. En el espacio de una década desde el final de la guerra ateniense, Esparta se vio luchando no sólo contra Persia sino también contra una coalición de los principales Estados griegos del continente, entre ellos dos de sus antiguos aliados de la Liga del Peloponeso, Corinto y la Federación Beocia —que se aliaron con el viejo enemigo peloponesio de Esparta, Argos—, y una Atenas un tanto renacida. Además, la demanda de Esparta de un imperio no estaba avalada por ningún manifiesto ideológico similar al propósito de Atenas de liberarse del yugo persa y crear un autogobierno democrático interno. Todo lo que podía ofrecer era fuerza bruta desplegada en apoyo de la minoría de ciudadanos ricos de sus Estados súbditos contra el conjunto de la gente corriente. Plutarco lo expresó muy bien al comparar la realidad del imperio de los espartanos, pese a sus afirmaciones de haber liberado a los súbditos de Atenas, con la acción de verter vinagre en el vino dulce.

A la larga, los propios espartanos ayudaron a crear su propia Némesis en forma de Estado federal de Beocia —dominado por Tebas— bajo la inspirada jefatura de Epaminondas (filósofo amén de general brillante) y Pelópidas. En el espacio de pocos años, Esparta sufrió su principal derrota en batalla campal hoplítica, en Leuctra en 371, y la primera invasión terrestre de su territorio a cargo de una fuerza hostil, en el invierno de 370—369. Al cabo de unos tres siglos de esclavitud, los ilotas mesenios fueron al fin liberados gracias a Epaminondas y recuperaron su propia polis, la ciudad de Mesene, cuyas enormes fortificaciones aún causan asombro en la actualidad.

Como ciudad terrenal del mundo real, Esparta jamás se recuperó totalmente de la liberación de los ilotas mesenios, aunque retuvieron a los ilotas de Laconia como debilitada base económica durante otro siglo y medio. Sin los mesenios, les quedaba toda la tradición, pero menos de la mitad de los fundamentos. Agesilao, activo hasta el final de su vida, ofreció sus servicios como comandante de mercenarios para conseguir fondos que permitieran volver a llenar las arcas de la ciudad, que en todo caso nunca estuvieron rebosantes. Murió en el norte de África a los ochenta y cuatro años, y su cadáver embalsamado fue transportado a Esparta, donde se celebró el extraordinario entierro que era rito y derecho hereditario de los reyes espartanos muertos. No obstante, en 360 el ritual estuvo vacío de significado.

De todos modos, aunque Esparta no volvió a recuperar su antiguo poder terrestre, su mito y su leyenda crecieron poderosamente. El capítulo final del libro esboza algunos de los más interesantes e importantes senderos y vericuetos del espejismo espartano, prestando especial atención al lugar y los roles adjudicados a Leónidas. Por ejemplo, a principios del siglo III a.C., el sumo sacerdote de Jerusalén consideró políticamente oportuno reivindicar un vínculo de parentesco con Esparta —remontándose nada menos que a Moisés—. Por su parte, los romanos estuvieron tan fascinados con Esparta, en la que veían muchos de los valores y las virtudes que ellos tenían en gran estima, que también se inventaron un lazo falso de parentesco entre los dos pueblos —que no tenían absolutamente nada que ver.

Los espartanos proporcionaron beneficios más tangibles a los turistas helenos o romanos de la época, que visitaban una Esparta que se había convertido en una especie de parque temático o museo de su —considerablemente imaginario—pasado. Por ejemplo, en el siglo m de nuestra era los espartanos construyeron un anfiteatro semicircular dentro del

antiquísimo santuario de Artemisa Ortia, en otro tiempo parte integrante de la Agoge, para procurar a los sadoturistas una mejor perspectiva del falsamente antiguo ritual de flagelación conocido como *diamastigôsis,* en virtud del cual jóvenes espartanos eran azotados frente al altar de Artemisa, preferiblemente hasta la muerte, o al menos hasta quedar maltrechos.

¡Cómo cayeron los poderosos! De todos modos, quizá no sea del todo sorprendente que los filohelenos que deseaban que Grecia se liberase del Imperio otomano o de los fundadores del sistema británico de los colegios privados en el siglo XIX vieran en la Esparta clásica ciertas virtudes que merecía la pena emular e inculcar. O que los adjetivos «espartano» y «lacónico» hayan introducido en el vocabulario actual el honor un tanto empañado de los antiguos espartanos. En cualquier caso, dos grandes imperios, el romano y el británico, deben efectivamente muchísimo a Esparta; en cualquier caso, mucho más de lo que nosotros, herederos culturales de los espartanos en Occidente, estamos preparados para admitir, y al menos tanto como debemos, directamente, a los atenienses. Por decirlo lacónicamente, Esparta vive.



Territorio occidental de Esparta: Mesenia.

PARTE I

«¡ID Y DECID A LOS ESPARTANOS!»

1

Bajo el signo de Licurgo

La imagen de Esparta como un campamento austero, de barracones militares, apenas prepara al visitante primerizo para el soberbio espectáculo que se despliega ante sus ojos, cuando emerge de las tierras altas colindantes con Arcadia, en el norte, y baja por el valle del Eurotas a la llanura espartana. Delante se extienden dos cordilleras paralelas, la del Taigeto al oeste, cuya cumbre más alta alcanza los 2.404 metros, y la de Parnon al este, con 1.935 metros como máxima altura. La propia llanura aluvial, y su continuación al sur por el valle del Eurotas, que desemboca en el golfo Laconiano, constituye una de las tierras más fértiles y deseables de todo el sur de Grecia. El sol, el clima y el hombre conspiran para producir a veces dos cosechas de cereal al año. También se cultivan bien aquí las aceitunas y las uvas, los dos ingredientes básicos de la dieta mediterránea, y por supuesto el bosque de cítricos, aunque son una importación posterior a la época clásica, lo que nos recuerda que el terreno y la vegetación que vemos no son necesariamente los disfrutados por los habitantes de hace dos milenios y medio.

Apenas sorprende la creencia de que esta, región, conocida en otros tiempos como Lacedemonia, fue el territorio de un gran rey de la era heroica de los griegos antiguos —lo que los expertos llaman de manera más prosaica Edad Tardía del Bronce o Micénica (c. 1500-1100 a.C.)—. Hace muy poco se ha llevado a cabo un intento (véase más adelante la biografía de Helena) de trasladar el palacio del Menelao de Homero desde Esparta a Pellana, más al norte en Laconia, pero esto pasa por alto no sólo la antigua leyenda y el culto religioso sino también la geopolítica topográfica. Cualquier Menelao real de la Edad Tardía del Bronce debió de tener su palacio en o cerca del emplazamiento histórico de Esparta —quizá en realidad donde la Escuela Británica de Atenas ha excavado escrupulosamente un gran asentamiento en el que se incluye un edificio calificado como «mansión»—. Sin embargo, en Laconia aún no ha salido a la luz ningún palacio de las proporciones de los descubiertos en Micenas (ciudad del Agamenón —hermano de Menelao— de Homero,) y Pilos (ciudad del viejo charlatán Néstor)..., y tal vez nunca salga. Es importante no leer a Homero como si sus libros fueran de historia fidedigna, por muy fructífero —arqueológicamente hablando— que haya sido sin duda este error.



HELENA

¿Helena de Troya... o Helena de Esparta? Las dos, por supuesto. Se trataba de una chica del lugar, hija de Tindáreo, según una versión del mito, aunque según otra era hija del gran padre Zeus y nació milagrosamente de un huevo porque su madre Leda había sido visitada por Zeus disfrazado de cisne. Su belleza sin igual la convirtió en una presa natural para el ambicioso Menelao, hijo de Atreo de Micenas, cuyo hermano mayor, Agamenón, se casó con Clitemnestra, hermana de Helena. No obstante, esa belleza también cautivó a un poco grato visitante de Esparta: Paris, príncipe de Troya, en Asia, que dominaba el estrecho de Dardanelos. Paris —ayudado decisivamente por la diosa del amor Afrodita, nacida en Chipre— violó las sagradas obligaciones del huésped y robó a Menelao su legítima esposa.

Recientemente, un arqueólogo griego provocó un cierto revuelo al afirmar que había localizado el palacio de Helena (y de Menelao) no en Esparta sino en Pellana, a unos quince kilómetros más al norte. La noticia habría dejado atónitos a los antiguos espartanos, que construyeron un nuevo santuario para Helena en Esparta, más exactamente en Terapne, al sudeste de la ciudad antigua, donde fue venerada junto con su esposo Menelao y sus hermanos divinos los Dioscuros, Cástor y Polideuces (Pólux en latín). Esto fue a finales del siglo VIII., una época en que los espartanos estaban, por así decirlo, redescubriendo sus raíces, buscando legitimar su dominio recién logrado en el sudeste del Peloponeso, al presentarse como legítimos sucesores del reino de Menelao tal como aparece en la *Ilíada* de Homero. En realidad, el culto a Helena en Terapne seguramente refleja una refundición de dos Helenas: una diosa de la vegetación y la fertilidad relacionada con los árboles (también adorada como tal en Rodas), y la Helena heroica de la leyenda homérica. Nos quedaremos con la segunda.

Dado que más adelante Helena fue un icono de la feminidad y la belleza espartanas, de modo más explícito preguntamos lo siguiente: ¿fue Helena violada (según nuestro uso del término) por Paris o se fue con él voluntariamente, de buen grado? Heródoto, padre de la historia (en palabras de Cicerón), tiene tres pasajes muy interesantes concernientes a Helena. El primero aparece en su etiología inicial de las guerras greco-persas de principios del siglo V, donde analiza la historia o mitografía de la enemistad griego-oriental hasta perderse en la noche de los tiempos y las leyendas. Allí Heródoto enumera ingeniosamente afirmaciones y reconvenciones con el simple propósito de relacionar las historias que le han contado fenicios y persas cultos. Entre ellas, inevitablemente, la del supuesto robo de Paris. El propio Heródoto adopta sobre la cuestión una postura sólida, por no decir machista:

> Es evidente que ninguna mujer joven
> es secuestrada si no lo desea.[1]

---

[1] Heródoto, Libro I, cap. 4 (véase también cap. 3). Véase también Marincola, ed., 1996.

No obstante, tenemos una historia distinta en un relato inequívoco, no contado por Heródoto, de una violación anterior llevada a cabo por Teseo de Atenas cuando ella era sólo una muchacha, todavía no una esposa adulta. Recientemente, tanto Elizabeth Cook, en su imaginativa nueva versión de la historia de Aquiles, como John Barton, en su no menos convincente ciclo de obras de teatro titulado *Tántalo,* nos han recordado oportunamente este capítulo anterior, más sombrío, de la agitada vida de Helena.

La siguiente referencia de Heródoto a Helena es, en todo caso, aún más perturbadora desde el punto de vista histórico, pues según el historiador, tal como lo narra en su descripción de las cuestiones egipcias en el segundo libro de sus *Historias,* Helena nunca llegó a ir a Troya, sino que los diez años de la guerra troyana los pasó en Egipto:

> Esto es lo que me contaron los sacerdotes egipcios sobre la historia de Helena, y me inclino a aceptarlo por la siguiente razón: si Helena hubiera estado en Troya, habría sido devuelta a los griegos con o sin el consentimiento de Paris... Así pues, ésta es mi interpretación.[2]

Para Heródoto, por tanto, se trataba tan sólo de recuperar un simulacro, un fantasma doble, del rostro de Helena ¡por el que Menelao y Agamenón y los demás griegos habían echado al agua sus mil barcos!

Esta versión heterodoxa, no utilizada por Homero por razones evidentes, no era original de Heródoto, pues sabemos que estaba siendo difundida ya a mediados del siglo VI por el poeta lírico griego Estesícoro, de Himera, en la parte occidental de Sicilia. Y, después de Heródoto, fue nuevamente considerada apropiada por el gran dramaturgo ateniense Eurípides, que basó en ella su conservado melodrama *Helena;* pero para la mayoría de los antiguos, como para la mayoría de nosotros, Helena seguía siendo tranquilamente Helena de Troya.

La tercera mención de Heródoto nos lleva desde Egipto a Esparta y más exactamente al santuario de Helena en Terapne, que era el escenario de un cuento popular clásico, bellamente adaptado por Heródoto para su público del siglo V. Érase una vez, de hecho en algún momento de la segunda mitad del siglo VI, una acaudalada pareja espartana que tenía una hija, pero, ay, su querida pequeña era penosamente fea. Tan fea que la niñera de la familia —quizá una ilota— tuvo esta brillante idea:

> Como era feísima, y sus padres, adinerados, estaban angustiados por aquella fealdad, la niñera tuvo la idea de llevarla cada día al santuario de Helena, un lugar llamado Terapne, encima del santuario de Apolo. Entraba con la niña, la dejaba frente a la estatua de Helena y rezaba a la diosa para que librase a la pequeña de sus defectos.[3]

Un día, una aparición —supuestamente la propia Helena—se dirigió a la niñera y acarició la cabeza de la pequeña, que a partir de entonces creció y llegó a ser la más bella de todas las chicas núbiles espartanas, un partido idóneo para un espartano importante. Por desgracia, sin embargo, este espartano tenía un buen amigo sin hijos que deseaba fervientemente que la esposa de su amigo fuera quien le diera su futura descendencia, a

---

[2] Heródoto, II, 120 (véase caps. 113-120).

[3] Heródoto, VI, 61.

poder ser masculina. Encima, el amigo resultaba ser un rey de Esparta, para quien la producción de descendencia masculina legítima era una cuestión de Estado, no sólo del corazón. Movido por su gran deseo de procrear, este rey ya se había casado dos veces, no sólo una; ahora, obsesionado con la esposa de su amigo, remató la faena arrebatándosela con una mala pasada.

El resultado de la unión de Aristón —pues éste era el nombre del rey— con la belleza no identificada fue el rey Demarato, que volveremos a encontramos más adelante en circunstancias de presunta ilegitimidad y traición —irrumpe cada día en el tenso mundo de la realeza espartana—. (Véase más adelante su biografía, en el capítulo 2.) No obstante, antes de dejar a Helena vale la pena mencionar tres expresiones y consecuencias muy distintas de su leyenda. En primer lugar, ya en el siglo VII la sacerdotisa de Apolo en Delfos, el ombligo de la tierra, hizo una declaración profética en nombre de su amo y señor Apolo que, en traducción de los sacerdotes varones, incluía una referencia a las mujeres de Esparta, aclamándolas como las más hermosas de Grecia. Esto sólo pudo haber sido una reverencia a Helena de Esparta, cuya fama, gracias a Homero, se extendía por todo el expansivo mundo griego, si bien seguramente también supuso demasiada presión, como hemos visto, sobre las chicas espartanas y sus padres para estar a la altura de la impresionante reputación de Helena.

Más adelante, en el siglo VII, la más grande de las poetisas de la Grecia antigua, Safo, de la isla de Lesbos, colaboró más de una vez con la fama de Helena. Los versos de Safo pueden ser bastante convencionales, como el pequeño fragmento dirigido a cierta adolescente o mujer joven hermosa y deseada:

> Cada vez que te miro
> me parece que ni siquiera Hermione *[hija de Helena]*
> es tu igual;
> no, mejor compararte con Helena,
> cuyo cabello era dorado.[4]

Pero Safo también podía ser profunda y perturbadora—mente poco convencional. En un poema que por fortuna sobrevivió en papiro durante siglos en las secas arenas de Oxirrinco, Egipto, y que fue descubierto hace sólo un siglo aproximadamente, escribe pasando por alto la normativa y los juicios de valor masculinos:

> Unos dicen que la visión más bonita
> en esta tierra sombría es una tropa de jinetes,
> otros, un ejército de infantes y otros, una flota de barcos;
> pero yo digo que es lo que tú deseas:
>
> ... pues la mujer que superaba en mucho a las demás
> en belleza, Helena, dejó a su esposo, el mejor de
> los hombres, y zarpó lejos, a Troya; no dedicó un solo p
> ensamiento a su hija *[Hermione]* ni a sus queridos padres,
> y *[Afrodita]* la llevó por el mal camino...[5]

---

[4] Safo, fragmento 23. Véase también West, 1993.

Así pues, Safo rechaza los valores militares masculinos y al mismo tiempo justifica que Helena busque el camino del Amor y el Deseo, pues es impulsada por una *force majeure* divina. Al esposo griego corriente no le habría hecho mucha gracia oír este mensaje.

La consecuencia final que quiero mencionar aquí es mucho más desenfadada, de hecho literalmente cómica. En 411, Aristófanes puso en escena dos comedias en los dos principales festivales anuales atenienses de teatro en honor de Dionisos. Una de las obras era *Lisístrata,* la primera comedia conocida que lleva por título el nombre de su heroína. Lisístrata, una mujer ateniense casada y honorable, es representada con respeto. Buscando poner fin a la guerra entre Atenas y Esparta y sus aliados, que con interrupciones duraba ya unos veinte años (el doble que la guerra de Troya), urde una conspiración internacional de mujeres griegas —mejor dicho, de esposas—: la idea clave es que su abandono de los deberes conyugales, una huelga de sexo, obligará a sus belicosos pero sexualmente hambrientos esposos a sentarse a negociar y firmar la paz (y así podrán volver a hacer el amor). La delegada hermana espartana en la convención es una Lampito —ostenta un buen nombre espartano, de hecho es el verdadero nombre de la esposa de un rey espartano muy reciente.

Aquí Aristófanes presenta a Lampito (interpretada, desde luego, por un actor varón vestido de mujer):

> Bienvenida, Lampito, ¡mi querida amiga espartana! *[dice Lisístrata]*
> ¡Pero qué guapa estás! ¡Qué espléndido color de piel,
> y qué cuerpo más robusto! ¡Podrías estrangular a un toro!

A lo que Lampito replica con claro dialecto espartano:

> Sí, en efecto, creo que podría, por los Dos Dioses; *[Cástor y Pólux]*
> en todo caso, hago gimnasia y saltando
> me toco las nalgas con los talones.

Se incorpora a la diversión otra conspiradora ateniense:

> ¡Vaya par de tetas más espléndidas que tienes!

Lampito finge que esto la ofende:

> La verdad, haces que me sienta como una víctima expiatoria.[6]

El público principalmente ateniense, entre carcajadas, difícilmente pasaba por alto la alusión al hecho de que, a diferencia de sus esposas y hermanas, las mujeres espartanas recibían una preparación formal en gimnasia y deportes, que realizaban total o al menos parcialmente desnudas. Quizá también mediante estos ejercicios, las espartanas, a

---

[5] Safo, fragmento 16.

[6] Aristófanes, *Lisístrata,* versos 78-84.

diferencia de las atenienses, lograban mantener sus pechos en forma tras amamantar a sus bebés —a no ser que recurrieran regularmente a nodrizas ilotas.

Lisístrata acaba también con una nota completamente espartana, primero un hombre solo y luego parejas cantando y bailando canciones típicas de Esparta (la palabra griega *choros* [coro] significaba originariamente «danza», antes de que acabara siendo «canto colectivo»). Observemos en especial la invocación final de Helena, «hija de Leda»:

Deja otra vez el encantador Taigeto
y ven, musa laconiana, y alaba
como es debido al dios de Amiclas [*Apolo*]
y a la Atenea de la Casa de Latón y a los
nobles hijos de Tindáreo *[Cástor y Pólux]*
que juegan junto al Eurotas.
¡Ola! ¡Opa!
Brinca un poco, loemos a Esparta,
que se deleita con danzas en honor de los dioses
y con el sonido de los pies,
y donde, como potrancas, las solteras
hacen cabriolas junto al Eurotas,
levantando nubes de polvo,
sacudiéndose el pelo,
como el pelo de las bacantes que empuñan el tirso y bailan.
Y son conducidas por la hija de Leda,
la pura y bella directora del coro.[7]

En torno a 1200 a.C. fue quemada y destruida la mansión micénica de Terapne, y el número y la calidad de los asentamientos de la región en su conjunto descendió bruscamente, de modo que hacia 1000 podemos decir que Laconia estaba atravesando una época Oscura. En Esparta son vagamente visibles algunos rayos de luz en los siglos X y IX, por ejemplo en el santuario de Ortia, junto al Eurotas, que creció en importancia hasta desempeñar un papel crucial en la posterior Agoge (o sistema educativo) espartano. Sin embargo, habrá que esperar a finales del siglo VIII a que, desde el punto de vista arqueológico, la luz sea más brillante y se difunda de manera más uniforme. Para entonces, había sido construido un santuario dedicado a la diosa Atenea, patrona de la ciudad, en lo que pasaba por una acrópolis de Esparta; se trata de la Atenea que más adelante, en el siglo VI, adquiere la coletilla «de la Casa de Latón» utilizada por Aristófanes al final de su *Lisístrata* (véase más atrás). También había un importante santuario de Apolo en Amiclas, a escasos kilómetros al sur de Esparta, también citado en *Lisístrata,* y es ahí, más que en la propia Esparta, donde el mito, la religión y la política se fusionan para producir los primeros indicios de una historia política de los orígenes de la *polis,* o Estado, de Esparta.

Una *polis* griega no era sólo un espacio físico, aunque connotaba una unidad física que combinaba territorio rural con un centro administrativo. Tampoco era un Estado en el sentido moderno, que implicara la existencia de órganos centralizados de gobierno

[7] Aristófanes, *Lisístrata,* versos 1.296-1.315.

(ejecutivo, legislativo, judicial, fuerzas armadas) divorciados del pueblo y situados por encima y en contra del mismo en su conjunto. La polis era más bien un estado—ciudadano, un Estado en que «los espartanos» eran la ciudad, por así decirlo. En efecto, los espartanos, como veremos, quizá fueron en el conjunto de Grecia pioneros de un tipo concreto de ciudadanía participativa. Desde el punto de vista espacial y arquitectónico, por otro lado, iban rezagados con respecto al resto de Grecia, o en todo caso de las zonas más avanzadas del sur en los siglos VIII, VII y VI de referencia. Es muy notorio que nunca urbanizaron debidamente su lugar central: tal como Tucídides comentaba al principio de su *Historia* de la guerra espartano—ateniense, los espartanos conservaban una vieja forma de asentamiento basada en pueblos, cuyos restos, predijo con acierto, serían tan insustanciales e insignificantes que los futuros visitantes de esos lugares subestimarían en gran medida el poder que en realidad Esparta había sido capaz de ejercer. Con toda lógica, los espartanos no levantaron ninguna muralla importante, de hecho ninguna clase de muralla, en sus ciudades antes del siglo II a.C.

Una explicación de que no construyeran murallas era que los espartanos se sentían relativamente protegidos contra posibles incursiones hostiles desde el exterior o insurrecciones en el interior. Otra era que, a su entender, una muralla resultaba algo afeminado: se sentían orgullosos de contar, para su autodefensa, exclusivamente con la fuerza masculina de sus propios cuerpos, espléndidos militarmente hablando. Seguramente la razón más importante de todas, en todo caso la primera, era que la ciudad de Esparta comprendía, en el aspecto político, Amiclas además de los cuatro pueblos en los que se dividía ella misma (Pitana, Limnas, Mesoa y Cinosura), de modo que construir una muralla alrededor de Esparta habría supuesto excluir Amiclas. No se sabe cómo se llevó a cabo la fusión y la incorporación de Amiclas, ni tampoco por qué y cuándo exactamente. Baste con decir que, por un lado, la incorporación se produjo antes —de hecho, esto fue una condición para poder hacerlo—de que los espartanos se propusieran conquistar el resto de Laconia, hacia el sur, y Mesenia y hacia el oeste, a través de la cordillera del Taigeto. Por otro lado, la fusión nunca enterró ni eliminó totalmente la diferenciada identidad de los amicleos.

Como prueba de su estatus especial, el lugar de culto de Apolo—Jacinto de Amiclas fue adornado con una manifestación visual especialmente espléndida en el siglo VI, cuando los espartanos encargaron a un griego de Asia Menor, Baticles de Magnesia del Meandro, que diseñara y construyera un «trono» con múltiples imágenes, de piedra y materiales preciosos, para el culto del dios. El propio culto era el motivo de una de las principales festividades anuales del calendario religioso espartano, las Jacintias de tres días, a las que los soldados amicleos podían asistir gracias a una dispensa especial aunque estuvieran en campaña en el extranjero. Otro asunto de interés aquí es la combinación de la veneración de Apolo con la de Jacinto. Según el mito, Jacinto era un bello adolescente a quien Apolo amaba (también sexualmente), pero al que mató al lanzar un disco con mala fortuna. Por tanto, el culto conjunto simbolizaba y representaba las relaciones pederastas reales entre jóvenes guerreros espartanos adultos y adolescentes que seguían el ciclo educativo controlado por el Estado. De todos modos, el culto también era importante para las mujeres y muchachas espartanas, así que no puede reducirse a un asunto homoerótico, específica o característicamente masculino.

Quizás otra explicación de la importancia política «nacional» de la festividad de las Jacintias era que, en su origen, representaba la fusión de dos pueblos étnicamente distintos, los dorios procedentes del norte y los nativos aqueos preexistentes.

En cualquier caso, los espartanos históricos eran dorios en el sentido más estricto: hablaban un dialecto dórico del griego, tenían instituciones sociales y políticas basadas en las tres «tribus» dorias tradicionales (los hileos, los dimanes y los pánfilos), y adoraban al dios que, de todos los olímpicos, estaba más estrechamente relacionado con los pueblos dóricos, a saber, Apolo. De hecho, casi todas las festividades espartanas importantes se celebraban en honor de un Apolo u otro más que de Atenea, la patrona de la ciudad. La Carneia, consagrada a un Apolo representado con los atributos de un carnero, era una fiesta específicamente dórica que se celebraba en el monte Carneios, considerado sagrado por todos los dorios (aunque esto no impedía necesariamente a los espartanos y sus enemigos dorios de Argos jugar con la observancia supuestamente obligatoria e invariable de su sacrosantidad). Fue por su obligación primordial de celebrar la Carneia debidamente, afirmaban los espartanos, por lo que no pudieron enviar una leva completa a las Termópilas en 480.

La otra festividad apolínea importante de Esparta era la Gimnopedia, sobre la que se cuenta una interesante historia etimológica. Tradicionalmente, el nombre ha sido traducido como Festividad de los Jóvenes Desnudos, y el título derivaría de *gymnos* y *paides,* si bien la acción fundamental del festival incluía una competición entre tres coros de edad —Viejos con la edad militar superada, Guerreros en edad militar y Jóvenes por debajo de la edad militar—, no sólo la participación de estos últimos. Entonces, ¿por qué llamamos a la festividad con el nombre de uno solo de los principales grupos involucrados? Una etimología más convincente considera que *gymnos* no significa desnudo sino desarmado, y que *paidai* deriva de la palabra griega para baile (como se utiliza, por ejemplo, en el pasaje de *Lisístrata* de la p. 48). Así, en la Gimnopedia seguramente estamos hablando de una Festividad de Baile Sin Armas, organizado como tal quizás en el segundo cuarto del siglo VII.

A decir verdad, esto tenía una importancia y un significado especiales en lo relativo tanto a la cultura como al culto, pues los espartanos eran famosos por sus bailes en general, y por un baile militar concreto, el pírrico (así llamado en honor de Pinos, o Neoptólemo, hijo de Aquiles). Como por otra parte todos los dioses y diosas de Esparta estaban representados visualmente en sus ídolos llevando armas y armadura, una festividad de baile sin armas en honor de un Apolo armado adquiría una connotación muy particular. Esto quizá fue lo más cerca que estuvieron los espartanos de crear colectiva y comunitariamente alta cultura en el sentido ateniense. A los espartanos de alto rango les gustaba invitar especialmente a la Gimnopedia a sus amigos extranjeros distinguidos, a quienes llevaban al espectáculo de unos solteros espartanos de cierta edad en el que eran ritualmente maltratados por desobedecer la orden de casarse y procrear. Uno de los primeros poetas no espartanos comparaba a los espartanos con las cigarras porque siempre estaban dispuestos a hacer un coro (tanto para bailar como para cantar). La Gimnopedia, celebrada en la época más calurosa del año en el lugar más caluroso de Grecia por su altura sobre el nivel del mar (unos 200 metros), daba un efecto calisténico típicamente espartano a este gozoso tema.

En la antigua Grecia, la religión y la política eran inseparables, por lo que no sorprende que las leyes de Esparta se atribuyeran piadosamente a Apolo de Delfos; en un ensayo sobre la constitución y el estilo de vida espartanos escrito a principios del siglo IV, Jenofonte las denomina «oráculos transmitidos por Delfos». Naturalmente, invocar la sanción divina era una forma de garantizar su cumplimiento. Otra era inculcar a los jóvenes el habitual acatamiento de la ley mediante un riguroso régimen educativo y socio—psicológico. La figura supuestamente humana a la que se atribuye la idea tanto de las leyes como del sistema de refuerzo educativo fue el admirable y omniprovidente Licurgo.



LICURGO

Plutarco, tras concebir su fabuloso proyecto biográfico de escribir y comparar las vidas de grandes griegos y romanos del pasado más o menos lejano, difícilmente podía no escribir una vida de Licurgo. De hecho, tuvo el detalle de emparejarlo con Numa, el famoso legislador de los primeros romanos. No obstante, como confesó en su prólogo al *Licurgo,* escribir una biografía de éste no fue fácil, pues todo lo afirmado por una fuente era desmentido por otra. Como Plutarco, el infatigable investigador, cita en esta biografía no menos de cincuenta escritores anteriores, entendemos muy bien su sensación de frustración inmensa. Un historiador moderno se habría dado por vencido en este punto, desde luego. Por tanto, sólo podemos estar agradecidos a Plutarco por ser un biógrafo histórico moralizador y no un historiador en el sentido estricto, pues su «biografía» contiene toda clase de información sobre la Esparta supuestamente reformada por Licurgo, que no aparece en otros lugares en absoluto o al menos no en la misma forma y con el mismo detalle. En cierto modo, paradójicamente, para lo qué menos sirve el libro es para intentar esbozar un posible perfil de la vida del hombre.

Si es que era realmente un hombre. Ya he señalado la posibilidad de que fuera una proyección cosificada de Apolo, bajo cuya garantía divina quedaban «sus» leyes. (En una transcripción estricta, el nombre, Lykourgos, se traduce más o menos como «lobo—trabajador», y «lobuno, voraz» era uno de los muchos epítetos de Apolo.) El hecho de que los propios espartanos no fueran claros sobre el estatus de Licurgo, pese a que la suya era una sociedad que dedicaba mucho esfuerzo a la rememoración, seguramente es una pista significativa de su falta de autenticidad.

Pongo dos ejemplos para ilustrar esta incertidumbre. El primero proviene del primer libro de las *Historias* de Heródoto, cuando éste sitúa la escena y presenta a Esparta y Atenas como las dos grandes potencias griegas que desempeñarán los papeles principales en las guerras greco-persas de principios del siglo V. Aquí hace constar una consulta al Oráculo de Delfos a cargo del distinguido Licurgo. Tan pronto hubo entrado en el santuario, fue aclamado como sigue:

Aquí a mi suntuoso santuario has venido, Licurgo,
Querido por Zeus y todos los dioses que habitan el Olimpo.
No sé si declararte humano o divino,
Pero me inclino a creer, Licurgo, que eres un dios.[8]

Esta historia herodoteana se ajusta a un patrón de cuento popular muy conocido, tras el cual deberíamos ver, de modo más prosaico, una consulta del Estado espartano sobre cómo tenía que ser adorado Licurgo —es decir, con honores heroicos (semidivinos) o divinos—. Precisamente el hecho de que los espartanos desearan la aclaración y la autorización délfica con respecto al estatus de Licurgo, que el Oráculo vacilaba en proporcionar, indica que el recuerdo público de él ya se había vuelto sospechosamente borroso.

Sabemos que los espartanos eran muy propensos a considerar héroes a sus muertos. Por ejemplo, un relieve en piedra del siglo VI que representa una figura heroica lleva inscrita una sola palabra: «Chilón». Es el nombre de un personaje espartano tan famoso que tuvo un sitio en algunas versiones de la lista de los Siete Sabios de Grecia, todos figuras del siglo VI, todos políticos prácticos. Chilón fue considerado héroe en una acción *ad hominem,* única, pero todos los reyes espartanos adquirían la condición de héroe a su muerte y a partir de entonces recibían honores heroicos *ex officio.* Así pues, al menos podemos estar seguros de que Licurgo no fue rey y rechazar la creencia de Plutarco de que había reinado durante ocho meses. Una nueva indicación de que probablemente es un personaje inventado es que, pese al deseo de las fuentes de presentarlo como rey o al menos miembro de una de las dos casas reales, no se deciden por cuál, de tal modo que oscila inquieto entre el árbol genealógico de los agíadas y el de los euripóntidas

La *Vida* de Plutarco contiene otros fragmentos interesantes supuestamente biográficos. Se cree que Licurgo viajó a Creta y Asia para recoger información comparativa sobre reformas sociales y constitucionales. Tras llevar a cabo su radical reforma agraria, al parecer comentó que el conjunto de Laconia parecía una gran finca heredada que había sido dividida equitativa y armoniosamente entre muchos hermanos. Según se dice, en una pelea callejera le sacaron un ojo. Se cree que estaba especialmente dotado para la labia espartana, y, por ello, era la fuente de un abundante caudal de animadas réplicas: por ejemplo, cuando un demócrata no espartano le instaba a convertir Esparta en una democracia, él probablemente contestaba diciendo: «Primero convierte en una democracia tu propia casa». Como nota simpática, se sostiene que dedicó una pequeña estatua a la Risa, para simbolizar la necesidad de endulzar la austeridad de la vida cuartelera. Finalmente, en cuanto se adoptaron sus leyes y se vio que funcionaban, se cree que abandonó Esparta para siempre: hizo una última visita a Delfos para consultar al Oráculo sobre el futuro éxito de sus reformas y luego se murió de hambre. Ay, todos estos detalles conmovedores son, como mucho, *ben trovato.* Por tanto, mejor para nosotros aplicar un poco de austeridad espartana y suspender la creencia indefinidamente.

Políticamente hablando, la esencia y el centro de atención del paquete global de

[8] Heródoto, I, 65.

reformas de Licurgo se concentran en lo que parece realmente un genuino documento arcaico conocido como la Gran Retra (para distinguirlo de un cierto número de pequeñas *rhêtrai* atribuidas asimismo a Licurgo). Una *rhêtra* significa cualquier clase de dicho o dictamen —desde un acuerdo o contrato hasta una ley, pasando por un oráculo—. Plutarco, que mantiene viva la Gran Retra, seguramente creía que era una declaración délfica que fue promulgada, o sea, tanto un oráculo como una ley. El hecho de que estuviera escrita en prosa, no en versos hexámetros, no le impidió creer en su autenticidad, como tampoco debería impedir la nuestra. A la inversa, la aparición de expresiones claramente poéticas debería confirmar su idea de que originariamente era un oráculo, pero ¿cuándo fue transmitido, a quién y bajo qué circunstancias?

Heródoto determina la antigüedad de Licurgo con poca precisión: antes del reinado conjunto de León y Agasicles, es decir, dentro de la primera mitad del siglo VI. Al relacionarlo con el juramento de la tregua olímpica original, Aristóteles llegó a situarlo en lo que para nosotros es 776 a.C. Sin embargo, Tirteo, el poeta marcial espartano de mediados del siglo VII, no lo menciona en absoluto —un silencio muy revelador, sobre todo cuando muestra un buen conocimiento de lo que Plutarco denomina la Gran Retra—. Tirteo también menciona una consulta oficial crucial en Delfos, aunque naturalmente el consultante no es Licurgo sino los dos reyes conjuntos Teopompo (que condujo a Esparta a la victoria sobre los mesenios alrededor de 710) y Polidoro, que reinaron juntos durante la primera parte del siglo VII a.C. Sea o no literalmente cierto lo que dice Tirteo, éste es más o menos el momento histórico en que se llevó a la práctica cualquier paquete de reformas atribuido a Licurgo.

Con agudeza, Plutarco señala la reforma de Licurgo relativa a la Gerusía, o senado espartano, como la primera y más importante innovación política, y en relación con esto cita la Gran Retra:

> Tras establecer un culto a Zeus Silanio y Atenea Silania, tras haber estado «tribuyendo a tribus y fraternizando fratrías» y tras haber establecido una Gerusía de treinta miembros intuidos los reyes *[llamados aquí poéticamente* archagetai o *«jefes—fundadores»],* una temporada tras otra celebran Apellai [festividades de Apolo], entre Babica y Cnaquión; la Gerusía tanto presenta propuestas como se mantiene al margen; el *damos* tiene poder para «emitir un veredicto decisivo» *[ésta es la glosa de Plutarco sobre una expresión muy embrollada en dialecto dórico en el original];* pero si el *damos* habla de forma sinuosa y se anda por las ramas, la Gerusía y los reyes han de retirar la propuesta.[9]

Para empezar, lo más perceptible, por comparación y contraste con el poema de Tirteo, es el estatus relativo de los reyes. En Tirteo ocupan el lugar más destacado: lo que cabría esperar en una sociedad tradicional que ha decidido conservar una monarquía hereditaria —o mejor, una monarquía hereditaria dual—. En la Gran Retra, sin embargo, los reyes son degradados y condenados a ser simples miembros de la Gerusía y no obstante, por otro lado, garantizan la perpetuidad de estatus e influencia al estar incluidos en el organismo de gobierno más poderoso del Estado, el número de cuyos miembros queda ahora fijado en treinta probablemente por primera vez. Entre los otros veintiocho miembros, que

[9] Plutarco, *Vida de Licurgo,* cap. 6. Véase también Talbert, ed., 1988.

debían de tener al menos sesenta años, se contaban siempre algunos parientes de los dos reyes y de hecho el grupo seguramente quedaba limitado a aristócratas, que eran escogidos en lo que para Aristóteles era una parodia de elecciones libres y justas, y conservaban el cargo de por vida.

Tal como lo expresó el poeta lírico tebano Píndaro a principios del siglo y (en un pasaje citado por Plutarco):

> Los consejos de ancianos
> Allí son preeminentes...[10]

En la práctica, esto parece haber tenido un significado doble. Primero, la Gerusía tenía el poder de la *probouleusis,* o deliberación previa, de modo que todas las medidas sobre las que había que decidir ante la Asamblea espartana, denominada *damos* o Pueblo en la Gran Retra, se discutían primero en la Gerusía. Segundo, funcionaba como Tribunal Supremo de Esparta, que era capaz de juzgar incluso a los reyes y actuaba como máxima autoridad sobre lo que era o no era legal. El poder de la Gerusía era tan grande que, como parece decir la cláusula final de la Gran Retra, podía incluso invalidar una decisión del *damos* o Asamblea si no le gustaba la forma en que estaba expresada o cómo se había llegado a la misma.

¿Qué era este *damos* o Asamblea? En la época clásica constaba de ciudadanos guerreros espartanos adultos, los legítimamente espartanos de nacimiento que habían pasado por la educación estatal obligatoria, que habían sido seleccionados para formar parte de una «mesa común» militar, y que eran económicamente capaces de hacer sus aportaciones mínimas de productos alimenticios a dicha mesa y no habían sido culpables de ningún acto de cobardía ni de ninguna fechoría ni ningún delito público inhabilitarte. Es sumamente improbable que una asamblea de guerreros como ésta hubiera nacido, o estado en buena situación para recibir siquiera los limitados derechos y privilegios concedidos según las condiciones de la Gran Retra, antes de que Esparta hubiera creado una falange exitosa de soldados de infantería fuertemente armados. Esto no habría sucedido antes de aproximadamente 675 como mínimo, y aún más tarde si tenemos en cuenta la derrota de Esparta contra Argos en Hysias, en la zona fronteriza de Tireatis, en 669 a.C. según la tradición, que fue seguida de una importante revuelta de los recién conquistados mesenios. Por tanto, una fecha del segundo cuarto del siglo VII parece la más probable para esa innovación, y puede que otro pasaje de poesía extranjera citado por Plutarco en el *Licurgo* se refiera específicamente a la satisfactoria finalización de las reformas políticas, combinada con el éxito militar de los ciudadanos hoplitas:

> Las puntas de lanza de los jóvenes florecen allí...
> junto con la Musa de sonido claro
> y la justicia en las anchas calles.[11]

El autor de estos versos, Terpandro de Lesbos, destacó aproximadamente en aquella

---

[10] Píndaro, fragmento lírico, citado en Plutarco, *Vida de Licurgo,* cap. 21.

[11] Terpandro, fragmento lírico, citado en Plutarco, *Vida de Licurgo,* cap. 21.

época y pudo muy bien haber visitado Esparta, quizá con motivo de la creación de un concurso de poesía y música en la festividad de la Carneia.

Los combates hoplíticos eran especialmente feroces y exigían una especie de guerra cuerpo a cuerpo, cara a cara, verdaderamente espeluznante a menos que los soldados se hubieran preparado física y mentalmente según el riguroso estilo espartano. Por lo general, una falange formaba ocho filas en fondo, estando la anchura determinada por el número de hileras; un ejército hoplita grande de 5.000 hombres, como el que los espartanos presentaron en la batalla de Platea en 479, tendría más de 600 hileras. Los hoplitas pudieron haber tomado su nombre de la pieza fundamental de su equipo, el escudo de dos asas que llevaban en una posición inalterablemente fija en el brazo izquierdo, de modo que la cobertura de su lado desprotegido dependía de su vecino a la derecha en la falange. La palabra griega *hopla,* que desde luego incluía el escudo, se usaba para referirse a las armas y la armadura conjuntamente. Una *panoplia* era un equipo completo de hoplita, que constaba de un gran casco de bronce construido a partir de una sola lámina de metal, que ofrecía buena protección para la cabeza pero volvía al hoplita prácticamente sordo; un peto de bronce o (más adelante) de cuero o tela; un escudo grande y redondo básicamente de madera, recubierto todo de bronce en el caso de los espartanos; protecciones abdominales y grebas de bronce, y posiblemente también protecciones de bronce para brazos y tobillos; una larga lanza de ataque hecha de madera de cornejo y rematada en ambos extremos con una cabeza y una punta de hierro; y para los espartanos una espada de hierro de refuerzo, inusitadamente corta, más parecida a una daga. Dos elementos más del uniforme son típicamente espartanos: el cabello largo y una capa de color rojo intenso (tan importante que acompañaba al hoplita espartano tanto en la vida como en la muerte). La eficacia en la acción dependía no sólo del mero número de combatientes sino de la coordinación estrecha,. La disciplina rígida y la moral alta. Los espartanos aseguraban esto mediante una instrucción constante, que eran capaces de asumir, pues podían permitirse mantener el único ejército profesional de toda Grecia.

La calidad de la valentía exigida por la guerra hoplítica se denominaba *andreia* en griego, literalmente virilidad u hombría. A las mujeres, incluso las espartanas, no se les permitía ir a la guerra, aunque a las chicas espartanas, a diferencia de las del resto de Grecia, se las educaba y socializaba formalmente, como veremos más adelante (capítulo 5), con el fin de convertirlas en compañeras adecuadas para los hombres y en madres adecuadas de futuros guerreros espartanos. La formación de verdaderos hombres espartanos empezaba ya en serio al nacer, cuando no era el padre, como sería normal en otras partes, sino los ancianos del grupo tribal del niño quienes decidían si debía ser criado o no. Durante sus primeros siete años, un niño espartano era criado en casa, como cualquier otro niño griego, pero tras el séptimo aniversario se le sacaba del entorno familiar, para siempre, y se lo incorporaba al sistema educativo comunitario y obligatorio conocido como Agoge, o Cría/Educación. Entre los siete y los dieciocho años, los niños y los jóvenes estaban organizados en «manadas» y «rebaños», bajo la supervisión de espartanos adultos jóvenes. Se les alentaba a romper los vínculos exclusivos con sus familias y a considerar que todos los espartanos de la edad de su padre eran *in loco parentis.*

Un ejemplo particularmente llamativo de esta paternidad desplazada o vicaria era la

institución de la pederastia ritualizada. A partir de los doce años, se esperaba que cada adolescente aceptara a un guerrero adulto joven como amante —el término espartano técnico para el compañero activo de más edad era «inspirador», mientras que el joven recibía el nombre de «oidor»—. Seguramente, la relación era sexual por lo general, pero el sexo no era siempre el principal objetivo. La dimensión pedagógica se pone claramente de manifiesto en el relato de un joven espartano que cometió el error de gritar de dolor durante uno de los combates despiadadamente duros que salpicaban el desarrollo de la Agoge. Pero no fue el joven quien fue sancionado por esta infracción del código espartano de silencio autodisciplinado: el castigo cayó sobre el amante mayor del chico por no haberle educado como es debido. La Agoge duraba hasta los dieciocho años, cuando tenía lugar un proceso de selección para escoger a los destinados a los puestos superiores de una vida espartana adulta —miembros de la guardia real de élite, máximos cargos militares, a la larga elegidos para la Gerusía—. Estos espartanos selectos formaban lo que se conocía como la Cripteia, o Ejecutivo de Operaciones Especiales. Su tarea consistía en controlar a los ilotas amén de demostrar su buena disposición para las responsabilidades de la madurez guerrera.

Su selección, como la gestión de la Agoge en su conjunto, estaba probablemente en manos del paidonomos, literalmente el chico-rebaño, que era nombrado por los éforos («supervisores»): este consejo de cinco miembros elegía anualmente dirigentes que representaban el principal poder ejecutivo en el Estado espartano, junto a los dos reyes y de hecho a veces por encima de ellos. No obstante, los orígenes del cargo no están claros. Una tradición atribuía su creación al mismo rey Teopompo que conquistó Mesenia a finales del siglo VIII, pero su ausencia de la Gran Retra podría considerarse sorprendente —a no ser que fuera sólo después de la aprobación de la Gran Retra cuando adquirieron el conjunto de poderes que ejercieron en la época clásica—. En la época de Jenofonte había cada mes un intercambio de juramentos entre los éforos y los reyes: estos últimos juraban respetar y cumplir las leyes, y los primeros juraban respaldar a los reyes pero sólo a condición de que ellos respetaran y cumplieran realmente les leyes. Esto demostraba a todas luces hasta qué punto los éforos habían llegado a ejercer un control sobre reyes quizás excesivamente carismáticos y poderosos. También lo demostraba el hecho de que, siempre que un rey ejercía su prerrogativa hereditaria de dirigir en el extranjero un ejército espartano o aliado, iba acompañado de dos de los cinco éforos, que a su regreso informaban de la conducta del rey y, si era preciso, iniciaban procedimientos legales contra él.

Después de la Agoge, el requerido apuntalamiento social del estilo militar de vida lo proporcionaba el sistema de mesas comunes *(pheiditia, sussitia),* también conocidas como tiendas comunes *(suskania).* La elección para las mismas tenía lugar cuando los candidatos tenían en torno a veinte años, y era competitiva: un simple voto negativo bastaba para rechazar a un candidato. Naturalmente, algunas mesas eran más exclusivas y deseables que otras, sobre todo la mesa real, en la que ambos reyes cenaban con sus asistentes elegidos cuando se hallaban en Esparta. No conseguir la elección a ninguna mesa común equivalía a la exclusión del conjunto de ciudadanos espartanos y, quizá, también del ejército.

La principal comida del día se tomaba por la noche. Cuando los comensales entraban o

salían del comedor estaban prohibidas las antorchas encendidas, al parecer para acostumbrar a los soldados a los movimientos sigilosos de noche (algo en lo que los ejércitos espartanos eran especialmente hábiles). La asistencia a estas comidas diarias de la mesa común era tan importante que se aceptaban sólo y exclusivamente dos razones para estar ausente: tener que llevar a cabo un sacrificio religioso o formar parte de una expedición de caza. En Esparta, la caza tenía una enorme importancia simbólica: era un ritual de hombría que enfrentaba a un hombre contra el temible jabalí, pero también tenía una considerable utilidad práctica, pues no sólo desarrollaba destrezas militares secundarias sino que también complementaba con piezas de varias clases las raciones típicamente frugales de las cenas. Estas raciones no eran, como en el sistema cretense de cenas públicas, repartidas desde un almacén central, sino que dependían de las aportaciones individuales de sus miembros. De hecho, la ciudadanía de un hombre dependía de su capacidad para mantener su condición de miembro de la mesa común, una vez escogido, contribuyendo con un mínimo fijado de productos naturales. (Véase el apéndice.)

Estos alimentos —sobre todo cereales, aceite de oliva y vino— eran producidos principalmente por ilotas que trabajaban en parcelas de los espartanos denominadas *klaroi. En* realidad, los ilotas eran el fundamento no sólo del sistema de mesas comunes sino de todo el edificio político, militar, social y económico de los espartanos. Seguramente muchos de ellos ya existían en Laconia, sobre todo en la llanura de Helos del valle del Eurotas, a mediados del siglo VIII o poco después. De lo contrario, resulta difícil explicar por qué los espartanos trataron de satisfacer sus ansias de nueva tierra y mano de obra esclava buscando primero ilotas y *klaroi* por la alta cordillera del Taigeto hacia el oeste. Desde luego se atribuyó a Licurgo la distribución de tierra en Laconia y Mesenia, que dio como resultado 9.000 parcelas y en teoría 9.000 ciudadanos espartanos en total, aunque en realidad una medida tan drástica como la redistribución de la tierra sería impuesta sobre la élite espartana sólo a causa del levantamiento de los ilotas mesenios en el segundo cuarto del siglo VII. Fue durante esta segunda guerra mesenia cuando Tirteo escribió las exhortaciones marciales en verso, consideradas adecuadamente inspiradoras. Hacia 650, con la revuelta ilota en Mesenia casi sofocada, los espartanos se encontraron en la vanguardia de la prosperidad y el éxito griegos, propietarios del mayor territorio de ciudades—estado del conjunto del mundo griego (unos 8.000 kilómetros cuadrados) y una mano de obra servil para trabajar las partes más fértiles del mismo, los valles del Eurotas y del Pamisos.

El nombre «ilotas» significa «cautivos», y los ilotas fueron sometidos y explotados por los espartanos como equivalentes de los cautivos de guerra. Al ocupar su cargo en otoño, cada nuevo consejo anual de éforos hacía pública una proclama a todos los espartanos para que «se afeitaran el bigote y obedecieran la ley». En una ocasión, la siguiente proclama pública fue una declaración de guerra a los ilotas. Ésta fue ideada para aplicar a estos últimos la ley marcial y absolver de antemano a cualquier espartano de la culpa de derramamiento de sangre si considerase necesario o deseable matar a un ilota (como hacían a menudo deliberadamente los miembros de la Cripteia). De todos modos, como mano de obra, los ilotas no constituían un caso único en el mundo griego: los penestas de Tesalia, por ejemplo, eran un grupo étnico griego similar que fue esclavizado en masa al servicio de sus amos griegos libres. Sin embargo, los ilotas fueron el grupo más polémico,

ante todo porque eran griegos y compartían la cultura y la lengua de sus amos, en marcado contraste con los típicos esclavos de Grecia, que eran extranjeros importados o «bárbaros». Además, los ilotas no sólo consiguieron rebelarse más de una vez —mientras que los que eran propiedad individual jamás lo hicieron—, sino que al final, en 370—369, los ilotas mesenios se sublevaron para lograr la libertad personal y la libertad política total.

Además de los espartanos y los ilotas, o más bien entre ambos, dentro de las fronteras del Estado espartano había un tercer grupo de población. Sus miembros recibían el nombre de periecos, «los que viven por ahí» o «los que viven ahí fuera», pues ocupaban las laderas y zonas costeras menos fértiles de Laconia y Mesenia, por lo que habitaban cerca de los ilotas, contra los cuales ayudaron a los espartanos actuando como sistema de alerta y primera línea de defensa. Se decía que había unas cien comunidades periecas, cada una de ellas dignificada con la etiqueta de *polis,* aunque la realidad estaba más cerca de ochenta ciudades y pueblos; además, una *polis* perieca tenía reconocidos sólo derechos políticos locales, ni voz ni voto en la elaboración de la política en la misma Esparta. Así pues, los periecos eran formalmente individuos libres de los espartanos, a disposición de éstos sobre todo para fines económicos y militares.

Antes de la catástrofe de 370-369, sabemos que los periecos se rebelaron contra Esparta sólo una vez, durante la llamada tercera guerra mesenia, la revuelta ilota principalmente mesenia desencadenada por un terremoto enormemente destructivo que sufrió Esparta alrededor de 464. Aparte de eso, su principal, y creciente, valor para Esparta fue la provisión de un suministro regular de hoplitas, al principio como refuerzo en sus propios contingentes separados, pero después de 464 ya incorporados a los mismos regimientos de los hoplitas espartanos. Cuando luchaban así, los periecos eran llamados «lacedemonios» igual que los espartanos, razón por la que seguramente llevaban la letra *lambda* (una «V» invertida) estampada en sus escudos igual que aquéllos.

Como que, en cualquier caso, en la época clásica los espartanos tenían prohibido legalmente trabajar o realizar cualquier actividad comercial —de hecho cualquier actividad económicamente productiva salvo la guerra—, los periecos llenaron ese vacío como comerciantes y artesanos, gracias especialmente a su ubicación a lo largo de las costas de Laconia y Mesenia (su ciudad de Giteo, en Laconia, era el principal astillero naval y puerto de Esparta) y a su acceso a algunos de los más ricos depósitos de mineral de hierro en la Grecia continental, en Boeas, península de Malea. Fueron ellos, o sus esclavos, quienes probablemente extrajeron la piedra caliza adecuada, azulada, que se utilizó para hacer casas y estatuas en Esparta y alrededores. Obtuvieron asimismo la arcilla que se convirtió en la fina cerámica pintada que, en el siglo VI, alcanzó una sorprendentemente amplia difusión por todo el Mediterráneo, llegando hasta el mar Negro. Y fueron también ellos quienes crearon y exportaron la serie de estatuillas de bronce de extraordinaria calidad que empezaron siendo caballos a finales del siglo VIII y pasaron a ser hoplitas y atletas en el vi. Desde luego fueron ellos también quienes, finalmente, trabajaron como armeros y fabricantes de armas, la infraestructura esencial de la máquina militar espartana.

Es fácil olvidar a los periecos al escribir una historia de los espartanos, sobre todo porque a veces podrían ser denominados con el mismo nombre étnico—político, pero esta historia de los espartanos intentará por todos los medios no cometer este grave error.

ESTRUCTURA POLÍTICO-SOCIAL ESPARTANA (700 a.C)

2

Esparta en 500 a.C.

En el capítulo anterior hemos intentado situar el escenario y el contexto en los cuales se desarrollarán los episodios y procesos cruciales del período 480-360 a.C. El escenario y el contexto pueden resumirse como la «Esparta litúrgica», la Esparta supuestamente creada *ex nihilo* por la hechicería legislativa de un tal Licurgo algún tiempo antes del siglo VI. De hecho, cualquier Licurgo real habría estado implicado en la conservación o la reforma de tradiciones, así como en la innovación desde cero: éste será el principal mensaje de este capítulo. Aquí ampliaremos nuestros horizontes desde el sur del Peloponeso hasta el conjunto del universo griego. Analizaremos las relaciones entre los mundos de Esparta y la Hélade en general, y especialmente en relación con la diplomacia y la expansión militar espartana. En torno a 500, Esparta creó una alianza militar multiestatal que conocemos como Liga del Peloponeso; esto fue propiciado en parte por sus, a la sazón, hostiles relaciones con Atenas, que había escapado de las mandíbulas ciertamente benignas de una tiranía o dictadura patriarcal para inventar, en 508—507, el primer sistema democrático de autogobierno del mundo. En relación con ambos hechos, tuvieron lugar los contactos iniciales con el Imperio persa, que había sido fundado por Ciro el Grande a mediados del siglo VI y que a principios del v amenazaba con tragarse el mundo griego egeo.

De hecho, Heródoto comienza la parte narrativa de sus *Historias* con la indagación del fabulosamente rico rey Creso de Lidia sobre cuál era el Estado más poderoso de la Grecia continental. Creso sabía mucho sobre los griegos, pues algunos de ellos, en la costa de Asia Menor, eran súbditos suyos, y él no era ni mucho menos hostil a la cultura griega, sino que más bien temía el ascenso del poderoso Imperio persa bajo el rey Ciro II el Grande, que había empezado su andadura aproximadamente en 560 y a principios de la década de 540 estaba amenazando la independencia del propio reino de Creso. Tras llegar a la conclusión de que Esparta y Atenas eran entonces los dos Estados griegos más fuertes, y de que Delfos era el oráculo más importante del mundo griego, actuó con arreglo al supuesto consejo de Delfos: si cruzaba el Halis, destruiría un gran imperio. Por desgracia, el reino que destruyó al cruzar el río fue el suyo; de modo que, tras ocupar Lidia, Ciro envió a su general medo Harpago a someter o absorber pacíficamente en su imperio a los griegos de Asia.

Por lo común, los griegos confundían a los persas con sus parientes lejanos los medos. Por ejemplo, el epitafio del dramaturgo trágico Esquilo, al referirse a sus hazañas en la batalla de Maratón en 490, habla del «medo de pelo largo» como alguien consciente de esas asombrosas proezas. En realidad, los medos y los persas eran pueblos bastante distintos, con costumbres muy diferentes, y el Imperio persa aqueménida de Ciro basa su origen en que cambió radicalmente las relaciones políticas tradicionales entre ambos. A partir de entonces, los persas del sur de Irán tendrían una función dirigente y los medos

del norte de Irán desempeñarían un papel secundario. En otro tiempo, tras su victoria sobre los babilonios en Nínive en 612, los medos habían sido una potencia imperial. Uno de los legados del sistema imperial de Ciro fue la palabra que los griegos transcribían como «sátrapa», que significaba virrey o gobernador imperial. Una de las veinte o más satrapías del Imperio persa se formó a partir de lo que había sido el reino de Creso en Lidia, siendo Sardes su capital. Otra se creó en la región griega de Jonia, más al oeste, que incluía ciudades importantes como Éfeso o Mileto. Pero no es que los persas se aprovecharan de los medos. Como hemos visto, el comandante máximo de una misión podía ser un medo como Harpago, a quien durante la campaña de Maratón de 490 sucedería el medo Datis, nombrado por el yerno de Ciro, el rey Darío I.

Hecateo, el inmediato predecesor intelectual de Heródoto, era de la jónica Mileto. Heródoto era originario de la ciudad dórica de Halicarnaso, más al sur. Hecateo estaba en contacto con las últimas tendencias de pensamiento «científico» puestas en marcha por Tales, también de Mileto, en los primeros años del siglo VI. Tales quizá se refirió a sus estudios sobre la naturaleza del cosmos como *historia* con el significado de «investigación»; casi seguro que Hecateo utilizó esta palabra con respecto a sus propias investigaciones, pero lo que él estudiaba no era el cosmos no humano sino el mundo del hombre. Tuvo sus frustraciones. «Los relatos que cuentan los griegos —despotricaba— son muchos [es decir, contradictorios] y ridículos.» Heródoto, que inevitablemente siguió los pasos de Hecateo en cierta medida, a veces literalmente y a menudo sin una mención directa, habría estado de acuerdo, pero adoptó una actitud aparentemente más liberal:

> Mi tarea consiste en narrar las historias que se cuentan; no tengo por qué creerlas forzosamente.[1]

Los relatos que le interesaban más, y probablemente también a quienes le leían y escuchaban en el siglo V, tenían que ver con los orígenes del gran conflicto entre Occidente y Oriente, entre los griegos y los bárbaros, o lo que nosotros denominamos las guerras greco—persas de principios del siglo V. Así es como describe su autoproclamada tarea en el prefacio de sus *Historias:*

> Ésta es la exposición de la investigación *[historiê]* de Heródoto de Halicarnaso, llevada a cabo para que los logros humanos no se olviden con el tiempo, y para que las grandes y maravillosas hazañas tanto de los griegos como de los bárbaros no griegos tengan su merecida gloria; y, sobre todo, para explicar la causa por la que acabaron combatiendo entre sí.[2]

Para explicar «por qué los griegos y los bárbaros no griegos... acabaron combatiendo entre sí», empezó su historia, como hemos visto, alrededor de 550 a.C., aproximadamente setenta años antes de su nacimiento. Seguramente pudo hablar con pocas personas, si acaso alguna, que hubieran experimentado realmente y pudieran recordar sucesos tan antiguos, pero los hijos y sobre todo los nietos de esos hombres sí habrían podido contarle

---

[1] Heródoto, VII, 152.
[2] Heródoto, I, prefacio.

historias —todas, por supuesto, a su manera y con su propio enfoque—. Es tal el estado de nuestras pruebas en general y la calidad de las *Historias* de Heródoto en particular, que hemos de utilizar —y podemos hacerlo con cierta seguridad—a Heródoto como guía de los principales acontecimientos cronológicos, geográficos y políticos en el este del Mediterráneo y en Oriente Próximo y Oriente Medio entre 550 y 479 aproximadamente. Todo lo posterior a 479 él lo llamaba «después de las guerras medas», es decir, después de las guerras persas, y ésta no era su especialidad. Dejó que otros, entre ellos su gran sucesor Tucídides, retomaran el hilo en 478.

Heródoto hace constar que los espartanos mostraron muy pronto interés en el avance de Ciro hacia la costa egea. Al parecer, mandaron una embajada a Ciro para comunicarle de manera pomposa que dejara en paz a sus hermanos griegos orientales. La presunta respuesta de Ciro fue un desaire escalofriante: «¿Quiénes son estos espartanos?». Durante dos generaciones, sus sucesores tendrían sobradas razones para saber quiénes eran de primera mano, sobre todo en los campos de batalla de las Termópilas y Platea. No menos interesante que la evidente ignorancia de Ciro es el aparente conocimiento e interés de los espartanos en el ascenso de Persia. Ésta no es —todavía— la postura aislacionista, de avestruz, de Esparta que aparece muy a menudo en las páginas de Heródoto y ha llegado a ser una parte esencial del mito, la leyenda o el espejismo espartano: la Esparta que llegó al extremo de llevar a cabo expulsiones rituales de extranjeros, griegos y no griegos, y de rechazar, a diferencia de otros griegos, la distinción verbal entre «bárbaros» no griegos y «forasteros» griegos *(xenoi).* Por suerte, la arqueología confirma este aperturismo de Esparta en la segunda mitad del siglo VI. Fue la época en que, por ejemplo, como vimos en el capítulo anterior, Baticles de Magnesia, en el Meandro de Asia Menor, recibió el encargo de construir un «trono» para Apolo en Amiclas.

En 500 a.C., la Hélade, como llegó a conocerse el área de asentamientos griegos, se extendía desde el estrecho de Gibraltar en el oeste hasta la parte más oriental del mar Negro. Esto fue producto de lo que los historiadores modernos denominan, para abreviar, el movimiento de colonización, o período de colonización, aunque es importante recordar que Siracusa, por ejemplo, fundada por Corinto en 733, o Taras (Tarento), fundada por Esparta más o menos en 706, no eran colonias en el sentido actual de la palabra, sino poblaciones totalmente nuevas e independientes desde el inicio. Una explicación de que Taras fuera la única colonia espartana era que Esparta podía resolver el problema del ansia de tierra que había detrás de buena parte del movimiento de colonización en su conjunto expandiéndose hacia Laconia y Mesenia. En cierto modo, de hecho, el Estado espartano de Lacedemonia no era sólo un Estado conquistador sino más exactamente un Estado colonial. No obstante, aproximadamente un siglo y medio después de la fundación de Taras, se apoderó de los espartanos una avidez de tierra, o acaso deberíamos decir más bien una renovada ambición imperial.

Tras expandirse primero hacia el sur y el oeste, en torno al segundo cuarto del siglo VI los espartanos decidieron extender su territorio hacia el norte, lo que significaba la región interior de la Arcadia, en el Peloponeso central. En la actualidad, la imagen de Arcadia ha llegado a ser la de un paisaje bucólico, idílico, de aspecto seductor y delicado, pero la verdadera Arcadia antigua era una zona montañosa dura y agreste. Estaba lo bastante alejada para que sobreviviera un dialecto que es el descendiente histórico más directo del

dialecto predominante en las tablillas en Lineal B de la micénica Edad Tardía del Bronce, y era lo bastante pobre para ser una fuente regular de ávidos arcadios en busca de trabajo como mercenarios en el extranjero desde, al menos, principios del siglo V. Naturalmente, los espartanos fueron perfectamente capaces de fabricar una autorización divina para su incursión en Arcadia, en forma de oráculo délfico ideado para adelantarse a la acusación de que se trataba de una simple y pura agresión. No obstante, el respaldo de Apolo tardó un tiempo considerable en convertirse en un éxito, y al final los espartanos tuvieron que conformarse con bastante menos que una repetición de su conquista de Mesenia.

En una ocasión bien conocida, gracias a Heródoto nos enteramos de que los espartanos marchaban llevando varas de medir para dividir la tierra que pensaban adquirir pronto, así como cadenas para encadenar a sus nuevos ilotas arcadios que trabajarían la tierra para ellos, pero fueron derrotados y acabaron como prisioneros de guerra cargados con sus propias cadenas. La batalla acabó siendo conocida como la batalla de los Grilletes, y un siglo después, en el templo de Atenea Alea, en Tegea, a Heródoto le enseñaron lo que, según se afirmaba, eran las cadenas verdaderas. Transcurridos 600 años, era tal la fuerza de la tradición que al viajero griego de inspiración religiosa Pausanias por lo visto le mostraron las mismas cadenas. Si a los espartanos no les había servido la fuerza, había que utilizar en su lugar la propaganda y la diplomacia engañosas.

Para empezar, los espartanos descubrieron y recuperaron en Tegea los huesos de «Orestes». Orestes era espartano por parte de madre, hijo de Agamenón y de Clitemnestra, y sobrino del espartano rey Menelao. La clave de la afirmación de que esos huesos eran suyos estaba en demostrar la reivindicación «hereditaria» de Esparta sobre Tegea. (En cuanto al hecho científico tal cual, los prodigiosamente grandes huesos descubiertos probablemente eran los de un dinosaurio prehistórico.) Fueron «devueltos» con toda solemnidad a Esparta para ser enterrados de nuevo, y allí fueron objeto de otro culto heroico. Al mismo tiempo, seguramente los supuestos huesos de Tisameno, hijo de Orestes, fueron también «devueltos» a Esparta desde la región de Aquea, en el extremo norte del Peloponeso. El sentido de este gesto era poner de relieve la legitimidad de los espartanos para gobernar todo el Peloponeso por derecho hereditario. En otras palabras, la recuperación y el nuevo entierro de los huesos de Orestes y Tisameno, traídos desde Tegea y Aquea, respectivamente, eran el rostro mítico, propagandístico, de la campaña diplomática realista y prosaicamente pragmática que los espartanos estaban haciendo simultáneamente, y que estaba concebida para poner todo el Peloponeso bajo su dominio diplomático-político-militar.

De hecho, este objetivo prácticamente se alcanzó mediante la creación de lo que los eruditos modernos denominan la Liga del Peloponeso. En realidad, como el Sacro Imperio Romano de Voltaire (ni sagrado, ni romano, ni imperio), la Liga del Peloponeso no era totalmente peloponesia ni lo que hoy entendemos por una liga. Nunca abarcó a todos los Estados de la península, siendo Argos la ausencia más notoria. Asimismo, desde el principio incluyó Estados que no se encontraban geográficamente dentro del Peloponeso, como Megara, Egina y a la larga los beocios encabezados por Tebas. No era una liga en el sentido moderno, pues los aliados no estaban aliados todos entre sí (aunque sí algunos), sino que más bien todos estaban aliados individualmente con Esparta. Además, no se trataba de una alianza entre iguales. En sus juramentos, juraban en nombre del dios

pertinente (por ejemplo, Zeus olímpico) tener los mismos amigos y enemigos que los espartanos. Juraban —algunos, en todo caso— acudir en ayuda de los espartanos en el caso de una revuelta ilota. Juraban seguir a los espartanos dondequiera que éstos los condujeran, pero los espartanos no quedaban obligados por ningún compromiso recíproco.

Las razones de ello son obvias en los dos últimos casos, pero no fue inmediatamente obvio que los espartanos no debían jurar tener los mismos amigos y enemigos que sus diversos aliados o por qué. La explicación, de hecho, era un desequilibrio de poder. Los espartanos no estaban en condiciones de comprometerse —contra su voluntad— a adoptar una política que, a su entender, favorecería diferencialmente a un aliado más que a ellos mismos. A la larga, en circunstancias sobre las que volveremos, los aliados sí adquirieron el derecho colectivo a ser consultados antes de comprometerse con una política o una acción deseada por los espartanos. También había una cláusula resolutoria, apropiadamente religiosa, que les permitía alegar un compromiso religioso anterior para quedar exentos de una acción o política aprobada por la alianza en su conjunto. El equilibrio de poder entre Esparta, por un lado, y los aliados, por otro, era manifiestamente claro. Desde un punto de vista técnico, por tanto, la Liga del Peloponeso —en habla antigua, «los espartanos y sus aliados» o «los peloponesios»— era una simaquia hegemónica de carácter desigual. Esparta era el *hêgemôn* o líder, y los aliados eran *summachoi,* es decir, estaban comprometidos tanto a atacar como a defender en nombre y a instancias del *hêgemôn.*



Puede que la alianza pactada entre Esparta y Tegea, cuando el episodio de los «huesos», fuera la primera de una serie que condujo a la cristalización final de la Liga. Pero también puede que fuera la pactada entre Esparta y Elis, pues Elis controlaba Olimpia, y la relación de Esparta con Olimpia era muy estrecha, sólo superada por la que tenía con Delfos, el otro gran santuario panhelénico, griego por antonomasia. El carácter griego, como veremos especialmente en relación con los sucesos de 480-479, nunca fue un factor muy fuerte, no digamos ya decisivo, en las relaciones interestatales. Muy a menudo, las ciudades griegas solían luchar unas contra otras más que en el mismo bando, pero los grandes santuarios panhelénicos sí ofrecían un importante componente de la unidad principalmente cultural que proporciona una noción de «lo griego», y al menos durante los Juegos Olímpicos que se celebraban cada cuatro años se producía una tregua concebida para expresar o imponer la amistad panhelénica y no la enemistad. Los funcionarios aportados por Elis para supervisar la organización de los

Juegos recibían el revelador nombre de *hellanodikai,* algo así como «jueces de los griegos», y todas las ciudades griegas tenían interés en llevarse bien con ellos, pues si un ciudadano, pongamos, de Esparta lograba una victoria en los Juegos, ésta podía ser utilizada por la ciudad de Esparta para conseguir influencia y prestigio político en otros ámbitos. En otras palabras, la influencia en Olimpia era una útil mercancía diplomática, y los espartanos, que siempre procuraban explotar la devoción con fines políticos allá donde fuera factible, seguramente tomaron todas las medidas necesarias para establecer lazos diplomáticos permanentes y vinculantes con Elis desde el principio.

Por tanto, la alianza de la Liga del Peloponeso quizá comenzó a tomar forma hacia mediados del siglo VI, pero haría falta otro medio siglo para que adquiriese solidez institucional. Alrededor de 525 se puso en marcha un experimento interesante, que posteriormente Esparta ignoró por completo. Por primera y única vez antes de 480, los espartanos estarían luchando en una expedición naval en el extremo oriental, más alejado, del mar Egeo, casi en la masa continental de la propia Asia. Fue con ocasión de una expedición conjunta con los corintios para derrocar a Polícrates, tirano de Samos, y permitir el regreso de algunos exiliados samios. Como haría falta bastante persuasión para convencer a los marineros de agua dulce espartanos de que se aventuraran tan lejos de casa en un elemento desconocido, seguramente hubo algo en la causa o en los corintios, o en la combinación de ambas cosas, que explicaría la decisión en este caso excepcional.

En primer lugar, la causa. En los últimos tiempos, los espartanos se harían famosos por derrocar regímenes tiránicos de todas clases, es decir, sistemas ilegítimos, extra o inconstitucionales controlados generalmente por un autócrata. En realidad, su historial no es tan coherente ni tan de principios como la reputación parece indicar, de modo que buscaremos razones específicas, *ad hoc* o *ad hominem,* para cada caso individual. En el caso de Polícrates de Samos, hubo factores de diverso cariz. Por el motivo que sea, espartanos individuales ya habían establecido vínculos estrechos de amistad con samios individuales, lazos que renovaban o restauraban mediante visitas mutuas. Por ejemplo, aproximadamente en 550, un ciudadano espartano de pleno derecho —por lo demás desconocido— llamado Eumnasto dedicó a la Hera samia una vasija de bronce adornada con un león bastante logrado (en el que había inscrito su nombre). Sin duda, algunos de los exiliados expulsados por Polícrates eran a su vez espartanófilos. Heródoto hace constar, con cierto sentido del humor, que a los espartanos no les convencía la retórica —lo contrario de lo «lacónico»— de los exiliados, pero sí en cambio su causa, aunque por desgracia no deja claro exactamente por qué.

Con toda seguridad, un factor que influyó en su decisión fue la insistente petición de los corintios. Pues, aunque Heródoto no lo explica con detalle, seguro que los corintios ya eran aliados de Esparta en 525, de hecho probablemente en fecha tan temprana como Tegea y Elis. Ello se debía a convincentes razones geopolíticas más que sentimentales, aunque ambas ciudades eran dóricas (a diferencia de Tegea o Elis). Los corintios controlaban el paso terrestre para entrar y salir del Peloponeso a través del istmo de Corinto, y tenían puertos a uno y otro lado del mismo, lo que significaba que podían mandar flotas tanto hacia el este, al golfo Sarónico, como al oeste, al golfo de Corinto. Dada la gran hostilidad de Argos —justo al sudeste de Corinto— hacia Esparta, era imperioso que Esparta y Corinto se mantuvieran en todo caso «en el mismo bando», como

aliados y amigos. Desde luego; la relación funcionaba en ambos sentidos: los corintios necesitaban a Esparta como contrapeso de Argos o como respaldo a sus propios objetivos políticos fuera y dentro del Peloponeso. No obstante, la posición de Corinto era tal que por sí solo podía permitirse —y lo hizo más de una vez— oponerse abiertamente y sin ningún reparo a la voluntad de Esparta respecto incluso a las cuestiones más importantes, como la declaración de guerra contra un tercero o la dirección de una guerra ya acordada. Así pues, si en 525 los corintios instaban a una guerra contra Polícrates, eso era en sí mismo un convincente argumento a considerar por los espartanos.

¿Y qué hay del propio Polícrates? No era el primero que ejercía un poder exclusivo y tiránico en la isla de Samos, pero era con mucho la persona más eficiente e importante para ello; y Heródoto, que conocía bien Sanos de primera mano, se extiende perceptiblemente en el reinado de Polícrates debido a las tres grandes «maravillas» que se construyeron bajo su mandato: un túnel de un kilómetro a través de una montaña para procurar a la ciudad de Samos un suministro de agua seguro y defendible; un gran dique, o malecón, para proteger el puerto; y un magnífico templo dedicado a Hera, la diosa patrona de la ciudad. Polícrates también fue, tal como explica Heródoto de forma amena, el primer gobernante «de la denominada generación de hombres mortales» que ejerció una talasocracia, o dominio sobre los mares. Es decir, mientras el rey Minos de Creta también tenía fama de haber sido un talasócrata, mucho antes que Polícrates, su talasocracia pertenecía al pasado remoto del mito y la leyenda, no al tiempo verificable—mente auténtico de la historia humana. Las ambiciones navales de Polícrates lo llevaron a intervenir, por un lado en el oeste, en las Cícladas, donde colocó a Ligdamis como tirano títere, y por otro en el este, donde se encontró con la nueva gran potencia oriental, el Imperio persa, personificada en el sátrapa local de Lidia instalado en Sardes. Es la aparente disposición de Polícrates a aliarse con los persas lo que ha empujado a algunos expertos modernos a sugerir que tras la decisión de Esparta de derrocarlo había una estrategia antipersa.

Si esta sugerencia es acertada, no habría sido realmente la primera señal de las ganas de los espartanos de enfrentarse a Persia, aunque sí habría sido la primera prueba de su disposición a entablar un combate físico y casi directo contra los persas en o cerca de su propio terreno. Por desgracia, no es posible demostrar nada, por lo que hemos de dejarlo en el aire de momento y volver a los sucesos acaecidos más cerca de casa, concretamente a las relaciones entre Esparta y Argos. Estos dos Estados habían iniciado un rumbo de colisión quizá ya en la segunda mitad del siglo VIII. En todo caso, hay ciertos indicios de confrontaciones directas entre ellos en la poesía de Tirteo, que data de alrededor de 670. Si la fecha tradicional de la batalla de Hysias es correcta, entonces los dos Estados libraron una batalla campal en 669, que Argos —quizá (porque iba) dirigido por su dinámico rey Feidón— ganó de forma convincente.

La ubicación de Hysias, en la zona fronteriza de Tireatis, al noreste del territorio de Esparta, habla por sí misma de que Esparta había sido el agresor. Tanto más motivo, por consiguiente, para que la derrota dejara una herida profunda y duradera, una cuenta pendiente de resolver. Así, en cuanto los espartanos se sintieron capaces —es decir, tras el necesario acuerdo con Tegea, que estaba cerca de cualquier ruta obvia para cualquier ejército espartano que marchara al noreste del Peloponeso—, se propusieron encontrar

una solución de una vez por todas. Esto fue más o menos en 545, pues Heródoto sincroniza el episodio con la derrota de Creso a manos de los persas y la caída de Sardes, pero la forma en que se gestionó el conflicto fue, cuando menos al principio, llamativamente extraña.

En vez de comprometer a todas sus asambleas de hoplitas, los espartanos y los argivos acordaron librar una batalla de 300 paladines de cada bando, una especie de prueba épica de fuerza. Esto se tradujo en un resultado igualmente llamativo. Tras uno o varios enfrentamientos especialmente violentos, en el campo de batalla sólo quedaron tres combatientes vivos: dos argivos y un espartano. Los argivos, que eran por así decirlo instintivamente democráticos e igualitarios, consideraron que su mera superioridad numérica equivalía a la victoria —y regresaron a Argos a informar de ello y celebrarlo—. Sin embargo, el espartano superviviente, que desde luego no era democrático ni igualitario, se negó a admitir la derrota; todo lo contrario, reclamó la victoria para Esparta alegando que sólo él había permanecido «en su puesto» en el campo de batalla, como era propio de un verdadero hoplita, y en consecuencia levantó un trofeo de victoria en nombre de Esparta. Naturalmente, los argivos no iban a tolerar esto, así que enviaron su fuerza completa de hoplitas a enfrentarse a la leva espartana completa, y entonces los espartanos consiguieron una victoria de veras contundente. Como consecuencia directa de la misma, pasaron a controlar Tireatis, que incorporaron efectivamente a su territorio estatal de Lacedemonia.

Como espartanos que eran, siguiendo la costumbre celebraron la victoria y la nueva posesión de una manera simbólica, religiosa: en el lugar de la batalla se instituyó una festividad anual conocida como Parparonia, durante la cual los celebrantes llevaban coronas «tireáticas» y estatuillas de bronce, de las que se conservan buenos ejemplos, que se dedicaban a los dioses para ilustrar y reforzar el significado del acto. Heródoto añade que fue después de esta victoria cuando los espartanos adoptaron la práctica cultural característica en virtud de la cual sus guerreros se dejaban crecer el pelo orgullosa y aterradora—mente largo, aunque en realidad es improbable que esto estuviera ligado a un episodio concreto por trascendental que hubiera sido. A la inversa, la herida que esta derrota supuso para los argivos fue al menos tan profunda como la que ellos habían causado a los espartanos en 669 en Hysias. En 420, durante un respiro en la guerra ateniense, pidieron a los espartanos una revancha, o mejor dicho una repetición, de la batalla de los 300 Paladines... Aunque parezca mentira, los espartanos rechazaron la idea.

Así pues, en 525, seguramente Esparta tenía colocadas en su sitio la mayoría de las piezas del rompecabezas que a la larga formarían la Liga del Peloponeso propiamente dicha. Fueron las relaciones con Atenas las que proporcionarían el contexto de ese nacimiento definitivo de la organización. Repasemos brevemente la historia de Atenas hasta esta fecha. Como muchas ciudades griegas, en su época temprana Atenas había estado bajo el control de una aristocracia, cuyos miembros se llamaban a sí mismos eupátridas («hijos del bien, es decir, nobles, padres»). Su monopolio del poder político y religioso había sido modificado a principios del siglo VI por las reformas de Solón, otro (como el espartano Chilón) de los Siete Sabios de la antigua Grecia. No obstante, esas reformas no bastaron para evitar la tiranía, que con el tiempo llegó a Atenas, un siglo después de que hubiera surgido en Corinto y Sición. Tras dos éxitos previos parciales, el noble

Pisístrato finalmente instauró una autocracia estable alrededor de 545, que fue capaz, a su muerte en 528-527, de legar a su hijo Hipias. De ahí que, en 525, cuando Esparta y Corinto estaban intentando acabar con la tiranía de Polícrates de Samos, Atenas aún siguiera bajo el firme control autocrático de Hipias. De hecho, éste había podido engatusar o coaccionar a otros miembros de la nobleza ateniense para que ocuparan cargos de responsabilidad — hombres como Clístenes, de la familia de los alcmeónidas, que en 525-524 ejerció de arconte epónimo.

No obstante, hacia 514, a algunos nobles se les estaba acabando la paciencia, y hubo una tentativa de asesinar a Hipias. Salió mal, y el que resultó asesinado fue su hermano Hiparco, después de lo cual Hipias se volvió bastante menos afable y su forma de gobernar más parecida a lo que entendemos por tiránica. Clístenes, perdida la esperanza de la revolución interna, marchó al exilio con unos cuantos seguidores suyos y en 513 intentó una incursión y un golpe de Estado desde el exterior, pero sin éxito. Por tanto, dirigió su atención a Delfos, ombligo de la tierra, y suavizó la actitud de Apolo ante su causa pagando una restauración carísima de su principal templo en el santuario. Como consecuencia de ello, cada vez que los espartanos efectuaban una de sus tradicionales consultas al oráculo, la respuesta que obtenían siempre, con independencia de cuál fuera la pregunta, era: «Id y liberad Atenas de la tiranía de Hipias». Estas respuestas les provocaban no poco desconcierto, pues ellos —o al menos los dirigentes de Esparta, cuyas opiniones eran las que realmente importaban— hasta la fecha habían mantenido relaciones buenas, se diría que cordiales, con Hipias y su familia. Por ejemplo, en 519 habían aconsejado a la pequeña ciudad beocia de Platea que se aliara con la Atenas de Hipias y no con la Liga Pambeocia dominada por Tebas. Esto sembró entre Tebas y Atenas una enemistad que duró muchos años.

Al final, en 512 o 511, la devoción y un hábil cálculo de la utilidad convencieron a los espartanos de que debían mandar una expedición para derrocar a Hipias. Curiosamente, no la enviaron por tierra sino por mar, y no bajo el mando de uno de los dos reyes (Cleomenes 1 y Demarato) sino bajo el de un tal Anquimdio, que sin duda era distinguido y pertenecía a una familia destacada, aunque aparte de eso no sabemos nada de él. Quizá no sea del todo sorprendente que esa primera expedición fuera un completo fracaso; hizo falta una apropiada invasión terrestre bajo el mando del rey Cleomenes en 510. Ésta sí se saldó con un éxito total. Hipias y sus hijos fueron hechos prisioneros y obligados a marchar al exilio, y Clístenes y sus compañeros exiliados pudieron regresar y reanudar la actividad política normal. Sin embargo, lo que se había considerado política normal antes de la tiranía de Pisístrato ya no funcionó nunca más; concretamente, no satisfacía a los ciudadanos atenienses de nivel medio, que se consideraban con derecho a una mayor cuota de poder, ni a los ciudadanos pobres, que se creían con derecho al menos a tener voz y voto. El sagaz Clístenes empezó a buscar el apoyo de esta —hasta la fecha—mayoría silenciosa de ciudadanos, y en 508-507 dio su nombre a un conjunto de reformas que, en retrospectiva, podemos entender que fueron el preludio de una especie de democracia primitiva, la de Grecia, y efectivamente el primer ejemplo de «poder popular» del mundo.



CLEOMENES
(reinado c. 520-490)

En la *Política* (escrita en las décadas de 330 y 320), Aristóteles rechazaba a los espartanos calificándolos de meros generales hereditarios y nada más, pues en su territorio tenían tan poca autoridad que fueron condenados de forma humillante a adular a los éforos de la época. Cleomenes I, junto con Agesilao II (que reinó *c.* 400-360), es uno de los dos reyes espartanos que más activamente pusieron en entredicho esa afirmación desdeñosa. De hecho, en una sociedad militar agresiva y próspera como la espartana, acceder al alto mando militar por derecho de nacimiento no era una prerrogativa menor.

A mi juicio, deberíamos seguir el ejemplo de Heródoto sobre la importancia de la monarquía espartana. El historiador dedica un apéndice entero a sus prerrogativas dentro del territorio y en el extranjero, como parte de un pasaje cuyo efecto (e intención, seguramente) es poner de manifiesto lo extraña y diferente, lo «ajena», que era Esparta en comparación con el común de ciudades griegas. Es también en esta narración donde se desvela cuánto poder podía ejercer en la práctica un rey espartano hábil y astuto.

De todos modos, esto es algo paradójico en el caso de Cleomenes I, pues Heródoto parece decidido a bajarle los humos desde el principio. Reinó «durante no mucho tiempo», fue juzgado por los éforos, tuvo que recurrir al soborno y la corrupción de Delfos para conseguir el destronamiento de un «co-rey», no logró que Esparta actuara de la manera contundente que él quería contra Persia, y por último se volvió loco de atar y terminó mal —merecidamente, pues Heródoto consideró esto como un castigo divino por su sacrilegio délfico—. Por fortuna, sin embargo, la explicación de esta tendencia patente —una combinación de la propia religiosidad de Heródoto y su exposición al cuidadosamente artificioso descrédito póstumo al que se vio sometido Cleomenes por sus enemigos— es muy evidente, y el propio Heródoto suministra buena parte de las pruebas en contrario que necesitamos para escribir un escenario alternativo.

La pintoresca carrera de Cleomenes empezó antes incluso de nacer, por así decirlo. Fue el primer hijo varón de Anaxándridas II, pero no de la primera esposa de éste —de hecho, la única en aquel momento—. La primera esposa no lograba concebir, y como es lógico fue ella y no Anaxándridas quien, gracias a los conocimientos de anatomía de los antiguos griegos y a su sexismo patriarcal, fue culpada de este fracaso. No obstante, Anaxándridas la amaba, o en todo caso no quería perderla, y sólo cuando los éforos le ordenaron formalmente que lo hiciera accedió por fin a tomar otra esposa. Curiosamente, esta segunda esposa procedía de la familia del sabio Chilón y fue la madre del futuro Cleomenes. I, que nació algo después de 560 a.C. De todos modos, Anaxándridas no abandonó del todo a su primera esposa; de hecho, se negó a divorciarse de ella y por tanto cometió bigamia al casarse con la madre de Cleomenes, «actuando de una manera nada espartana», según Heródoto. En realidad, tan lejos estaba de abandonar a su primera mujer que tuvo tres hijos varones con ella, lo que fue la causa de la primera disputa documentada por la

sucesión al trono espartano —aunque seguramente no la primera real.

Cuando murió Anaxándridas, en torno a 520, Cleomenes y su hermanastro más joven Dorieo pugnaron por la sucesión al trono agíada. Heródoto, influido acaso por sus fuentes, dice que la reivindicación de Dorieo se basaba en su *andragathiê,* su coraje varonil, y entiendo que esto es una referencia a las cualidades que había exhibido durante la Agoge y también como guerrero adulto joven, tal vez en la campaña de 525 contra, entre otros, Polícrates de Samos. Los príncipes espartanos coronados de cada casa real estaban, de forma excepcional, exentos de la obligación —por lo demás, universal— de todos los espartanos de pasar por la Agoge como condición para alcanzar la ciudadanía. Esta exención era concedida quizás en parte por razones pragmáticas, en el caso de que un príncipe coronado demostrara no estar a la altura de las exigencias físicas y psicológicas de la Agoge, pero seguramente era por razones sobre todo simbólicas, para subrayar lo extraordinarios que eran los reyes espartanos, como «semilla que realmente eran del semidiós hijo de Zeus», Heracles. Como no era heredero forzoso, Dorieo seguramente no estuvo exento de la Agoge y al parecer aprovechó su oportunidad para destacar.

Esto no es ni mucho menos lo único interesante sobre el joven Dorieo. También está su nombre, que significa «dorio» y da prestigio. Naturalmente, todos los espartanos eran dorios, entonces ¿por qué llamar así a uno de ellos? La explicación quizá sea que la acción de poner nombre era programática. En términos míticos, las familias reales dirigentes y otros aristócratas espartanos afirmaban ser descendientes de los «aqueos» de Homero, y concretamente los miembros de la familia real reivindicaban su pertenencia al linaje de Menelao. Alrededor de 550, como hemos visto, hubo cierto alboroto cuando se recuperaron en Tegea los supuestos huesos del «aqueo» Orestes, y de forma simultánea los de su hijo Tisameno en la región del Peloponeso conocida como Aquea. Esto puede muy bien ser considerado una política «aquea», pudiéndose entender como una réplica a la misma el hecho de poner el nombre de Dorieo, decisión debida quizás a la familia de su madre, con la que se pretendía recalcar que Dorieo pertenecería más al pueblo que a una élite aristocrática exclusiva y altanera.

En cualquier caso, ésta parece haber sido la línea adoptada por Dorieo cuando reclamó el trono a la muerte de su padre Anaxándridas. Reclamación a la que Cleomenes respondió diciendo que él era el primogénito del rey muerto y además nació después de que Anaxándridas hubiera llegado a ser rey, como si gracias a esto su nacimiento fuera más real y legitimador. No sorprende que los espartanos optaran por su costumbre tradicional e instalaran a Cleomenes en el trono, aunque no podían sospechar exactamente dónde se estaban metiendo. Dorieo, considerando que Esparta no era lo bastante grande para él y Cleomenes, aprovechó la primera oportunidad para irse de casa y buscar gloria y fama en el extranjero, intentando sin éxito fundar una colonia en el norte de África o en Sicilia —que habría sido sólo la segunda de Esparta, detrás de Taras.

Cleomenes vuelve a aparecer en 519, si nos fiamos de la interpretación de los numerales en un pasaje de Tucídides referente al arbitraje de aquél en una disputa entre Atenas y Tebas. La disputa tenía que ver con el estatus de Platea, que era beocia por geografía e identidad étnica y cuya lealtad, por tanto, era reclamada por Tebas, la potencia beocia más importante de esa época y las posteriores. Sin embargo, a Cleomenes le preocupaba el poder de Tebas, y Esparta tenía entonces buenas relaciones con Atenas, que estaba

gobernada por el tirano Hipias, hijo del fundador de la tiranía, Pisístrato. Así que mató dos pájaros de un tiro al aconsejar a Platea que se aliara con Atenas y permaneciera fuera del redil político beocio, con lo que se granjeó las simpatías de Atenas y aisló a Tebas durante bastante tiempo.

Más o menos un par de años después, volvió a entrar en la agenda espartana la cuestión samia, pues el dirigente samio Meandrio acudió a Esparta a solicitar en persona ayuda para echar al tirano títere pro persa. No obstante, ni siquiera los sobornos pudieron convencer a Cleomenes, que ordenó a Meandrio que abandonara no sólo Esparta sino «el Peloponeso», una referencia clara a la reivindicada hegemonía de Esparta como cabeza de una liga protopeloponesia. Cleomenes demostraba ser el gran hombre de la política panhelénica, pero los problemas los tenía más cerca de casa, y fueron éstos los que al final lo destronaron y quizá lo desquiciaron.

Heródoto, que en su apéndice sobre el reinado espartano del Libro VI realiza una notable digresión sobre lo característico de las leyes y costumbres espartanas de un modo más general, señaló que la enemistad entre los dos reyes de dos casas reales diferentes formaba parte de la estructura tradicional de la vida espartana. Esto quizás era verdad hasta cierto punto, aunque cabría citar la relación entre Agesilao II y Agesípolis como ejemplo de lo contrario. De todos modos, no hay duda de que la enemistad entre Cleomenes y su euripóntida co-rey Demarato (que reinó c. 515-491) era profundamente personal amén de institucional. Se llegó a un punto decisivo en torno a 506, como parte de los esfuerzos de Cleomenes por controlar Atenas instalando un régimen títere y librándose de la naciente democracia ateniense de una vez por todas. A partir de entonces, ambos hombres buscaron motivos para remover la hostilidad mutua.

El propio y prematuro nacimiento de Demarato no estuvo ni mucho menos libre de controversia, y acaso se encontró con una resistencia a su sucesión, alrededor de 515, similar a la afrontada antes por Cleomenes. No está claro hasta qué punto se opuso a Cleomenes por razones de principios y políticas, o hasta qué punto fue por enemistad personal y familiar. En todo caso, en primer lugar su oposición fue muy efectiva. No sólo la expedición de Cleomenes contra Atenas de c. 506 se saldó con un fracaso, gracias principalmente a Demarato, sino que los posteriores esfuerzos de aquél por alcanzar sus objetivos por medios diplomáticos también resultaron fallidos. Fue por su capacidad de resistencia y su flexibilidad por lo que recuperó la posición de autoridad suprema en 499, cuando otro dirigente griego oriental, Aristágoras de Mileto, llamó a su puerta en busca de ayuda y socorro contra Persia. No obstante, nuevamente Cleomenes decidió rechazar a su pretendiente, aunque esta vez al parecer se valió del agudo ingenio de su hija Gorgo, de ocho o nueve años, para averiguar los puntos débiles del caso de Aristágoras.

En 494, en Sepea (la Argólida), Cleomenes llevó a cabo un golpe de gracia contra Argos en el que mató al menos a 6.000 ciudadanos guerreros argivos. Como Argos iba a adoptar una actitud, o postura, de neutralidad hacia Persia en el inminente conflicto, es tentador deducir que el trato de Cleomenes a Argos pudiera estar relacionado de algún modo con la política hacia Persia, pero el primer indicio seguro de que se había producido un cambio radical en su actitud no fue evidente hasta 491-490. Para entonces Cleomenes, actuando en nombre de lo que Heródoto, con indulgencia por una vez, denomina «el bien de toda Grecia», había llegado a ser firme y resueltamente antipersa. De hecho, en el objetivo de

promover su política contra los persas no se puso ningún límite.

Según se dice, sobornó a Delfos; amenazó a Esparta con una guerra procedente de Arcadia; tomó rehenes de Egina, aliada de Esparta, que había dado a Persia las pruebas de sumisión que ésta le había exigido; y derrocó a Demarato cuando éste mostró signos de apoyar a Egina contra él, y lo sustituyó por un pariente lejano y enemigo personal del que sabía que sería un seguidor suyo subalterno incondicional. Al parecer, también se volvió loco. Empezó a golpear a sus colaboradores delante de los transeúntes. Se convirtió en un estorbo tal que lo metieron en el cepo bajo la vigilancia de un ilota aparentemente de fiar. Pero Cleomenes no había perdido su capacidad de persuasión, y convenció al ilota de que le diera su cuchillo, con el que se quitó la vida cortándose en pedazos desde los pies a la cabeza, o al menos así se lo contaron a Heródoto sus informantes.

«Mira el final» —es decir, no juzgues nunca el éxito de la vida de un hombre hasta que veas cómo muere— era un dicho griego adoptado con entusiasmo por Heródoto. El final de Cleomenes fue realmente truculento, y Heródoto conocía no menos de cuatro explicaciones del mismo. Su preferida era la más habitual en el conjunto de Grecia, a saber, que Apolo lo castigó así por haber corrompido a su sacerdotisa oracular de Delfos. No obstante, los atenienses y los argivos tenían su propia versión predilecta de la hipótesis del castigo divino: invocaban un sacrilegio cometido específicamente contra ellos y en su territorio. De todos modos, la más interesante de las cuatro es, con mucho, la explicación dada supuestamente por los propios espartanos.

Según esta versión local, Cleomenes murió del modo que murió porque se había convertido en un alcohólico enloquecido tras haber aprendido, de algunos enviados escitas, a beber el vino puro. ¿Pero hasta qué punto es creíble este escenario? La aciaga fecha del encuentro en cuestión sería en torno a 512, dado que se precisan casi veinte años para que el demonio de la bebida tenga sus funestos efectos. Si es auténtico, éste habría sido el único encuentro conocido de Cleomenes con algún bárbaro, y los escitas, que venían de las costas septentrionales del mar Negro, se contaban entre los más primitivos y brutales al decir de un viajero tan avezado como Heródoto. Por tanto, hay un cierto misterio en el modo en que los escitas consiguieron llegar a Esparta, pero quizá vale la pena comentar que un siglo después hubo un espartano llamado «Escitio», lo que seguramente da a entender contactos personales en algún momento entre ambos pueblos.

Para los griegos, el vino era una sustancia profundamente simbólica y de gran carga cultural, y casi nunca se tomaba puro. La palabra moderna para vino, *krasi,* deriva del griego antiguo *krasis,* que significa mezcla, pues en la época antigua el vino se tomaba normalmente con agua, a veces en la proporción de hasta veinte partes de agua por una de vino, y se servía del cuenco grande donde se hacía la mezcla (kratêr) . En otros lugares de Grecia, en las fiestas formales en que se bebía, denominadas *symposia,* se escogía a uno de los invitados para que fuera el «rey» de la noche, uno de cuyos principales cometidos era decidir sobre la fuerza de la mezcla y el número de *kratêres* que se servirían a los presentes. Cuantos más *kratêres* y cuanta menos agua, más animada la fiesta.

No obstante, los espartanos tenían fama de abstemios y bebedores mesurados. No celebraban *symposia* privados como los demás griegos, pero incorporaron la ingesta de vino, con estricta moderación, en sus obligatorias comidas nocturnas comunitarias. Es de destacar que, en Esparta, el dios griego del vino, Dionisos, no era el destinatario de ningún

culto ni festividad importante, quizá porque las uvas que servían para fabricar su jugo divino no eran producto del trabajo libre sino del trabajo de ilotas. De hecho, en Esparta los ilotas eran las únicas personas a las que se permitía —mejor dicho, se obligaba— a emborracharse hasta alcanzar un estado vergonzoso y repugnante, que los espartanos adultos utilizaban como demostración deliberada a los más jóvenes de cómo no debía comportarse un espartano.

Así, al tomar Cleomenes regularmente vino puro, si así lo hizo, desde luego habría estado actuando de un modo inaceptablemente antinómico —no mejor que un ilota o que la mayoría de los bárbaros o individuos incivilizados—. Esto por sí solo, ¿habría bastado para explicar su suicidio, o la forma en que se produjo? Lo dudo. De ahí extraemos una de las razones de por qué vale la pena al menos considerar una quinta explicación posible, más siniestra incluso, de su muerte: que Cleomenes fue asesinado por orden del hombre que le sucedió en el trono agíada, Leónidas, su joven hermanastro. La historia sobre su costumbre de beber vino puro pudo ser simple propaganda, una cortina de humo para ocultar el asesinato de un rey, cuya persona era sacrosanta, y la complicidad de otro rey en dicha muerte. La verdad es que esto parece material para una novela policíaca, pero yo no sería el primero en verme tentado a emplear este género literario al meditar sobre la historia de Esparta, tan salpicada de sangre.

El llamamiento de Clístenes al pueblo de Atenas fue algo que indudablemente los espartanos no recibieron de buen grado y no iban a tolerar. En parte para respaldar a un destacado político proespartano llamado Iságoras, Cleomenes volvió a intervenir militarmente, tal vez con la idea de instalarlo en el poder como tirano títere. Al mismo tiempo, volvió a mandar al exilio a Clístenes junto con miembros de unas 700 familias atenienses, pero esto resultó ser una intervención que fue demasiado lejos. Los atenienses medianamente ricos y los pobres se unieron para expulsar a Iságoras e insistieron en conservar la democracia por la que habían votado. Cleomenes se vio forzado a reconsiderar sus opciones. Su siguiente plan, puesto en marcha en 506, era invadir el territorio de Atenas en Ática con un ejército enteramente peloponesio aún mayor, comandado no sólo por él mismo sino también por su co-rey Demarato. No obstante, llevado por el entusiasmo, no fue capaz de respetar las sutilezas diplomáticas y trató a los aliados como si fueran súbditos suyos, sirvientes incluso. La oposición a su prepotencia fue encabezada por los corintios, ayudados decisivamente por Demarato. Aunque el ejército aliado cruzó el istmo de Corinto e invadió el territorio de Atenas, cuando llegó a Eleusis se disolvió y jamás logró establecer contacto con las fuerzas de Eubea y Beocia tal como estaba planeado. Pasarían más de setenta años antes de que Atenas sufriera otra invasión espartana.



REY DEMARATO
(reinado *c.* 515-491)

Demarato de Esparta, como Temístocles y Alcibíades de Atenas, ha pasado a la historia, o en todo caso a la historiografía, envuelto en ambivalencia. Estos tres quizá fueron patriotas, pero ¿para quién? Formalmente, en un momento dado todos fueron traidores en su respectiva tierra natal. Alcibíades se pasó primero a Esparta y luego a Persia —en todo caso, mantuvo conversaciones con un sátrapa persa al que dio sabios consejos, en detrimento de los intereses de su propio Estado—. La traición de Temístocles fue más descarada. Tras planear y organizar la victoria naval griega contra los persas en Salamina, en 480, que a su vez allanó el terreno para las posteriores victorias decisivas en Platea y —en el mar— en Mícala en 479, al parecer llegó a la conclusión de que el principal rival y enemigo de Atenas era Esparta, no Persia. Y de algún modo acertó. Esta evidente falta de ardor antipersa le costó influencia pública, pues Atenas creó y desarrolló con éxito una alianza naval en contra de los persas, y hacia 470 Temístocles fue condenado oficialmente al exilio durante diez años en virtud del procedimiento conocido como ostracismo. Ahora agravaba sus errores, o pecados, pasándose al bando persa, volviéndose un pensionado del gran rey persa y muriendo en el territorio del Imperio persa —en Magnesia (patria chica del escultor Baticles).

Demarato también fue rechazado por su propio Estado, aunque desde luego no de manera democrática, pues Esparta no era ni sería nunca una democracia como la de Atenas. Y también, como Temístocles, se vio enredado en un intenso conflicto greco—persa, en torno a la fecha de la batalla de Maratón. A diferencia de Temístocles, sin embargo, no se vio obligado a abandonar Esparta sino que más bien se marchó al exilio voluntario. En cierto sentido, esto hace que su decisión de «medizar», pasarse al bando persa y convertirse en un valioso miembro del entorno del gran rey persa Jerjes, sea más abyectamente traidora. Y no obstante, Heródoto, curiosamente, pese a su firme compromiso con la causa griega, resta importancia a cualquier crítica a Demarato. Ello se debe a razones diversas, que son principalmente el reflejo invertido de las razones por las cuales, como hemos visto antes, su relato es a fin de cuentas hostil al co-rey Cleomenes L De todos modos, todavía nos preguntamos cómo puede Heródoto excusar, por así decirlo, a un traidor a la causa griega como Demarato mientras se muestra tan duro con Temístocles.

A mi entender, dos razones explican esa preferencia. Primero, Heródoto muy probablemente contaba entre sus informantes influyentes a los descendientes directos de Demarato que vivían en el área de Tróade (noroeste de Anatolia, en torno al estrecho del Helesponto, o Dardanelos). Aún vivían allí en la época de Jenofonte; dos de ellos tenían sonoros nombres de reyes espartanos, Eurístenes y Procles (¡los originales eran los presuntos fundadores gemelos de las dos casas reales espartanas!). Segundo, junto a —y a veces además de— la devoción de Heródoto por la causa griega contra Persia había una

segunda estrategia política, una agenda panhelenista, cuyo punto principal era reconciliar Esparta y Atenas en la propia época de Heródoto, o al menos hacerles ver que se necesitaban una a otra más de lo que creían, y que se debían una a otra más de lo que siempre querían que se les recordara. Así que Heródoto utilizó a Demarato como un personaje de su guión panhelenista, haciéndole señalar, de manera conmovedora al gran rey Jerjes, lo mucho que los espartanos contribuirían a la victoria de los griegos y hasta qué punto eran modelos de la civilización y la cultura griegas —acostumbradamente buenas.

Volvamos del marco grande al pequeño, de Grecia *versus* Persia a la vida de Demarato. Para averiguar algo sobre su polémico nacimiento, hemos de empezar en 491 o 490, el año en que fue depuesto del trono euripóntida, por razones de ilegitimidad, tras un oráculo délfico confirmatorio para tal fin, que había sido obtenido —al parecer mediante soborno— por su hostil co-rey Cleomenes I. Por si fuera poco, su sucesor, Leotíquidas, le preguntó mediante un sirviente cómo se sentía siendo un simple funcionario (en aquel momento estaba ayudando a organizar la Gimnopedia) tras haber sido rey.

Probablemente esto produjo el efecto deseado de convencer a Demarato de que se exiliara, pero antes de abandonar Esparta para siempre se dice que intentó tener una entrevista con su madre. En un extraordinario pasaje del Libro VI de las *Historias* de Heródoto, Demarato aparece preguntándole a ella sobre su concepción y su nacimiento.

La fuente primordial de las tribulaciones de Demarato era el hecho de que inicialmente su padre, Aristón, lo había repudiado por haber nacido sólo siete meses después de que se hubiera casado y se hubiera acostado por primera vez con su madre, por lo que no podía ser legítimo. La madre en cuestión es la misma mujer hermosa que había sido poco agraciada de niña, pero fue embellecida al parecer por la propia Helena y luego arrebatada a su mejor amigo por el rey Aristón (véase la biografía de Helena, capítulo I, pp. 42-52). El nombre de la madre nunca se divulgó; éste es un rasgo bastante común en los relatos de los asuntos de mujeres en la Grecia antigua, pues se consideraba una señal de respeto no decir el nombre de una mujer decente en presencia de hombres no emparentados, aunque lógicamente las mujeres de las familias reales eran excepciones a esa regla y las mujeres espartanas en general eran a menudo consideradas blanco legítimo por fuentes no espartanas hostiles.

No obstante, Heródoto dista mucho de mostrarse hostil hacia la madre de Demarato y la presenta de manera afectuosa y positiva escribiendo para ella una larga entrevista con Demarato. Obligada a jurar que le dice la verdad y sosteniendo una parte de las entrañas de una víctima expiatoria para recordarse a sí misma que está bajo juramento, revela a Demarato el secreto de su génesis. Fue concebido, le cuenta a su hijo, la tercera (número propicio) noche después de que Aristón se la llevara a su casa como novia, pero no estaba absolutamente segura de que Aristón fuera el padre, pues aquella noche también fue visitada por un fantasma que más adelante resultó ser el héroe local Astrábaco (que tenía una capilla justo junto a la puerta del patio de la casa). De modo que Demarato era hijo de Aristón... o de Astrábaco.

Esto quizá no fue una noticia del todo tranquilizadora para Demarato. Por otra parte, su madre fue capaz de aclarar el misterio de su nacimiento a los siete meses, por el que el incrédulo Aristón se había ofendido tanto. Los hombres, decía la madre, no saben nada de

estos asuntos, no todos los bebés están en el útero el período completo de diez meses (los griegos contaban de manera inclusiva; nosotros diríamos nueve). Sin embargo, lo que ella no dice es lo extraño que sería que un bebé prematuro sobreviviera; ni siquiera nacer en el momento debido era una garantía de supervivencia para un niño de la Grecia antigua. Tampoco señala que, curiosamente, se permitió la crianza de Demarato, por mucho que Aristón hubiera jurado que el niño no era suyo. Es de suponer que las autoridades espartanas —los éforos, quizás, o la Gerusía— tenían algo que decir al respecto, pues sabemos que intervinieron en el caso casi contemporáneo de la incapacidad temporal del rey agíada Anaxándridas para engendrar un varón y heredero (véase la biografía de Cleomenes I, más atrás, pp. 78—85). El nombre que recibió Demarato significa literalmente «querido por el pueblo» *(damos):* tal vez su madre intentó así granjearle el cariño de su padre.

Habida cuenta de que a Demarato se le permitió vivir y que, por lo que sabemos, Aristón no engendró ningún otro hijo, probablemente tuvo excusa, como aparente heredero del trono euripóntida, para no pasar por la Agoge, como su homólogo agíada Cleomenes. Lo siguiente que sabemos de él es el momento en que llegó a la edad de casarse, lo que seguramente ocurrió a mediados de la veintena. Actuando como un verdadero hijo de su taimado padre, que había robado la novia a un amigo, Demarato robó la suya a un primo lejano. La dama en cuestión se llamaba Pércalo y era la hija de Chilón, por lo que aquí había en juego bastante influencia y prestigio políticos, además de la rivalidad puramente personal. Según informa Heródoto, Demarato:

> Mediante un golpe audaz se anticipó a su rival y se casó con ella llevándosela por la fuerza.[3]

En todos los casamientos espartanos, la violación simbólica o simulada formaba parte de la costumbre, pero Demarato parece que se apartó de la norma al llevarla a cabo literalmente. El novio rival era Leotíquidas, a quien Cleomenes colocó hábilmente en el lugar de Demarato tras haber hecho que depusieran a éste.

Después, Demarato emerge en el relato herodoteano como co-rey de Cleomenes, o más bien anti—rey, en la contienda con Atenas. Como hemos visto, fue Demarato quien al ponerse del lado de los corintios, cuando éstos se opusieron a la misión contra Atenas, o al menos al estilo de la misma —en torno a 506—, aseguró su catastrófico fracaso. A partir de entonces, Cleomenes y Demarato fueron enemigos mortales tanto en el aspecto político como en el personal, aunque por lo visto fue Cleomenes quien salió sistemáticamente airoso del enfrentamiento. En cualquier caso, siempre es él, no Demarato, quien aparece en los momentos de decisiones importantes. Por tanto, podemos muy bien imaginar a Demarato empeñado en la venganza. En 494, pensaría que por fin había llegado el momento.

Cleomenes había alcanzado una gran victoria contra Argos, pero el modo de lograrla fue cuando menos discutible, pues a primera vista había conllevado dos sacrilegios (véase más atrás), y los espartanos en su conjunto eran un pueblo intransigentemente piadoso. No obstante, por lo visto la reputación religiosa de Cleomenes seguía del todo intacta,

[3] Heródoto, VIII, 65.

pues no fue por impiedad por lo que fue juzgado a instancias de sus enemigos, sino por no haber tomado la ciudad de Argos (aunque mató a unos 6.000 hoplitas argivos, provocó una enorme crisis social interna y anuló el importante poder militar del Estado durante una generación). Entre esos enemigos, el principal agitador seguramente era Demarato. De todos modos, Cleomenes se defendió enérgicamente, aprovechando con habilidad las ideas espartanas de piedad y respeto por los augurios al decir que, cuando entró en el santuario de Hera, en las afueras de Argos, brotó de pronto una llama del pecho de la famosa estatua de la diosa, lo que significaba que él ya había hecho todo lo que los dioses deseaban; si la llama hubiera surgido de la cabeza, afirmaba, habría significado que estaba destinado también a tomar totalmente la ciudad.

Por lo que se refiere a los detalles del juicio, Heródoto menciona sólo a los éforos, pero nunca tuvo especial interés en las sutilezas constitucionales. Así pues, probablemente Cleomenes fue acusado por sus enemigos, que presentaron cargos ante el consejo de cinco éforos, los cuales decidieron que era un caso en el que la parte demandada tenía derecho a defenderse. De nuevo Heródoto da la impresión de que fueron todos los espartanos los que de algún modo lo juzgaron. Sin embargo, si nos guiamos por pruebas posteriores en otros juicios a reyes espartanos, el tribunal supremo de extinción de los derechos civiles del individuo habría estado compuesto sólo de la Gerusía, de la cual Demarato era miembro *ex officio*, y los éforos. Éstos fueron los espartanos que, por mayoría, consideraron que la defensa hecha por Cleomenes de su fracaso en la toma de Argos, era «creíble y razonable».

Tres o cuatro años después, Demarato pensó que tenía otra oportunidad de derrotar a su rival. Cleomenes se hallaba en la Grecia central, al otro lado del istmo de Corinto, intentando asegurar un frente unido de resistencia contra Persia entre Atenas y la «medizante» isla—estado costera de Egina. Así, en ausencia de su rival, Demarato empezó, tal como lo expresa suavemente Heródoto, «a hablar en contra de Cleomenes», probablemente afirmando que éste estaba moviendo hilos en el bando de Atenas, un enemigo, en contra de Egina, un aliado de Esparta. Fue esto lo que desembocó directamente en el destronamiento de Demarato al regreso de Cleomenes de Egina tras haber llevado a cabo su controvertida misión.

Después de haber sido ofendido intolerablemente por Leotíquidas, Demarato salió «para Persia», tal como dice Heródoto de forma elíptica. En su viaje quizá pasó por Lampsacus, como había hecho su colega desertor Hipias, ex tirano de Atenas, que casó a su hija Arquédice con el hijo del gobernante tirano pro persa de esa ciudad helespóntica. A juzgar por la ubicación de sus descendientes, fue en el área de Tróade donde el gran rey Darío I concedió a Demarato sus fincas, concesión probablemente confirmada por su hijo y sucesor Jerjes. Pues lo siguiente que sabemos de Demarato es que estaba en el séquito íntimo de Jerjes durante la desafortunada expedición de éste contra la Grecia continental. Según Heródoto, por tanto, Demarato funcionaba como «consejero sensato», lo que quizá era en la vida real. Por ejemplo, señala a su jefe supremo que los espartanos temen a la Ley más de lo que los súbditos de Jerjes temen a éste. En 480, en las Termópilas, es él quien explica a Jerjes por qué los espartanos prestan una atención especial a su peinado inmediatamente antes de una batalla.

En Heródoto, las últimas palabras de Demarato son éstas:

Los dioses cuidarán del ejército del rey.[4]

Cabe suponer que fueron pronunciadas justo antes de la batalla de Salamina, a finales de 480. Con su ambigüedad délfica, de modo que retrospectivamente su significado podría ser que el ejército de Jerjes sufriría una derrota, y su devoción explícita, transmiten al lector la impresión más favorable posible de un hombre que, oficialmente, era un traidor a la causa de su país (Esparta, Grecia). Sin duda, ésta era precisamente la intención de Heródoto, pero nosotros, también sin duda, debemos posponer el juicio moral a Demarato y preguntar más bien si ayudó o perjudicó a la causa griega durante las guerras persas, y si antes de esto sus decisiones políticas habían sido más beneficiosas para Esparta que las de Cleomenes a corto y medio plazo. A mí la respuesta me parece clara.

Las consecuencias inmediatas para las relaciones de Esparta con sus aliados del Peloponeso y para el modo en que Esparta controlaba la máxima jefatura de los ejércitos en el extranjero fueron graves y amplias. Los espartanos aprobaron una ley que prohibía a los dos reyes volver a estar al mando del mismo ejército fuera de Laconia y Mesenia. Cuando a continuación los espartanos quisieron el apoyo de sus aliados para una nueva campaña contra Atenas en, seguramente, 504, tuvieron que pasar por un procedimiento formal de consulta y votación, para lo cual se convocó en Esparta una reunión de lo que denominamos congreso de la Liga del Peloponeso. Aquí, los delegados aliados tenían derecho a hablar, igual que los espartanos, y tras los discursos se votó, cada aliado un voto con independencia del tamaño o la importancia geopolítica. El primer congreso del que hay constancia tuvo como resultado una derrota de los espartanos. Su propuesta para reintegrar a Hipias como tirano de Atenas fue rechazada por la mayoría de los aliados, encabezados por Corinto, que —al menos en la versión del discurso de su delegado escrita por Heródoto— reprendió a los espartanos por renegar de su hasta ahora (aparente) oposición por principio a los tiranos y las tiranías.

Sin embargo, aunque un congreso de la Liga del Peloponeso podía rechazar de este modo una propuesta espartana, no siempre podía obligar a los espartanos a adoptar una política o emprender una acción con la que no estuvieran de acuerdo. Pues sólo los espartanos podían convocar un congreso, y esto pasaba sólo después de que ellos, reunidos en asamblea, hubieran decidido qué querían hacer, al margen de los deseos de los aliados. Al fin y al cabo, los aliados habían jurado seguir a los espartanos a cualquier lugar adonde éstos los llevaran, y no al revés. Esta nueva restricción sobre el hasta ahora ilimitado poder de los espartanos para utilizar a los aliados como se les antojara fue en realidad una fuente de fuerza más que de debilidad. Daba a los aliados la sensación de que sus deseos podrían contar algo, y de que la organización se basaba en cierto grado de reciprocidad. Un cuarto de siglo después, en 480, fue la Liga Peloponesia de los espartanos la que constituiría la indispensable columna vertebral de la resistencia legitimista de los griegos a la invasión persa.

Antes de ocuparnos de esta resistencia, en el próximo capítulo, hemos de examinar

[4] Heródoto, VI, 65.

primero el desarrollo social, económico y cultural de Esparta durante el período comprendido entre 600 y 500 a.C., aproximadamente. Queremos analizar en concreto los datos literarios y arqueológicos sobre cualquier señal de la célebre austeridad espartana, que llegó a ser un destacado indicador cultural en la época en que Jenofonte vivió en Esparta y escribió su relato de las costumbres y tradiciones espartanas, en la primera mitad del siglo IV a.C.

Tirteo, el escritor de elegías, creó una poesía apropiadamente política y marcial, tan específica que se conservó y se cantó a menudo, durante siglos, tanto en las mesas de Esparta como en torno a las hogueras en campaña. La poesía de Alcmán, que destacó alrededor de 600 a.C., supone un contraste absoluto. De hecho, fue tan marcado que muchos comentaristas antiguos no podían creer que Alcmán fuera realmente espartano por nacimiento y crianza —como seguramente era— y en cambio afirmaban, sólo basándose en algunas referencias de sus poemas, que era originario de Sardes, Lidia. En realidad, estas referencias son un testimonio valiosísimo no del origen extranjero de Alcmán, sino más bien de la receptividad de los espartanos ante los artefactos y las influencias exteriores. Naturalmente, tenían que importar cobre y estaño para fabricar objetos de bronce de uso común, pero evidentemente no estaban obligados a importar materiales preciosos y suntuarios como el oro o el marfil. No obstante, éstos también se transformaban en objetos espléndidos que tanto los hombres como las mujeres ofrecían piadosamente a los dioses, sobre todo a Ortia. En el propio territorio abundaban el plomo, la arcilla figulina y el hierro. La fama de los últimos espartanos de ser utilitaristas rigurosos y de desdeñar la estética no concuerda con las pruebas arqueológicas de períodos anteriores. Desde mediados del siglo VII se fabricaron montones de estatuillas de plomo que no satisfacían más necesidades que las estrictamente funcionales. Una cantidad sustancial de cerámica fina, pintada, no sólo se usó en actividades rutinarias o se ofreció a los dioses en Esparta, sino que, desde finales del siglo VII en adelante, llegó a lugares tan lejanos como el sur de Italia, Etruria, el sur de Francia, incluso España al oeste, a Samos hacia el este, y al norte hasta la región del mar Negro.

En el siglo VI, otros dos tipos de artefactos espartanos llegaron a ser especialmente característicos y admirables. Primero, un gran número de máscaras de arcilla, de diversas clases, algunas pintadas, fueron ofrendadas en el santuario de Ortia, algo que seguramente estaba relacionado con las danzas rituales que allí se celebraban, pero que también delataba la influencia artística de los fenicios de Cartago, en el norte de África. Segundo, hubo una impresionante serie de figurillas de bronce, entre las cuales merecen especial atención las que representan a hoplitas adultos en diversos grados de indumentaria y equipamiento marcial. También éstas, como la cerámica pintada, alcanzaron una notable difusión, tanto en Laconia y Mesenia como en zonas tan meridionales como Adén. Incluso se ha sugerido con cierta verosimilitud que estaban fabricadas para su distribución fuera de Esparta, como una forma de propaganda piadosa, pues la mayoría, tarde o temprano, acabó en un santuario religioso.

Por supuesto es verdad que todos o la mayor parte de estos objetos fueron fabricados por artesanos periecos, con o sin ayuda de ilotas, y no por ciudadanos espartanos, y que fueron exportados tanto por periecos como por comerciantes y mercaderes extranjeros. Sin embargo, a menudo eran encargados por espartanos, mujeres y hombres, en calidad tanto

de individuos como de miembros de la comunidad. Al principio de este capítulo mencioné la vasija de bronce dedicada por Eumnasto en Samos. Podríamos citar igualmente el trono de Apolo en Amiclas, diseñado y construido por Baticles, o la posterior escultura en mármol de Leónidas, en la década de 480, e incluso el «pórtico persa» de la década de 470 (véase el siguiente capítulo). En otras palabras, en 500 es aún muy pronto para hablar de Esparta como el desierto cultural o el páramo representado en el espejismo o el mito.



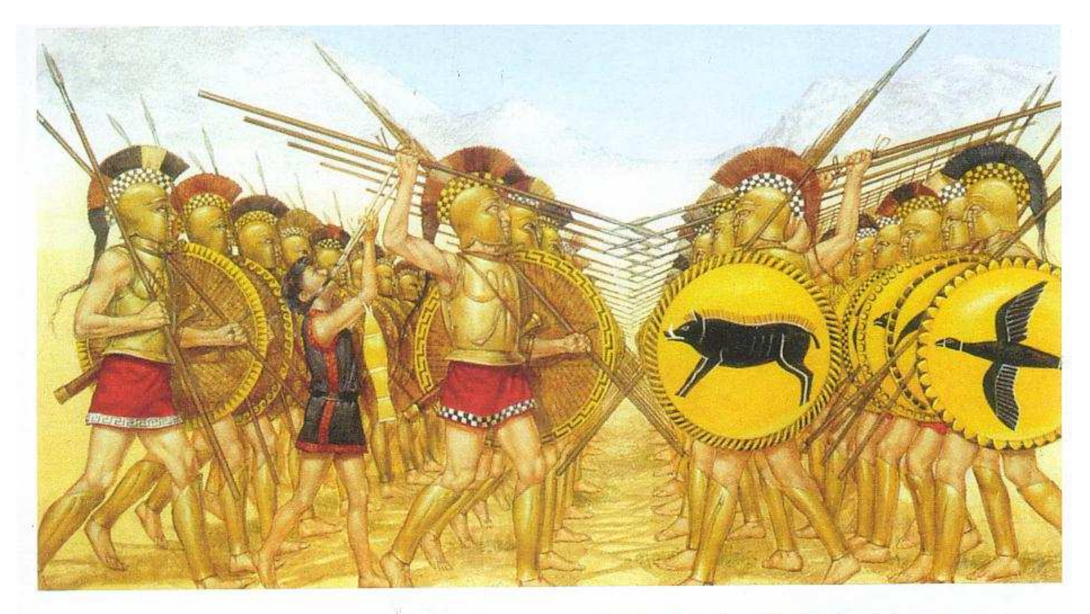
1. Vista desde la antigua Terapne (santuario de Menelao y Helena), orientada al oeste a través de la Esparta moderna (fundada en 1834), con el monte Taigeto enfrente (2.404 m). La bizantina Mistra es visible en un segundo plano a la derecha.



2. Restos de los cimientos del templo de la diosa local Ortia, asimilada a la panhelénica Artemisa. El primer templo fue construido, en torno a 700 a.C., en una pequeña, estrecha y humilde construcción de arcilla y madera sobre una base de piedra; tras una devastadora inundación del Eurotas, en *c.* 570 fue sustituida por una versión más suntuosa, toda de piedra caliza. Lo que es visible en la fotografía pertenece a una renovación posterior en el período romano, época en que el santuario de Ortia fue el emplazamiento de un anfiteatro construido especialmente para permitir a los sadoturistas disfrutar del espectáculo en que jóvenes espartanos eran azotados hasta quedar a un paso (o menos) de la muerte junto al altar de Ortia. En épocas mejores, el espacio sagrado había estado integrado en la Agoge, o sistema educativo,





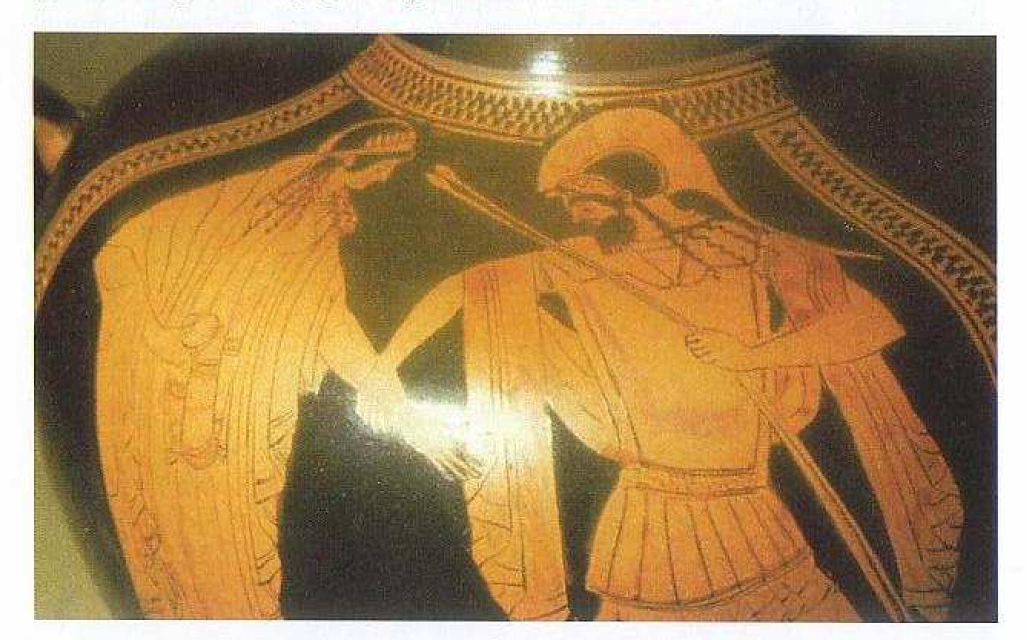


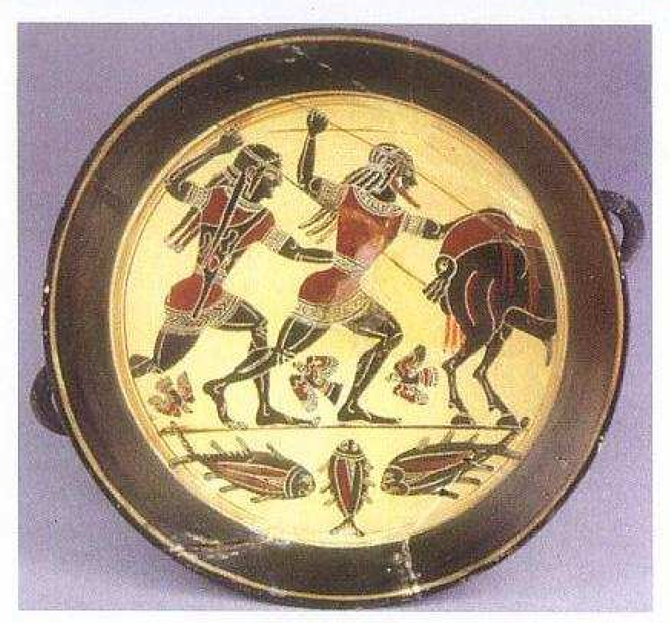
5. Los espartanos conquistaron primero la llanura central de Mesenia, a finales del siglo VIII, pero a principios del VII los mesenios se sublevaron para ser finalmente aplastados por los infantes hoplitas espartanos (fuertemente armados), que quizá tenían un aspecto parecido al que se muestra en esta moderna e imaginativa reconstrucción de Richard Hook. El poeta espartano Tirteo, contemporáneo de la segunda guerra mesenia, dejó un crudo testimonio del carácter extraordinariamente aterrador de los combates cuerpo a cuerpo de las falanges.



6 y 7. Convencionalmente, se considera que este bloque en forma de pirámide, de piedra caliza, representa a Menelao y Helena: arriba, el futuro rey de Esparta podría estar cortejando a Helena (su hermano, el rey Agamenón de Micenas, se había casado con Clitemnestra, hermana de Helena); a la derecha, como rey y esposo agraviado, tal vez se encuentra con ella de nuevo en el saqueo de Troya.

8. La historia de Menelao y su asombrosamente hermosa pero infiel esposa ejerció una perpetua atracción en los narradores griegos a partir de Homero. Aquí, una vasija pintada ateniense de la época de las guerras persas recuerda el conflicto original este-oeste representando a Menelao en el momento en que, tras diez largos años de combates, al fin vuelve a atrapar a su infiel esposa. Helena de Troya, hija de Tindáreo (o Zeus) y Leda, era originariamente Helena de Esparta. Según la *Odisea,* regresó allí con Menelao para desempeñar su papel asignado de reina consorte.





9. Esta *kylix,* o vasija para beber vino, fue pintada a mediados del siglo VI por un artesano perieco especializado en estas composiciones «ojo de buey». La caza era una de las dos únicas excusas legítimas de un espartano para no asistir a la principal comida, por la noche, en su mesa común, y lo más apreciado del menú del cazador espartano era el feroz jabalí –cazado a pie con redes y lanzas, como describió Jenofonte (que vivió un tiempo en Esparta) con morbosos detalles en el siglo IV.

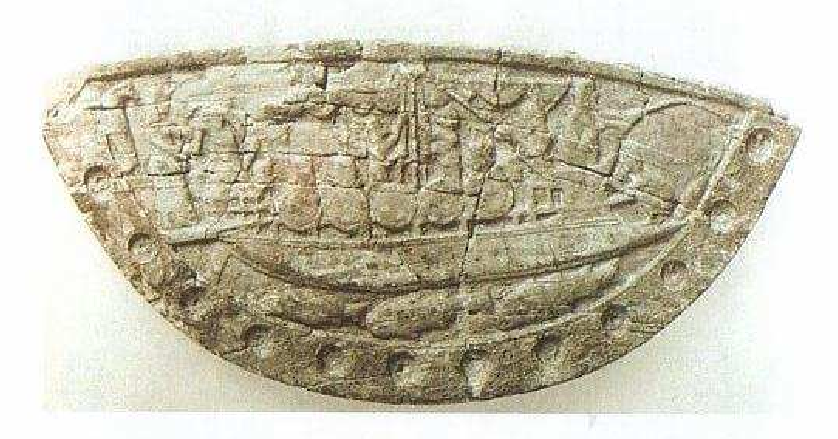


10. Artesanos laconianos del bronce pertenecientes al período Arcaico tardío se especializaron en una serie de estatuillas hoplitas como ésta de un santuario de Apolo, en el sudoeste de Mesenia. Probablemente fue fabricada y dedicada por periecos, lo que es señal de la contribución cada vez más vital de los periecos hoplitas a las falanges de primera línea de los espartanos. El hoplita de la figura luce una armadura de desfile muy elaborada y va acompañado de su fiel sabueso (del que sólo se conserva parte de una pata).

11. Esta gran vasija de terracota con decoración en relieve hecha con molde fue excavada en el centro de la antigua Esparta, en medio de un túmulo funerario. El terreno de la tumba seguramente pertenecía a una familia de ciudadanos espartanos, que se sentirían halagados y gratificados por la venturosa escena de caza representada en el ánfora (cf. ilustración 9).



12. Esta vivaz estatuilla de una mujer joven en una postura atlética decoró originariamente el borde de una gran vasija de bronce (algo parecido a la de la ilustración 15). Descubierta en Prisrend, Albania, ilustra la amplia distribución alcanzada por el bronce y otros artefactos fabricados en Laconia en el siglo VI. El vestido de la atleta, con los hombros al descubierto, era una peculiaridad espartana, adecuada para el ejercicio físico que, como nos consta, formaba parte de la educación pública de las chicas espartanas. Cada cuatro años, en Olimpia, las mujeres griegas, espartanas incluidas, corrían en honor de Hera. Por otra parte, la figura está representada en el acto de bailar, una forma de actividad ritual que otorgó merecida fama a las mujeres y muchachas espartanas.



13. Como es bien sabido, los espartanos eran hombres ligados a la tierra, no al mar, por lo que este barco de guerra representado en esta placa de marfil (tal vez originariamente sujeta a algún mueble, excavada en el santuario de Ortia) acaso podría ilustrar una escena mítica, por ejemplo el secuestro de Helena por Paris, o la recuperación de Helena por Menelao (véase también la ilustración 8). El marinero agachado en el espolón del barco, a la derecha, parece estar orinando, mientras que el de encima está aprovechando la ocasión para pescar. El material exótico de la placa tuvo que ser importado desde fuera del mundo griego, de Siria o más al este o al sur.

3

Las guerras persas, 490-479 a.C.

Esparta comenzó la década de 480 bajo la coyuntura poco clara de una muerte real, por suicidio o quizás asesinato, manchada asimismo por más de una insinuación de sacrilegio. Si era culpable de la muerte de su hermanastro mayor, por más que fuera indirectamente, Leónidas sería consciente de la necesidad de borrar la mancha. Desde luego, su co-rey Leotíquidas debía su posición en el trono euripóntida a cierta argucia sacrílega, de modo que también tenía mucho que demostrar. Este capítulo se centrará en los importantes y planificados combates de las guerras persas, en las Termópilas y Artemisio (480), en Platea y Mícala (479). Se subrayará que, pese a la opinión de Heródoto favorable a Atenas, fueron realmente los espartanos quienes, de entre todos los legitimistas griegos, merecían la parte del león en el mérito de la victoria final, y fueron también ellos quienes sacrificaron tantos guerreros extraordinarios en las excepcionales circunstancias de las Termópilas. Y fueron su inquebrantable disciplina y su férrea resolución las claves de la victoria decisiva en el campo de batalla de Platea.

Leotíquidas y el sucesor de Leónidas, el regente Pausanias, desempeñaron funciones de mando vitales en las victorias de Mícala y Platea, respectivamente. No obstante, de todos los enfrentamientos en lo que para los griegos son «los hechos medos» y para nosotros «las guerras persas» debe ocupar un lugar de honor la heroica, aunque en última instancia fallida, defensa del paso de las Termópilas encabezada por Leónidas. Este episodio, más que ningún otro, ha dado forma definitiva y permanente al mito o leyenda espartano (véanse, además, la segunda parte y el capítulo 10); pero antes de que se permita a Esparta salir de las sombras hemos de ocuparnos de su papel notoriamente poco heroico, o mejor su no papel, en Maratón en 490.

Como vimos en el capítulo anterior, en 500, los espartanos, a través de Cleomenes, rechazaron las tentativas de acercamiento de Aristágoras de Mileto. Atenas, sin embargo, respondió a ellas de forma positiva, en parte por la razón sentimental de su linaje jónico común, pero sobre todo porque a Atenas le venía bien esta oportunidad para demostrar que ya no estaba gobernada por ningún tirano pro persa y era una democracia libre. Heródoto comentaba que, al liberarse del yugo del tirano, Atenas se convertía por primera vez en una fuerza militar importante, pero una cosa era derrotar en 506 a sus vecinos griegos de Beocia y Eubea en tierra, y otra muy distinta aspirar a algo más que a chamuscar la rizada barba del gran rey persa enviando, en 499, una flota más bien pequeña de veinte barcos a Asia Menor para ayudar a la revuelta jónica.

La revuelta duró seis temporadas de campañas, pero la aportación de Atenas fue relativamente escasa limitándose a atacar y quemar —al principio— parte de Sardes, donde el virrey persa de Lidia tenía su capital. Atenas no participó en la derrota final de los jonios en 494 en Lade, frente a Mileto, que fue seguida por la destrucción total del mismo Mileto. Pese a todo, Atenas, Eretria y Eubea fueron señaladas como objetivos para

una eventual venganza una vez que fue aplastada la revuelta. Toda vez que era una entidad enorme, muy extendida y heterogénea, el Imperio persa siempre tardaba varios años en organizar una campaña más allá de sus fronteras, por lo que no fue hasta finales de la década de 490 cuando el gran rey Darío mandó a las principales ciudades de la Grecia continental el mensaje perentorio de que le ofrecieran las tradicionales muestras de sumisión, tierra y agua, si no querían sufrir una guerra de represalia y venganza. Es bien conocido que Atenas y Esparta se negaron, y agravaron su rechazo al matar a los heraldos de Darío, una grave violación de las normas religiosas así como del protocolo diplomático. Por su parte, Egina accedió, y de ahí la extrema irritación de Cleomenes y la prepotente intervención. Argos se mantuvo mansamente neutral.

Cuando por fin se inició la expedición persa en 490, bajo el mando conjunto de un miembro de la familia real persa, Artafrenes, y un medo, Datis, sus principales objetivos eran primero Eretria y luego Atenas. Eretria fue una presa fácil. El ejército invasor incendió la ciudad, destruyó sus santuarios y se llevó a todos sus habitantes como esclavos. Más adelante, en un gesto típico de potencia imperial, Darío hizo que muchos eretrios languidecieran como prisioneros y rehenes lejos de su tierra natal, en el sur profundo de Persia, donde la primera mención del petróleo en los documentos históricos supuso una pequeña compensación del alejamiento cultural. Esto dejó solos a los atenienses —y a todos los griegos que quisieran ayudarles— frente al inminente ataque persa.

Los espartanos dijeron que ayudarían, pero por desgracia la fuerza de 2.000 que enviaron (quizás una cuarta parte de su asamblea de ciudadanos) llegó después de que hubiera tenido lugar la batalla decisiva. La razón, o excusa, esgrimida por los espartanos por no haber llegado a tiempo fue que, por razones religiosas, se habían visto obligados a aguardar a que hubiera luna llena antes de partir. Tal como dice Heródoto en otra parte, en dos ocasiones, para los espartanos las órdenes de los dioses eran más importantes que las de los simples hombres, pero lógicamente nos asalta la sospecha de que a veces a los espartanos las órdenes divinas les llegaban en momentos curiosamente oportunos. En todo caso, tuvieron interés en ver el campo de batalla y fueron generosos en sus felicitaciones a los vencedores griegos, principalmente los atenienses, y sus aliados de Platea (que estaban allí gracias en parte a la diplomacia de Cleomenes).

La batalla de Maratón —la que los espartanos consiguieron perderse— es una de las más famosas de la antigua Grecia, y de hecho no sólo de la antigua Grecia sino de la historia. Fue un triunfo de David frente a Goliath, debido sobre todo al genio estratégico de uno de los generales de Atenas, Miltiades, pero también al coraje de hombres que estaban combatiendo en su patio trasero no sólo por su patria sino también por un ideal, por algo más que conservar simplemente el statu quo. Al parecer, en el bando persa hubo unas 6.400 bajas —éstos eran los cadáveres que los espartanos tenían interés en inspeccionar—frente a 192 (exactamente) muertos atenienses y un número incierto de plateos. Los plateos fueron enterrados en un túmulo honorífico, en la llanura de Maratón; se hizo otro tanto con los atenienses, sólo que su túmulo era a todas luces el más grande e imponente.

Los hoplitas atenienses que habían vencido recibieron como título honorífico un nuevo nombre compuesto, «los luchadores de Maratón», y todavía a finales del siglo V, y aún

más allá, su coraje y su valor seguían siendo loados en las ceremonias oficiales atenienses que se celebraban en los entierros de los muertos de guerra. A los 192 que murieron se les rindieron los honores religiosos correspondientes a los héroes, y, según una opinión moderna, son conmemorados como tales visualmente en el enorme friso de mármol que adornaba originariamente el Partenón (construido en la Acrópolis de Atenas entre 447 y 432). Otro monumento público ateniense que posiblemente está también dedicado a la batalla de Maratón es el denominado Tesoro de los atenienses, levantado junto a la Vía Sagrada, en el recinto de Apolo en Delfos.

Es fácil de imaginar la contrariedad y los celos de los espartanos, o al menos de los espartanos que compartían las opiniones de Cleomenes sobre Persia. A la inversa, el ex rey Demarato se hallaba al mismo tiempo en un cómodo hueco en el Imperio persa y de hecho en el círculo más íntimo de la corte persa, donde podía actuar como consejero excepcionalmente bien informado y de confianza del propio rey. Darío, su primer benefactor, murió en 486, y su hijo Jerjes le sucedió en el trono, al parecer con el apoyo explícito de Demarato a su causa. No obstante, si Jerjes ya estaba deseando completar el asunto griego inacabado que su padre le dejó al morir, tenía otras cuestiones imperiales más importantes e inmediatas que atender en Egipto y Babilonia. Éstas le ocuparon más o menos los dos primeros años de su reinado, y no fue hasta 484 cuando se pusieron en marcha resueltamente los preparativos para el gran proyecto del joven emperador: la conquista de la Grecia continental y su incorporación al Imperio persa.

A Heródoto le gustaba imaginar que Jerjes estaba indeciso sobre la conveniencia de la campaña griega en general, pero esto muy bien puede ser porque cuadraba con los fines artísticos del historiador. Ojalá Jerjes hubiera decidido no emprenderla..., se habría ahorrado, y habría ahorrado al imperio, la amargura de la derrota. Ojalá hubiera escuchado los sensatos consejos de su tío Artábano. Ojalá. De hecho, no es probable que dudara durante mucho tiempo. Grecia debía de parecer pan comido. Al fin y al cabo, los griegos tenían fama de volubles y políticamente estaban divididos entre ellos. El respaldo de los isleños y los continentales a la revuelta de los jonios había sido, en el mejor de los casos, irregular, y Demarato no era el único griego destacado que prefería evitar a Persia a ver su patria derrotada. La principal modalidad guerrera de los griegos en tierra, el combate hoplítico, no les serviría de mucho frente a las vastas hordas persas. Si Jerjes hubiera estado atento, quizás habría tenido más en cuenta el importante desarrollo militar griego de la década de 480, la creación en Atenas, bajo el inspirado liderazgo de Temístocles, de una flota de trirremes de primer orden, pronto de talla mundial. También habría podido advertir que Esparta, tal vez precisamente a causa de la deserción de Demarato, estaba más resuelta que nunca a resistir..., después de algunos titubeos típicamente religiosos.

Al enterarse de la expedición planeada, los espartanos consultaron como de costumbre al Oráculo de Apolo en Delfos, sólo para oír que debían, en efecto, darse por vencidos y ceder. Pues, según el oráculo, o bien Esparta perdería un rey en la batalla, o bien los persas invadirían Laconia. Sumamente preocupados, los espartanos tomaron la inusual medida de celebrar reuniones frecuentes de su Asamblea, que de lo contrario se convocaba sólo una vez al mes, más o menos cuando había luna llena. En estas reuniones extraordinarias sólo había un punto, aparentemente religioso, en el orden del día: ¿qué espartanos estarían

dispuestos a reparar con su vida la muerte del mensajero de Darío, al que habían matado en 491, en el período previo a la campaña de Maratón? Al final, dos espartanos nobles —en más de un sentido— se ofrecieron como voluntarios, de modo que este excepcional acto de sacrificio por el bien de Esparta fue una fascinante anticipación en miniatura del mucho mayor y más elevado sacrificio que harían colectivamente los espartanos en las Termópilas en 480. Pero Jerjes no tenía interés alguno en matar a esos dos espartanos, ni siquiera en negociar con ellos. Así pues, en otoño de 481, las relativamente pocas ciudades griegas que podían ponerse de acuerdo en presentar algún tipo de resistencia común se reunieron para planificar la respuesta conjunta ante la eventual ofensiva militar persa.

Los delegados se reunían, simbólicamente, en el istmo de Corinto, cerca de un santuario de Poseidón que cada dos años albergaba una de las cuatro festividades religiosas panhelénicas más importantes, los Juegos Ístmicos. Por entonces, el istmo era también probablemente el límite de la visión y la ambición de la mayoría de los espartanos. Incluso después de que quedara inequívocamente claro que las fuerzas espartanas deberían comprometerse en el centro y el norte de Grecia, lejos de casa, aún había indicios de un anhelo por no ir más allá, literalmente, del istmo, para fortificar esa lengua de tierra de seis kilómetros y convertir el Peloponeso en una especie de fortaleza. Vana esperanza, tal como percibió y declaró con acierto Heródoto. Pues la fuerza invasora dirigida por el gran rey Jerjes sería —algo decisivo— de carácter anfibio. Es decir, la conquista de Grecia dependería forzosamente de la cooperación entre el ejército de tierra y las fuerzas navales. La estrategia de defensa del istmo tendría una mínima posibilidad de éxito sólo si la flota de Jerjes era derrotada. Ahí estaba, por supuesto, el talón de Aquiles de los espartanos. No tenían flota propiamente dicha, y si hubieran podido formar una, habría tenido que ser tripulada por ilotas, que acaso no fueran leales del todo.

Sin embargo, las pocas ciudades griegas que hicieron un juramento religioso en el istmo de Corinto en el otoño de 481 para resistir juntas contra los persas se sometieron unánimemente al liderazgo general espartano. Tal era la prepotencia de Esparta como cabeza de una alianza que suponía el grueso de la resistencia legitimista griega, que incluso las flotas de los griegos unidos eran comandadas oficialmente por espartanos, hombres con poca o ninguna experiencia militar en el elemento imprevisible del mar.

En 480, por fin las hordas persas por tierra y la armada por mar pusieron rumbo al oeste. Se intentó facilitar el paso de las inmensas fuerzas al exterior del imperio, con éxito desigual. Según Heródoto, ríos enteros quedaron secos *en route* y, algo más verosímil, un gran número de barcos y hombres se perdieron en las tormentas. La preinvasión inmediata del ejército persa tuvo lugar por tierra en Drabesco, Tracia. Heródoto informa de un total de 1.700.000 soldados apoyados por más de 1.000 barcos. Estimaciones modernas más sensatas de los mejores historiadores militares recortan las fuerzas terrestres persas a cifras que van desde 80.000 a un cuarto de millón, y a unos 600 barcos en lo referente a la armada.

El avance hacia el oeste y el sur desde Drabesco no acarreaba problemas —hasta el paso de las Termópilas—. Para empezar, los griegos continentales estaban muy divididos, tradicional y sistemáticamente, y también sobre el asunto específico de cómo oponer resistencia a Jerjes, incluso sobre si hacerlo o no. Cuando en un momento culminante de su narración Heródoto invoca una definición de «lo griego», la lista de factores unificadores

que cita no incluye obviamente la cooperación política, no digamos ya la unión. No fue nada sorprendente que entre los aliados juramentados que se habían reunido en el istmo no se contaran los griegos de Tesalia, en cuyo territorio estaba la primera posible línea de defensa, el valle del Tempe, entre el monte Osa y el monte Olimpo. Así, en primavera o verano de 480 los legitimistas griegos enviaron una fuerza para defender la línea del Tempe, bajo el mando del espartano Eueneto («el bien elogiado») y el ateniense Temístocles («famoso por su observancia del Bien»), en un intento de asegurar la lealtad de los tesalios a la causa griega.

Por desgracia, pronto se descubrió que la línea del Tempe podía ser superada fácilmente, por lo que Eueneto y Temístocles no tuvieron otra opción que retirarse al sur. La consecuencia política inmediata fue que los tesalios, según la nueva jerga, «medizaron», es decir, tomaron partido por el bando del invasor bárbaro, aunque no forzosamente siempre de manera activa y de buen grado. Para los legitimistas griegos, la segunda —o más bien la primera— línea potencialmente defendible era, en la práctica, el paso de las Termópilas. Aquí se produjo el primer encontronazo serio y frontal entre los persas invasores y los griegos resistentes.

Las «Puertas Calientes» —Termópilas en griego antiguo— son un paso estrecho en la Grecia continental central. Constituía la ruta natural de un ejército invasor que llegara por tierra desde el norte y que tuviera como principal objetivo destruir los ejércitos de Atenas y Esparta y sus aliados del sur. Ahí, en pleno verano, más o menos en agosto de 480, una pequeña fuerza que representaba a una titubeante agrupación de ciudades griegas legitimistas, encabezadas por Esparta y Atenas, opuso una resistencia heroica al poderío de una inmensa fuerza invasora persa. En 1940 se estableció acertadamente una analogía entre los pocos griegos de 480 a.C. durante las guerras persas y «los Pocos» que opusieron resistencia a la Alemania nazi en la Segunda Guerra Mundial.

Desde la antigüedad, la topografía de la región de las Termópilas se ha visto alterada por fuerzas naturales hasta quedar casi irreconocible, de modo que el mar ahora está a varios kilómetros del lugar donde se produjo el combate. Hemos de imaginar que, en 480, era un paso angosto, apenas lo bastante ancho para que se cruzaran cómodamente dos cuadrigas o carros, entre la montaña y el mar, salpicado por una serie de «puertas». Fue en la denominada puerta intermedia donde tomó posiciones la fuerza defensiva de los griegos legitimistas; es aquí donde se ha levantado el monumento moderno, a la derecha de la autopista nacional si uno conduce hacia el norte. En el otro lado de la autopista se puede visitar lo que ha sido designado, seguramente con acierto, como el montículo donde los griegos resistieron hasta el final.

Pero no nos adelantemos. Pese a la gravedad de la crisis, Esparta no consiguió enviar una asamblea completa de sus aproximadamente 8.000 guerreros ciudadanos adultos, sino sólo unos simbólicos 300 comandados por uno de sus dos reyes, Leónidas. También los otros griegos aliados se abstuvieron de enviar sus efectivos completos para defender el paso, así que de una fuerza de tal vez 20.000 o 25.000 legitimistas peloponesios, había presentes sólo unos 4.000. ¿Por qué? Las razones que dieron todos en su momento eran religiosas: los espartanos alegaban su absoluta y primordial obligación de celebrar su festividad nacional anual más importante, la Carneia, en honor de Apolo, y los otros peloponesios hacían asimismo hincapié en su férreo compromiso de celebrar los Juegos

Olímpicos en honor de Zeus. Sin duda, en la antigua Grecia la religión fue siempre un factor histórico realmente poderoso, pero también podemos razonablemente sospechar que aquí había en juego otro motivo, más prosaico y menos encomiable, aunque totalmente comprensible, a saber, el miedo cerval: el miedo a que los persas fueran demasiados para oponerles resistencia, en las Termópilas o en cualquier otro sitio. Al fin y al cabo, la inmensa mayoría de los varios centenares de ciudades griegas continentales ya habían decidido desentenderse y unirse de cualquier manera a los persas, o al menos no oponerse a ellos, en vez de intentar hacerlos retroceder.

Los griegos legitimistas del norte del Peloponeso estuvieron también presentes en las Termópilas, pero en escaso número, pues se entendía que esta fuerza de defensa era como una avanzadilla. Así pues, no había atenienses ni megarenses y, lo que es más polémico, sólo unos cuantos beocios, entre ellos unos meros 400 de la principal ciudad de Beocia, Tebas. Más adelante, después de la batalla, todos los beocios a excepción de los de Tespia (enemiga de Tebas) y Platea (aliada de Atenas) «medizaron», de modo que la reputación de los tebanos en especial quedó manchada cuando finalmente, en 479, se hizo retroceder a los persas. En consecuencia, se afirmó que, en 480, los 400 tebanos de las Termópilas habían estado allí presentes sólo porque Leónidas les obligó a ello, como rehenes para garantizar en cierto modo la conducta leal de sus compatriotas en Tebas. Aparte de éstos, hubo acaso mil soldados de cada uno de los dos pueblos griegos más afectados directamente, los focenses y los locros opuntios. En total quizás unos 7.000.

En todo caso, Esparta sí envió a Leónidas y 300 paladines escogidos (de los cuales a última hora uno no pudo combatir debido a una grave afección ocular, aunque se redimió un tanto a sí mismo en un heroico suicidio en Platea al año siguiente; otro, ausente por estar realizando una misión oficial en el momento crítico, se ahorcó avergonzado a su regreso a Esparta). Nuestra principal fuente narrativa, Heródoto, nos revela que los 300 habían sido seleccionados, en parte, porque todos tenían hijos varones vivos, de modo que su linaje familiar no se extinguiría cuando ellos fueran, inevitablemente, masacrados. No obstante, cabe preguntarse qué pensarían las esposas de estos hombres. Tenemos información específica de la conducta sólo de una esposa, en forma de una anécdota muy posterior conservada por Plutarco en su antología de «Dichos *[apophthegmata,* apotegmas] de mujeres espartanas». Mientras Gorgo daba ánimos a su esposo Leónidas estando éste a punto de partir para las Termópilas, a demostrar que era digno de Esparta, le preguntó qué debía hacer. El contestó:

> Cásate con un buen hombre y ten hijos buenos.[1]

De hecho, Gorgo ya había tenido el hijo y heredero de Leónidas, Plistarco, y, por lo que sabemos, a la muerte de su esposo no volvió a casarse.

---

[1] Plutarco, «Dichos de mujeres espartanas».



GORGO

El nombre de Gorgo no es lo menos extraordinario sobre ella. ¿Qué estaba pensando su padre, Cleomenes I, cuando la llamó así? ¿Qué petrificaría a todo aquel que la mirase a los ojos? Seguramente no. Sin embargo, «Gorgo» significa «gorgona», como en el mito de la gorgona llamada Medusa, cuya cabeza tuvo que cortar Perseo para salvar a Andrómeda del monstruo marino. Un nombre realmente aterrador, aunque quizás en Esparta no sonaba tan extraño. Un varón de más edad contemporáneo suyo se llamaba Gorgos, y era un espartano de alto rango que fue *proxenos,* o representante diplomático oficial de la ciudad de Elis, en Esparta, una especie de cónsul honorario. Para honrar a su *proxenos,* los elianos construyeron para él un magnífico asiento de mármol en Olimpia, donde controlaba la celebración de los Juegos Olímpicos, y grabaron su nombre en el mismo. La fecha de los caracteres ronda el 525 a.C.

Gorgo nació unos quince años más tarde, pues tenía ocho o nueve cuando hace la primera de las dos apariciones en las *Historias* de Heródoto. El hecho de que una mujer griega con un nombre concreto aparezca siquiera en una historia de Grecia sorprendería al brillante sucesor de Heródoto, Tucídides, pues éste casi nunca hace referencia a mujeres, sea individual o colectivamente, y desde luego nunca presentaría a una mujer que hubiera tenido un impacto decisivo en el curso de la guerra del Peloponeso. Por su parte, Heródoto tiene montones de referencias a mujeres, tanto colectivas como individuales, y de hecho establece relaciones entre hombres y mujeres, sobre todo sexuales, una de las claves de referencia de la parte etnográfica de su obra. Estas referencias conciernen a mujeres no griegas, pues el principal propósito de la etnografía de Heródoto era ilustrar lo muchas y variadas que son las costumbres sexuales y sociales humanas, y lo distintas —no necesariamente peores— que pueden ser las costumbres de otros pueblos de las normas griegas.

Sin embargo, Esparta era una importante excepción a la regla de que las ciudades griegas tenían prácticamente las mismas costumbres en relación con la posición y la conducta de sus mujeres. Heródoto deja perfectamente claro por diversos medios que las mujeres de Esparta eran diferentes, incluso «ajenas». Por ejemplo, nos han llegado sus versiones de las historias sobre la concepción y el nacimiento cuasimilagrosos del rey Demarato, y de la bigamia supuestamente «nada espartana» del rey Anaxándridas, pero una ilustración incluso más reveladora que éstas es el papel desempeñado por Gorgo en Heródoto, o acaso deberíamos decir los papeles que el segundo atribuyó a la primera.

En 500, con ocho o nueve años, Gorgo estaba en casa cuando su padre regresó de algunos asuntos públicos seguido por un peticionario extranjero, Aristágoras de Mileto. Éste había llegado a Esparta con motivo de una cuestión de máxima urgencia diplomática: intentar convencer a Cleomenes para que apoyara una revuelta planeada de los jonios y otros griegos contra Darío I, gran rey de Persia. Pero Cleomenes se había negado a comprometer fuerzas terrestres en una campaña contra el Imperio persa para la que

precisarían hasta tres meses de marcha desde el familiar. Mediterráneo, y ordenó al milesio que abandonara Esparta antes de la puesta del sol. Tras fracasar con las palabras, Aristágoras, conociendo seguramente la fama de corruptos que tenían los espartanos, le ofreció a modo de soborno una enorme suma de diez talentos (varias fortunas individuales) cuando aconsejó la pequeña Gorgo: «Papá, más vale que te vayas o el extranjero te corromperá».

Desde luego, ni Heródoto ni sus informantes tenían ni idea de lo que había dicho exactamente Gorgo, aunque su presunto uso de la palabra «extranjero» *(xeinos)* para aludir a Aristágoras capta muy bien la xenofobia característica de los espartanos (miedo a los *xeinoi).* La cuestión interesante desde el punto de vista histórico es que Gorgo podía ser representada convincentemente como un poder detrás del trono, prudente y sensata pese a su corta edad. Unos quince años después, cuando Cleomenes murió en circunstancias turbulentas y poco claras, y Gorgo estaba casada con el hermanastro joven y sucesor de su padre y era ya madre del futuro rey Plistarco, ella hace su segunda intervención decisiva en la historia espartana y griega. Llega a Esparta un mensajero que lleva una tablilla de cera aparentemente en blanco (dos hojas de madera cubiertas de cera y dobladas). «Nadie —relata Heródoto— fue capaz de adivinar el secreto»; o sea, nadie excepto Gorgo, que con calma explicó a las autoridades que si rascaban en la cera, encontrarían un mensaje escrito con tinta en la madera de debajo; y se comprobó que en efecto así era. No se trataba de un mensaje corriente: lo enviaba el exiliado ex rey Demarato, que avisaba a los espartanos de la decisión de Jerjes de hacer la guerra a Grecia.

En esta historia no se dice si Gorgo era instruida, aunque hay pruebas fiables de que las mujeres espartanas sabían al menos leer, y quizá también escribir, con la implicación, en nuestro caso, de que escribir no era algo ajeno a la experiencia de Gorgo. De todos modos, la cuestión más importante es que Gorgo era más aguda y más lista que los demás espartanos, sobre todo los hombres con autoridad, y que era capaz de intervenir en la esfera pública, una esfera que en otras partes de Grecia estaba reservada exclusivamente a los hombres. Se transmite el mismo mensaje en los seis apotegmas, o dichos memorables, atribuidos a ella en la antología plutarquiana de «Dichos de mujeres espartanas».

Dos de éstos son variaciones sobre la historia de Aristágoras referida antes, uno de los cuales «mejora» en las palabras que Heródoto pone en su boca:

> Papá, el *miserable* extranjero te corromperá si no *lo echas pronto de la casa.*[2]

El tercero hace alusión a los supuestos problemas de su padre con la bebida y avisa a éste de que, cuanto más vino bebe la gente, más desaforada y depravada se vuelve. Aquí parece funcionar la mirada retrospectiva. Hemos citado el cuarto, el diálogo de Gorgo con su esposo Leónidas cuando él está a punto de partir para las Termópilas y morir. Los dos restantes son, en ciertos aspectos, los más interesantes de todos, pues se ocupan de la política de género, así que los cito completos:

> Cuando un extranjero que lucía una túnica delicadamente tejida le hizo insinuaciones, ella se lo quitó de encima diciendo: «Lárgate..., no sabes siquiera

[2] Plutarco, «Dichos de mujeres espartanas», Gorgo n.° 1 (Moralia, 240d).

desempeñar un papel de mujer».[3]

> Tras ser interrogada por una mujer ateniense: «¿Cómo es que las espartanas sois las únicas mujeres que domináis a los hombres?», ella replicó: «Porque somos las únicas mujeres que parimos (verdaderos) hombres».[4]

El primero es una alusión tanto al supuesto desdén de los espartanos hacia el teatro y la comedia como su bastamente masculina opinión de que un hombre con un vestido lujoso era afeminado. Según Tucídides, fueron los hombres ricos de Esparta los primeros griegos en abandonar las vestimentas lujosas y en adoptar ropas tan simples y sencillas como las que podía permitirse la gente pobre corriente.

El segundo, no obstante, es más revelador. Se repite, con palabras algo distintas, en uno de los apotegmas atribuidos a Licurgo, en una antología de expresiones espartanas también recopiladas supuestamente por Plutarco. Esto indica a todas luces su gran importancia en la organización social de la Esparta «licurguiana». Pues, según las construcciones griegas normativas del género y los roles de género, era una parte esencial de la naturaleza de la mujer que ésta fuera inferior, mental o físicamente, al hombre, por lo que era preciso que, en la práctica, todas las mujeres estuvieran subordinadas a todos los hombres en privado y, *a fortiori,* en público.

En su primer libro de la *Política* y en otras partes, Aristóteles explica con detalle qué, a su entender, origina la natural y tan inalterable inferioridad de las mujeres. Por tanto, su sobresalto y horror en el segundo libro de la *Política* son palpables cuando dice que los hombres de Esparta son *gunaikokratoumenoi,* «dominados por sus mujeres». En el apotegma en cuestión, Gorgo no niega que éste sea en efecto el caso, pero, con mucho tacto, desvía la atención del papel de las mujeres espartanas como esposas a su papel de madres: sólo las mujeres espartanas, dice, a diferencia de las patéticas atenienses y otras mujeres, ¡parimos hombres verdaderos! De este modo, Gorgo es identificada doblemente con la identidad de género y la —presunta— estructura de poder dominada por las mujeres en el Estado espartano. Como veremos en un próximo capítulo, hace falta modificar un poco al menos la última opinión.

Antes de dejar a Gorgo, volvamos a su situación familiar y sobre todo matrimonial, concentrándonos esta vez en la importancia de la herencia de la riqueza y la propiedad. Lo fundamental de Gorgo, aparte de haber nacido hija de un rey reinante, es que era hija única, una heredera, lo que los espartanos denominaban técnicamente *patrouchos,* literalmente «titular del patrimonio o de la herencia paterna». Su padre Cleomenes era uno de los cuatro hijos de Anaxándridas, de modo que a la muerte de éste, si sus cuatro hijos hubieran estado vivos, sus bienes se habrían tenido que dividir al menos en cuatro partes (más si hubiera habido hijas, pues en Esparta ellas también heredaban por derecho propio, aunque probablemente una parte más pequeña que los hermanos). Los otros tres hijos, nacidos de la primera esposa de Anaxándridas, eran, por orden de nacimiento, Dorieo, Leónidas y Cleómbroto, pero Dorieo murió relativamente joven, con lo que Leónidas quedó como hermano mayor de Cleomenes.

---

[3] Plutarco, «Dichos de mujeres espartanas», Gorgo n.° 4 (Moralia, 240e).
[4] Plutarco, «Dichos de mujeres espartanas», Gorgo n.° 5 (Moralia, 240e).

Leónidas debió de llegar a la edad de casarse (en Esparta, para los hombres, era en torno a los veinticinco años) hacia 510, pero, o bien no se casó entonces, o bien su hipotética esposa había muerto cuando se casó con la hija heredera de Cleomenes, Gorgo, a finales de la década de 490, cuando ella había llegado a la edad pertinente, que para las mujeres espartanas se situaba al final de la adolescencia. Las razones por las que Leónidas habría querido casarse con Gorgo son patentes: ella era el único descendiente de Cleomenes, por lo que heredaría toda su riqueza, y él era el siguiente en la línea de sucesión al trono agíada, pues en ausencia de un hijo varón, la sucesión real en Esparta pasaba al pariente más cercano del rey fallecido, y Leónidas era el hermanastro mayor que le quedaba a Cleomenes. Éste, al dar su bendición al matrimonio, estaba siguiendo la costumbre real espartana, pues los matrimonios entre parientes cercanos, sobre todo entre tío y sobrina, no eran ni mucho menos insólitos —de hecho, las bodas entre tíos y sobrinas también eran bastante comunes en Grecia—, y por la misma razón: básicamente tenían la finalidad de mantener los bienes intactos dentro del linaje familiar masculino.

En otras palabras, Gorgo estaba interpretando la habitual función asignada a las mujeres de élite en el mundo griego antiguo de ser el vehículo conyugal para la transferencia de bienes, y con ella el poder sobre los mismos, entre los varones de las clases selectas. Sería un error, no obstante, considerarla un simple instrumento pasivo en estas transacciones. Por todo lo que sabemos de ella, Gorgo tenía opinión y voz propias.

De hecho, los espartanos opinaban que la defensa de las Termópilas era una misión suicida, una especie de acción kamikaze acometida con un estado de ánimo totalmente racional. Esto lo corrobora la historia del explorador de Jerjes, quien informa de que los espartanos se han estado dando aceite como si se prepararan para una competición atlética y peinando sus —excepcionalmente— largos cabellos. Tal como se lo interpretó Demarato a Jerjes, esta conducta simbolizaba la resolución de los espartanos de luchar hasta la muerte si hacía falta —como sabían que pasaría—. Los otros griegos enfocaban la operación de las Termópilas sin duda de manera muy distinta. Para los supervivientes, una valiente resistencia sería seguida por una honrosa retirada a fin de combatir o morir otro día. De ahí la normalísima reacción de pánico entre la mayoría de ellos, tal como lo cuenta Heródoto, cuando las hordas persas se acercaban ya al paso de las Termópilas. Otro factor que causaba alarma era que, como sabían los habitantes de la zona, el paso podía ser superado por un simple camino llamado Anopea, atravesando las montañas en dirección al sur. Lógicamente, Leónidas intentó sellar este hueco potencial con una fuerza de 1.000 focios, hombres familiarizados con el terreno y que de entrada eran los que más tenían que perder.

Después de que llegaran las fuerzas persas, pasaron tres o cuatro días antes de que comenzara el ataque verdadero. Esto quizá tenía la finalidad de meter presión psicológica a los griegos hasta que ésta se volviera insoportable, o de modo más prosaico, permitir a Jerjes establecer enlace con su flota, zarandeada por las tormentas, que por fin había logrado atracar sin novedad en el cercano cabo Sepias. Finalmente se lanzó el ataque el Día Uno de lo que se recordó como un enfrentamiento épico de tres días. Los griegos habían reconstruido un viejo muro en la puerta intermedia, tras el cual resistieron luchando por

relevos. Sus lanzas eran más largas que las del enemigo, que además era incapaz de hacer valer su superioridad en el limitado espacio disponible. Los espartanos agravaron el desconcierto de las fuerzas persas con el despliegue de tácticas que sólo la fuerza más disciplinada y mejor preparada habría sido capaz de considerar: una serie de fingidas retiradas seguidas de una repentina media vuelta y una arremetida mortífera contra los confiados perseguidores.

El Día Dos fue prácticamente como el Uno, aunque podemos imaginar fácilmente la frustración y la irritación crecientes de Jerjes, quien sin embargo de pronto tuvo un golpe de suerte. Un traidor griego, un Judas de la región que conocía muy bien el sendero de montaña de Anopea, se presentó oportunamente ante el rey persa. Su nombre pertenece a la historia de la infamia, en su momento un caldero de condena ardiente motivada en parte por un deseo de ocultar el hecho de que tantas ciudades y gentes de Grecia ya hubieran «medizado», o pronto lo harían. Gracias a él, durante la noche del Día Dos y las primeras horas de la mañana del Día Tres los persas flanquearon a los defensores de las Termópilas y, cayendo sobre ellos desde delante y desde detrás, los envolvieron formando una pinza irrompible. Jerjes no corrió riesgos. Confió la misión nocturna especial a miembros de su fuerza de élite, su guardia personal de 10.000 inmortales (como los llamaban los griegos: les gustaba imaginar, de forma equivocada, que recibían este nombre por el hecho de que inmediatamente después de que uno caía en la batalla era sustituido por un reservista, con lo que en todo momento eran 10.000 los efectivos máximos)

Quizá se podría culpar a Leónidas por no haber reforzado el paso de Anopea con una fuerza defensiva mayor o más resuelta. Tal vez, tras valorar debidamente la desesperada situación de cerco, podía haber impuesto su autoridad de forma más inequívoca (se decía que dio permiso de retirada a la mayor parte de las tropas restantes, pero una opinión más escéptica sostiene que esto fue sólo una maniobra para encubrir el hecho de que casi todos habían desaparecido sin más).

Lo que nadie duda en absoluto es de la resolución y la valentía extraordinarias con que el Día Tres lucharon él, los espartanos y los escasos miles de griegos que optaron por permanecer a su lado hasta el final.

Una ocurrencia realmente lacónica simboliza la naturaleza de la resistencia final de los espartanos. Cuando se le dijo que en el bando persa había tantos arqueros que sus flechas podían tapar el sol, el espartano Diéneces, uno de los 300, replicó al punto:

> Tanto mejor... ¡Combatiremos contra ellos a la sombras![5]

Como los espartanos consideraban que las flechas eran las armas de los débiles y afeminados, en comparación con la lanza y la espada del hoplita que luchaba cara a cara y cuerpo a cuerpo, éste era un modo ingenioso de eludir la cuestión —tanto literal como metafórica— de la enorme y mortífera cantidad de flechas que en breve caerían sobre ellos.



[5] H VII, 226.

DIÉNECES

Diéneces aparece sólo una vez en el relato que hace Heródoto de las Termópilas, hacia el final, pero es una aparición elocuente, pues en compañía de los más valientes fue capaz de dar «la prueba más rotunda de valor». Los griegos tenían una palabra especial para la excelencia que se exhibía de forma manifiesta en el campo de batalla, *aristeia,* que se aplicaba a las mil maravillas a las proezas de los héroes griegos de la Il*íada,* de Homero —de ahí la *aristeia* de Diomedes, de Patroclo y, por encima de todos, de Aquiles—. En este sentido, *aristeia* era un nombre singular femenino, pero los griegos también utilizaban las mismas letras para una palabra neutra plural que significaba no el valor en sí mismo, sino los premios al valor que se concedían tras batallas como la de las Termópilas o Platea. Cuando Heródoto nos dice que Diéneces fue declarado «el mejor» de los espartanos que combatieron y murieron en las Termópilas, está diciendo que es el hombre escogido por los griegos supervivientes para que se le conceda la *aristeia.*

Los griegos estaban muy imbuidos de espíritu competitivo; su palabra para competitividad, *agônia,* nos ha dejado la palabra «agonía», que dice mucho sobre la naturaleza de la competición griega. Por tanto, ser declarado «el mejor» estaba cargado de significado. Ojalá hubiéramos recibido más información sobre cómo Diéneces había llegado a la posición de ganar este premio máximo. En *Puertas de fuego,* el novelista americano Steven Pressfield realiza un buen trabajo de reconstrucción imaginativa de la trayectoria vital de Diéneces, atribuyéndole, por ejemplo, la implantación de una forma nueva y especialmente rigurosa de preparación de los guerreros espartanos. Pero esto es pura especulación. Lo único que podemos deducir con certeza es que pasó por la Agoge con gran éxito, fue elegido para una mesa común y luego demostró tener tal calibre marcial, aparte de ser padre de al menos un hijo varón, que fue escogido para la élite de 300 que acompañaron a Leónidas en las Termópilas.

Heródoto nos informa de modo específico de un aspecto concreto de las aptitudes intrínsecamente espartanas de Diéneces: su habilidad en la forma típicamente lacónica de la conversación apotegmática. De ahí la expresión tan lacónica recién citada sobre luchar a la sombra. Esto permitiría indirectamente a los espartanos combatir con más ferocidad y eficacia, incluso más rato, de lo que habría cabido esperar.

Heródoto añade que, por lo visto, Diéneces había dejado constancia de otros dichos igual de memorables —¡ojalá hubiera decidido citarlos también?—. Leónidas también demostró ser un verdadero espartano con las palabras con que supuestamente ordenó a sus hombres que tomaran aquella comida de primera hora de la mañana antes del enfrentamiento final: «Esta noche cenaremos en el Hades». Probablemente era también consciente del Oráculo de Delfos que, por lo visto, se había hecho público por entonces en el sentido de que sólo la muerte de un rey espartano garantizaría una victoria final griega contra los persas. En cualquier caso, combatió y murió como un hombre poseído por la conciencia de que estaba luchando por algo más importante que el simple mantenimiento del statu quo. Este factor moral del comportamiento de los espartanos en las Termópilas, ya presente entre los atenienses en Maratón, es un aspecto fundamental de la explicación

del triunfo final de los griegos.

Según Heródoto, las pérdidas persas al principio del Día Tres eran incluso mayores que las sufridas en los dos días anteriores. Quizá debido a que los griegos lucharon casi con desenfreno temerario. La propia muerte de Leónidas sólo incrementó la intensidad del esfuerzo griego, pues ahora estaban peleando, homéricamente, para impedir que los bárbaros enemigos se apropiaran del cadáver del rey y sin duda lo vejaran. La escena final se produjo en el montículo bajo ya mencionado. Con sus armas rotas o desaparecidas, los griegos combatieron literalmente con uñas y dientes, usando las manos desnudas y la boca. No obstante, incluso al final el arma persa de elección era la flecha, lanzada sin problemas a distancia. La venganza bestial al parecer descargada contra el cadáver de Leónidas, incluida la decapitación, seguramente testimoniaría el hecho de que los persas de Jerjes habían sido puestos a prueba casi hasta el límite.

Oficialmente, desde luego, la batalla de las Termópilas supuso la primera, atroz, derrota de los griegos en batalla campal contra las hordas orientales invasoras, un signo que poco invitaba a pensar que al final vencerían. Sin embargo, los epitafios que más adelante señalizaron el lugar, entre ellos uno de los más famosos de toda la historia, indican claramente que los espartanos al menos tenían algo más que pena en el recuerdo.

> Caminante, ve a Esparta y di a los espartanos
> que aquí yacemos por obedecer sus leyes.[6]

El mismo mensaje de orgullo y rebeldía era transmitido por el león de piedra levantado más adelante en el sitio, pues el rey de las bestias simbolizaba el valor marcial; por la misma razón, los griegos derrotados erigieron un monumento en forma de león de piedra, que en la actualidad todavía se conserva más o menos, en Queronea, Beocia, en 338. De todos modos, el monumento de las Termópilas fue también un bonito eco del nombre de Leónidas, que significa «descendiente de León», pues *leôn* era la palabra griega correspondiente a «león» (véase el capítulo 10).

El ejemplo de estos hombres, que lucharon gloriosamente como patriotas hasta la muerte por la causa de una Grecia libre, proporcionó precisamente el refuerzo moral que necesitaban en ese momento los desesperados legitimistas griegos. Esta famosa y heroica derrota en las Termópilas era, partiendo de esta óptica, una especie de victoria. Se ha dicho que el gran rey Jerjes, presente en la batalla, quedó estupefacto ante el comportamiento de los espartanos a lo largo de la misma. Se debatía entre diversos malentendidos culturales. Hubo que explicarle que los espartanos se comportaban así porque luchaban por un ideal más preciado que la propia vida: el ideal de la libertad. La libertad —la libertad para desarrollar su excepcional y excepcionalmente influyente civilización— es, de hecho, lo que los espartanos y los otros griegos legitimistas consiguieron a la larga al rechazar a los persas al año siguiente (479).

Éste fue el año de las dos batallas victoriosas y decisivas, para los griegos, de Platea por tierra y Mícala por mar. No obstante, Jerjes las experimentó sólo de segunda mano y por informes, pues tras la gran victoria naval de los griegos en Salamina, planeada y organizada por Temístocles y ganada básicamente por la flota ateniense, había regresado

[6] Simónides, epigrama, citado en Heródoto, VII, 228.

corriendo a Susa —al escenario vuelto a imaginar espectacularmente ocho años después en la encantadora tragedia de Esquilo *Los persas,* de 472 (cuyo texto se ha conservado)—. Jerjes dejó en Grecia como comandante absoluto a Mardonio, hijo de Gobrias, uno de los siete nobles persas que había restaurado la monarquía aqueménida, tras un período de usurpación a finales de la década de 520, y colocado en el trono al padre de Jerjes, Darío L En otras palabras, Mardonio era *la crème de la crème,* no un mero complemento o un recurso provisional; pero ni siquiera él estuvo a la altura del comandante general espartano de los griegos en 479, el regente Pausanias.

Pausanias estaba en ese puesto de mando porque, como primer primo, era el pariente varón más cercano, por parte de padre, de Plistarco, hijo heredero menor de edad de Leónidas, por lo que fue nombrado tutor personal del chico y regente agíada de Esparta. Aprovechó la oportunidad plenamente asumiendo el principal mando terrestre por delante del rey Leotíquidas, que por su parte se convirtió en el primer y prácticamente último rey espartano en estar al mando de una flota.

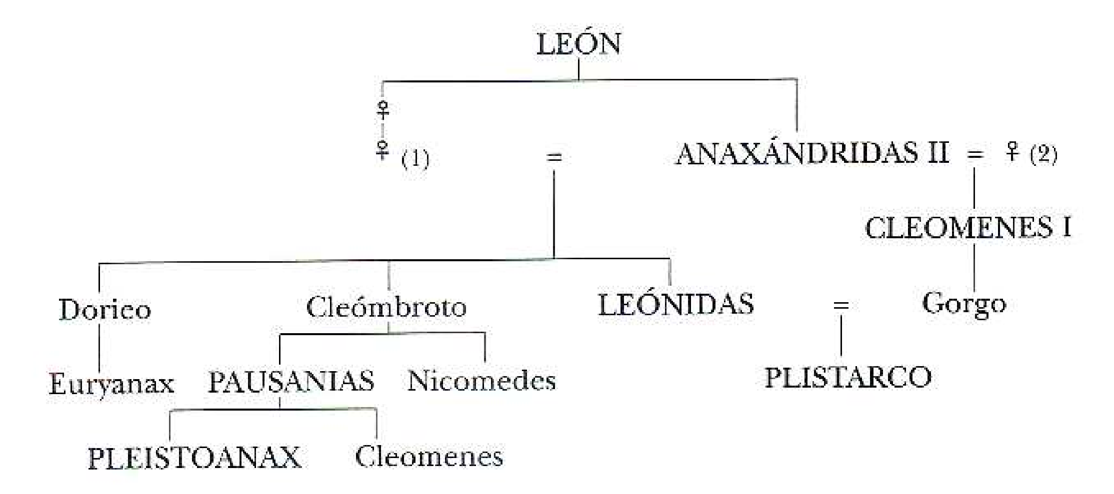


REGENTE PAUSANIAS

En 479, Pausanias salta de pronto a la escena central de la política griega e internacional. Tiene una presencia generalmente atractiva en las páginas de Heródoto, quien estaba incluso dispuesto a poner en entredicho la acusación de «medizismo» contra él que surgió mucho después de que los persas hubieran sido por fin derrotados. Sin embargo, otras fuentes, sobre todo Tucídides y, paradójicamente, Simónides, el cantor de loas, cuentan una historia distinta, de acaso comprensible pero igualmente inexcusable arrogancia, incluso *orgullo desmedido,* y traición.

Pausanias nació tal vez en torno a 510, hijo de Cleómbroto, el hermano más pequeño de Dorieo y Leónidas.

En ausencia —seguida de la muerte— de Dorieo, Leónidas había sucedido a su hermanastro Cleomenes, pero había muerto en las Termópilas dejando un hijo menor de edad, Plistarco. Fue por ello por lo que Pausanias ofició de regente en el trono agíada durante unos diez años antes de caer también él, como Dorieo, en desgracia. Mientras Dorieo moría en el extranjero, Pausanias obedecía el requerimiento de los éforos de regresar a casa desde Bizancio aproximadamente en 470. Acusado de traición, buscó refugio en la acrópolis espartana, donde, tras ser tapiado en el templo de Atenea de la Casa de Latón, murió de inanición.



Árbol genealógico de la casa de los agíadas, a finales del siglo VI y siglo V (los reyes y regentes aparecen en MAYÚSCULAS).



PLISTARCO

Este espeluznante final encajaba perfectamente con el estilo del resto de su vida documentada. Tras llevar a la victoria, en Platea, al mayor ejército griego jamás reunido, se permitió diversos gestos teatrales y grandilocuentes estando aún en el campo de batalla. Dando muestras de integridad, rechazó la invitación de un griego aliado para mutilar el cadáver de Mardonio como habían hecho supuestamente los persas con el de Leónidas en las Termópilas. En vez de ello, para reforzar el contraste entre el estilo griego (y más especialmente el espartano) y el persa de hacer las cosas, ordenó a sus ilotas que preparasen una comida espartana sencilla y corriente, para que sus soldados vieran la gran diferencia respecto a la envanecida magnificencia del banquete preparado en la tienda capturada de Mardonio. Asimismo, en parte porque no era costumbre espartana ofrecer en sus santuarios el botín de enemigos derrotados, ordenó a los ilotas recoger las pertenencias persas en el campo de batalla, incluido mucho oro y plata, y que dispusieran de ellas como gustasen. Heródoto cuenta la maliciosa así como falsa historia de que los «medizantes» eginetanos compraron el botín a los ilotas a precio de ganga porque los poco mundanos ilotas no tenían ni idea de su verdadero valor, y así los primeros se hicieron ricos. Maliciosa porque presenta a los eginetanos como mercenarios y embusteros amén de traidores, pero el gesto espléndido de abnegación de Pausanias suena verdadero.

Tras la derrota de la invasión persa, los aliados griegos originales, agrandados por la incorporación de antiguos súbditos griegos de Persia de las islas y el continente asiático, decidieron proseguir la guerra; era lógico que Pausanias siguiera desempeñando el mando absoluto, con su cuartel general en Bizancio, pero su arrogancia pronto le hizo perder el apoyo de los aliados. Lo mandaron llamar a Esparta, pero al año siguiente regresó a Bizancio, al parecer sin autorización oficial. La clase de arrogancia que explica que lo

llamaran queda perfectamente expresada en una inscripción que él hizo añadir a un gran cuenco de bronce instalado en la entrada del mar Negro:

Este monumento a su valor dedicó Pausanias a Poseidón,
comandante de Grecia de la danza espaciosa,
en el mar Negro, espartano de nacimiento, hijo de Cleómbroto,
del antiguo linaje de Heracles.[7]

Los dos dísticos elegíacos fueron atribuidos a Simónides, lo que resulta verosímil, pues Pausanias seguramente fue el que más hilos movió para que se le hiciera a Simónides el encargo de escribir un encomio épico para conmemorar las acciones de valor de los espartanos, aunque sobre todo las suyas personales, en Platea. Recientemente se han publicado extensas partes de este notable texto, escrito en papiro y conservado en las secas arenas del alto Egipto. He aquí un breve extracto (con restauraciones sugeridas entre corchetes):

[Desdê el Eu] rotas y desde la ciudad *[de Esparta]* ellos *[marcharon],*
acompañados por los hijos caballerizos de Zeus,
por los héroes *[tindáricos],* y por la fuerza de Menelao,
[los aguêrridos] capitanes del pueblo de *[sus pa]* dres,
acaudillados por el *[hijo]* más noble *[del gran Clê]* ómbroto,
…Pausanias.[8]

El poema aclara el tipo de conmemoración heroica y personalizada de las hazañas que Pausanias considera apropiada. Por lo visto, incluso su poeta pagado Simónides le avisó de que recordara que no era más que un mortal, no un dios, ni siquiera un héroe.

Los dípticos del mar Negro empañaron la reputación de Pausanias, pero aún fue peor su comportamiento vulgar en Delfos. Las treinta y una ciudades griegas legitimistas unidas encargaron como monumento a la victoria lo que se conoce, para abreviar, como Columna Serpiente. Ésta consistía en una base de piedra que sostiene una columna de bronce con forma de tres serpientes entrelazadas, encima de las cuales —apoyado en las cabezas— había un caldero de bronce que recordaba a los calderos entregados como premio en los Juegos Funerarios de Patroclo descritos en la *Ilíada* y otras contiendas heroicas. Los nombres de las ciudades victoriosas, empezando por las lacedemonias (espartanas), se grababan en el cuerpo de las serpientes. Aún es posible distinguir, con cierta dificultad, el lugar donde residen ahora los restos más bien lamentables del monumento, en el centro del antiguo Hipódromo de Constantinopla (al principio Bizancio, ahora la moderna Estambul). No obstante, Pausanias también quería su parte personal de la acción conmemorativa, por lo que hizo añadir a la base una nueva inscripción propia, otro díptico elegíaco del siempre fecundo Simónides:

Como jefe de los griegos, cuando hubo destruido
el ejército de los medos,

---

[7] Simónides, citado en Ateneo, XII, 536ab. Véase Campbell, ed., 1991.

[8] Simónides, fragmento elegíaco 11. Véase también West, ed., 1993; Boedeker & Sider, eds., 2001.

Pausanias levantó este monumento a Febo *[Apolo]*.[9]

Como si Pausanias hubiera derrotado al ejército persa en Platea él solo... No es de extrañar que, como señala Tucídides, los espartanos borraran la inscripción enseguida.

Por tanto, Pausanias fue privado del mando general de las fuerzas griegas, y poco después los espartanos se retiraron del todo de la campaña militar activa antipersa, liderada ahora por Atenas y su nueva alianza naval de la Liga de Delos. Pausanias se encontró a gusto en Bizancio y se quedó allí casi una década, durante la cual al parecer —ésta era la historia aceptada por Tucídides pero cuestionada por Heródoto— buscó y recibió la promesa de matrimonio de una hija de Jerjes con la idea de llegar a ser gran sátrapa de toda Grecia en beneficio de Persia.

Sea cual fuere la verdad de ello, alrededor de 469 lo mandaron llamar de nuevo a Esparta, acusado esta vez no de «medizismo» sino de lo que, para los espartanos, era en cierto modo un delito mucho más horrible: intrigar con los ilotas. El informante no era precisamente una fuente muy fiable en general, pues era el novio de Pausanias, un esclavo griego de Argilo. (Ha sido transformado imaginativamente en un sirio helenizado en la novela de Valerio Massimo Manfredi *Tatos de Esparta,* traducida en inglés como *Spartan.)* De todos modos, su testimonio fue suficientemente bueno para las autoridades, dispuestas a creer que había ofrecido a los ilotas no sólo la libertad sino también la ciudadanía espartana.

Esta presunta oferta es susceptible de una interpretación muy diferente, y mucho menos siniestra, si lo que Pausanias estaba de hecho haciendo era anticiparse a la práctica oficial espartana, que se hizo habitual en la guerra ateniense, de ofrecer a los ilotas una forma condicional de libertad a cambio de sus servicios militares. Estos ilotas liberados recibieron el nombre de *neodamodeis,* que significa algo así como «nuevas personas del tipo ciudadano», si bien en la práctica no disfrutaban de nada parecido a los privilegios de los ciudadanos espartanos de pleno derecho por nacimiento y educación. Sea como fuere, las acusaciones eran lo bastante graves para que Pausanias se asustara y buscara refugio en un espacio religioso de la acrópolis espartana. A punto de morir de inanición, fue sacado de allí justo a tiempo de evitar que contaminara el lugar sagrado si moría en él.

Más adelante, tras un recurso al Oráculo de Delfos, Pausanias fue rehabilitado póstumamente y recibió una distinción sin precedentes en forma de dos estatuas de bronce conmemorativas. Y aún mucho más adelante, su nombre se unió al de Leónidas como destinatario de los juegos anuales celebrados conjuntamente en honor de ambos.

Mardonio, jefe de las fuerzas terrestres tras el regreso de Jerjes a Asia, pasó el invierno de 480-479 en Tesalia. En verano de 479, se trasladó al sur para volver a ocupar y destruir la ciudad de Atenas, como ya había hecho en 480. Los atenienses, realmente sin ciudad, hicieron llamamientos desesperados a los espartanos para que salieran del Peloponeso a través del istmo y les prestaran ayuda donde hacía falta, en la Grecia central. Al final, los espartanos respondieron, pero cuando les pareció bien y a su ritmo, y juntaron fuerzas con los atenienses y otros legitimistas en Beocia, adonde se había retirado Mardonio. Ahora

[9] Simónides, epigrama, citado en Tucídides, I, 132.

Beocia también era un aliado-súbdito de Persia, salvo Platea, la siempre fiel aliada de Atenas, siendo en territorio de Platea donde por fin se llevó a cabo la difícil prueba.

Pausanias estaría al mando de unos 40.000 soldados hoplitas aliados, de entre los cuales sus propios espartanos ascendían a 5.000, lo que probablemente equivalía a dos tercios de su leva potencial completa. Iban acompañados del mismo número de hoplitas periecos y, al menos según las cifras de Heródoto, no menos de 35.000 ilotas, quienes no sólo realizaban labores de ordenanza y personal auxiliar, sino que también combatían como tropa ligera. Aparte de los espartanos, el otro contingente hoplita clave del bando de Pausanias lo formaban tegeos de Arcadia. Los persas, que seguramente aún eran muchos más pese a las hinchadas fuerzas griegas, tomaron posiciones a lo largo del río Asopo, al principio en la orilla sur. Mardonio comenzó la batalla con una carga de caballería provista de todos los efectivos. Los griegos respondieron con arqueros, uno de los cuales acertó a dar en el caballo del jefe persa, con lo que los enemigos fueron rechazados. Primer tanto para los griegos.

No obstante, la clave de la batalla no estaría en los arqueros ni en la caballería, sino en la infantería griega, con los espartanos colocados en el honorífico flanco derecho, los atenienses y tegeos en el izquierdo, y los megarenses, corintios y otros en medio. Pero fue sólo tras una desmesurada demora de ocho días cuando por fin se inició la batalla decisiva. Una explicación moderna del retraso es que en realidad Mardonio no deseaba la batalla campal de siempre, sino que esperaba lograr una victoria psicológica obligando al ejército griego legitimista a huir en desbandada. Sin duda, la demora creó a Pausanias problemas difíciles y delicados para mantener el control y la moral, y quizás incluso le llevó a pensar seriamente en el intercambio de posiciones de sus espartanos y los atenienses.

En cualquier caso decidió retirarse durante la noche. Podía haber hecho retroceder sólo la parte central y no la fuerza entera, pero de algún modo corrió el rumor de que se había ordenado una retirada a Platea, y a ello siguieron el caos y la confusión. Por la mañana, al enterarse de al menos una parte de la verdadera situación, Mardonio envió a su caballería a atacar a los espartanos, periecos y tegeos, que ahora se veían acorralados y sometidos a una lluvia de flechas. De un modo u otro Pausanias encontró tiempo para determinar la voluntad de los dioses mediante la adivinación sacrificial antes de ordenar a sus hoplitas que cargaran contra la mucho peor equipada infantería persa.

Esta fue la hora más gloriosa de Pausanias; minutos, en todo caso. Los griegos, sobre todo los espartanos, conservaron las filas y la cohesión intactas, con lo que la caballería persa se vio impotente para atacarlos. Tras derribar la empalizada de los persas al norte del Asopo, los griegos llevaron a cabo una masacre. Platea, aunque por poco acaba en sonoro fracaso, fue al final una victoria total y decisiva de los legitimistas griegos. Persia no volvería a invadir la Grecia continental —en tiempos de Alejandro Magno, un siglo y medio después, sería más bien un ejército macedonio y griego el que invadiría Asia—. No es que el Imperio persa dejara ni por un momento de ser un elemento importantísimo de la política y la diplomacia griegas, pero el resultado de Platea confirmó los veredictos de Maratón y Salamina.

En retrospectiva, se puede considerar que las batallas de 480 y 479, sobre todo la de las Termópilas, han sido un hito no sólo en la historia de la Grecia clásica sino de la historia

entera, tanto de Oriente como de Occidente. La historia contrafactual o alternativa basada en el «¿y si...?» puede, naturalmente, ser a veces sólo una distracción agradable para los historiadores, pero también puede ser un método muy útil para explorar las causas y los efectos. ¿Y si, por ejemplo, la resistencia de las Termópilas no se hubiera producido o hubiera sido mucho menos resuelta y efectiva —bajo la dirección de Leónidas y sus espartanos— de lo que fue en realidad? ¿Y si los legitimistas griegos hubieran sido derrotados en 480-479 y los persas hubieran absorbido a los griegos continentales amén de las islas y la costa litoral asiática occidental en su extenso imperio?

Tal como estaban las cosas, gracias a la transformación eficacísima de la sociedad espartana en una máquina militar bien engrasada, y al desarrollo diplomático de una alianza griega rudimentaria multiestatal mucho antes de que llegaran los persas a Grecia, había un liderazgo en torno al cual podía unirse la resistencia griega. La resistencia de los espartanos, heroica y condenada al fracaso por suicida, demostró en las Termópilas que al menos era posible presentar batalla a los persas, lo que dio a la fuerza pequeña, vacilante y poco cohesionada de los legitimistas griegos el coraje para imaginar que un día podrían realmente vencer. Con caudillos espartanos carismáticos del carácter y calibre del rey Leónidas y el regente Pausanias para encabezar la unidad, las fuerzas terrestres griegas fueron capaces no sólo de resistir sino de derrotar a su enemigo, que era varias veces más numeroso, pero constituía una fuerza heterogénea y fácil de desmoralizar.

PARTE II

EL MITO ESPARTANO

4

El «período de 50 años», 478-432 a.C.

En el período inmediatamente posterior a la derrota y la retirada de los persas, Atenas creó una nueva alianza naval antipersa, lo que denominamos la Liga de Delos (porque fue en la isla egea sagrada de Delos donde se hicieron los juramentos y se guardaba el tesoro de la Liga). Como cabía suponer, Esparta no formaba parte de la misma, en buena medida porque esta condición de miembro habría supuesto conceder la iniciativa política y el estatus hegemónico a Atenas, como habían hecho con Esparta sus propios aliados en la Liga del Peloponeso. La Liga de Delos era una organización totalmente nueva, creada mediante los nuevos juramentos de alianza y lealtad. Por otro lado, la Liga Helénica, como la llaman los historiadores modernos, que había nacido en Corinto en el otoño de 481, no fue desbancada del todo por la Liga de Delos. Como veremos, todavía en 464 aproximadamente, los espartanos podían mantener sus relaciones diplomáticas con Atenas en el marco de esta alianza antipersa anterior.

Lo que sí sorprendió un poco más fue que Esparta no renunciara inmediatamente a su implicación en las hostilidades contra Persia tras la victoria de los griegos en Mícala, pese a que esto significaba inevitablemente llevar a cabo operaciones navales muy lejos de casa. En 479, Leotíquidas había ganado la batalla de Mícala, comandando las fuerzas conjuntamente con Jantipo, padre de Pericles, pero en 478, mientras encabezaba una expedición de venganza y represalia contra los otrora «medizantes» tesalios, por lo visto fue sorprendido con las manos en la masa, por así decirlo, o mejor dicho con una manga —prenda típicamente persa— llena de plata en su tienda: debido a la corrupción y al soborno descarados lo llamaron a Esparta y lo privaron de todo mando futuro. El regente Pausanias, sin embargo, fue enviado a proseguir la campaña naval de los legitimistas griegos unidos directamente contra Persia desde una base de Bizancio.

Por desgracia, su arrogancia, sus supuestas inclinaciones pro persas (aparte de las rumoreadas negociaciones de matrimonio que involucraban a una mujer persa de alta alcurnia, al parecer era partidario de llevar vestidos persas..., anticipándose en un siglo y medio a Alejandro Magno) y una posible incompetencia en la esfera naval pronto originaron peticiones de los aliados, sobre todo de las islas grandes del Egeo, en el sentido de que Esparta fuera sustituida por Atenas en la dirección general. Los espartanos

creyeron que podrían salir del paso retirando simplemente a Pausanias y poniendo en su lugar a otro comandante espartano, pero la sustitución también fue rechazada, y los atenienses, bajo la dirección de Arístides, siguieron adelante con la creación de la Liga de Delos durante el invierno de 478-477. Como la guerra naval era muchísimo más cara que la terrestre y requería una gran inversión inicial en la construcción de barcos que se sumaba a los muy elevados costes del funcionamiento diario, los atenienses exigían a sus aliados que contribuyeran con un número predeterminado de barcos o, si no, una cantidad predeterminada de dinero contante. Ésta, tal, como señalaría Tucídides, fue una de las principales diferencias entre la Liga de Delos y la del Peloponeso, aparte de que la creciente impopularidad de los tributos fue una cuestión importante en la política cada vez más imperialista de Atenas durante el resto del siglo V.

No obstante, tal como añadió Tucídides después, más que asegurar la sumisión de sus aliados mediante la exigencia de tributos, los espartanos:

> Procuraron asegurarse su obediencia estableciendo entre ellos oligarquías convenientes.[1]

Al margen de lo que se piense sobre la naturaleza y el funcionamiento de la propia constitución de Esparta —y algunos, en la antigüedad y en la actualidad, han querido subrayar sus rasgos supuestamente abiertos, incluso democráticos—, ésta, como la mayoría de potencias imperiales a lo largo de la historia, apoyó sistemáticamente regímenes no democráticos o antidemocráticos en el extranjero, sin reparo alguno a la hora de imponerlos sobre mayorías desafectas si éste era el único modo de garantizar su propia seguridad y de complacer a amigos y partidarios en el exterior.

No fue ésta una política carente de riesgos, de ninguna manera y en ningún momento, sobre todo en las primeras décadas del siglo V, cuando algunos de los aliados de Esparta bastante próximos estaban mostrando no sólo señales inoportunas de mentalidad independiente, sino incluso deseos de imitar el experimento democrático de los atenienses. Por ejemplo, hay pruebas de que, en la década de 470, tanto la Mantinea arcadia como Elis implantaron cierta forma democrática de toma de decisiones, y fue durante esta misma década cuando el gran caudillo guerrero ateniense Temístocles —que ya no tenía interés en hacer la guerra a Persia, sino sobre todo en debilitar Esparta todo lo posible— se mostró más activo en agitar la oposición a Esparta desde su base de la recientemente democrática Argos.

Todo esto hizo que la posición de Esparta en la alianza de la Liga del Peloponeso fuera claramente incómoda, lo que sitúa en su verdadera perspectiva el impacto del importante terremoto de 465 o 464 que afectó de lleno a la propia ciudad de Esparta y originó una revuelta igualmente importante no sólo de los ilotas mesenios sino también de dos ciudades periecas mesenias. Un pasaje de Heródoto de su noveno y último libro ilustra muy bien la naturaleza y el grado de las dificultades de Esparta en las décadas de 470 y 460. En él se nos cuenta brevemente las historias opuestas de dos adivinos o videntes *(manteis),* ambos originarios de Elis, ciudad clave aliada de Esparta en la Liga del Peloponeso.

Al primero, Hegesístrato, Heródoto lo describe como:

---

[1] Tucídides, 19.

El miembro más conocido del grupo de descendencia de los telíadas.[2]

Ser un *mantis* era sin duda una cuestión hereditaria, familiar, en Elis como en otras partes. Hegesístrato se ofreció al enemigo de los legitimistas griegos, Persia, y estuvo al servicio de Mardonio como adivino principal. Parece que, más que ser partidario de los persas, era antiespartano por principios, quizá debido a que tenía algo de demócrata. En cualquier caso, una vez que los espartanos lo capturaron y lo metieron en el cepo por haber llevado a cabo diversas actividades antiespartanas, tan resuelto estaba a escapar, sabiendo probablemente que, si no lo hacía, tenía los días contados (quizá se había enterado del destino del rey Cleomenes), que llegó a cortarse parte de sus pies para poder sacarlos del cepo y huir. Heródoto la califica como «la acción más valiente de todas las que conozco», lo cual es bastante extraño, pues esto permitió a Hegesístrato colaborar con Mardonio durante las guerras persas; pero después de las guerras, los espartanos lo atraparon de nuevo, en la isla de Zacinto, frente a la costa occidental de Grecia, y esta vez no dejaron nada librado al azar y lo ejecutaron.

El otro vidente eleano se llamaba Tisameno, nombre distinguido, real de hecho (como en el hijo de Orestes). Heródoto se esmera en dar detalles de su ascendencia aristocrática y en añadir que él y su (no identificado) hermano fueron los dos únicos no espartanos que llegaron a tener la ciudadanía espartana. Todas las ciudades griegas clásicas eran muy celosas de su ciudadanía y no la concedían a la ligera a las personas de fuera, pero los espartanos eran hipersensibles ante la cuestión. No bastaba con ser espartano de nacimiento, sino que uno debía alcanzar la ciudadanía espartana gracias a sus aptitudes personales y luego conservarla, o mejor dicho no perderla por razones sociales o económicas. A finales de la década de 470, el regente Pausanias fue acusado de complot por ofrecer la ciudadanía espartana a los ilotas —acusación que fue suficiente para causar su caída y su muerte—. Los periecos eran, en el mejor de los casos, ciudadanos lacedemonios de segunda clase, no espartiatas (lacedemonios de noble linaje), las fuerzas armadas de Tisameno. Con su ayuda experta, Esparta consiguió cinco victorias cruciales en los quince o veinte años siguientes.



TISAMENO

La versión de Heródoto de cómo Tisameno llegó a trabajar para Esparta y a ser ciudadano espartano incluye una típica historia délfica. Había ido a consultar al oráculo sobre un asunto totalmente personal y absolutamente normal (cómo tener hijos), cuando la sacerdotisa, con unas palabras ambiguas, respondió que estaba destinado «a ganar las cinco contiendas más grandes». Tisameno lo interpretó en el sentido de que estaba destinado a ganar la prueba del pentatlón en los principales juegos atléticos, los Olímpicos, ¡y en realidad por una victoria no realizó esa extraordinaria, proeza! Sin

[2] Heródoto, IX, 37.

embargo, para lo que Apolo lo había escogido era para desempeñar el papel de adivino oficial de cinco victorias militares independientes —pues la palabra griega *agônes,* «contiendas», podía referirse tanto a batallas como a competiciones atléticas.

A continuación tuvo lugar un proceso de negociación casi cómico entre los espartanos —que seguramente se habían enterado de esta consulta gracias a sus habituales contactos «por línea directa» con Delfos— y Tisameno. Le ofrecían unos honorarios, efectivo más gastos por así decirlo, mientras él pedía el precio —y premio— simbólico de la ciudadanía espartana. Todo esto sucedía antes de 480, pues sólo la inminente amenaza de la invasión persa, junto a su profunda veneración por la presciencia y el apoyo de Delfos, convenció finalmente a los espartanos de que debían conceder a Tisameno lo que éste pedía para sí —y probablemente también para su hermano.

De modo que así fue como Tisameno llegó a ser adivino oficial de Esparta, por delante de cualquier otro experto local, y a asesorar a los reyes (o regentes) que estaban al mando de los ejércitos pertinentes cada vez que seguían los auspicios derivados de animales sacrificados. Para los espartanos, esta adivinación militar formaba parte de la técnica de la guerra al mismo nivel que los más lógicos preparativos y ejercicios físicos y mentales. Había que averiguar la voluntad de los dioses antes, incluso inmediatamente antes, de iniciarse la batalla, y de nuevo mientras se estuviera desarrollando el enfrentamiento. Un comandante espartano podía interpretar cualquier indicio desfavorable en las entrañas de la víctima como una señal para no entablar combate con el enemigo o interrumpirlo —incluso cuando tal acción o inacción pudiera parecer totalmente desaconsejable por razones puramente profanas, «racionales»—. Por tanto, los videntes eran personal militar clave y siempre formaban parte de un entorno o séquito regular del rey al mando. Fue particularmente por su atención a las sutilezas religiosas del combate por lo que Jenofonte destacó a los espartanos entre todos los griegos y los llamó «artesanos [expertos profesionales] de la guerra».

Normalmente, habría cabido esperar que las propias filas espartanas hubieran generado una provisión constante de videntes especialistas religiosos. Seguramente, como sucedía con los sacrificadores y los heraldos, el empleo era hereditario en ciertos linajes familiares, pero por alguna razón las circunstancias de la década de 480 convencieron a los espartanos de que dejaran de lado su xenofobia habitual e infringieran sus normas de ciudadanía, concediéndosela a Tisameno y su hermano —aunque me parece que el hecho de que fueran aristócratas de Elis, un aliado clave aunque inestable de la Liga del Peloponeso, pudo tener casi tanto que ver con ello como su pericia «mántica» heredada.

La primera de las cinco victorias de Tisameno fue la batalla de Platea en 479, y la última la de Tanagra en 458 o 457, a cuyas circunstancias volveremos. Estas dos fueron contra enemigos exteriores de Esparta, los persas y los atenienses, pero las otras tres son en cierto modo las más interesantes, y significativas, porque se libraron contra enemigos de Esparta más o menos internos, más en el caso de los ilotas mesenios y dos ciudades penecas mesenias que se sublevaron tras el gran terremoto de alrededor de 464, y menos en el caso de, primero, los tegeos (aliados de la Liga del Peloponeso) y los argivos (enemigos perpetuos), y segundo, todos los arcadios menos los de Mantinea. Dejemos de momento a

un lado a los ilotas y los periecos, y veamos a continuación las dos batallas que involucraron a dos conjuntos distintos de aliados arcadios.

Arcadia era absolutamente clave para el control de Esparta del Peloponeso y, por tanto, de la Liga. La arcadia Tegea, la polis de cierta importancia más cercana a Esparta, quizás había sido el primer aliado de lo que a la larga se convertiría en la Liga del Peloponeso; además, Arcadia controlaba geográficamente el paso de Esparta desde Laconia y Mesenia al norte del Peloponeso y el centro de Grecia. Una de las principales estrategias, entre muchas, de divide y vencerás practicada por Esparta era impedir que ningún aliado de la Liga del Peloponeso se uniera a Argos. Por tanto, la asociación de Argos y Tegea en la segunda serie de cinco victorias de Tisameno auguraba un desastre potencial para Esparta, casi tanto como la unión de Argos y Corinto a finales de la década de 390. Heródoto sólo cuenta que la batalla entre Esparta y los tegeos y los argivos unidos tuvo lugar en Tegea, alarmantemente cerca de casa. Sería creíble una fecha alrededor de 470, y algo más que simplemente posible un vínculo causal con la presencia de Temístocles en Argos.

La siguiente victoria de Tisameno fue en Dipea, también llamada Dipaieis, tampoco lejos de Tegea, en la preocupante zona fronteriza meridional de Arcadia. Aquí, el signo más prometedor para Esparta era que Mantinea, la otra ciudad importante de Arcadia, había decidido, o bien mantenerse neutral, o bien combatir en el bando espartano. Esto era especialmente destacado, pues Mantinea, por haberse convertido recientemente en una democracia (quizá bajo la influencia de Temístocles) y por estar alejada de Esparta, mucho más cerca de Argos, era la más susceptible de las dos de haber mantenido hacia Esparta la hostilidad que podemos deducir del hecho de haber llegado tarde a la batalla de Platea. Así pues, tal vez tenemos aquí un ejemplo de lucha arcadia interna por el dominio, entre Tegea y Mantinea, que los espartanos, maestros en la táctica de divide y vencerás, sabían muy bien cómo explotar. En cualquier caso, la victoria de los espartanos se había completado sin novedad antes de que llamaran a Tisameno para su cuarta y, tras la batalla de Platea, más difícil intervención.

El terremoto que sufrió la ciudad de Esparta a mediados de la década de 460 habría dado una cifra elevada en la escala de Richter si los antiguos hubieran tenido este aparato de medición. Los sismólogos han detectado el impacto devastador en una amplia zona desde su epicentro. Diodoro de Sicilia, al escribir en el siglo I a.C. pero citando al historiador general del siglo IV Éforo, dio la enorme y seguramente inflada cifra de 20.000 víctimas espartanas, jóvenes la mayoría de ellas (esto, caso de ser cierto, habría tenido un grave efecto demográfico en la generación siguiente). En todo caso, el desastre no impidió que el rey Arquídamo, que sustituyó a Leotíquidas en el trono euripóntida a tiempo para acaudillar a los espartanos en Dipea, reuniera un ejército para frustrar cualquier ataque ilota sobre Esparta. Sin embargo, ni siquiera él fue capaz de evitar que los ilotas de Mesenia, una propiedad más peligrosa que sus primos laconianos, se sublevaran *en masse,* y además se unieran a ellos dos ciudades periecas del sudeste de Mesenia: Turia y Etea. Así, en cierto modo esto fue tanto un levantamiento nacionalista como una revuelta de la clase marginada, explotada económicamente y en otros aspectos.

Los ilotas tomaron esto como una oportunidad literalmente caída del cielo para emprender una revuelta importante y prolongada. La devoción impulsó a los espartanos a atribuir el terremoto a la ira del «gran agitador de la tierra», Poseidón, que era adorado

con optimismo bajo el título de «poseedor de la tierra» en varias partes de Laconia así como en la propia Esparta. ¿Por qué creían que Poseidón se había enojado tanto con ellos? La opinión que mereció oficialmente más crédito —y tal vez la que defendió el mismo Tisameno— era que los espartanos habían maltratado a algunos ilotas que habían buscado literalmente refugio en un santuario de Poseidón en Ténaro, en el sur profundo de Laconia, al pie del diente central del Peloponeso. En lugar de respetar el derecho acordado convencionalmente de los ilotas de asilarse allí (nuestra palabra asilo procede directamente del término griego que significa libre de represalias), los espartanos los arrancaron del templo de Poseidón y los ejecutaron en una acción de flagrante sacrilegio. Si llevaron a cabo un acto tan arriesgado, seguramente es porque estarían sometidos a una presión y una tensión anómalas, con lo que quizá deberíamos relacionar el sacrilegio con las presuntas intrigas del regente Pausanias con los ilotas (véase la biografía en el capítulo 3, p. 117). En cualquier caso, el terremoto se produjo sin duda en un momento particularmente malo de las relaciones entre Esparta y los ilotas, lo que explicaría por qué no fueron sólo los ilotas mesenios sino también los de Laconia —o al menos un número considerable de ellos— los que se sublevaron.

Ninguna fuente antigua nos da una descripción adecuada del curso de la revuelta. De hecho, un notorio punto esencial del texto de Tucídides no deja claro cuánto duró en total. ¿Podemos de veras creer esos manuscritos que hacen decir a Tucídides que duró diez años? Una simple modificación paleo-gráfica reduciría esta cifra a la más verosímil de cuatro, con lo que la revuelta habría acabado en números redondos alrededor de 460, pero incluso un levantamiento de cuatro años habría sido nefasto para los espartanos. Por otro lado, un detalle referido sí suena totalmente cierto, a saber, que terminó con un prolongado asedio del monte Itome, en la llanura mesenia de Esteniclaro. Se trataba de un baluarte natural, como la Acrópolis de Atenas, y fue allí donde, según la tradición, los mesenios habían librado su última batalla mucho antes, durante la primera revuelta mesenia o la segunda guerra mesenia del siglo VII.

Después de sofocar la rebelión, parece que los espartanos toleraron o alentaron el desarrollo de una ciudad perieca en las inmediaciones; la arqueología revela que habitantes de esa comunidad cercana hicieron ofrendas, a veces con inscripciones y a veces realmente admirables, a Zeus Itomatas o Zeus de Itome. En la década de 450 no se sumaron a la revuelta, como sí hicieron las ciudades periecas de Etea y Turia de más al sur, pero tampoco fueron capaces de impedir que los ilotas rebeldes se apoderasen del alto de Itome como emplazamiento de su última resistencia —su Masada, por así decirlo—. De hecho, aunque una de las funciones de los periecos de Laconia al menos era precisamente actuar como primera línea de disuasión y, en caso necesario, de defensa contra la agitación ilota, los asentamientos periecos en Mesenia eran tan escasos, distaban tanto entre sí y eran tan débiles en términos relativos que los espartanos se vieron obligados a pedir ayuda a aliados de fuera de su territorio.

Paradójicamente, esto causaría dificultades y daños incluso más duraderos que el terremoto y la revuelta. Pues los espartanos no pidieron ayuda sólo a sus aliados de la Liga del Peloponeso, de acuerdo con la cláusula que comprometía a un aliado a «ayudar a los espartanos con toda su fuerza y hasta el límite de su capacidad». También recabaron ayuda de Atenas, al parecer basándose en la alianza de la Liga Helénica antipersa

concertada en 481. Aunque no era miembro de la Liga del Peloponeso, Atenas tenía una constitución democrática y estaba más preocupada por Persia y por extender su influencia en el Egeo y el norte de Grecia, y accedió a enviar ayuda. Y no sólo algo simbólico sino una fuerza considerable de 4.000 hoplitas. Eso fue gracias a la capacidad persuasiva de Cimón, un conocido proespartano que había llegado al extremo de llamar Lacedemonio, o Espartano, a uno de sus hijos.

Como Temístocles había dejado a un lado el mando en el período subsiguiente a la expulsión de los invasores persas a fin de concentrarse en fomentar en el Peloponeso la discordia y la disensión contra Esparta, Cimón fue el principal timonel del creciente poderío naval de Atenas, y estuvo al mando de las flotas aliadas de la Liga de Delos, a las que condujo a una serie de victorias, de las cuales la más destacada y decisiva fue la batalla del río Eurimedonte, en Panfilia (sur de Asia Menor), en torno a 466. Por tanto, se hallaba en la cima de su influencia cuando llegó la petición espartana de ayuda contra los ilotas sublevados; pero la decisión de ayudar a Esparta lo llevaría a la ruina política.

En cuanto las tropas hubieron alcanzado Mesenia, las cosas empezaron a ir muy mal. Aunque una de las razones por las que los espartanos habían querido expresamente la ayuda de los atenienses era la reputada pericia de éstos en la organización de asedios, en realidad esta destreza resultaba bastante inútil, en la práctica, cuando se trataba de librar una batalla campal contra una fuerza muy atrincherada, como en el caso de los rebeldes mesenios en el monte Itome. Pero, por lo visto, a los espartanos les preocupaba aún más la actitud de los soldados atenienses. No eran de ningún modo los más pobres de entre los pobres ni los más humildes de entre los humildes —menos de la mitad de los atenienses podían permitirse el equipo completo de hoplita—, de modo que esos 4.000 atenienses se contaban entre los de posición más acomodada. No obstante, incluso ellos eran ciudadanos de una ciudad que para entonces había vivido bajo cierta forma de democracia durante casi medio siglo, y seguramente fue grande la sorpresa y la conmoción que sintieron al descubrir que los «esclavos» ilotas de los espartanos no eran bárbaros sino compatriotas griegos con espléndidas tradiciones propias.

En cualquier caso, los espartanos afirmaban, de manera un tanto exagerada, que la conducta de los atenienses equivalía a «la revolución», es decir, que llevaban a cabo una especie de agitación social y política, por lo que los despidieron —«sólo a ellos de entre los aliados»—, según Tucídides, sin darles ninguna explicación satisfactoria de esta flagrante violación del protocolo diplomático. En Atenas, la autoridad de Cimón quedó inmediatamente debilitada, y en el espacio de dos años él había quedado desacreditado y marchado al exilio. Su política de cooperación y coliderazgo de Grecia entre Atenas y Esparta estaba hecha jirones. Para echar sal en las heridas de los espartanos, los atenienses instalaron a los supervivientes de la insurgencia ilota de Itome en un lugar nuevo, Naupacto, en la orilla norte del golfo de Corinto. Aunque la revuelta de los ilotas estaba sofocada ya en 460, Esparta se vio enseguida enredada en la primera guerra del Peloponeso (c. 460-445), así llamada para distinguirla de «la» guerra del Peloponeso, o guerra ateniense, de 431-404.

Algunos de los otros aliados de Esparta —como los mantineos, que también estaban gobernados democráticamente—pueden asimismo haberse sentido desconcertados por la arbitraria acción de su jefe contra Atenas, de modo que Esparta necesitaría poder

demostrar que era capaz de imponer su voluntad. Y lo hizo en la única esfera donde su preeminencia seguía siendo indiscutible, la de la batalla campal. En 458 o 457, Esparta encabezó un ejército de la Liga del Peloponeso a través del istmo de Corinto y la Grecia central, hasta Tanagra, en Beocia. Tucídides nos cuenta de manera seductora que en Atenas había un grupo, con cuyos integrantes los espartanos estaban en contacto, que esperaba aprovecharse de la presencia cercana del ejército espartano para dar un golpe de Estado que sustituiría la democracia por una oligarquía, la clase de régimen que preferían normalmente los espartanos para entenderse con sus aliados subordinados. No obstante, aunque los espartanos derrotaron en efecto a los atenienses y sus aliados en Tanagra, fue una victoria demasiado ajustada para explotarla políticamente, y ya se dieron por satisfechos con poder regresar a su tierra del Peloponeso sin que nadie les molestara.

A mi entender, ése fue el momento en que los espartanos decidieron, sin duda con bastantes recelos, llevar a cabo un cambio muy importante en su organización militar. El terremoto había ocasionado la pérdida de muchas vidas. Dos ciudades periecas de Mesenia se habían sumado a la revuelta ilota. La batalla de Tanagra había sido peligrosamente reñida. Entiendo que estos tres hechos empujaron a los espartanos a adoptar la medida de incorporar hoplitas periecos a sus regimientos regulares, tanto para asegurar la lealtad perieca como, más importante aún, para incrementar la menguante cifra de ciudadanos de Esparta. No era exactamente como incorporar gurkas nepalíes a un regimiento regular del ejército británico bajo el Raj, pero sí suponía una ruptura bastante importante con el principio griego de ejército de milicias ciudadanas. Pues aunque los periecos podían tener el nombre de «lacedemonios», como los espartanos, no eran ciudadanos en pie de igualdad con estos últimos, pues no habían pasado por la disciplina socializadora de la Agoge ni habían sido escogidos para formar parte de una mesa común. El cambio que conllevaba la incorporación de los hoplitas periecos tuvo lugar en algún momento posterior a 479 y algo antes de la batalla de Mantinea (418). Es sólo una conjetura mía que se produjera en la década de 450, tras la batalla de Tanagra, aunque ésta no me parece que fuera militarmente la hora de la verdad para los espartanos. También es compatible con el hecho de que los espartanos no tuvieran una actuación demasiado lucida en la primera guerra del Peloponeso.

Por contraste, los atenienses estaban tan animados por su relativamente buen desempeño en Tanagra que, en el espacio de pocos meses, se habían convertido en los amos de casi toda Beocia, adquiriendo una especie de imperio terrestre en miniatura que añadir a su creciente poderío naval en el Egeo. Una desgracia importante para Esparta fue la pérdida de Egina, una isla estratégicamente vital en el golfo Sarónico, tan visible desde Atenas que Pericles la llamaba, de forma memorable, «el orzuelo en el ojo de El Pireo». Egina era un aliado de la Liga del Peloponeso que ahora los atenienses sitiaban y sometían, castigando a la población expulsándola y reemplazándola con colonos propios. En estas circunstancias, lo máximo que podían hacer los espartanos era ofrecer a los egitanos desplazados un nuevo hogar provisional en su propio territorio, en Cinuria (también conocida como Tireatis), en la frontera nordeste con la región de su acérrimo enemigo Argos. En la práctica, provisional iba a significar más de medio siglo.

La denominada primera guerra del Peloponeso se alargó durante otra década, hasta que Atenas observó que se había extralimitado al intentar mantener el control de su imperio en

la Grecia central amén del naval. En 446, Atenas se vio enfrentada a revueltas simultáneas en ambos flancos, en Megara (antes también un aliado de Esparta de la Liga del Peloponeso) al oeste, y en la isla de Eubea. Aquí seguramente tuvo Esparta la oportunidad de hacer una intervención decisiva, y el rey Pleistoanax, que en Tanagra había llegado a la mayoría de edad, encabezó efectivamente una fuerza aliada a través del istmo en dirección al este hasta penetrar en territorio de Atenas; pero cuando se encontraba en las inmediaciones de Eleusis, tomó la misteriosa decisión de retirarse. Esto concedió a Atenas un respiro para restablecer el control al menos sobre Eubea (más importante que Megara desde el punto de vista estratégico). No mucho después, los dos bandos iniciaron negociaciones que culminaron en la firma de un tratado conocido como la Paz de los Treinta Años por su duración deseada.

La esencia del tratado era que cada bando «se quedaba con lo que tenía»: o sea, los espartanos reconocían de hecho el Imperio ateniense, mientras que los atenienses, a su vez, «reconocían» la hegemonía de Esparta en la Liga del Peloponeso. En consecuencia, buena parte de la Grecia continental quedó dividida en dos grandes bloques entre los cuales se supone que debía imperar una especie de equilibrio de poder. No obstante, Pleistoanax, pese a haber sido partidario por principio de esta tesis cimoniana «de hegemonía dual», fue derrocado y enviado al exilio al ser acusado de lo que para sus enemigos internos era traición a los supremos intereses de Esparta; y permaneció desterrado en un santuario religioso de Arcadia durante casi veinte años.

Probablemente fueron estos mismos enemigos suyos quienes .se habían visto obligados a aceptar las condiciones de paz de 445, quienes en el espacio de apenas cuatro o cinco años ya tenían ganas de incumplir el tratado. En 441 llegaron a Esparta algunos samios siguiendo los pasos de aquellos antepasados suyos que habían convencido a los espartanos de que enviaran una expedición naval para derrocar al tirano Polícrates. Los de ahora no eran menos persuasivos —hasta tal punto que cabe preguntarse si no tenían también algo que ver ciertas conexiones personales fuertes entre espartanos y samios destacados—. En todo caso, Heródoto dice que una vez conoció en Esparta a un tal Arquias, cuyo abuelo del mismo nombre había integrado la fuerza expedicionaria de 525 y en cuyo honor los samios habían celebrado un funeral de Estado debido a su manifiesta gallardía. El joven Arquias probablemente fue una voz influyente en el llamamiento a los espartanos para que ayudaran a esos samios, encabezados por los oligarcas en el poder, que querían rebelarse contra el Imperio ateniense.

De todos modos, aunque los espartanos quedaron convencidos, no pasó lo propio con sus aliados corintios —a diferencia de la situación de 525—, los cuales consiguieron persuadir a la mayoría de los demás aliados de la Liga del Peloponeso de que, en este caso concreto, no «siguieran a los espartanos dondequiera que éstos los condujeran». Sin duda era una decisión prudente. La alianza espartana distaba mucho de tener la fuerza naval requerida para enfrentarse y derrotar a los atenienses en el mar, por mucho que el cercano virrey persa instalado en Sardes estuviera dispuesto a proporcionarles dinero y quizá material bélico. De todos modos, la revuelta samia sí exigió de Atenas un largo y costoso bloqueo naval, dirigido por Pericles, y tras ser por fin sofocada dio pie a medidas extremas de castigo y represalia ejemplares. De hecho, mirando hacia atrás desde la posición ventajosa de 411 a.C., algunos samios observaron que la sublevación de 440-439 casi había

costado a los atenienses el control del mar, esto es, el este del Egeo.

Así es, por supuesto, como lo vio el gran historiador Tucídides en retrospectiva, aunque seguramente todavía no era mayor de edad cuando tuvo lugar el suceso. En su narración breve de los hechos producidos entre las guerras persas de 480479 y el comienzo de la guerra ateniense del Peloponeso en 431, decidió finalizar con la revuelta de Samos. Esto dejó un hueco de unos cuatro años antes de los disturbios políticos que estallaron en 435 en la isla de Córcira (Corfú), que, para el historiador, constituían el antecedente más inmediato de la guerra. Pese a la gravedad de los desórdenes en Córcira, Tucídides creía que el principal desencadenante de la guerra ateniense del Peloponeso fue el crecimiento del imperio de Atenas y el miedo que esto provocaba en los espartanos: que los atenienses los invadieran y a la larga debilitaran o destruyeran su poder. El aplastamiento de la sublevada Samos en 439 fue una señal inequívoca y una confirmación del poderío imperial de Atenas.

De hecho, tan rápido y amenazante creció el Imperio ateniense que, en 432, los espartanos declararon que la paz de 445 había tocado a su fin, acusando injustamente a Atenas de haber violado el tratado. En realidad, fueron los espartanos quienes dieron el paso decisivo hacia la guerra abierta —y lo hicieron contraviniendo el consejo expreso de su rey de más rango, el hombre que inevitablemente los conduciría a la batalla: Arquídamo II.



REY ARQUÍDAMO II
(reinado c. 469-427)

Arquídamo, el segundo rey de este nombre (que significaba «dirigente —o gobernante— del pueblo»), pertenecía a la considerada como subalterna de las dos casas reales espartanas, la de los euripóntidas, y reinó durante más de dos décadas. Nació aproximadamente en 500, de un padre llamado Zeuxidamo; el sufijo *—damo* [damus], que viene de familia, sugiere un intento deliberado de anunciar sus relaciones con la gente *(damos)* y de ganarse el favor de los espartanos corrientes, quizá porque los descendientes de Euripón eran conscientes de su subalternidad respecto a los agíadas más selectos. Sin embargo, Zeuxidamo no reinó jamás, por lo que probablemente falleció antes que su padre, Leotíquidas II (quien murió en torno a 470, aunque había caído en desgracia y vivido en el exilio durante casi una década). Arquídamo, en cambio, disfrutó de uno de los reinados más largos corroborados históricamente, y lo hizo con toda plenitud. Pues, pese a las circunstancias cada vez más adversas, en general se trató de un reinado de prosperidad.

A mediados de la década de 460, llama la atención de las fuentes por primera vez como comandante de las fuerzas espartanas que reprimieron cierta desafección grave dentro de la Liga del Peloponeso en la batalla de Dipea (o Dipaieis), en Arcadia. Poco después fue llamado a salvar Esparta del doble golpe de un importante terremoto y una también

importante revuelta ilota, principalmente mesenia. En lo que concierne a la historia pública de Esparta, desaparece totalmente hasta 432, cuando la suya es la voz más destacada de la Asamblea espartana, en la que defiende prudencia ante la propuesta de declarar la guerra a Atenas. Tucídides lo utiliza un poco como Heródoto había utilizado a un predecesor euripóntida, Demarato, como consejero sensato, para ilustrar la verdadera naturaleza de la situación y prefigurar el curso real de los acontecimientos. Según parece, esta muestra de respeto era bien merecida.

Más adelante, examinaremos el papel clave que desempeñó Arquídamo al final de su larga carrera. Primero, volvamos sobre nuestros pasos hasta la década de 470, cuando se casó con Lampito, hija de Leotíquidas y la segunda esposa de éste, y por tanto tiastra suya. No es probable que fuera un matrimonio por amor. Sería más bien un emparejamiento de conveniencia política y, no menos importante, económica, lo que garantizaba que los bienes paternos heredados se quedaran a buen recaudo dentro del linaje del padre. Aristófanes escogió «Lampito» como nombre del contundente personaje espartano de *Lisístrata.* Quizás había oído sobre su homónima real algo que justificara su decisión. Con Lampito, Arquídamo tuvo el hijo varón, Agis, que a su debido tiempo, 427-426, le sucedió en el trono, pero tras la muerte de Lampito volvió a casarse, con una mujer muy bajita (o quizás era inusualmente baja para ser una mujer espartana). Con esta segunda esposa, Eupolia (literalmente «buen potro», referencia a la propiedad de animales, siempre un símbolo de nivel aristocrático en la antigua Grecia), tuvo otros dos hijos, Agesilao (más adelante Agesilao II) y una niña, Cinisca («cachorro» o «pequeña arpía»).

El otro aspecto interesante sobre las conexiones personales de Arquídamo era su condición de *xenos* de Pericles de Atenas. En este caso, la palabra *xenos* se traduce a menudo como «invitado-amigo», pues la relación conllevaba hospitalidad mutua (como el francés *hôte,* la misma palabra, *venos,* servía para «anfitrión» e «invitado»), pero a esto hay que añadir varias cosas. El significado básico de *xenos* era «desconocido», «forastero», «extranjero»; y los *xenoi,* en el sentido de «invitados-amigos», eran siempre extranjeros, es decir, miembros de dos comunidades políticas distintas. Además, la *venia* era una institución antigua y aristocrática o, en todo caso, de élite. Por lo general, ambas personas eran griegas, pero la institución se extendía también a las comunidades no griegas; por ejemplo, incluso para un ciudadano griego no perteneciente a la familia real era posible establecer una relación de *venia* con el gran rey de Persia (como hizo el espartano Antálcidas con el gran rey Artajerjes II, a principios del siglo IV). Aquí «amistad» vuelve a ser una palabra demasiado insulsa para una relación que era moral y espiritualmente tan vinculante que podía inducir o requerir a uno de los *xenoi* a preferir su *xenos* a su país. (Esto se anticipa a la famosa máxima de E. M. Forster: si se enfrentaba a dos opciones, traicionar a un amigo o traicionar a su país, esperaba escoger siempre la segunda.) Tanto el establecimiento como el mantenimiento de relaciones de *venia* se expresaban en potentes prácticas rituales. Así pues, por todas estas razones se debe traducir *xenos* aproximadamente como «invitado-amigo ritualizado», por desmañado que suene.

Por último, la relación no se establecía simplemente entre dos individuos, sino entre dos familias, pues era hereditaria —aunque uno de los dos partícipes, o ambos, no conociera la existencia de una *venia*—. Ésta era la clave de la famosa historia de la I*líada* que nana el encuentro entre el griego Diomedes (de Tirins, en el Peloponeso) y Glauco de Licia

(situada en la región costera meridional del oeste de Asia Menor): Diomedes tuvo que recordarle, o más bien decirle, a Glauco que eran *xenoi* hereditarios. Como lo eran el rey Arquídamo de Esparta y Pericles de Atenas. No sabemos cuándo se estableció la relación hereditaria entre ellos, pero una conjetura creíble es que cuando el abuelo de Arquídamo, Leotíquidas II, y el padre de Pericles, Jantipo, estaban comandando conjuntamente la flota unida helénica contra Persia en 479 se dieron y aceptaron los símbolos de la *xenia,* con el ritual y la ceremonia pertinentes.

Ésta no es ni mucho menos la única *xenia* espartano-ateniense de alto nivel de la que haya constancia. Un contemporáneo de Arquídamo, Pericleidas, llamó a su hijo Ateneo («Ateniense»). Fue Pericleidas, en el bando de los espartanos, el máximo responsable de convencer a éstos de que pidieran a Atenas ayuda contra la revuelta de los ilotas de la década de 460, mientras que el principal cooperador del bando ateniense era Cimón, quien en la década de 470 había puesto a su hijo el nombre de Lacedemonio («Espartano»). Sin duda, Pericleidas y Cimón creían en la colaboración espartano-ateniense por principio, pero sus contactos independientes con familias de la otra ciudad reforzarían aún más su deseo de cooperación más que de confrontación entre los dos Estados.

No fue exactamente igual entre Arquídamo y Pericles. Es decir, parece que Pericles decidió, ya desde el principio, que, al margen de relaciones o conexiones personales, era Esparta y no Persia el principal enemigo potencial de Atenas, e hizo todo lo que estuvo en su mano por desarrollar el poder ateniense incluso al precio, a la larga, de una guerra importante con Esparta. Así, uno de los detalles más intrigantes de los orígenes y el comienzo de la guerra ateniense del Peloponeso es la relación familiar de estos dos personajes destacados. Ello da cuentas de, al menos, dos episodios de la furibunda campaña de propaganda que rodeó al estallido de la guerra.

En 432, las relaciones diplomáticas entre Esparta y Atenas estaban a punto de romperse, y la mayoría de los ciudadanos espartanos ya habían llegado a la conclusión de que Atenas estaba equivocada y que para ellos la decisión correcta era ir a la guerra. La cuestión alcanzó un punto decisivo en una reunión de la Asamblea espartana, en la que se invitó a hablar a representantes de Corinto, principal aliado de Esparta, y de Atenas, el bando enemigo. Según Tucídides, sólo hablaron dos espartanos, ambos figuras señaladas —pero acaso prefiriera, por razones artísticas, no mencionar a otros oradores menos influyentes—. Se trataba de Arquídamo y el convincente éforo Estenelaidas.

En realidad, Arquídamo, tal como lo presenta Tucídides, no se opuso frontalmente a ir a la guerra, menos aún defendió el proceder de Atenas. Lo que sostenía era que, antes de entrar en guerra, los espartanos debían reflexionar más y utilizar el tiempo así ganado para tener contactos diplomáticos. Su discurso fue equilibrado, moderado y relativamente largo. La réplica de Estenelaidas fue un clásico de brevedad lacónica y brusquedad carente de arte: los atenienses son culpables de violar la paz (de 445), vociferó, así que vayamos a la guerra. Seguramente debido a que el experimentado Arquídamo era el rey reinante de más rango (su carey Pleistoanax estaba en el exilio, condenado por traición, desde 445) y, por tanto, acaudillaría inevitablemente cualquier fuerza de la Liga del Peloponeso contra Atenas, sus opiniones imponían respeto, de modo que la primera votación —a gritos, el habitual método espartano— no fue del todo decisiva. O eso sostenía Estenelaidas, pues a continuación pidió una votación individual y, explotando el miedo de los espartanos a

parecer poco belicosos, consiguió una aplastante mayoría a favor de la guerra ahora.

Con todo, de hecho los espartanos siguieron teniendo contactos diplomáticos con Atenas después de la votación, e incluso después de garantizar la aprobación de Apolo de Delfos de su decisión de ir a la guerra. Esto da a entender que Arquídamo no era ni mucho menos una fuerza en decadencia, algo que parece confirmarse en uno de los ultimátums que los espartanos enviaron a Atenas. Si expulsáis, decía, «a los malditos», entonces la guerra no será necesaria. Esta frase era un mensaje cifrado para la familia ateniense de los alcmeónidas, que eran víctimas de una maldición heredada de un acto sacrílego cometido dos siglos antes, a finales del vil, pero el alcmeónida contra quien iba dirigido realmente este ultimátum era Pericles, cuya madre pertenecía a esa estirpe paterna. Nadie habrá conocido mejor que Arquídamo las responsabilidades familiares de Pericles.

A la inversa, cuando terminó la ofensiva diplomática en uno y otro lado y estaban a punto de comenzar las hostilidades con una invasión de Ática a cargo de un ejército de la Liga del Peloponeso con Arquídamo al mando, Pericles temía tanto que su *xenos* Arquídamo lo hiciera para debilitar su autoridad, de forma deliberada o no, que «nacionalizó» sus principales tierras, es decir, las convirtió en propiedad pública. Eso por si Arquídamo ordenaba a sus tropas que las salvaran del saqueo que sufriría la tierra de otros atenienses. En la práctica, parece que Arquídamo estaba más interesado en no tener que arrasar absolutamente ninguna tierra ateniense, pues incluso después de que su ejército se pusiera en camino en 431, aún siguió enviando a Atenas mensajeros para sondear las posibilidades de paz. Y cuando por fin llegó a Ática, parece que pasó mucho tiempo sin hacer prácticamente nada. No se le notaban ganas precisamente de proseguir la guerra.

Sin embargo, a principios del verano de 430 encabezó de nuevo una fuerza de la Liga del Peloponeso que se dirigía a Ática, al inicio de la temporada convencional de campañas de los ejércitos hoplitas. El estallido de la gran plaga (que pudo ser tifus) en la ciudad de Atenas le obligó a retirarse muy pronto, y en 429 dirigió una fuerza peloponesia que se concentró en sitiar Platea, aliada de Atenas, y no en devastar Ática ni amenazar Atenas. En 428, regresó a la pauta de 431 y 430, y 427 vio el fin del asedio a Platea, aunque en 426 la fuerza invasora peloponesia de Ática tenía al mando al hijo mayor y sucesor de Arquídamo, Agis II. Para entonces Arquídamo ya estaba muerto.

Como Arquídamo había pronosticado en 432, y en parte desde luego debido a su propio comportamiento como jefe de los espartanos, la guerra ateniense del Peloponeso no estaba resultando pan comido para Esparta, y de hecho, tras su muerte, empeoró, lo que refutaba totalmente la predicción de los exaltados que se le oponían diciendo que todo habría acabado en un par de años, tres a lo sumo. Así pues, es un tanto irónico, cuando menos, que la primera fase de diez años de la guerra recibiera rutinariamente el nombre de «guerra arquidamiana», por Arquídamo II. Más aún por el hecho de que murió antes de que hubieran transcurrido menos de la mitad de esos diez años. En este libro nos referiremos estricta y descriptivamente, como hizo Tucídides, a la guerra de los Diez Años, y concederemos a Arquídamo el beneficio de la duda respecto a sus verdaderos propósitos e intenciones.

Tucídides optó por redactar un informe completo sobre esta trascendental decisión de los espartanos. Describe la escena en la que éstos están reunidos en la Asamblea y

escuchan primero las alocuciones de delegados extranjeros y luego las de oradores espartanos seleccionados, entre ellos Arquídamo. Escribe con sus propias palabras cuatro discursos cuidadosamente preparados. Primero, un delegado de Corinto, que representa al aliado más importante de Esparta, pide la guerra con insistencia basándose en que los atenienses ya han violado el acuerdo de paz de 445 y que, en todo caso, hay que detenerlos más pronto que tarde. Después, un delegado ateniense insta al mantenimiento de la todavía -afirma- existente paz. A continuación, el rey Arquídamo, con todo el peso de su autoridad heredada y la influencia y el prestigio adquiridos, ruega a los espartanos precaución ante la eventualidad de una inmediata declaración de guerra. Por fin, de manera concluyente, uno de los cinco éforos de ese año, seguramente el de más influencia de los tres, pronuncia un discurso típicamente lacónico en el sentido de que los aciertos y las equivocaciones del caso están clarísimos: Atenas está completamente equivocada y además los espartanos tienen una obligación moral con sus aliados.

En rigor, el discurso del éforo no fue decisivo. Por lo general, los espartanos votaban curiosamente gritando —ganaban los que gritaban «sí» o «no» con más fuerza—. En esta ocasión, el éforo que presidía la Asamblea dijo que no estaba totalmente seguro de qué gritos, «sí» (guerra) o «no» (paz), habían sido los más sonoros, así que ordenó que se contaran individualmente los votos de los ciudadanos. Quizás era sincero al decir que no estaba seguro; quizá la autoridad de Arquídamo era tal que un número considerable de ciudadanos habían reprimido sus instintos naturalmente —o más bien culturalmente— belicosos y votado «no» (paz). Es igual de probable que él quisiera la máxima mayoría posible, por lo que explotó las ideas espartanas —inducidas culturalmente— de patriotismo y valor para hacer que se levantaran –literalmente— y fueran contados. ¿Qué espartano querría parecer, o siquiera correr el riesgo de parecer, un cobarde, un «miedoso» en el habla oficial?

Como cabía prever, ahora se vio que la mayoría favorable a la guerra era clara, y en la primavera siguiente, de 431, Esparta y Atenas y sus aliados respectivos se embarcaron en lo que resultaría un conflicto —que duró una generación— de una naturaleza cada vez más desesperada y devastadora. Quizá la causa subyacente fue realmente el crecimiento del poderío ateniense, pero fueron los espartanos quienes empezaron la guerra.

5

Mujeres y religión

Las mujeres son, y siempre han sido, más o menos la mitad de la especie humana, pero, por lo común, en las fuentes y los relatos históricos no han recibido ni mucho menos la mitad de la atención que sus papeles y funciones en la sociedad y la historia realmente merecen y exigen. Una gran excepción a esta regla —siempre hay excepciones— fueron las mujeres de la antigua Esparta, quienes, lejos de estar calladas o silenciadas, tenían mucho que decir: en textos antiguos hay incluso dichos atribuidos a ellas por el nombre. No olvidemos la réplica verdaderamente lacónica al parecer de Gorgo, hija y esposa de reyes espartanos, a la mujer no espartana que, maravillándose del aparente control de las mujeres espartanas sobre sus hombres, le preguntó por qué aquéllas eran las únicas mujeres que dominaban a los hombres: «¡Porque somos las únicas mujeres que parimos [verdaderos] hombres!». Lo que confería a esta réplica, sin duda apócrifa, su carga especial era que incluso los más agudos y sensatos observadores externos del mundo espartano podían creer en serio la verdad literal objetiva del poder, o más bien dominación, de las mujeres en Esparta.

Uno de los más agudos y sensatos de estos observadores fue Aristóteles. Procedía de una familia de élite del norte de Grecia (su padre era médico de la corte del rey Amintas III de Macedonia, padre de Filipo II), pero pasó la mayor parte de su vida adulta en Atenas. Allí fue en su día el alumno estrella en la Academia de Platón, donde llegó a la edad de diecisiete años, en 367, unos veinte después de su fundación; y más adelante fundó su propia escuela de aprendizaje superior, el Liceo, que inauguró a mediados de la década de 330. Él y sus alumnos recopilaron, entre otras cosas, versiones de las leyes y los principales cambios constitucionales de 158 entidades políticas, sobre todo ciudades griegas, entre ellas naturalmente Esparta. Éstas, a su vez, inspiraron la obra más brillante de análisis político que nos ha llegado del mundo antiguo, la *Política,* o «Asuntos concernientes a la polis», de Aristóteles, que en el segundo libro de esta obra realizó una labor ciertamente demoledora al señalar los principales puntos débiles, tal como él los veía, de la sociedad y del sistema político espartanos.

En cierto modo, esto no era muy difícil de hacer, pues cuando fue escrita la obra, en las décadas de 330 y 320, Esparta hacía tiempo que había dejado de ser una potencia griega importante, si bien continuaba siendo algo así como un icono para aquellos que, por razones políticas o filosóficas, estaban insatisfechos con la organización social o política de sus ciudades y aún esperaban que Esparta procurara alguna alternativa ideal. Mi actual interés en el pasaje pertinente de la *Política* deriva del hecho de que aquí Aristóteles suscribe explícitamente la idea de que en Esparta las mujeres dominaban a los hombres, y que esta ginecocracia (gobierno de las mujeres) fue, a su juicio, un elemento clave para explicar el fracaso político —y moral— de Esparta. Aquello no podía acabar bien.

La base de la postura de Aristóteles tenía dos partes: una ligada al intelecto, y la otra —casi equivalente— al puro prejuicio. Veamos primero el prejuicio. Aristóteles compartía del todo la idea griega típicamente machista de que las mujeres eran inferiores a los hombres, aunque a esta actitud convencional añadía una buena dosis de «ciencia» aristotélica. Creía poder demostrar científicamente que el cuerpo y la mente («alma», como él la llamaba) de las mujeres eran, de manera categórica, natural, es decir, inalterable, inferiores a los de los hombres. En otras palabras, las mujeres constituían el segundo sexo en el sentido más amplio: físicamente eran hombres deformados, e intelectualmente carecían de capacidad para hacer convincente su razonamiento, si se le podía llamar así. Esta «teoría» era aplicable genéricamente a todas las mujeres, desde luego, no sólo a las mujeres griegas, y a todas en general, no sólo a algunas. En lo que a esto se refiere, Aristóteles fue más allá que su maestro Platón, quien estaba dispuesto a admitir que algunas mujeres, pocas, podían ser los iguales intelectuales, los interlocutores legítimos de los filósofos-gobernantes de élite de su Estado ideal.

Así pues, pese a estos defectos femeninos intrínsecos, ¿cómo fueron capaces las mujeres espartanas de dominar a los hombres, de colocarse en una posición que se lo permitiera? Esto seguramente sería, como Aristóteles más que nadie debería haber captado, una contradicción o, en el mejor de los casos, una paradoja. Sin embargo, estaba convencido de ello, tanto que dedicó mucho tiempo a intentar comprenderlo. Al final se le ocurrió una especie de explicación teórica del modo que sigue. Para Aristóteles, el defecto principal de las mujeres espartanas era el vicio típicamente femenino de la falta de autodisciplina y de dominio de sí mismas. Daba cuentas de ello suponiendo que, mientras que los hombres espartanos habían llegado a ser disciplinados sometiéndose voluntariamente a las férreas leyes de Licurgo y al consiguiente régimen litúrgico, las mujeres se habían negado a someterse y desde entonces nadie había sido capaz de controlarlas, con el resultado de que se deleitaban en toda clase de lujos y excesos, instigadas y secundadas por sus sumisos y dominados esposos. No obstante, esto parece algo difícil de aceptar como explicación histórica adecuada. Pues, de hecho, también las niñas espartanas, aunque no vivían en caserones comunitarios desde los siete años como sus hermanos, sí recibían cierta instrucción educativa pública, con resultados reveladoramente fuera de lo común según los criterios griegos generales de la conducta femenina, como veremos.

Por otro lado, es más fácil ver por qué el estatus y los derechos de las mujeres espartanas indujeron a Aristóteles a imaginar que Esparta era una ginecocracia. Por encima de todo, dos hechos sociolegales —además de su educación formal— las diferenciaba de las mujeres de los otros Estados griegos. En primer lugar, tenían derecho a poseer y administrar bienes, incluyendo tierras, probablemente sin la intervención legal de un tutor varón. En Esparta, las herederas —es decir, hijas sin hermanos legítimos del mismo padre— recibían el nombre de *patrouchoi,* que significa literalmente «titulares del patrimonio», mientras que en Atenas las llamaban *epiklêroi,* que significa «en (o sea, que va con) el *klêros* (adjudicación, lote, porción)». Por tanto, las *epiklêroi* atenienses servían sólo de vehículo para transmitir la herencia paterna al siguiente heredero y propietario varón, esto es, al hijo varón de más edad, el nieto de su padre, mientras que las *patrouchoi* espartanas heredaban por derecho propio. En Esparta, estas herederas eran muy preciadas, estaban muy buscadas por hombres espartanos cotizados, pues podían casarse

con cualquiera, no sólo con el pariente más cercano por parte de padre.

El segundo punto de diferenciación sociolegal era que las esposas espartanas podían tener relaciones sexuales con un hombre distinto de su esposo sin infringir ninguna ley del adulterio —porque en Esparta, a diferencia del resto de Grecia, por lo visto no existían esas leyes—. De hecho, sus esposos podían «prestarlas» a otro hombre con la finalidad específica de procrear descendencia legítima —para la familia y el linaje de ese otro hombre—. En cuanto a las esposas, en estos casos, se decía que aceptaban de buen grado un acuerdo así, tal como asegura Jenofonte en su ensayo del siglo IV sobre la sociedad espartana y sus costumbres, pues les daba la oportunidad de llevar más de una casa. Esto nos recuerda que todas las esposas espartanas, como sólo las esposas de los hombres ricos de otras partes de Grecia, estaban liberadas de la carga de las tareas domésticas, de las que se ocupaba la mano de obra servil (los ilotas). No tenían que preparar comida ni cocinar, confeccionar ropa o limpiar la casa: esto lo hacían las mujeres ilotas. Seguramente ni siquiera amamantaban a sus propios bebés; en todo caso, las amas de cría espartanas, es de suponer que mujeres ilotas, gozaban de buena fama fuera de Esparta, tanta que Alcibíades de Atenas, por ejemplo, fue criado por una nodriza ilota espartana.

En estas circunstancias, era fácil desvirtuar el hecho de que las mujeres espartanas poseían tierras y otros bienes, así como su aparentemente fácil unión sexual con hombres distintos de sus esposos, y convertirlo en una imagen de depravación inmoral, de un mundo vuelto del revés. «Cuando la mujer domina al hombre...», así empieza el oráculo délfico, en el sentido de cuando todo todo está hecho un lío y no funciona nada. «En Esparta la mujer domina al hombre...», o eso creían muchos hombres no espartanos, entre ellos Aristóteles, quien en el mismo Libro II de la *Política* escribió que:

> En la época de la dominación *[arché]* de los espartanos, las mujeres consiguieron muchas cosas.[1]

Lo que parece estar afirmando es que, en cualquier caso, a principios del siglo IV las mujeres espartanas no sólo controlaban a sus hombres dentro de la casa sino que, de algún modo, ejercían también una influencia decisiva en asuntos del Estado. No obstante, el único ejemplo real de intervención femenina en la esfera pública durante el período de su elección parece decimos exactamente lo contrario. Cuando en 370-369 las mujeres espartanas vieron un poderoso ejército invasor liderado por Tebas ocupando realmente territorio espartano y devastando la tierra a la vista de la propia Esparta, por lo visto provocaron más consternación y alboroto que el propio enemigo mediante su reacción alocada y llena de pánico. Otra vez esto parece un puro y desagradable prejuicio masculino, pues se consideraba que, en la guerra, el valor era típicamente masculino como cualidad y virtud. Asimismo, el pánico de las mujeres sería, en todo caso, totalmente comprensible, pues ver la tierra espartana, incluida la que ellas mismas poseían, destruida ante sus propios ojos no era precisamente algo sobre lo que les hubieran instruido en el plan de estudios nacional.

En resumen, lo que Aristóteles y otros no espartanos de mentalidad tradicional temían inconscientemente, y acaso a veces conscientemente, era el poder femenino. Una

---

[1] Aristóteles, *Política, Libro* II, p. 1.270.

manifestación de este miedo griego masculino fue la invención de la raza mítica de las amazonas, pero al menos las amazonas tenían la decencia de vivir separadas de los hombres, mientras que las viragos espartanas al parecer ejercían su poder desde dentro de la comunidad. Paralizadas por un miedo así, las fuentes masculinas a menudo tergiversaron los hechos a los que tenían acceso, generalmente sólo de segunda mano en el mejor de los casos, sobre las mujeres espartanas. Nosotros, en cambio, intentaremos restablecer el equilibrio y pintar un cuadro de lo que pudo ser la vida, o mejor un ciclo vital, para la niña y la mujer espartanas corrientes, desde la cuna hasta la sepultura.

Tanto las leyes como las costumbres sociales espartanas privilegiaban la reproducción, «la producción de niños» *(teknopoiia).* Aparte del deseo habitual de los individuos espartanos de tener un hijo varón y heredero que diera continuidad a la estirpe familiar, había una abrumadora presión para que el Estado mantuviera la fortaleza de la comunidad de ciudadanos espartanos varones adultos, una comunidad de guerreros tanto para defenderse del enemigo interno, los ilotas, como para atacar a los enemigos exteriores. De ahí que, a otros griegos, diversos rasgos de la sociedad espartana les parecieran realmente extraños, como los castigos públicos, entre ellos la humillación ritual por mujeres en una festividad religiosa, impuesta a hombres adultos por casarse demasiado tarde, y, a la inversa, los beneficios públicos para los padres de tres o más hijos varones, el hecho de que a las mujeres fallecidas en el parto no se les aplicara la prohibición general de que en las lápidas figuraran los nombres de hombres o mujeres, y, como ya hemos visto, la ausencia de leyes contra el adulterio.

De todos modos, aunque el adulterio no estaba castigado o ni siquiera legalmente reconocido, se consideraba que el matrimonio era una condición sine qua non para la legitimidad de la descendencia, siendo aceptable sólo el matrimonio entre dos espartanos. El cortejo se producía al modo griego habitual; es decir, potenciales maridos interesados o sus representantes se dirigían a padres de chicas núbiles. Las herederas a quienes sus padres no habían dejado nada para el matrimonio antes de morir contaban con los reyes para que se ocuparan de sus intereses, señal inequívoca de su enorme importancia social. No obstante, la ceremonia del matrimonio propiamente dicha no era en absoluto normal con arreglo a los criterios griegos habituales.

En primer lugar, comenzaba con una violación —en principio, una violación puramente simbólica y ritualizada, sin duda, aunque el simbolismo en sí mismo era revelador de las posibilidades de la violencia y la violación masculinas—. En un caso famoso, hemos sabido de un futuro rey espartano, Demarato, que ejecutó su violación, por así decirlo, llevándose a una chica ya comprometida con otro hombre, su primo lejano, y futuro sustituto como rey, Leotíquidas (véase p. 89). A continuación, después de que la novia hubiera sido aprehendida y de algún modo trasladada a la casa marital del esposo, su sirvienta nupcial la preparaba para recibir al esposo la noche de bodas. La preparación comenzaba con el afeitado de la cabeza de la novia; a partir de entonces, como mujer casada, debería llevarlo siempre muy corto, y acaso también se viera obligada a ponerse velo en público. Llevaba un sencillo vestido recto abrochado con un cinturón, que el esposo desabrocharía antes de desflorarla. Si al casarse, el hombre tenía menos de treinta años, como ocurría normalmente, tenía que seguir viviendo en barracones bajo una estricta disciplina militar y sólo podía visitar a su esposa escabulléndose de noche

amparado en la oscuridad. ¡Se decía que un esposo espartano podía engendrar varios hijos antes de ver a su esposa a la luz del día!

En Esparta, el resultado ideal del sexo conyugal era (por utilizar el lenguaje de *El padrino,* de Mario Puzo) un varón. Este ideal se basaba, en parte, en la tradicional idea patriarcal campesina de la superioridad del hombre y en el deseo del padre de reproducirse tan fielmente como fuera posible, pero también era un tributo al primordial imperativo militar en las peculiares condiciones de la antigua sociedad espartana. En una época posterior, los habitantes de Mani (el diente central meridional del Peloponeso) se referirían a sus hijos como «armas» por la misma razón, de modo que los maniotas varones eran literalmente hijos de un arma. En otras partes de la Grecia antigua, hay motivos para sospechar un índice bastante elevado de infanticidios femeninos, pero no podemos generalizar automáticamente esta hipótesis a Esparta. En todo caso, sabemos que fue criada una niña muy poco agraciada —aunque lo sabemos porque llegó a ser muy hermosa y a la larga fue la madre del rey Demarato—. Por otro lado, no sería de extrañar que sus padres hubieran rogado con fervor a Helena que su hija llegara a ser tan hermosa como ella.

A diferencia de sus hermanos, como hemos señalado, las niñas espartanas no iban a un internado a partir de los siete años. Eran educadas en casa, por sus madres e ilotas domésticas, pero de ningún modo quedaba ahí la cosa. Pues, caso excepcional en Grecia, también pasaban por una especie de programa educativo público, que —como el de los chicos— se centraba mucho en la dimensión física. Corrían, saltaban, lanzaban y luchaban, supuestamente desnudas y con los chicos, aunque esto pudo ser más una fantasía masculina no espartana que la realidad. También cantaban y bailaban, de forma característica y competitiva. Se da fe de competiciones de danza para chicas también en otras partes de Grecia, pero los espartanos dirigían hábilmente el baile de ellas a fines políticos. Por ejemplo, niñas seleccionadas eran enviadas a bailar para Artemisa, en Caria, una ciudad peneca situada en la frontera nordeste de Esparta.

En Esparta, los coros de niñas competidoras condujeron a la invención de un nuevo género de poesía griega, el *partheneion* o canto de doncella. Su creador fue Alcmán *(c.* 600 a.C.), poeta de profunda sensibilidad lírica y con un surtido extraordinariamente amplio de referencias geográficas (sus menciones a Lidia indujeron a los mal informados a conjeturar que había nacido en Sardes). El fragmento más largo de *partheneion* que tenemos de Alcmán fue hallado en Egipto, escrito en papiro. En él, los cantantes compiten cantando las alabanzas a sus dirigentes, Hagesicora (que significa simplemente «jefe del coro»), y Agido (nombre que hace pensar en un miembro femenino de la familia real de los agíadas):

Nuestras galas púrpura no son
el tesoro que nos defiende,
ni la pulsera-serpiente enroscada de oro macizo,
ni la espléndida cinta lidia que lucen las chicas
de grandes ojos oscuros,
ni el cabello de Nano, no, tampoco Areta,
semejante a una ninfa, ni Tylacis, ni Clesitera...
No, es Hagesicora,

ella es el deseo de mi corazón.
Pues la belleza de los tobillos no está aquí en la danza:
ella aguarda junto a Agido, alaba
nuestro ceremonial.[2]

Cabe suponer que una canción así se cantaba originariamente en alguna festividad religiosa, en honor de una diosa determinada; aunque la identidad precisa de la diosa en cuestión sigue siendo incierta, probablemente era alguna versión de Artemisa, quizá la variante local denominada Ortia, pues *parthenoi* eran vírgenes a las puertas del matrimonio, y Artemisa era la diosa que supervisaba la crucial transición desde la juventud y la virginidad hasta el matrimonio y la maternidad. Después del matrimonio, una *parthenos* se convertía primero en una *numphê* («novia») y luego en una *gunê. Gunê* puede traducirse como «esposa», pero, como el francés *femme,* también significa «mujer»: la cuestión es que se esperaba que todas las chicas espartanas se convirtieran en esposas —y madres—. La condición de esposa y madre era un destino tanto social como anatómico de todas las mujeres griegas —y en ningún sitio se ponía tanto de relieve como en Esparta—. La destinataria divina de la adoración en relación con el embarazo y el nacimiento era Ilitia, estrechamente asociada, tanto en Esparta como en otros lugares, a Artemisa (Ortia).

Así pues, ¿a qué se debe el ciclo educativo público con su énfasis en lo físico? Seguramente había dos razones fundamentales. Una era pragmática y secular: se creía que las madres más aptas eran, bueno, las madres más aptas —en otras palabras, que la salud física conducía directamente a la salud eugenésica—. La otra razón era sociológica y simbólica: las mujeres espartanas no eran consideradas categóricamente inferiores en el sentido que habrían deseado con fervor varones forasteros como Aristóteles. A las niñas se les daban raciones de comida comparables a las de los niños, las adolescentes pasaban por un proceso de educación pública y socialización que les inculcaba los ideales de la sociedad y les hacía comprender que su conducta adulta era absolutamente decisiva, y las mujeres podían heredar, poseer y administrar bienes por derecho propio. Es incluso posible que tuvieran voz y voto en la elección de esposo por parte de su padre o tutor, como sin duda lo tenían en el gobierno de su casa —o sus casas.

En muchas sociedades, las mujeres desempeñan un papel religioso. Las espartanas no eran una excepción, pero, como sociedad, Esparta era, en varios aspectos, una excepción en lo referente a prácticas y actitudes religiosas griegas. Los espartanos tenían fama de ser extraordinariamente piadosos, incluso para los estándares de la Grecia antigua, y se esforzaban mucho por conservarla. Eran lo que nosotros —o hasta un ateniense antiguo— podríamos llamar enormemente supersticiosos. Así, Heródoto nos dice por dos veces que honraban mucho más las cosas de los dioses que las de los hombres: como esto se cumplía en todos los griegos, lo que él quería decir era que los espartanos llevaban su piedad y su devoción religiosa a extremos excepcionales. Lo que le movió a hacer repetidamente esta observación fue el hecho de que los espartanos ni siquiera aparecieron en la batalla de Maratón de 490 porque consideraron que la fase de la luna era poco propicia, y no enviaron una fuerza completa a las Termópilas en 480 al parecer porque estaban

[2] Alcmán, Partheneion, frag. 1. Véase también West, ed., 1993.

celebrando la festividad de la Carneia.

Una vez más, cuando Jenofonte describía a los espartanos como «artesanos de la guerra», estaba refiriéndose a manifestaciones militares de su fervor religioso, como los sacrificios de animales que realizaban al cruzar un río-frontera o incluso en el campo de batalla, cuando estaba a punto de iniciarse el combate. Los espartanos eran especialmente aficionados a esa clase de adivinación militar. Si los signos de las entrañas de un animal sacrificado no eran «correctos», incluso una acción militar imprescindible se podía retrasar, suspender o evitar del todo. Jenofonte deja constancia del caso de un comandante espartano que recabó los augurios no menos de cuatro veces antes de que salieran los signos «correctos».

Además de su religiosidad o devoción excepcional, el perfil de la observancia religiosa de los espartanos era considerablemente sesgado sobre todo en dos aspectos clave, en comparación con lo que habría sido considerado la práctica habitual en otros lugares. Las mujeres espartanas, como las de otras partes de Grecia, desempeñaban un papel destacado en la religión, o las manifestaciones cuasirreligiosas, privadas y públicas, espartanas. Sin embargo, al parecer en Esparta no había festividades sólo de mujeres ciudadanas, ni siquiera la Tesmoforia, en honor de Deméter, la diosa de la madre tierra que da fertilidad. Aunque Deméter tenía en efecto su propio santuario, un Eleusinion, en territorio espartano, no estaba situado en la misma ciudad de Esparta, ni siquiera en Amiclas, sino a cierta distancia en dirección al sur. La festividad local más parecida a la Tesmoforia quizás era la Titenidia, en la que se celebraba el amamantamiento y la nutrición de los niños, si bien no se trataba de una fiesta restringida a las mujeres espartanas. Una posible explicación de este menor énfasis en el culto a Deméter en Esparta es que la fertilidad de las cosechas y los animales estaba en manos de los ilotas, no de los espartanos. Se podría proponer una solución similar para la segunda anomalía religiosa llamativa, la curiosa falta de importancia del culto dionisíaco en Esparta —un ingrediente básico de expresión religiosa en otras partes de Grecia, tanto para los hombres como para las mujeres—. Una vez más, esta ausencia era probablemente algo relacionado con el hecho de que el fruto de la vid era producido por fuerza de trabajo ilota.

No obstante, como hemos visto, las jóvenes espartanas a las puertas del matrimonio cantaban y bailaban en coros competitivos, y como mujeres casadas adultas interpretaban canciones de desdén en torno a un altar para avergonzar a solteros espartanos reticentes, de tal manera que al final obedecieran las leyes y tomaran esposa. Por lo visto, las mujeres también ocupaban un lugar especialmente importante en la festividad anual de las Jacintias, en honor de Apolo y Jacinto. En su biografía del rey Agesilao II, Jenofonte dice que Agesilao insistió en enviar a sus hijas al festival, que se celebraba en Aniclas, a varios kilómetros al sur de Esparta, en el habitual carruaje público utilizado por las hijas de ciudadanos corrientes con el fin de reducir al mínimo la distancia social entre su familia y el resto de ciudadanos. La importancia de un gesto así en esa importante festividad residía en el mensaje subyacente.

Sin embargo, no era por la devoción por lo que eran más conocidas las mujeres espartanas fuera de su tierra. Aparte de su vergonzosa —o, mejor dicho, desvergonzada— sexualidad, lo que más anonadaba a la gente de fuera era el hecho de que no asumían el papel femenino griego tan habitual de llorar y gemir cuando se producía una muerte en la

familia. En 371, en circunstancias que describiremos en otro capítulo, Esparta sufrió por fin una derrota en una batalla campal, una derrota catastrófica, en Leuctra, Beocia. Así informó Jenofonte, que acaso estuvo presente, del modo en que los espartanos que se habían quedado en casa reaccionaron ante la noticia:

> Fue el último día de la Gimnopedia cuando llegó a Esparta el mensajero enviado para informar de la catástrofe. En aquel momento, estaba en el teatro el coro de los hombres. Cuando los éforos se enteraron de lo que había pasado, se sintieron profundamente afligidos, como de hecho cabía esperar. Sin embargo, en vez de interrumpir la actuación, dejaron que el coro continuara hasta el final. Cuando dieron los nombres de los muertos a los parientes respectivos, ordenaron a las mujeres que cargaran con su sufrimiento en silencio y reprimieran los gritos y lamentos. Al día siguiente, aquellas mujeres cuyos parientes habían muerto iban y venían con aire alegre y lleno de vida, mientras que a aquellos con parientes aún vivos no se les veía demasiado, y los pocos que andaban por ahí tenían un aspecto triste y abatido.[3]

En otras palabras, no lloraban ni se quejaban ni se daban golpes de pecho en señal de lamento, no se ponían el hábito de penitencia, y tampoco iniciaban un período de duelo retirándose a los lugares más recónditos de su casa. Al revés. El espectáculo debe continuar. Así es como tenían que comportarse las mujeres espartanas, y como seguramente se habían comportado, sin necesidad de que nadie se lo dijera, durante muchos años, quizás incluso siglos, antes del episodio señalado.

No hace falta extenderse sobre la incoherencia, o contradicción, entre esta imagen de Jenofonte de la conducta de las mujeres espartanas y la imagen negativa de Aristóteles de la no conformidad de aquéllas. Es incluso tentador seguir al novelista Steven Pressfield en su aplicación del criterio jenofóntico a la situación en la época de las Termópilas (480). Pressfield tuvo la idea absolutamente original —y por desgracia sin ninguna base en absoluto— de que una de las principales consideraciones que orientaron la elección del grupo especial de 300 de Leónidas fue el conocido carácter de sus esposas. Los hombres fueron escogidos entre aquellos de cuyas esposas se podía dar por descontado que no sólo pondrían al mal tiempo buena cara al conocer la muerte inevitable del esposo, sino que reirían y cantarían una canción alegre y bailarían.

Terminaremos este capítulo con el paradigmático ejemplo de la madre de un espartano. Entre los denominados apotegmas adscritos a mujeres espartanas, en una recopilación con este título que nos ha llegado en las obras de Plutarco, el primero se atribuye a Argileonis («león-brillante»), madre de Brásidas. En él se hace precisamente la misma observación sobre la obediente sumisión de las mujeres espartanas a las normas de su sociedad, aunque de un modo bastante distinto:

> Cuando el hijo de Argileonis, Brásidas, hubo muerto y algunos ciudadanos de Anfípolis acudieron a Esparta a visitarla, le preguntaron si su hijo había muerto con grandeza, como correspondía a un espartano. Cuando lo pusieron por las nubes y le dijeron a ella que era el mejor de todos los espartanos en tales hazañas de valor, ella replicó: «Amigos, es verdad que mi hijo era un hombre bueno y admirable, pero Esparta tiene muchos hombres mejores

[3] Jenofonte, Hellenica [Historia de Grecia], Libro VI, capítulo 4, sección 16.

que él».[4]

La fuerza de este supuesto comentario deriva del hecho de que, a diferencia de la abnegada madre, los anfipolitanos adoraron literalmente a Brásidas como su héroe-fundador tras su muerte, como algo más que un simple hombre mortal.

Por desgracia, no hay suficientes datos para escribir una biografía de Argileonis (a diferencia de Gorgo, véase el capítulo 3, y de Cinisca, véase el capítulo 7), pues aparte de esta anécdota no sabemos nada de ella salvo que estaba casada con un tal Telis. Dado que formaba parte de la delegación espartana oficial enviada a Atenas en 421 que primero llegó a un acuerdo de paz general y luego firmó un tratado por separado con Atenas, Telis pudo muy bien haber sido miembro de la Gerusía y, por tanto, hombre perteneciente a una familia aristocrática distinguida. No obstante, Argileonis, como el rey Agiselao cuando insistía en que sus hijas viajaran a una importante festividad religiosa en el carruaje público regular, tenía interés más bien en restarle valor a cualquier diferencia o distinción especial que sin duda su familia podía exhibir. En consecuencia, Argileonis puede figurar como un símbolo de las mujeres espartanas.

Otros apotegmas desarrollan la antigua imagen de las madres espartanas, atribuyéndoles un lenguaje pintoresco y unos gestos igualmente vistosos. Por tanto, podemos imaginar fácilmente a Argileonis instando a Brásidas, cuando éste partía para Anfípolis en 422, a que regresara de la batalla «con tu escudo, ¡o en él!». O, suponiendo que Brásidas hubiera demostrado *per impossibile* ser un cobarde y hubiera vuelto a casa vivo pero derrotado, podemos imaginar a Argileonis señalándose el vientre y preguntando a su hijo de forma pública y humillante si quería entrar ahí dentro arrastrándose. Las madres espartanas estaban hechas de esta pasta impresionantemente severa.

[4] Plutarco, «Dichos de mujeres espartanas», Argileonis (Moralia, 240c).

6

La guerra ateniense, 432-404 a.C.

Este capítulo se ocupará de lo que, desde el punto de vista ateniense, se denomina convencionalmente la guerra del Peloponeso, aunque aquí la examinaremos y describiremos desde el bando espartano. De ahí el poco corriente título de «guerra ateniense», que es el antiguo modo griego de decir «la guerra contra los atenienses». El conflicto fue iniciado por Esparta con grandes aunque injustificadas esperanzas, y terminó finalmente, veintisiete años después, sólo cuando los espartanos llegaron a un acuerdo, por razones económicas, con el viejo enemigo de los griegos, Persia. No obstante, estos últimos tenían sus propios motivos para querer destruir el poder de Atenas, para lo que utilizaron a los espartanos simplemente como instrumento. Esta cínica estratagema, de la que todas las partes implicadas eran igualmente culpables, iba a emponzoñar las relaciones interestatales griegas desde entonces hasta la conquista de Grecia por la Macedonia de Filipo II y su hijo Alejandro Magno, quien a continuación emprendió la extraordinaria campaña que le permitió conquistar también el Imperio persa.

La estrategia de los espartanos para ganar la guerra ateniense era, en cierto sentido, nula y vacía desde el comienzo. Encerrados en su mentalidad hoplítica, que al fin y al cabo les había ido excepcionalmente bien durante más de dos siglos, creían que aplicar simplemente más de lo mismo ya serviría. Pensaban que simplemente invadiendo el territorio ateniense de Ática por tierra a principios del verano, poco antes de la cosecha de cereal, o bien obligarían a los atenienses a dejar atrás las murallas de la ciudad y combatir por su tierra cultivada —y a ser inevitablemente derrotados en una batalla campal hoplítica—, o bien destruirían la cosecha, con lo que les amenazarían con la muerte por inanición, lo cual les forzaría a la larga a pedir la paz en condiciones humillantes. O al menos, para ser más exactos, eso creía la inmensa mayoría de los espartanos. El rey Arquídamo, que intentó disuadirles de una inmediata declaración de guerra en 432, casi seguro que no. Cuánta razón tenía.

Pues, como Pericles —siguiendo el ejemplo de su mentor Temístocles— había previsto hacía tiempo, una estrategia espartana tal no sería decisiva por sí misma porque, de hecho, Atenas era una especie de isla, y la supervivencia de su población no dependía del cereal de su territorio. Estaba aislada y protegida gracias a los denominados Muros Largos que conectaban la ciudad de Atenas con su puerto —prácticamente una segunda ciudad— de El Pireo y con Falerón; y no dependía del todo del cereal de cosecha propia porque Ática podía alimentar, como mucho, sólo a unas 75.000 personas (sobre todo con cebada, menos deseable y nutritiva que el trigo), y su población oscilaba entonces entre 250.000 y 300.000 habitantes, con lo que los 200.000 restantes eran alimentados con cereal importado directamente tanto de la isla de Lemnos del norte del Egeo controlada por Atenas, como, sobre todo, a través del comercio de grano con lo que es actualmente Ucrania y Crimea,

todo ello complementado con suministros procedentes de Chipre y el norte de África cuando hacía falta y el precio era asequible. En otras palabras, mientras Atenas, mediante su enorme poderío marítimo, controlara los vitales cuellos de botella del Bósforo y el Helesponto (Dardanelos), su principal provisión de trigo desde la costa norte del mar Negro estaba garantizada y la ciudad no corría peligro inminente de inanición, aunque los espartanos lograsen destruir todas las cosechas de cereal de Ática en una temporada de campañas.

En realidad, destruir las cosechas de cereal no era en absoluto una tarea fácil. El grano tenía que estar lo bastante seco para ser combustible, y las tropas invasoras peloponesias debían, por un lado, ir provistas de suficiente leña y yesca y, por otro, protegerse de los contraataques de los atenienses. También debían ser capaces de alimentarse de la tierra mientras estuvieran destruyendo y saqueando, de estirar y hacer durar las relativamente escasas provisiones de comida traídas de casa. Esta tremenda combinación de obstáculos técnicos significaba que la estancia más larga de cualquier expedición del Peloponeso a Ática durante la guerra ateniense fue de apenas cuarenta días. Esto no bastaba para saquear de manera significativa, no digamos ya destruir totalmente, nada parecido a todas las cosechas de cereal de Ática, por no hablar de las viñas y los olivares (en todo caso, los olivos son prácticamente indestructibles). Para los espartanos habría sido una estategia más fructífera ocupar una posición permanente en territorio ateniense, guarnecerla y desde la misma llevar a cabo incursiones en el territorio circundante e incluso impedir a los campesinos atenienses labrar la tierra. Con el tiempo, los espartanos adoptaron efectivamente esta estrategia, pero no fue hasta 413, y sólo tras consultar a un renegado ateniense (Alcibíades). Como veremos, esta estrategia tuvo un efecto devastador adicional en la economía de los atenienses, aunque por sí misma no supuso la victoria de Esparta en la guerra.

Así pues, dado que la única estrategia inicial de los espartanos resultaba bastante ineficaz, los atenienses eran libres de responder de forma ofensiva y contundente por otras vías, tanto por mar como por tierra. Tucídides, como quería subrayar la previsión y la sabiduría de Pericles, así como exonerar a los atenienses de toda culpa por el inicio de ese desastroso conflicto internacional, representó su contraestrategia como abrumadoramente defensiva. Como buen historiador que era, Tucídides mencionó también el hecho de que dos veces en cada temporada de campañas los atenienses llevaron a cabo incursiones terrestres hoplíticas en el territorio de la vecina Megara, un importante miembro de la Liga del Peloponeso de Esparta, y describió las grandes expediciones navales que organizaron los atenienses contra el este del Peloponeso en los primeros años de la contienda. Hacia 428, por tanto, cuando los espartanos intentaban conducir a sus aliados a territorio ateniense por segunda vez en la misma temporada, entre los peloponesios había empezado a cundir el cansancio de la guerra. Los espartanos no deberían haber necesitado que los mitileneos (que buscaban ayuda espartana para su proyectada revuelta contra Atenas) les dijeran —durante los Juegos Olímpicos de 428— que la guerra no se ganaría en Ática, sino en las tierras (Ucrania, Crimea...) desde las cuales Ática recibía suministros de trigo extranjero, etcétera. Sin embargo, al parecer sí necesitaban que se lo dijeran, pues desde luego no actuaron con arreglo al consejo.

En vez de ello, los espartanos observaron que se había vuelto alarmantemente la tortilla.

Habían iniciado la guerra en 431, tras confirmar previamente con Apolo en Delfos que llevarían razón si lo hacían, y que por tanto ganarían la guerra y derrotarían a los atenienses de manera convincente. Después de seis años de conflicto esto distaba tanto de ser el caso que, en el verano de 425, los atenienses, bajo la dirección de Demóstenes, establecieron un campamento base dentro del territorio espartano de Mesenia, en Pilos, en la costa occidental (cerca de lo que más adelante recibía el nombre de Navarino, lugar de la gran batalla naval de 1827). Demóstenes había traído astutamente mesenios consigo, mejor dicho, soldados de ascendencia mesenia, de la ciudad de Naupacto, que los atenienses habían ayudado a fundar como refugio de ex ilotas liberados durante la gran sublevación posterior al terremoto de la década de 460. Estos mesenios naupactianos, junto con los nuevos ilotas mesenios fugitivos atraídos a la base ateniense de Pilos, consiguieron causar estragos y destrucción en las granjas mesenias de los espartanos, entre otras razones porque hablaban la lengua -es decir, podían pasar por ilotas leales y así mataban a cualquier ilota que prefiriese permanecer sinceramente leal a sus amos espartanos y dañaban sus cosechas y otras posesiones.

Naturalmente, los espartanos reaccionaron en el acto ante esta tremenda noticia. Retiraron el ejército invasor de Ática y mandaron de inmediato un destacamento itinerante de soldados de élite a la región de Pilos. Tras cierta demora, también mandaron una flota, en la que se incluía una trirreme de guerra comandada por Brásidas, quien, según Tucídides, era el combatiente que «más se distinguió» en un infructuoso ataque naval contra la empalizada de los atenienses. Durante los tres años siguientes, hasta su muerte en 422, Brásidas fue la principal fuente de dificultades de Atenas tanto en el Peloponeso como mucho más al norte, en Anfípolis (Calcis). Había llegado a ser tan influyente que hizo falta que muriera en combate antes de que los espartanos estuvieran dispuestos o fueran capaces de tomar decididamente el camino de la paz.



BRÁSIDAS

Brásidas es, gracias al gran interés que Tucídides mostró por él, uno de los poquísimos espartanos no pertenecientes a familias reales al que podemos dar un verdadero tratamiento biográfico. Su nombre acaso derive en última instancia del de la ciudad de Prasia, en la costa nordeste de Laconia, que antes de ser una ciudad peneca fue integrante de una anfictionía, o liga religiosa, con base en la isla de Calauria (la actual Poros). Esto habría sucedido en el siglo VII a.C. Curiosamente, se conocían los nombres de los padres de Brásidas. Su padre, Telis, fue uno de los espartanos distinguidos que fue escogido para negociar las condiciones de paz y la alianza con Atenas en 421 y poner fin a la guerra ateniense. Ya hemos hablado de su madre, Argileonis, pues se le atribuye excepcionalmente un apotegma de la antología de Plutarco.

Sus palabras, tal como las hemos citado aquí (véase el capítulo 5), con independencia de su autenticidad literal, pretendían hacer hincapié en dos aspectos: que incluso un ciudadano tan distinguido como su hijo Brásidas no era ni mucho menos una rareza en

Esparta, y que las madres espartanas ejemplares como Argileonis estaban más interesadas en el bien común de Esparta que en ensalzar a sus familiares más cercanos. No obstante, en realidad hubo pocos espartanos, si acaso alguno, más capaces y efectivos, o más respetados fuera de Esparta, que Brásidas, tanto en vida como después de su muerte. Si hubiera vivido más tiempo, quizás habría tenido derecho a una biografía de Plutarco, como le pasó al único espartano no perteneciente a familia real que llegó al nivel exigido, Lisandro.

Brásidas fue miembro del consejo de cinco éforos en 431, cuando estalló la guerra ateniense. Cuesta creer que esto fuera accidental o fortuito. Se supone que los aspirantes a éforo no hacían campaña para conseguir el cargo, pero habría sido raro que los hombres elegidos para —o a los que se permitía— presentar su candidatura en aquellos momentos cruciales no hubieran sido conocidos por ser «halcones», esto es, adversarios a toda prueba de los atenienses y defensores de las hostilidades inmediatas contra ellos. Todo lo que se sabe de la posterior carrera de Brásidas confirma este perfil. En 430 aparece en Metone, en la costa occidental de Mesenia, donde dirigió una fuerza defensiva móvil. Al año siguiente, 429, parece que fue ascendido, pues lo vemos prestando servicio como comisionado de flota en Cilene, noroeste del Peloponeso, donde aún seguía en 427. Desde luego, los espartanos consideraban una prioridad proteger el «paso del noroeste», es decir, impedir que los atenienses navegaran rodeando el Peloponeso para establecer contacto con los mesenios naupactianos y otros aliados reales o potenciales de las islas jónicas, u oponer resistencia en caso necesario. Así pues, Brásidas se encontró ayudando al almirante espartano de la flota en enfrentamientos especialmente encarnizados, entre ellos la guerra civil, memorablemente descrita y analizada por Tucídides, en Corcyra (Corfú) ese verano.

De todos modos, esta acción preventiva no evitó la iniciativa ateniense de Demóstenes de tomar y guarnecer Pilos, Mesenia, en 425. Como era de esperar, Brásidas fue enviado a ese escenario crítico, ahora como comandante de una trirreme. Se dijo que su comportamiento fue el más distinguido de todos, pero para los espartanos Pilos fue un completo desastre, por lo que había una necesidad desesperada de medidas de distracción que levantaran la moral de los espartanos en casa y restablecieran su reputación en el extranjero. El problema de Megara, donde había una fuerte tendencia proateniense y posiblemente democrática, era un caso adecuado para Brásidas, que en 424 impidió realmente que la ciudad se pasara al bando ateniense; pero en el norte lo esperaban empresas más importantes.

En 426, los espartanos habían creado una nueva colonia militar en la Grecia central: Heraclea, en Traquinia. El principal objetivo militar y estratégico de este nuevo asentamiento estuvo claro desde el principio. Desde ahí los espartanos podían presionar sobre Eubea, controlada por Atenas. A través de la colonia se llegaba al norte, desde la aliada Beocia hasta Tesalia, Macedonia y la Calcis tracia. A Brásidas se le permitió reclutar un ejército de composición característicamente nueva, lo que revela su peculiar genio y desmiente la afirmación de que todos los espartanos eran, por definición y habituación social, de pensamiento inamoviblemente conservador. Para reforzar a los hoplitas aliados de la Liga del Peloponeso, recibió dinero para reclutar mercenarios; éstos habían estado presentes en las guerras griegas desde los primeros tiempos, pero sólo durante la guerra ateniense y sobre todo inmediatamente después de la misma pasaron a primer plano.

Después, además de los peloponesios y los mercenarios, se le proporcionó una fuerza de 700 ilotas, armados como hoplitas por los espartanos. A la larga, los que sobrevivieron fueron manumitidos a su regreso a Esparta, aunque su estatus distinto queda expresado en su etiqueta colectiva de «los brasideos» u «hombres de Brásidas». Esto también parece ser indicio de un vínculo especial entre los hombres y el comandante, y fue como «brasideos» como lucharon más adelante esos hombres en las filas del ejército regular espartano en la batalla de Mantinea, en 418, cuatro años después de la muerte de Brásidas.

Curiosamente, se dice que Brásidas tenía amigos especiales entre las ciudades y comunidades de Tesalia. Estos contactos le permitieron disponer de un paso seguro por Tesalia hacia Macedonia y Calcis. La segunda era su verdadero objetivo, pues era aquí donde ya en 437 Atenas había fundado una colonia totalmente nueva llamada Anfípolis. Ésta custodiaba por un lado rutas terrestres clave por el norte del litoral egeo, y por otro daba a Atenas acceso a madera y metales que eran esenciales para sus planes bélicos navales. Imaginemos, por tanto, la consternación en Atenas cuando Brásidas consiguió el apoyo primero del rey Pérdicas de Macedonia y luego de una serie de ciudades griegas situadas a lo largo de la costa septentrional del Egeo. Lo logró en parte mediante la amenaza del uso de la fuerza pero también, algo sorprendente en un espartano, por su elocuencia oratoria. Tucídides rinde homenaje a esta cualidad no sólo refiriéndose de manera expresa a su destreza, sino también escribiendo para él dos breves (¡apropiadamente lacónicos!) discursos cuidadosamente preparados. No obstante, el historiador tenía un motivo embarazosamente personal para no querer rebajar demasiado la imagen de Brásidas: en 424, Tucídides era uno de los diez generales atenienses elegidos, y tenía instrucciones de impedir que Brásidas se apoderase de Anfípolis. En esto, ay, fracasó rotundamente.

Los anfipolitanos «liberados» respetaban tanto a Brásidas que cuando éste cayó muerto en combate en 422 lo convirtieron en su nuevo oecista, o héroe-fundador, y le rindieron los debidos honores religiosos que su nueva condición en la muerte merecía. En otras palabras, desheredaron a su verdadero oecista, Hagnón de Atenas, en un gesto que ilustra a la perfección la solidaridad completa entre religión y política en la antigua Grecia. Pero los anfipolitanos no eran los únicos griegos de la región en tener sentimientos tan fuertes hacia Brásidas. Los hombres de Scion (en palabras de Tucídides):

> Recibieron a Brásidas con todos los honores posibles. Le ciñeron públicamente una corona de oro como liberador de toda Grecia, y ciudadanos particulares se apiñaron a su alrededor y lo engalanaron con guirnaldas como si hubiera sido un atleta victorioso.[1]

Sólo Potidea, que los atenienses habían conseguido evitar que se separase tras un largo y duro asedio desde 432 a 429, permaneció impermeable a los halagos a Brásidas, aunque esto bastó para detener el avance victorioso de Brásidas en la región, contratiempo que, unido a la envidia de ciertos rivales, originó un cambio en la política espartana, de la agresividad a la conciliación.

Sin embargo, Brásidas no quería saber nada del armisticio firmado en 423, lo mismo que Cleón de Atenas, el político que más había contribuido y más había explotado la

[1] Tucídides, IV, 121.

humillación de Esparta en 425. Así pues, en 422, los dos se enfrentaron en combate frente a las murallas de Anfípolis como campeones homéricos. No se mataron en la pelea, pero ambos murieron en el conflicto, lo que reabrió la vía a los esfuerzos de paz. No obstante, Anfípolis no volvió al redil ateniense, lo que acaso fuera el monumento más perdurable de Brásidas.

Lo que veía Brásidas era que los espartanos necesitaban abrir un segundo frente, en el norte, para desestabilizar la alianza de Atenas desde dentro. Ya en 426 los espartanos habían fundado la nueva colonia de Heraclea, en Traquinia, que se hallaba *en mute* de importantes aliados de la región de Tracia, siendo Anfípolis el principal. Tras el episodio de Pilos de 425, con la ciudad aún firmemente en manos atenienses, era mucho mayor la necesidad de un segundo frente. Es una señal de la desesperación de Esparta el hecho de que se permitiera a Brásidas reclutar una fuerza mixta de hoplitas aliados, mercenarios e ilotas.

Es importante subrayar aquí que estos ilotas fueron reclutados y lucharon en calidad de ilotas, como habían hecho predecesores suyos, como los que combatieron en Platea en 479. No obstante, fue tal el efecto de la crisis de Pilos que, desde 424 en adelante, los espartanos recurrieron por primera vez a una política deliberada de ofrecer manumisión como incentivo para un servicio militar leal. Por tanto, los ilotas de Brásidas que sobrevivieron y regresaron a Esparta fueron liberados y se unieron a otros ex ilotas a los que se había concedido el nuevo estatus de neodamodeis, o «nuevos hombres-damos», que aparecen en las fuentes entre 424 y 370. Sin duda, pertenecían principal si no totalmente al grupo de ilotas laconianos en contraposición a los ilotas mesenios, de acuerdo con la tradicional política espartana de divide y vencerás, si bien este reclutamiento supuso un nuevo y significativo giro en las relaciones entre ilotas y espartanos, a la vez que procuraba a los segundos una tropa completamente nueva para el servicio en el extranjero, ya fuera luchando en combate o en tareas de guarnición. De hecho, para los espartanos era mucho más fácil entenderse con los neodamodeis en el extranjero que en el propio territorio, donde constituían un bocado indigesto, pues ya no eran ilotas carentes de libertad, pero tampoco estaban integrados como ciudadanos libres en los niveles sociales de sus iguales.2

Al principio, Brásidas prosperó en el norte, donde cabe destacar que arrebató Anfípolis a Atenas y la guarneció en beneficio de los espartanos, si bien su éxito también estimuló tanto la envidia de rivales en el seno de la élite espartana como una verdadera preocupación respecto a que su iniciativa pudiera inaugurar un nuevo estilo de imperialismo en el extranjero, para el que Esparta no estaba preparada. Además, había un grupo en torno al rey Pleistoanax (quien por fin había recuperado el trono agíada en 427-426 tras un exilio de dieciocho años en Arcadia) cuyos integrantes eran conciliadores por principios. O bien creían en la tesis de la «hegemonía dual» de las relaciones Atenas-Esparta propugnada por Cimón una generación antes, o bien eran no intervencionistas —o al menos más *laissez faire*— en su actitud hacia los aliados de la Liga del Peloponeso. Fue una combinación de estas fuerzas lo que dio pie a la firma del armisticio en 423.

Se trataba de un armisticio que Brásidas y su belicoso homólogo en Atenas, Cleón, hicieron todo lo posible por socavar, y con cierto éxito, hasta el punto de que ambos

hombres cayeron muertos en la reanudación de los combates alrededor de Anfípolis en 422. Entonces se allanó el camino para la firma de lo que convencionalmente se conoce como Paz de Nicias por su principal artífice ateniense, pero que podría llamarse con igual precisión Paz de Pleistoanax. Por supuesto, la paz afectó a todos los aliados de cada bando, pero fue firmada fundamentalmente por los dos principales sin prestar mucha atención a las necesidades y los deseos de los aliados individuales. Esto empujó a algunos de los aliados más importantes de Esparta, Corinto y Elis entre ellos, no sólo a negarse a ratificar la paz sino también a tomar parte en una *entente* antiespartana cuyo propósito era obligar a los espartanos a tener en cuenta también sus intereses. Entre bastidores, como de costumbre, los argivos aguardaban a ver cómo esta desafección se convertía en algo que conviniese a su deseo eterno de ser la potencia número uno del Peloponeso.

La respuesta de los espartanos fue firmar por separado un pacto de cincuenta años de no agresión con los atenienses, al margen de los aliados de cada bando. La principal finalidad de este nuevo tratado era asegurar dos de los objetivos inmediatos más apremiantes del acuerdo de paz: la devolución de Pilos y de unos 300 rehenes espartanos y periecos retenidos por Atenas, y la devolución de Anfípolis a los atenienses. Este pacto, no obstante, sólo aumentó los recelos de los corintios y los eleanos, aunque los gobiernos de las ciudades beocias lideradas por Tebas se negaron a incorporarse a la *entente* al considerar que tenían más posibilidades de permanecer en el poder bajo la tutela de la tradicionalmente pro oligárquica Esparta. Por otro lado, siguieron oponiéndose con firmeza a la Paz de Nicias, y recibieron un respaldo bastante sorprendente de dos de los éforos del nuevo consejo para 420, que pertenecían a la tendencia belicosa representada por el difunto Brásidas.

Los atenienses sí devolvieron los rehenes, pero no recibieron Anfípolis a cambio; de modo que Esparta no recuperó Pilos. Los halcones de la guerra espartanos dominaban, instigados y secundados por el nuevo valor del bloque ateniense, Alcibíades, quien exhibía sus vínculos con Esparta en el propio nombre, pues éste era originariamente un nombre espartano que había sido introducido en su línea paterna aristocrática a través de una relación de *xenia* interestatal. Alcibíades nació aproximadamente en 450, pero su padre había muerto cuando él era muy joven y fue criado en la casa del amigo de su padre Pericles y su nueva compañera Aspasia. En un entorno familiar tan politizado, las ambiciones públicas de Alcibíades se despertarían muy pronto, y a finales de la veintena, la edad más temprana considerada adecuada en Atenas, efectuó su primer y fallido intento de desempeñar un papel en la escena pública. Esto suponía que debía reasumir la *proxenia,* o representación pública, de Esparta que había ostentado su abuelo, pero los espartanos discriminadores por motivos de edad lo rechazaron, y en una respuesta airada Alcibíades defendió provisionalmente una enérgica postura antiespartana, convenciendo a los atenienses de que hicieran todo lo que pudieran contra Esparta excepto romper abiertamente la paz, y la alianza, de 421 e iniciar un enfrentamiento real.

En 418, sin embargo, la conclusión lógica de esta actividad antiespartana se alcanzó en la batalla de Mantinea, donde Atenas y sus aliados democráticos de Argos y la ciudad rebelde peloponesa de Mantinea se enfrentaron al poder de Esparta y sus hoplitas de la Liga del Peloponeso. Tucídides, el historiador de la guerra ateniense, dedicó debidamente una gran parte de su obra a este enfrentamiento, al que añadió un cierto número de

elocuentes detalles explicativos para su público o sus lectores no espartanos. Por ejemplo, según Tucídides, cuando estaba a punto de iniciarse la batalla, el bando ateniense comenzó a desplazarse a la derecha —algo característico de todos los ejércitos hoplíticos:

> Porque a causa del miedo, cada hombre hace todo lo posible para proteger su lado derecho desarmado con el escudo del hombre que está a su lado, pensando que cuanto más cerca estén los escudos, mejor protegido estará él.

Después, cuando los dos bandos avanzaron para iniciar el combate, mientras los argivos y sus aliados lo hicieron de forma precipitada e impetuosa llenos de sonido y furia, los espartanos lo hicieron despacio al ritmo de muchos *autos.* Esto, agrega Tucídides, era:

> Una institución clásica en su ejército, que no tiene nada que ver con la religión. Más bien se pretende que los haga avanzar de forma acompasada, sin romper el orden, como los ejércitos grandes hacen habitualmente en el momento de entablar combate.[3]

Como hemos visto en un relato de Heródoto, el comportamiento de los espartanos en Maratón y más adelante en las guerras persas revela que eran profundamente devotos. El *autos,* instrumento de lengüeta parecido quizás a nuestro oboe, era utilizado por los griegos en la ejecución de rituales y ceremonias religiosas, por ejemplo para acompañar representaciones de dramas trágicos en Atenas. Por tanto, para los observadores de la escena de Mantinea, en 418, habría sido fácil sumar dos y dos para que dieran... cinco, al suponer que los espartanos utilizaban acompañamiento de *autos* por motivos religiosos. Pues no es así, replica Tucídides: su uso era estrictamente funcional —igual de funcional, podría haber añadido, y adoptado precisamente por la misma razón, que la música que tocaba en una trirreme ateniense el *trieraulês,* el miembro de la tripulación auxiliar que tocaba el *autos* para ayudar a los remeros a sincronizar las paladas.

Lo que Tucídides no añade, porque en el contexto no le hacía falta, era que esos *aulêtai* espartanos eran miembros de un respetado gremio hereditario, «los hijos de padres que siguieron la misma profesión», tal como lo expresó Heródoto. Y como tales estaban en pie de igualdad con los ciudadanos espartanos que eran heraldos y sacrificadores rituales hereditarios. De hecho, en general la música ocupaba un lugar privilegiado en la cultura y la sociedad espartanas. En su ensayo *Sobre la música,* Plutarco, entre los primeros compositores y poetas que han alcanzado fama fuera de su localidad, cita a un tal Xenodamo, de la Citera perieca. Entre los hallazgos en el santuario de Artemisa Ortia se incluyen fragmentos de *auloi* hechos de huesos de animales, algunos con inscripciones, y humildes estatuillas de plomo que representaban instrumentistas tanto de *autos* como de la *kithara,* una forma de lira. Cabe suponer que los conservadores espartanos eran muy estrictos con la *kithara* en el sentido de que debía tocarse con el número canónico de cuerdas. Además de tocar instrumentos, los espartanos eran particularmente aficionados al canto coral; Pratinas de Elis comparaba divertido a cada espartano con una cigarra, siempre en busca de un coro. También, como hemos visto, Alcmán de Esparta inventó una

---

[3] Tucídides, V, 70.

forma especial de canto coral griego, el *partheneion*, o canto de doncella.

En griego, la palabra *choros* significaba originariamente «danza», de modo que encontramos a menudo a los espartanos literalmente cantando y bailando. De hecho, se les atribuían numerosas danzas locales características, entre ellas algunas francamente obscenas. Cuando, alrededor de 575 a.C., un aristócrata ateniense se emocionó demasiado durante una competición por conseguir la mano de la hija de un tirano peloponesio, al parecer se puso a bailar algunas danzas espartanas sobre una mesa, convirtiéndose quizás en el primero que ejecutó esa modalidad. Se consideraba que esta clase de actuaciones pertenecían al ámbito de las musas divinas, lo que contradice formalmente la vieja imagen mítica de Esparta, según la cual los prácticos espartanos no tenían nada que ver con las artes superiores. Sin embargo, es justo concluir esta digresión mencionando la bella estatuilla de un trompetista, dedicada a la patrona del Estado, la diosa Atenea, en la acrópolis espartana aproximadamente en 500 a.C. Sin duda se quería que representara una figura que, en la situación real de la guerra hoplítica, después de que los intérpretes de *autos* hubieran acompañado a los hombres a la batalla, desempeñaba un papel vital en la indicación de los deseos del comandante espartano.

La batalla de Mantinea fue muy reñida, «la batalla más grande que librarían los griegos en mucho tiempo», en palabras de Tucídides. Al final fue una victoria decisiva para los espartanos:

> Las calumnias lanzadas entonces sobre ellos por los griegos, fueran de cobardía a raíz del desastre de Pilos, o de incompetencia y lentitud en general, quedaron todas borradas por esta sola acción. Se creía que la fortuna quizá les había dado una lección de humildad, pero los hombres eran los mismos de siempre.[4]

Esto no era del todo exacto. Primero, los ciudadanos espartanos, los hombres de las mesas comunes, habían sido puestos a prueba por primera vez en una batalla campal importante luchando en regimientos mixtos integrados por hoplitas periecos. Segundo, aparte de los regimientos mixtos espartano-periecos, los espartanos se habían apoyado en una fuerza especial de periecos procedente de la región de la frontera septentrional de Laconia denominada Esciritis. Quizá los habían reclutado y desplegado antes, pero ésta es la primera mención en la literatura, y este reclutamiento seguramente pone de manifiesto una recién surgida preocupación por la seguridad fronteriza. El tercer aspecto, y de ningún modo el menos importante, es que por primera vez los espartanos utilizaron en formación regular de combate a hoplitas ex ilotas, los brasideos y los neodamodeis. De modo que el que ganó la batalla de Mantinea era realmente un nuevo modelo de ejército espartano, por mucho que los espartanos quisieran que el mundo exterior pensara otra cosa.

La derrota bastó para obligar a los atenienses a un replanteamiento estratégico. Una vez más dirigida por el disidente Alcibíades, o bajo su hechizo, en 415 la Asamblea quedó convencida de que debía abrir un frente totalmente nuevo, o emprender una guerra aparte de la ateniense, aunque las dos opciones iban a cruzarse a su debido tiempo, fatalmente para Atenas. En 415, ésta mandó una armada a conquistar tanta porción de la isla de Sicilia

---

[4] Tucídides, V, 75.

como pudiera, considerando la ciudad de Siracusa como su principal objetivo y enemigo. Siracusa había sido fundada en el tercer cuarto del siglo VIII por colonos del Corinto dorio. Había pasado por un período de tiranías y después, desde la década de 460, se había vuelto democrática. Uno de los temas destacados de la memorable descripción de Tucídides de la campaña siciliana de 415 a 413 es la semejanza entre los dos principales antagonistas, Siracusa y Atenas.

Una vez más, como la batalla de Mantinea, la contienda en Sicilia fue desesperadamente reñida, y el resultado, contrario a los intereses de Atenas. Un protagonista destacado de la catástrofe de Atenas fue Alcibíades, primero como defensor primordial de la expedición y luego, una vez que los atenienses estuvieron convencidos de que debían mandarlo llamar para que afrontara una acusación de sacrilegio, como traidor a su ciudad, pues Alcibíades escapó del barco que debía llevarlo a Atenas para ser juzgado y se dirigió nada menos que a Esparta. Se propagaron pintorescas anécdotas del proceso que lo convirtió en autóctono y más espartano que los espartanos, hasta el punto, según se dice, de seducir a la esposa del rey Agis II en su ausencia y tener un hijo con ella, pero la pura verdad ya era lo bastante singular para el gusto de los atenienses. Alcibíades, en la mejor posición para aconsejar a los espartanos sobre cómo y dónde explotar los puntos débiles de Atenas, había saltado a la yugular. Al parecer, fue por consejo suyo por lo que los espartanos primero mandaron a un decidido comandante espartano, Gilipo, a reforzar la resistencia de los siracusanos —a la larga, exitosa— ante el asedio ateniense, y luego, en 413, ocuparon de forma permanente y dotaron de guarnición a una posición en Decelea, claramente dentro del territorio de Atenas.

El *epiteichismos* (fortificación hostil) en Decelea en 413 bajo el rey Agis supuso el inicio de la fase final de la guerra ateniense por tierra. No obstante, algo paradójico para los espartanos —verdaderos marineros de agua dulce—, sería en el mar donde se decidiría la guerra, y gracias a fondos decisivos aportados por el viejo enemigo de Atenas, Persia, a través de dos sátrapas occidentales del gran rey Darío II, Farnabazo en el norte y Tisafernes en el sur. Con el oro persa, los espartanos construyeron una flota que al principio igualó y después incluso superó a las hasta la fecha invencibles armadas atenienses.

Alcibíades, cansado de Esparta (o quizás acosado por amigos de un cornudo rey Agis), apareció en el escenario oriental, perjudicando al principio una vez más la causa de su ciudad natal, aunque hacia 411 parece que prefirió volver a ser un profeta con honor en su tierra. Ese año, Atenas padeció una revolución interna, de la democracia a la oligarquía extrema, planeada y organizada por un intelectual llamado Antífono, por quien Tucídides mostraba un respeto fuera de lo común. Al principio, los hoplitas de Atenas estaban a favor de esta contrarrevolución oligárquica, pero la flota, tripulada por los atenienses más pobres y de mentalidad más democrática, se mantuvo resueltamente en contra. La base más importante de la flota en el Egeo era la isla de Samos, lugar donde los representantes del nuevo régimen oligarca de Atenas acudieron a intentar convencer a la flota de que regresara a El Pireo. Alcibíades, que casualmente se encontraba en Samos, reparó en que esta partida le costaría a Atenas el control del mar, por lo que exhortó a los comandantes a que se quedaran en su base de Samos. Éste, como observa Tucídides con mordacidad, era el primer servicio verdadero que prestaba Alcibíades a su ciudad.

Aun así, pese a diversos éxitos que permitieron a Atenas conservar el control del importantísimo estrecho del Helesponto, la flota ateniense fue incapaz de impedir varias rebeliones y deserciones en el seno de la alianza naval ateniense. Entre éstas destacaron las revueltas en las ciudades-isla de Eubea, Quíos y Tasos en 411, y aunque los atenienses recuperaron Eubea de momento para la alianza, no pudieron hacer lo propio con Quíos y Tasas. A la larga, entre sus principales aliados sólo permaneció leal Samos, en manos de una democracia furiosamente pro ateniense. De todos modos, esto no bastó para contrarrestar la crucial asociación forjada en 407 entre el príncipe persa Ciro, hijo menor de Darío II (que reinó desde 425 a 404), y el excepcional espartano Lisandro.



LISANDRO

Lisandro —*Lusandros* en griego— es el primero, y casi el último, de los espartanos seleccionados en este libro para un tratamiento biográfico que ya fue objeto de una biografía en la antigüedad. Sin embargo, no se trataba de una biografía contemporánea ni mucho menos: Plutarco escribió su *Vida de Lisandro* unos cinco siglos después de su muerte, en las condiciones casi inimaginablemente distintas de los primeros tiempos del Imperio romano. El proyecto biográfico general de Plutarco era hacer comprensible el nuevo mundo romano a sus ahora humildes o más bien humillados compatriotas griegos, escribiendo una serie de vidas paralelas de romanos y griegos ilustres. Los griegos elegidos eran todos más o menos «antiguos» para el público y los lectores inmediatos de Plutarco, mientras que algunos de los protagonistas romanos eran mucho más contemporáneos. Julio César, por ejemplo, había sido asesinado en 44 a.C., menos de un siglo antes del nacimiento de Plutarco (46 d.C.).

Plutarco hizo a Lisandro un espléndido cumplido no sólo al escogerle como sujeto biográfico adecuadamente grande y ejemplar, sino también al compararlo con Sulla, el dictador romano de finales de la década de 80 y principios de la de 70 a.C. Sulla era un personaje desmedido que había cambiado el mapa del Imperio romano y la forma de la constitución republicana romana, principalmente para que se amoldaran a sus deseos y a la imagen de sí mismo. Adquirió el apodo de «Afortunado» y de algún modo se las ingenió para morir de muerte natural tras abandonar voluntariamente su dictadura y retirarse a pasar más tiempo con su familia. Lisandro, en cambio, nunca llegó a ser dictador de ningún imperio y murió más bien de manera deshonrosa en la campaña de Beocia (precisamente la tierra natal de Plutarco).

Plutarco tenía sus razones para escribir su *Vida,* estableciendo un paralelismo con la de Sulla, pero éstas no anticipan nuestra comprensión de la carrera de Lisandro. Aparte de Plutarco, nuestra otra principal fuente sobre Lisandro es el historiador contemporáneo Jenofonte de Atenas, que lo conoció personalmente, pero Jenofonte era partidario del rey Agesilao, quien, como veremos, al final se enemistó furibundamente con Lisandro, de modo que debemos leer su relato —que Plutarco desde luego también utilizó— con mucha precaución.

Según la tradición, Lisandro era un *mothax,* o sea, por lo visto era ciudadano espartano de adopción, criado en la familia de un espartano distinto de su padre y mandado a la Agoge con el hijo o los hijos de aquél. Si la tradición es correcta, Lisandro, en vez de ser hijo de la esposa espartana de su padre pudo haber tenido una madre ilota, o bien su padre quizás era demasiado pobre para criarlo aun siendo hijo legítimo. La segunda posibilidad me parece más probable, pues al parecer Aristocrito, padre de Lisandro, era pobre, pese a ser miembro de la aristocracia heráclida y su otro hijo se llamaba Libis, «Libio», en homenaje a su prestigiosa relación de *xenia* con un príncipe libio. Por otra parte, en las sociedades aristocráticas y esclavistas, los nacimientos «en el lado equivocado de la manta» son algo habitual, por lo que la madre de Lisandro pudo muy bien haber sido una mujer ilota perteneciente a la casa de su padre.

Aparte de su supuesto estatus de *mothax,* desconocemos totalmente los detalles de la infancia y la adolescencia de Lisandro. Sin embargo, cuando aparece no sólo para hacer bulto como ciudadano espartano de pleno derecho es en un contexto típicamente espartano de erótica y pedagogía. Hacia 430 a.C., cuando tendría unos veinticinco años, Lisandro llegó a ser amante de uno de los adolescentes espartanos más cotizados que estaban en la Agoge, nada menos que Agesilao, el hijo más joven del rey reinante Arquídamo III. No se esperaba que Agesilao, como hijo del segundo matrimonio de Arquídamo, subiera al trono euripóntida, por lo que no quedó eximido de la Agoge, como sí ocurrió en el caso del príncipe coronado Agis (el futuro Agis II). De hecho, era una especie de sorpresa, en dos sentidos, que Agesilao fuera capaz siquiera de pasar por la Agoge: había nacido cojo, lo cual podía haberlo condenado a ser abandonado como bebé y por tanto a una muerte temprana; no obstante, pese a su cojera llevó a cabo todas las exigentes tareas físicas establecidas por la Agoge con un éxito clamoroso.

Por tanto, Lisandro, que seguramente había tenido que ganarse y conservar los favores de Agesilao en feroz competición con otros pretendientes posiblemente más distinguidos, al lograr su objetivo aumentó considerablemente tanto su prestigio inmediato como su futura influencia política.

Cabe presumir que Lisandro tuvo una «buena» guerra ateniense. No sabemos absolutamente nada de lo que hizo en ella hasta 407, cuando ya se acercaría a los cincuenta años. Según los estrictos criterios espartanos era una edad excesiva para tener derecho al mando supremo en el mar, puesto abierto a todos y que se consideraba equiparable al generalato terrestre, al que sólo podían acceder los reyes. En 407, Lisandro fue designado *nauarchos,* o almirante de la flota, que entonces distaba mucho de ser tan sólo la habitual flotilla raquítica que Esparta podía llegar a formar por sí sola. La seguridad de Lisandro en sí mismo, su perspicacia política y su condición general de imprescindible en el mando naval eran tales que, aunque la ley lo prohibía, en 405 fue nuevamente enviado al teatro de operaciones del Egeo como almirante de facto de la flota. En calidad de tal, y gracias a una ayuda económica crucial de su amigo personal el príncipe persa Ciro, Lisandro llevó a un final definitivo la guerra ateniense, que ya duraba veintisiete años.

No obstante, según las reglas tradicionales del juego político espartano, eran los reyes, no un comandante como Lisandro, por poderoso que fuera, los que tenían las cartas clave. Así pues, aunque al principio Lisandro se salió con la suya en el acuerdo de posguerra con Atenas, asegurándose de que una junta oligárquica pro espartana respaldada por una

guarnición espartana la tendría bien amarrada, mientras otros antiguos aliados y súbditos de Atenas eran colocados bajo el control de regímenes muy intolerantes de partidarios suyos, al cabo de dos años de la derrota de Atenas, el nuevo Imperio espartano ya no era gobernado exactamente según sus condiciones. Esto fue gracias sobre todo a la oposición del rey agíada Pausanias, hijo del conciliador Pleistoanax, y a pesar del hipotético apoyo que Lisandro pudiera recibir del hostil co-rey Agis II, rival de Pausanias. En 403, Pausanias fue juzgado en Esparta, acusado de traición sin duda por Agis, pero fue absuelto, en buena medida porque los cinco éforos respaldaban su política relativamente más liberal de mínima intromisión en los asuntos internos de los antiguos Estados miembros del Imperio ateniense, la propia Atenas por encima de todo.

La incapacidad de Lisandro de dominar las deliberaciones en casa sería aún más irritante si la comparásemos con el tremendo éxito personal y la idolatría de que disfrutaba en el extranjero, sobre todo en la isla de Samos, donde sus partidarios tomaron una decisión sin precedentes en la historia griega: le rendían honores divinos, adoraban a un hombre mortal vivo como si fuera un dios inmortal; y cambiaron el nombre de Herea, su principal festividad religiosa (dedicada a su diosa patrona Hera), por el de Lisandrea. En Delfos, auténtico epicentro de la religión griega, Lisandro se atrevió a tener ese estatus cuasi inmortal consagrado permanentemente en un monumento público. Encargó un grupo escultórico —pagado con sus grandes botines de la guerra naval— que estaría situado de forma visible cerca de la entrada de la Vía Sagrada de Delfos y constaría de una profusión de estatuas de bronce, humanas y divinas. Estarían ahí representados los doce dioses y diosas del Olimpo, y en el centro Poseidón, dios del mar, en el acto de conceder a Lisandro una corona de vencedor.

Lisandro habría hecho bien en recordar el sabio consejo que Simónides, el cantor de loas, dio a otro vencedor espartano panhelénico, el regente Pausanias: no olvides nunca que eres un hombre mortal. Desde esa altura, sólo podía tomar un camino, hacia abajo, aunque de ningún modo había entrado ya en decadencia. Hacia 400 se le presentó una nueva oportunidad para volver a ponerse al frente de los asuntos espartanos. Para entonces, su amigo persa Ciro ya no estaba —había muerto en un intento de arrebatar el trono persa a su hermano mayor Artajerjes II—, y Esparta se hallaba nuevamente en guerra con Persia, esta vez como heredera del imperio de Atenas y de la posición de paladín imperial del helenismo contra los bárbaros orientales. Había, por tanto, enormes posibilidades de sacar pecho en la escena internacional, y la muerte de Agis dio a Lisandro la idea de que podía recuperar el poder, indirectamente, abogando por la reivindicación del trono euripóntida para su antiguo amado Agesilao, y de hecho gobernar Esparta a través de él.

Su respaldo a Agesilao resultó ser efectivamente decisivo en la impropia lucha por el trono. Lisandro fue capaz de convencer a los espartanos relevantes de que las nefastas consecuencias de una realeza lisiada profetizadas por cierto oráculo no vendrían de la designación del físicamente cojo Agesilao como rey, sino de la de su rival Leotíquidas, presunto hijo de Agis, cuya legitimidad estaba seriamente en entredicho (corría el rumor de que en realidad era hijo de Alcibíades —seguramente la fecha de su nacimiento encajaba con esa hipótesis—). Como la pureza y la autenticidad de los reyes eran cruciales para la eficacia percibida del cargo, fue una estratagema de veras efectiva por parte del

astuto Lisandro, y Agesilao subió al trono como estaba previsto..., y gobernó durante unos cuarenta años.

No obstante, si Lisandro pensaba que Agesilao sería fácilmente manipulable, pronto se sintió cruelmente desengañado. Agesilao había pasado por la Agoge, sabía cómo pensaban los espartanos corrientes, y demostró ser un maestro en alcanzar influencia política entre la élite. De hecho, Agesilao se había designado jefe de la expedición antipersa de 396, y en cuanto hubo asumido el mando de Asia, Lisandro pronto se encontró a sí mismo relegado a un papel meramente ceremonial y regresó a Esparta con el rabo entre las piernas. Una vez más, sin embargo, pese a este revés, no estaba ni mucho menos acabado, y en 395, cuando Esparta se hallaba guerreando en dos frentes —contra el Imperio persa en Asia y contra una poderosa coalición de ciudades griegas entre las que se contaban Atenas y Tebas en la Grecia central—, Lisandro fue enviado al frente beocio como uno de los dos comandantes principales. El otro era el rey Pausanias.

Sin duda, en parte por las puras dificultades de los medios antiguos de la comunicación militar, pero también por su ardiente deseo de gloria personal y su rivalidad con Pausanias, Lisandro no llegó a acoplar sus fuerzas con las del rey tal como estaba planeado, en vez de lo cual arremetió contra la ciudad beocia de Haliarto. Allí perdió la vida, en un final más bien insulso para una carrera extraordinaria, si bien, aun muerto, siguió siendo una leyenda potente, pues tenía numerosos seguidores personales, no sólo en el extranjero sino también en la propia Esparta. Era a esto último a lo que Agesilao pensó que debía enfrentarse a su regreso de Asia en 394, y lo hizo de un modo ciertamente interesante.

Aseguró que, en la casa de Lisandro —tras su muerte—, se había encontrado un papiro que contenía un discurso no pronunciado escrito para él por un intelectual no espartano. El tema del discurso era la realeza espartana, y la propuesta que al parecer habría hecho Lisandro era que la monarquía debía dejar de ser hereditaria y no debía estar restringida a las casas de los agíadas y los euripóntidas, sino que tenía que abrirse más a la gente —al menos a todos «los descendientes de Heracles» (uno de los cuales era Lisandro) y posiblemente a todos los espartanos—. De forma reveladora, la acusación de Agesilao fue creída y resultó eficaz para debilitar la influencia de los amigos y partidarios de Lisandro en Esparta. A mi entender, es difícil aceptar todos los detalles de la historia, pero la idea de que Lisandro considerara la posibilidad de ser rey de Esparta no es en sí misma nada inverosímil. Al fin y al cabo, fueron dos los reyes —primero Pausanias y después Agesilao— que le habían impedido alcanzar la cima de sus desmesuradas ambiciones.

Terminamos nuestra breve vida de Lisandro con una anécdota: en el momento de su muerte tenía hijas casaderas (por lo que quizá se casó a los cuarenta y tantos), con muchos pretendientes, pues se daba por supuesto que Lisandro era muy rico. En realidad, resulta que murió pobre, que no había estado interesado en convertir su poder y su prestigio en riqueza personal, sino sólo en el poder y el prestigio por sí mismos. Con lo cual los pretendientes se esfumaron milagrosamente -y tuvieron que afrontar acusaciones de «mal» matrimonio, es decir, de querer casarse por razones estrictamente pecuniarias-. El austero Lisandro seguramente habría aprobado este rigor auténticamente espartano.

Lisandro enfocó su designación como *nauarchos* de un modo original, pues consideraba su cargo no simplemente naval sino también político en líneas generales. Aristóteles, en su *Política,* escrita casi un siglo después, iba a comparar la «nauarquía» con la realeza espartana, lo cual, en términos militares, capta bien el gran poder que un *nauarchos* espartano era capaz de ejercer en campaña, incluido el de la vida y la muerte. Lo que Aristóteles no indica de forma adecuada es que, como los dos reyes, un *nauarchos* capaz y ambicioso como Lisandro podía ejercer también una influencia inmensa. Éste, amén de dirigir con rigor los asuntos navales, procuró congraciarse con pequeños grupos de seguidores fanáticamente leales en cada una de las principales ciudades egeas orientales. Éstos formarían el núcleo de las decarquías o juntas militares de sólo diez hombres por medio de las cuales él planeaba gobernar, en nombre de Esparta, lo que antaño había sido el Imperio ateniense.

Todo fue según lo planeado gracias en especial a la singular relación personal que fue capaz de establecer con Ciro. Éste quizás estaba pensando más a largo plazo, cuando -como, a posteriori, sabemos que pasó- recurrió a Esparta para que le ayudara a derrocar a su hermano mayor y ocupar en su lugar el trono persa. De todos modos, a corto plazo los fondos que puso a disposición de Lisandro permitieron a éste construir una flota que no sólo era tan grande como la ateniense sino igual de capaz desde el punto de vista técnico, y que de hecho se componía de barcos superiores. Tras su primer período al mando en 407, Lisandro fue obligado a dejar el cargo, pues las normas espartanas prohibían ostentar una nauarquía más de un año, o en todo caso más de una temporada de campañas. Sin embargo, en 405, tras el mediocre éxito en 406 de Calicrátidas, quien declaró memorablemente que no rendiría pleitesía a ningún bárbaro como Ciro de Persia, Lisandro fue enviado de nuevo al escenario del Egeo bajo la ficción legal de haber sido designado vicealmirante.

En última instancia, tal como habían pronosticado los mitileneos ya en 428, el problema de la guerra ateniense dependía del conflicto naval alrededor y de hecho dentro del Helesponto. Lisandro, quizá ya por costumbre, triunfó, y ganó la guerra, valiéndose de un ardid. Sorprendió a la flota ateniense no exactamente durmiendo pero sí desprevenida en un puerto militar llamado Egospótamos, o «el río de la cabra». Muchos atenienses fueron masacrados, y a muchos otros capturados Lisandro no les dio el trato concedido convencionalmente por los griegos a los prisioneros de guerra griegos, sino que les mandó cortar la mano derecha a modo de castigo y aviso atroz. Lisandro condujo a los supervivientes de vuelta a Atenas, donde sufrieron todas las penalidades a que los atenienses habían sometido Siracusa una década antes. Durante el invierno de 405-404, muchos atenienses murieron de hambre en las calles. Por tanto, en la primavera de 404, los atenienses estaban listos, aunque en modo alguno totalmente preparados, para rendirse a los espartanos aceptando sus condiciones —es decir, las de Lisandro.

Evidentemente, primero los atenienses perdieron lo poco que quedaba de su otrora formidable imperio. Después también se vieron privados de la base militar de ese imperio, la flota —sólo se les permitió conservar una miserable flotilla de apenas una docena de embarcaciones—. En otras partes de lo que había sido su imperio, Lisandro se encargó de instalar decarquías, regímenes de diez oligarcas partidarios y extremistas. Atenas era demasiado grande para ser gobernada por un grupo tan pequeño: en vez de ello, el

proespartano Critias (seguidor de Sócrates y pariente de Platón) encabezó una junta de treinta que tomó el control conjuntamente con una decarquía complementaria para atender la ciudad portuaria de El Pireo. A fin de asegurar la estabilidad del dominio de «los treinta», Lisandro hizo que los espartanos mandaran una guarnición de neodamodeis ex ilotas para aportar el poder efectivo necesario. No obstante, eran tales la moral y el espíritu democrático de la mayoría de los atenienses, y tal la brutalidad de «los treinta» —hasta el punto que éstos adquirieron con todo merecimiento el sobrenombre de los Treinta Tiranos—, que en poco más de un año se había reinstaurado un gobierno democrático en Atenas —bajo la estricta supervisión de los espartanos, cierto, pero también con su consentimiento.

PARTE III

UNA REALEZA LISIADA

7

El Imperio espartano, 404-371 a.C.

Gracias a los fondos persas y a los propios errores estratégicos y tácticos de los atenienses, los espartanos salieron vencedores en la guerra ateniense. Entonces las deliberaciones estaban dominadas por Lisandro, quien difundía una línea maximalista, fuertemente imperialista. Lo que a veces recibe el nombre de «segundo» imperio espartano, para distinguirlo del poder imperial que Esparta ejerció en el Peloponeso y la Grecia continental, era el viejo Imperio ateniense, pero en una versión imperialista más extrema. Los espartanos también recaudaban tributos y mantenían una armada, pero mientras que el ateniense había sido concebido y en gran medida preservado como antipersa, la versión lisandreana del Imperio espartano era sobre todo antidemocrática y proautocrática. Sin embargo, Lisandro pronto suscitó el antagonismo de los miembros más conservadores de la jerarquía espartana, incluyendo aquellos que, como el rey Pausanias, creían en una política de hegemonía dual, o coexistencia pacífica, entre Esparta y Atenas. Lisandro enseguida se sintió rechazado, pero intentó recuperarse apoyando las impugnadas pretensiones al trono de su antiguo amado Agesilao, que sucedió a su hermanastro Agis hacia 400.

Los treinta años siguientes de historia espartana —y en realidad, hasta cierto punto, de toda Grecia— son los años de Agesilao. El curso de su vida está tan inseparablemente unido al destino de Esparta en su conjunto, más aún incluso que el de Cleomenes I, que no le dedicaré una biografía aparte, como sí hicieron Jenofonte y Plutarco. Como no esperaba llegar a ser rey, pasó por todas las pruebas de madurez de una educación espartana corriente y, pese a su cojera congénita, las superó con la mención *summa cum laude.* Por tanto, encarnaba las virtudes espartanas características..., y los vicios. Intransigente con las alternativas a la oligarquía dominada por los espartanos, en 371 acabó teniendo que aguantar el desmoronamiento del poder espartano en la batalla de Leuctra y sus consecuencias. Sin embargo, quién podía tener la seguridad de que eso es lo que pasaría desde la perspectiva ventajosa de aproximadamente 400 a.C., momento en que subió al

trono euripóntida.

De todos modos, la sucesión propiamente dicha no fue un asunto sencillo. En circunstancias normales, Leotíquidas, hijo de Agis II y hermanastro mayor de Agesilao, habría esperado suceder a su padre, pero en 400 muy pocas cosas eran normales en Esparta. Sobre Leotíquidas pendía una sospecha de ilegitimidad, agravada por el rumor de que su verdadero padre era Alcibíades de Atenas. Además, Leotíquidas era apenas un adolescente a la muerte de Agis, y carecía de un pariente masculino que asumiera el poder como regente hasta que él alcanzara la mayoría de edad. Mejor dicho, el hombre que podía haber actuado así, Agesilao, se postuló a sí mismo como rival para el trono, quizás empujado y sin duda respaldado por su antiguo amante, Lisandro, y al final ganó la disputa por la sucesión.

Agesilao tenía mucho a su favor: había pasado por la Agoge con éxito, era un ciudadano de probada valentía espartana y se mostraba totalmente fiel a los valores licúrgicos. Sin embargo, había nacido cojo y había tenido que lidiar con un oráculo que profetizaba fatalidad para Esparta si la realeza «estaba lisiada». Lisandro se las había arreglado para desactivar el oráculo, calificándolo de alegoría, pero la interpretación literal iba a volver para perseguir a Agesilao y a Esparta. De ahí el título de esta tercera y última parte.

No mucho después de subir Agesilao al trono euripóntida para gobernar conjuntamente con el agíada Pausanias, un vidente público anunció el peor de los malos augurios tras consultar las entrañas de un animal sacrificado. Era como si, decía, Esparta estuviera rodeada de enemigos. En cierto modo, esto no era ni más ni menos que la verdad pura y simple: cada año, la junta entrante de éforos declaraba la guerra a los ilotas y, de ese modo, los convertía a todos en enemigos públicos. No obstante, pronto se puso de manifiesto que el anuncio del vidente tenía una aplicación más amplia y amenazante, pues los enemigos involucrados iban desde el nivel inferior hasta casi el nivel superior de las clases sociales en que estaban divididos los habitantes del Estado espartano. Al parecer, lo que se descubrió fue una conspiración encabezada por un tal Cinadón, que era, o bien un espartiata degradado por razones económicas, o bien un espartano de nacimiento mixto. El antiguo compañero de Cinamón, que lo delató a los éforos y declaró como testigo de la acusación, afirmó, con tono desmesurado, que entre sus seguidores se contaban todos los periecos, neodamodeis, ilotas y un grupo impreciso al que se refería como «inferiores» (hupomeiones); y dijo que todos odiaban a los ciudadanos espartanos de pleno derecho hasta el punto de que se morían de ganas de comérselos, incluso crudos.

Hay una buena dosis de pura especulación, indirectas y exageraciones en este informe, que fue repetido de manera fiel aunque no desinteresada por Jenofonte, partidario y cliente personal de Agesilao. De todos modos, revela gráficamente lo extraña que era la sociedad espartana, pues en ninguna otra ciudad griega podía haber la más vaga posibilidad de una conspiración de esclavos, ex ciudadanos o ciudadanos sin plenos derechos. Llegado el momento, de la conspiración no resultó nada, más allá de que Cinamón recibió un castigo público ejemplar y típicamente cruel: fue arrastrado por la calles de Esparta con un ronzal hasta que probablemente su cuerpo quedó hecho pedazos. Más adelante, Aristóteles comprendió la importancia de este potencial desafío al orden establecido, y en defensa de Agesilao probablemente sería justo decir que su

conservadurismo extremo, y a la larga contraproducente, fue, en parte, una reacción a esa grave provocación interna.

Durante la década de 390, Esparta alcanzó su grado máximo de expansión. Llevó a cabo campañas no sólo en el extranjero sino también en ultramar, en el continente asiático y en la Grecia peninsular. Al principio, parecía al menos que Esparta estaba luchando por una causa justa: la libertad de Grecia. De hecho, la propaganda de liberación utilizada contra Persia fue un eco, bien que apenas perceptible, de la utilizada por los atenienses para desarrollar y mantener su imperio —el que los espartanos acababan de destruir en la guerra ateniense—. Sin embargo, no tuvo el mismo efecto favorable en la capacidad de lucha de Esparta que el que tuvo en la de Atenas, sin duda porque fue percibido como hipócrita desde el principio.

Una serie de comandantes espartanos forcejearon para avanzar contra el astuto sátrapa Tisafernes, instalado en Sardes, y su colega más honrado, Farnabazo, que vivía en Dascilio, en el norte, cerca del Helesponto. Finalmente, en 396, Agesilao convenció a las autoridades del momento de que le concedieran el mando supremo en Asia. De este modo, llegó a ser el segundo rey espartano, tras Leotíquidas II, en aventurarse tan lejos por el este como comandante, y en 395 se convirtió en el primer rey en tener a su cargo simultáneamente el ejército de tierra y la flota. El año 396 fue también memorable para Agesilao en otro aspecto, pues fue testigo de la victoria olímpica sin precedentes de su hermana Cinisca.[1]

---

[1] La biografía de Cinisca que sigue es una versión modificada del capítulo pertinente en Cartledge, 2000.



14. En esta lápida del siglo v a.C. aparece un guerrero hoplita perieco. La piedra procede de la moderna Areópolis, Mani, pero originariamente podía haber sido del Etilo perieco. Los ciudadanos espartanos sólo podían tener su nombre inscrito en las lápidas si morían «en la guerra».



15. Este gigantesco *kratêr* de bronce (donde se mezclaba agua y vino) fue encontrado en la intrincada tumba de una princesa celta del período Hallstatt, situada en la confluencia de los ríos Sena y Ródano. Mide 1,64 m de altura y tiene una capacidad de más 300 litros. El estilo de las figuras (que incluyen una mujer cubierta de adornos que sirve de asa de la tapa), al igual que la ornamentación adicional, sugieren un origen laconiano. Probablemente hecho por encargo, esta vasija es un llamativo testimonio tanto de la pasión de los celtas por el vino y la pompa, como de la interacción de las culturas griegas y no griegas, en este caso por mediación de la ciudad portuaria de Masalia (Marsella). También pone de manifiesto que los artesanos laconianos no estaban ni mucho menos aislados de las corrientes comerciales dominantes de la época.



16. Las capas rojas de los espartanos eran un rasgo distintivo del uniforme de los hoplitas locales. Este guerrero de fabricación laconiana lleva la suya envuelta alrededor, como si estuviera vigilando en una noche fría. De hecho, como puede sugerir su inusual cimera transversal, probablemente quiere ser un general, quizá incluso un rey. Obsérvese el cabello espartano típicamente largo, cuyo peinado antes de la batalla de las Termópilas dejó pasmados a los enemigos persas.

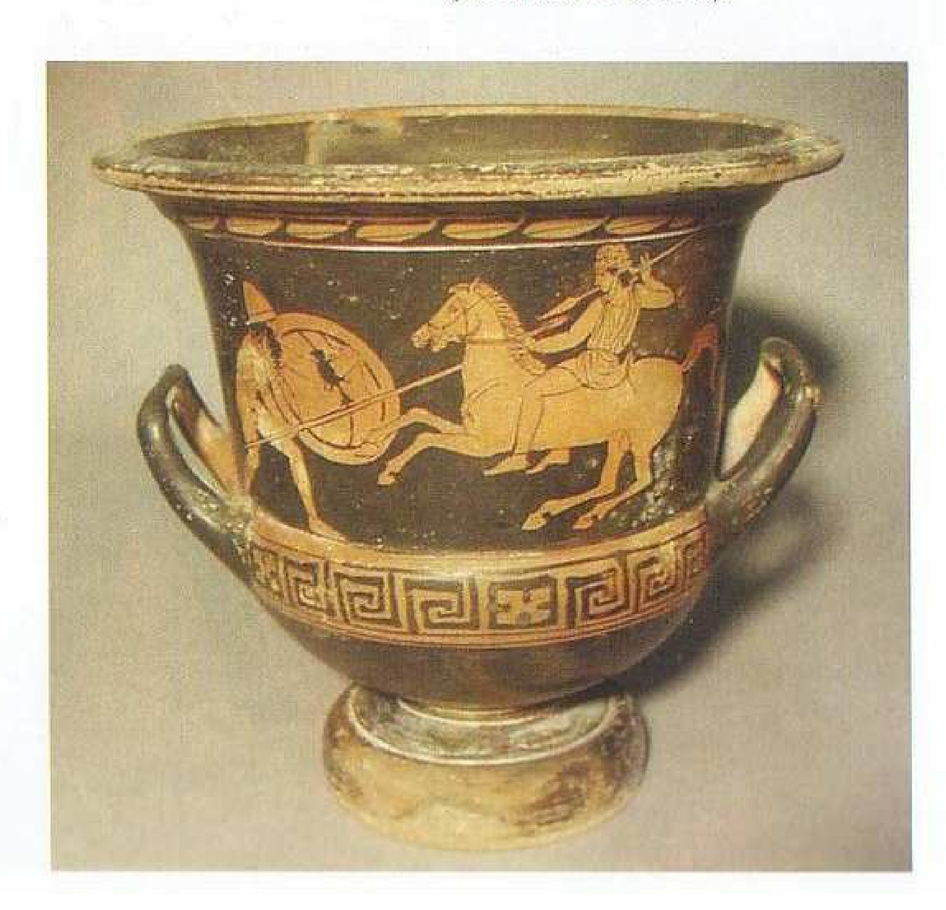
17. En el otro extremo del espectro social con respecto a la ilustración 16, esta adusta y algo rudimentaria estatuilla simboliza el espíritu indomable del soldado raso hoplita espartano corriente. Obsérvese el peto en forma de campana y las prominentes grebas, signos de la atención de los espartanos a los detalles en las cuestiones bélicas.





18. Apodada inmediatamente «Leónidas» por un obrero cuando fue encontrada en el área de la acrópolis de Esparta en 1925, esta figura de mármol finamente trabajada de tamaño natural de hecho debe de representar a un dios o a un héroe y seguramente formaba parte de un conjunto de figuras contrapuestas colocadas en el frontispicio de un templo (véase el apéndice). Obsérvense los carneros, oportunamente machos, que decoran ambas orejeras del casco y el labio superior sin bigote, un rasgo típicamente espartano. También se hallaron fragmentos de un escudo con inscripciones.

19. La escena de este jarrón, hecho en el sur de Italia, representa lo que parece ser un hoplita espartano (cabello largo, bigote afeitado) luchando contra un lancero a caballo. Obsérvese el nuevo tipo de casco, menos restrictivo que el anterior modelo demasiado envolvente. Por el estilo de la pintura lo situaríamos en el contexto de la primera fase de la guerra ateniense. Taras (la moderna Tarento), en Apulia, fue la única colonia verdadera de Esparta en el extranjero (fundada *c.* 700 a.C.).

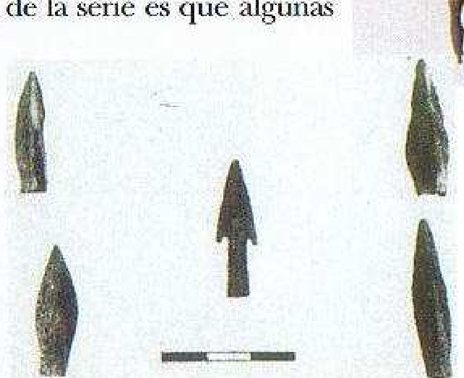




20. En 425, los atenienses aceptaron la rendición de 292 lacedemonios, 120 de los cuales eran espartanos, en el islote de Esfacteria, cerca de Pilos, al oeste de Mesenia, que luego fueron retenidos como rehenes en Atenas hasta 421 (p. 228). Junto con los hombres, capturaron sus armas y armaduras, de entre las que se halló el revestimiento de bronce de un escudo en el ágora (centro cívico) de Atenas, no lejos de donde los hombres permanecieron como prisioneros. En el escudo se descubrió este mensaje: «Los atenienses [cogieron y ofrendaron esto] de los lacedemonios en Pilos».

21. En el santuario de Ortia, además de las ofrendas a la propia Ortia, se han encontrado otras a la versión local de Ilitia, divinidad griega del nacimiento. Probablemente es ella la que está aquí representada, en la postura agachada del alumbramiento, acompañada a ambos lados por dos espíritus de la fertilidad. Su mano izquierda atrae la atención hacia el canal del parto. Para las mujeres espartanas, la reproducción era una necesidad, no una opción, y su educación estaba orientada a producir el máximo de salud eugenésica.

22. Las mujeres espartanas tenían mucho que hacer para estar a la altura del formidable nivel de belleza física establecido por Helena. Una serie de excelentes espejos de bronce de fabricación laconiana del siglo VI, descubiertos dentro y fuera (como aquí) de Laconia, sugiere que prestaban a su aspecto una atención considerable. Por lo general, estos espejos se ofrendaban, en los santuarios, a una divinidad femenina. Una característica excepcional de la serie es que algunas de las mujeres están totalmente desnudas –por otro lado, las mujeres espartanas acostumbraban a mostrarse en público en la vida real–, mientras que en las demás partes de Grecia la norma de esa época para las mujeres respetables era que, en el arte, aparecieran completamente vestidas (y que se mostraran en público lo menos posible).



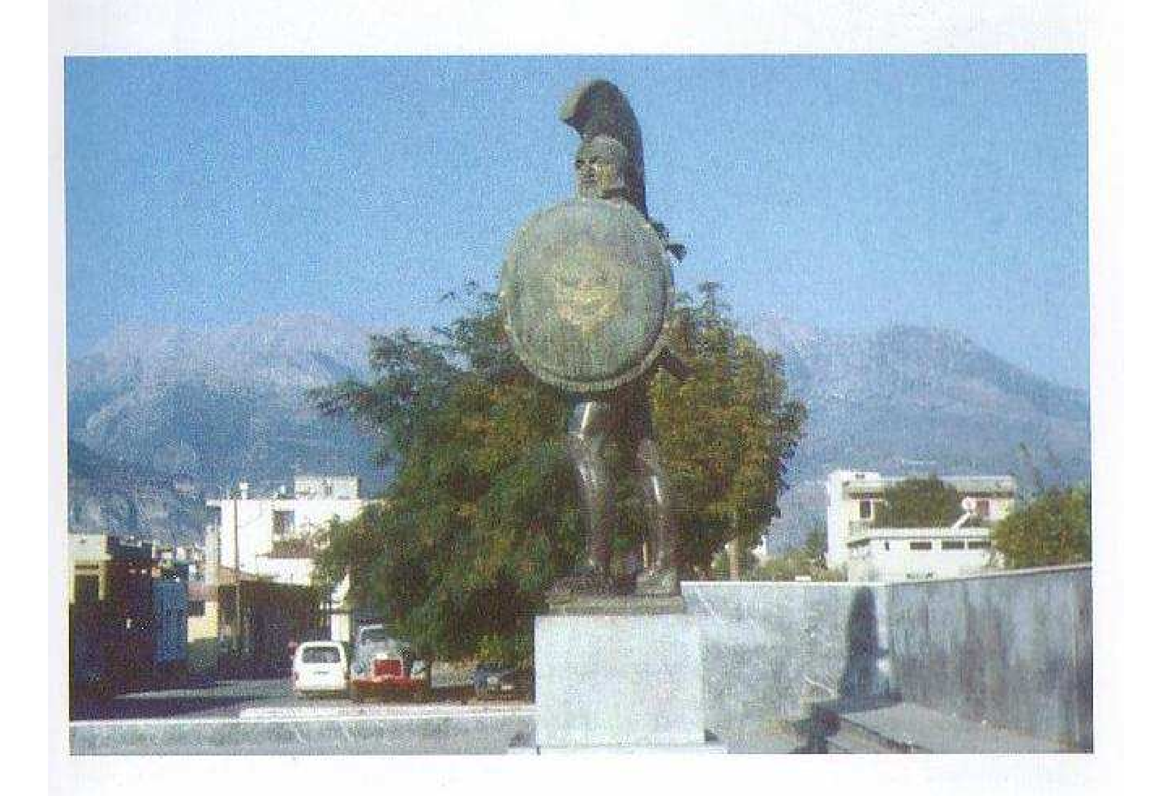
23. Las armas de un hoplita eran la lanza y la espada, y la ideología hoplita restaba importancia a la contribución de las flechas, que eran desdeñadas como «husos», es decir, utensilios típicamente femeninos (p. 228). Sin embargo, los arqueros eran, de hecho, una parte regular de los ejércitos espartanos compuestos, con la función de prestar apoyo y cobertura más que de efectuar ataques decisivos. Estas puntas de flecha fueron descubiertas en un santuario situado cerca de Esparta, donde probablemente fueron ofrendadas por periecos o, en todo caso, arqueros subespartanos.



24. Lisandro (que murió en 395 a.C.) perteneció por poco a la época de los retratos griegos genuinos, pero de la antigüedad no se ha conservado ninguno suyo mínimamente fiable, pese a ser lo bastante vanidoso para tener, en Delfos, en 404 o poco después, una estatua de bronce incluida en un enorme grupo triunfal de dioses olímpicos encabezados por Poseidón. Por tanto, este frontispicio de J. Chapman en un libro publicado en Londres en 1807 por J. Wilkes es, ay (o quizá por suerte), pura fantasía imaginativa. Es palpable el flagrante anacronismo de la armadura, aun sin el añadido de un león con una cola curiosa en la parte superior del casco.



25. En 1955, el gobierno griego erigió este monumento junto a la carretera nacional, no lejos del lugar donde los espartanos libraron el último combate en las Termópilas en 480 a.C. (al parecer fue en un montículo situado al otro lado, donde fueron grabadas las palabras del famoso epigrama de Simónides: «Id y decid a los espartanos...»). Naturalmente, la estatua se basa en el «Leónidas» (ilustración 18) hallado en excavaciones de Esparta.



26. Este Leónidas moderno también se basa en el «Leónidas» original encontrado no lejos de allí. Está situado en el centro de la calle principal de la Esparta actual, que lleva el nombre de Constantine Palaeologus (último emperador de Bizancio). Detrás de Leónidas se alza lo que pasó por una acrópolis de la antigua Esparta.

27. «Leónidas» (1814), de J.-L. David (Louvre). Para una descripción del famoso cuadro, véanse las pp. 247-248.



CINISCA

Cinisca suena a apodo de infancia, pues significa «cachorro» (femenino); un antepasado suyo había recibido el sobrenombre equivalente masculino, Cinisco. Quizá quería ser un homenaje a la especie concreta de sabueso criado en Esparta, cuya hembra era famosa como olfateadora en la caza del temible jabalí. Si, como es probable, Cinisca era la hermana carnal de Agesilao, e hija de Arquídamo II y Eupolia, seguramente nació hacia 440 a.C. Tendría, pues, cuarenta y tantos cuando fue la primera mujer en lograr una victoria en los Juegos Olímpicos, proeza que repitió en los juegos subsiguientes de 392.

De modo que Cinisca no era una muchacha espartana corriente sino una princesa de una familia real. En circunstancias normales, las relaciones matrimoniales espartanas podían ser bastante complejas, como hemos visto; las bodas reales siempre se arreglaban, pues en esos regímenes dinásticos había implicadas consideraciones económicas y sobre todo políticas. Según una posible historia apócrifa contada por Teofrasto, pupilo de Aristóteles, y citada más adelante por Plutarco, los éforos querían sancionar a Arquídamo por haberse casado con una mujer demasiado bajita. Por lo visto, las mujeres espartanas eran inusualmente altas si nos atenemos al patrón griego, quizá porque estaban relativamente bien alimentadas. Cabe presumir, por tanto, que Eupolia, su segunda

esposa, atrajo a Arquídamo por algo más que por la estatura.

La relativa igualdad entre sexos de que disfrutaban los espartanos adultos se vio reforzada al recibir las chicas algo equivalente a la parte física de la educación estatal de los chicos.

Tenemos incluso pruebas de que había un homólogo femenino del sistema de relaciones masculinas de emparejamientos pederastas, que era un componente obligatorio del plan de estudios una vez que el chico llegaba a la adolescencia. Probablemente Cinisca tomó parte en este currículo femenino, igual que su hermano Agesilao pasó por la Agoge de los chicos. Algunas excelentes estatuillas de bronce hechas en Esparta en que se aprecian chicas adolescentes o mujeres jóvenes en posturas atléticas son una convincente ilustración de este fenómeno social, único en Grecia. No obstante, esto era un motivo de conmoción más que de admiración para casi todos los demás griegos, que insultaban a las chicas espartanas llamándolas «exhibidoras de muslos» por sus atrevidas minitúnicas, y consideraban a todas las chicas y mujeres espartanas poco menos que prostitutas.

El objetivo de la Agoge masculina era formar a los jóvenes para ser ciudadanos guerreros, prepararlos para luchar no sólo contra enemigos exteriores sino también contra los ilotas, el enemigo interno. De todos modos, la vida de un ciudadano espartano no consistía sólo en combatir en serio o de forma figurada. La religión era de primordial importancia, y el baile en hilera una manera eficaz tanto de honrar a los dioses como de potenciar la cohesión y el ritmo comunitarios necesarios para el combate hoplítico en formación de falange. En cuanto a las chicas, bailaban no sólo en Esparta sino en otras ciudades cercanas. A la festividad de las Jacintias, por ejemplo, celebrada en honor de Apolo en Amiclas, a escasos kilómetros al sur de Esparta, las chicas iban en carruaje público, y un pasaje de la biografía de Agesilao escrita por Jenofonte nos revela cómo las hijas del rey viajaban en plano de igualdad con las demás. Seguramente Cinisca tampoco recibió ningún tratamiento especial de su padre Arquídamo.

Otra forma de celebración religiosa que apelaba especialmente al espíritu competitivo y marcial de los espartanos eran las pruebas atléticas. Según la tradición, el primer festival atlético panhelénico (típicamente griego y sólo griego) eran los Juegos Olímpicos, creados —con arreglo a la cronología popular— en lo que consideramos 776 a.C. Quizá podríamos acercar esta fecha un poco; en todo caso, «juegos» es un término demasiado grandioso para lo que durante largo tiempo fue una simple carrera, equivalente a la actual de los 200 metros. No obstante, con el paso de los años se añadieron otras modalidades, tanto atléticas como ecuestres, y los participantes se dividían según la edad en las categorías de Hombres y Muchachos. Así, cuando en 472 la organización de los juegos pasó a ser supervisada por el Estado de Elis, el acontecimiento había crecido y ya duraba cinco días.

La competencia por conseguir un premio olímpico era feroz, pero el propio premio era siempre una corona de olivo puramente simbólica. Se consideraba que una victoria olímpica era ya suficiente recompensa en sí misma, pues se pagaba en la moneda más valiosa: fama eterna. Jamás se olvidó la dimensión religiosa original de los juegos. El acto central era un desfile comunitario y un sacrificio al dios patrón Zeus del monte Olimpo. Por otro lado, la competencia por los premios no siempre se producía en función de lo que consideraríamos un espíritu particularmente religioso. De hecho, el ambiente competitivo se parecía más al de un ejercicio paramilitar. Una explicación de esto era que las pruebas

atléticas, como tantos otros aspectos fundamentales de la cultura griega, estaban marcadas radicalmente por el género. Los Juegos Olímpicos eran tan exclusivamente masculinos que a las mujeres (a excepción, quizá, de alguna sacerdotisa oficial) ni siquiera se les permitía ver a los hombres competir.

De todos modos, además de las carreras y los combates, que tenían lugar en el estadio principal de Olimpia o alrededor del mismo, había también pruebas ecuestres que se celebraban en un hipódromo (literalmente, una pista para caballos) aparte. Sólo en estos eventos podían competir las mujeres, aunque sólo por poderes: no como jinetes o aurigas (que siempre eran hombres o muchachos), sino como propietarias de las cuadrigas y los equipos. En 396, Cinisca hizo participar a su equipo de cuadrigas y ganó. En 392, compitió y volvió a ganar.

Resulta que estamos bastante bien informados de estas dos victorias sucesivas suyas, pues llamaron la atención y despertaron la imaginación de un viajero muy posterior, Pausanias, un griego de Asia Menor que visitó Olimpia aproximadamente a mediados del siglo II d.C. Entonces era —y en la actualidad aún lo es— legible la inscripción en la base del monumento conmemorativo que Cinisca había erigido:

> Mis padres y mis hermanos eran reyes espartanos,
> gané con un equipo de caballos veloces,
> y levanté este monumento: soy Cinisca:
> y digo que yo soy la única mujer de toda Grecia
> que ha ganado esta corona.[2]

Este firme y enérgico «yo» podría en sí mismo dar a entender que nuestra Cinisca no era humilde a la hora de presentarse. No obstante, da la casualidad de que también poseemos la biografía del hermano, escrita por Jenofonte y sin duda con pleno conocimiento y aprobación de Agesilao como obra de propaganda para ser publicada inmediatamente después de su muerte (alrededor de 359). Según esta obra, no fue idea de Cinisca criar caballos de carreras para cuadrigas y competir con ellos en Olimpia, sino de Agesilao. Por otra parte, la finalidad de éste era demostrar que las victorias así conseguidas dependían sólo de la riqueza, a diferencia de las logradas en otros ámbitos y esferas (sobre todo en el campo de batalla), donde el factor decisivo era sobre todo la efectividad. ¿Qué hombre, daba a entender, querría ganar un premio que también podía ganar una mujer?

Naturalmente, es imaginable que Agesilao y su publicista estuvieran intentando disimular el hecho de que Cinisca había seguido su camino sin aprobación oficial, aunque en todo caso nos vemos obligados a preguntar por qué Agesilao tenía que rebajar así el pionero logro y la gloria notoriamente panhelénica de su hermana. Probablemente están en juego varios motivos y factores. En un aspecto, Agesilao estaba buscando mantener la posiblemente menguante devoción de su sociedad al éxito guerrero mediante el esfuerzo comunitario frente a la cada vez más seductora gloria individual que podía adquirirse gracias a una victoria en las pruebas olímpicas. De hecho, los éxitos de los espartanos en los juegos y otras carreras de cuadrigas durante el siglo V son sin duda muy evidentes; por

---

[2] Antología palatina, XIII, 16.

otro lado, Jenofonte informa de que Agesilao hizo especial hincapié en el hecho de que, mientras que Cinisca criaba simplemente caballos de carreras, él criaba caballos de guerra. En otro aspecto, quizás intentaba restarle importancia a Cinisca como mujer, en un período de la historia espartana en que, como explicó más adelante Aristóteles, «las mujeres consiguieron muchas cosas». En tal caso, se trataba de una peligrosa arma de doble filo, y acaso no sea una simple coincidencia que, en una etapa posterior de su reinado, al parecer Agesilao considerara necesario ejecutar a dos mujeres espartanas de alto rango, la madre y la tía de un oficial al mando caído en desgracia.

En cualquier caso, al final Cinisca rió la última. Tras su muerte, para complementar su monumento en vida en Olimpia, se le concedió un santuario de heroína en Esparta y la veneración religiosa que ello conllevaba. Es verdad que todos los reyes espartanos eran reverenciados así póstumamente, pero Cinisca es la única mujer espartana de la que tenemos constancia que alcanzó este estatus tan deseable.

El comando conjunto sin precedentes de Agesilao por tierra y por mar de 395-394 fue en vano. Pese a algunos éxitos, bastante exagerados en la *Historia* de Jenofonte, Agesilao nunca hizo progresos decisivos sin una serie efectiva de asedios ni tampoco estuvo dispuesto ni fue capaz de aventurarse lejos de la costa del Egeo para hacer incursiones serias en el interior del Imperio persa, donde los Diez Mil mercenarios ya habían dejado su huella hacía una docena de años. En 394, una importante derrota naval, infligida por una flota persa bajo el mando de un almirante ateniense, hizo que lo mandaran llamar a Esparta para enfrentarse a una amenazante coalición de enemigos griegos financiada por Persia, una alianza en la que se incluían Atenas, Beocia, Corinto y Argos. A la alianza le fue bien durante 395, cuando a sus éxitos se añadió la muerte de Lisandro y el consiguiente exilio (por segunda y última vez) del rey Pausanias. Tuvo peor suerte en 394, cuando Esparta ganó dos importantes batallas terrestres, la primera en el río Nemea, cerca de Corinto, y la segunda en Coronea, Beocia.

En Coronea estaba al mando Agesilao, respaldado entre otros por Jenofonte y lo que quedaba de los Diez Mil mercenarios incorporados al ejército espartano para luchar contra Persia unos años antes. Por su papel en la victoria de Esparta contra su propia ciudad de Atenas, Jenofonte sufrió exilio por traición, pero Agesilao se encargó de que fuera adecuadamente recompensado por su lealtad con un agradable retiro en el campo cerca de Olimpia. Aquí blanqueó su botín asiático construyendo un templo a Artemisa, patrona de la caza, su actividad preferida. Agesilao también tenía botín, que en su caso consagró a Apolo de Delfos. Si el diezmo que dedicó significa literalmente la décima parte, quiere decir que trajo a Esparta desde Asia un botín valorado en casi 1.000 *talentos* (cuando tres *talentos* habrían bastado para que un hombre fuera el equivalente de un millonario actual). Esta entrada de riqueza acuñada y no acuñada, como la anterior debida a la victoria de Lisandro sobre Atenas y su imperio en 404, provocó una grave desestabilización de los valores morales de Esparta.

Fuentes posteriores citaron un oportuno oráculo especificando que «el amor al dinero, y nada más, destruirá Esparta». Ese amor quizá no era algo tan nuevo hacia 400, pero su expresión práctica sin duda sí lo era, y las consecuencias no favorecieron el mantenimiento

del rígido código licúrgico. El propio Lisandro, como Agesilao, era al parecer impermeable al atractivo de las riquezas, pero por desgracia a la mayoría de los espartanos no les pasaba lo mismo. Tanto Platón como Aristóteles hicieron comentarios negativos sobre la propensión al lujo de las mujeres espartanas, así como la inclinación de sus compañeros a consentir los caprichos de aquéllas. Quizás esto es parte de lo que Aristóteles quería decir al afirmar que «en la época de la dominación de los espartanos, las mujeres consiguieron muchas cosas».

Por el momento, sin embargo, el imperio de los espartanos, al menos en la Grecia continental, era bastante sólido, como subrayan las victorias del río Nemea y en Coronea de 394. De todos modos, sus enemigos seguían persistiendo en oponer resistencia, logrando éxitos ocasionales como la destrucción de un regimiento espartano cerca de Corinto en 390, contando todavía con el apoyo del dinero persa —hasta que a principios de la década de 380 se observó un viraje importante en la política exterior espartana—. No queda claro exactamente qué papel desempeñó en este cambio Agesilao o su mucho más joven y generalmente sumiso co-rey Agesípolis (hijo del exiliado Pausanias). En cualquier caso, el espartano que lo encabezó fue Antálcidas. Como en el caso de Lisandro, fue gracias a ocupar el cargo de *nauarchos,* y desempeñarlo de facto durante más de un año, como Antálcidas logró la hazaña de hacer que Esparta pasara de ser el principal enemigo griego de Persia a ser su mejor amigo. También como Lisandro, Antálcidas tenía considerables destrezas diplomáticas amén de las militares. Con el dinero persa fluyendo hacia él y la flota reforzada desde 388, primero arrebató el control del Helesponto a Atenas, lo que volvía a amenazar a ésta de muerte por inanición, y después preparó el terreno para un acuerdo de paz negociada en el que Esparta, con el apoyo persa, desmembraría toda la Grecia egea, tanto la continental como las islas, dejando el control de «Asia» al gran rey Artajerjes II.



ANTÁLCIDAS

En el mundo moderno, a los tratados de paz les ponemos el nombre de los lugares donde se han negociado y firmado: Utrecht, Versalles, etcétera. Los griegos antiguos lo hacían de otra manera. No firmaban tratados, sino que los juraban en nombre de los dioses, que actuarían como sus garantes. En la antigua Grecia, incumplir un tratado de paz o un tratado de alianza era un sacrilegio que era castigado por el dios o los dioses invocados o. en su nombre. Por lo general, ponían a los tratados el nombre de su principal negociador, o de uno de los principales. En el siglo V a.C., los hombres cuyos nombres marcaron un hito diplomático fueron Calias, aristócrata ateniense que al parecer se fue desplazando a la izquierda a lo largo de su vida, y Nicias, otro político ateniense del que, sin embargo, no se podría decir ni remotamente que era de izquierdas.

La Paz de Calias de principios de la década de 440, entre Atenas y el gran rey de Persia, simboliza el ascenso de Atenas hasta convertirse en la potencia suprema del Mediterráneo oriental. Con independencia de si el gran rey hacía o no los juramentos, el efecto de la paz

de facto era poner fin a las hostilidades entre los griegos y los persas durante más de una generación. La Paz de Nicias de 421 entre Atenas y Esparta y sus respectivos aliados (o la mayoría de ellos) simplemente interrumpió la guerra ateniense, no la concluyó, pero quedó como el instrumento diplomático más destacado de regulación de las relaciones entre griegos hasta la Paz de Antálcidas.

Esta última paz tenía un nombre alternativo, la Paz del Rey, pues al gran rey de Persia le gustaba imaginar que él había impuesto sus condiciones al introducir las cláusulas para que los griegos la ratificaran. De hecho, la paz era mucho más que eso; era también la primera de lo que vino en llamarse Paces Comunes, porque se aplicaban a todos los griegos hubieran estado o no directamente implicados en los juramentos. Por este importante acontecimiento diplomático, una contribución potencial significativa a la causa de la paz en un mundo cargado de guerras, Antálcidas se lleva casi todo el mérito. Ojalá supiéramos de él más de lo que sabemos...

Su mismo nombre ha sido transmitido bajo formas alternativas —tanto Antálcidas como Antiálcidas, aunque el primero es sin duda el correcto—. Significa «el homólogo (o sustituto) de Alcidas», y casualmente un predecesor suyo en el cargo de *nauarchos,* o almirante de la flota, se llamaba Alcidas y prestó sus servicios, de forma un tanto deshonrosa, durante la primera fase de la guerra ateniense. Exactamente cuarenta años después, en 388, Antálcidas fue designado *nauarchos* con una misión doble: primero, cortar de raíz el control de la región del Helesponto que Atenas, por medio de Trasíbulo, empezaba a ejercer de nuevo, y segundo, valerse del control de Esparta sobre el Helesponto para doblegar otra vez a Atenas, como había hecho Lisandro en 405-404.

Cumplió ambos objetivos con aplomo, entre otras cosas porque, como Lisandro, tuvo la capacidad de establecer una relación de *xenia* con un persa de alto rango —en su caso con Ariobarzanes, que había sucedido a Farnabazo como sátrapa de la Frigia helespontina—. De hecho, Jenofonte dice que era un «viejo», es decir, de hacía mucho tiempo, *xenos* de Ariobarzanes, lo cual sugiere tentadoramente que, o bien Antálcidas había heredado su relación de *xenia,* o bien había estado activo en la esfera oriental ya en la fase final de la guerra ateniense. Así las cosas, aparece por primera vez en la historia en 393-392, cuando es enviado como embajador espartano oficial a la corte del sátrapa persa Tiribazo, en Sardes. Por consiguiente, nuestro desconocimiento de los primeros pasos de Antálcidas antes de 393 es aún más frustrante. En cualquier caso, podríamos suponer que pertenecía a la élite espartana, pero hay también suficientes indicios para pensar que su padre León era el León que se casó con Teleutia (nombre que recuerda a Teleutias, hermanastro de Agesilao) y que con ella tuvo a Pedarito, que murió desempeñando el alto mando en 411, al igual que Antálcidas, quien por tanto seguramente era el hijo más joven, nacido quizás hacia 435.

Su misión ante Tiribazo en 393 terminó al final en fracaso, aunque Antálcidas sí recibió una sustancial ayuda económica persa. Cinco años después, como hemos visto, su actividad naval contaba un éxito tras otro, pero su mayor logro fue diplomático y de hecho derivó de una audiencia con el propio gran rey Artajerjes II en Susa. De ahí la Paz «de Antálcidas». Las condiciones de la paz coincidieron del todo con los deseos y los objetivos políticos del rey Agesilao, pero la fuente utilizada por Plutarco creía que los dos hombres estaban en desacuerdo al respecto. No obstante, probablemente esto pueda explicarse

como una inferencia anacrónica de la mejor documentada y más verosímil afirmación de que, en años posteriores, los dos hombres efectivamente se pelearon acerca de la política exterior no con respecto a Persia, sino a Tebas.

Eso es al menos lo que parece indicar una anécdota también conservada por Plutarco. Se repite en la antología plutarquiana «Dichos de los espartanos», en una versión más corta y otra más larga. La larga dice así:

> *[Agesilao]* estaba guerreando constantemente contra los tebanos, y cuando recibió una herida en combate luchando contra ellos, se dice que Antálcidas le comentó: «Vaya pago más espléndido estás recibiendo de los tebanos a cambio de haberles instruido, pues les has enseñado a combatir cuando no tenían ni el deseo ni la capacidad para hacerlo». De hecho, se dice que, en ese período, los tebanos se lucían en la batalla debido a que los espartanos habían emprendido muchas campañas contra ellos. Es por eso por lo que antiguamente, Licurgo, en *[uno de]* los denominados *rhêtrai [dictámenes, leyes],* prohibió las campañas frecuentes contra la misma gente para evitar que aprendiera a luchar.[3]

Esta anécdota parece dar a entender una diferencia de actitud hacia los tebanos durante su ascenso al poder en la década de 370. Sin embargo, no es la única en la que Antálcidas aparece representado como paladín de los buenos tiempos y del viejo estilo, lo que es un tanto irónico, pues a Agesilao le gustaba representarse a sí mismo precisamente así. Agesilao, el azote de los tebanos, no se conformaba con nada menos que con un ataque general y la victoria total. Al parecer, Antálcidas era partidario de un planteamiento menos rotundo y más sutil, como correspondía a un diplomático consumado. Es cuando menos interesante que, justo cuando Agesilao estaba llegando al paroxismo de la agresividad que culminó en 371 en la catastrófica derrota de Esparta frente a Tebas en Leuctra, Antálcidas se encontraba de nuevo en Susa negociando un nuevo respaldo diplomático y económico de Persia.

El año posterior a Leuctra, Antálcidas fue elegido para el cargo de éforo. Esto tiene un interés doble. A menos que la norma general de un solo período de mandato no se aplicara en estas circunstancias excepcionales en beneficio de un estadista de edad avanzada, significa que Antálcidas no se había presentado antes como candidato al puesto, o al menos que antes no había sido elegido. En segundo lugar, sugiere que, en ese momento de crisis profunda, incluso Agesilao tuvo que tolerar a un crítico, y posiblemente enemigo, en un alto cargo. Sería el último hurra de Antálcidas. Tres años después, en 367, hizo el largo camino al este, en dirección a Susa, por tercera y última vez, en esta ocasión para competir con los tebanos acaudillados por Pelópidas por el favor del gran rey. Él, y Esparta, perdieron la contienda, sin paliativos.

Este extraordinario cambio de postura de Esparta significó, por lo que se refería a los griegos de Asia, abandonar la propaganda de liberación de 431, 404 y años posteriores, y retroceder a 481, cuando el Imperio persa se había extendido en el oeste hasta la costa del

[3] Plutarco, «Dichos de los espartanos», Agesilao, n.° 71 (*Moralia,* 213f); también *Moralia,* 189f, Licurgo, n.° 5; 227c, Licurgo, n.° 11; *Vida de Licurgo,* cap. 13.

Egeo. A cambio de servir a estos griegos a Persia en bandeja, los espartanos —y esto significa sobre todo Agesilao— tenían las manos libres para «establecerse» en la Grecia continental como les apeteciera. La palabra de moda del nuevo orden espartano era «autonomía» en el sentido de que, en lo sucesivo, cada ciudad griega, grande o pequeña, sería autónoma con respecto a las demás —salvo, naturalmente, las ciudades periecas de Laconia y Mesenia sobre las que Esparta deseaba mantener un control directo—. En otras palabras, los espartanos impusieron autonomía como y donde les convenía. Así pues, para acabar con el detestado régimen democrático, Atenas fue separada a la fuerza de las ciudades del este del Mediterráneo y de la región del Helesponto sobre las que había comenzado a reafirmar algo parecido a un protoimperio; Argos quedó escindida de Corinto y su interesante experimento de colaboración tocó a su fin; el Estado federal de Beocia quedó reducido a sus elementos atomizados en perjuicio del control global de Tebas; e incluso la ciudad unificada de Mantinea se descompuso en sus pueblos constituyentes.

La oposición a la democracia fue en efecto la característica principal de la política y el comportamiento de Agesilao durante la media docena de años siguientes. Quizás el caso más llamativo y brutal fue el trato de Esparta a Flío, aliado suyo en la Liga del Peloponeso. En 381, Agesilao empezó a sitiar la ciudad debido a que ésta había sido desleal durante la guerra corintia. Para Agesilao, una consideración al menos tan importante era restituir en el poder a algunos exiliados oligarcas relacionados personalmente con él y con Esparta. Este favoritismo de rango y esta violación de la autonomía según cualquier definición normal originó disconformidad y críticas incluso entre los propios espartanos. Jenofonte, normalmente un afectuoso amigo tanto de Esparta como de Agesilao, no se resistió a incluir la mención de estas críticas a Agesilao en su hagiografía póstuma del rey, pero sólo en su *Historia de Grecia* explicó con detalle de qué trataba la cuestión:

> Había muchos espartanos que se quejaban de que por culpa de unos cuantos hombres *[los exiliados oligarcas]* estaban incurriendo en el odio de una ciudad de más de 5.000 hombres.[4]

Jenofonte no puede declarar que Flío era entonces una ciudad democrática, pero aquí y en otras partes de su relato la deducción es inevitable. Tras casi dos años, en 379, el asedio de Flío se saldó finalmente con éxito. No obstante, este éxito pareció nimio al lado de la triunfante intervención de los espartanos en Beocia en 382, cuando una fuerza se apoderó de la acrópolis de Tebas y, como en Atenas en 404, después impuso una intolerante oligarquía pro espartana respaldada por una guarnición bajo el mando de un oficial político-militar denominado *harmost.* De hecho, el sistema de *harmost* se extendía por la totalidad de lo que hasta 386 había sido el Estado federal beocio independiente, y efectivamente los espartanos lo utilizaron siempre que pudieron en toda la Grecia continental, en las islas y en el litoral asiático desde el final de la guerra ateniense. El mismo año en que los espartanos sometieron a Flío, 379, alcanzaron los límites factibles de sus ambiciones territoriales en la Grecia peninsular poniendo bajo su control a Olinto, en Calcis, y disolviendo la federación calcídica que Olinto había dominado. Así, pudiera parecer que, en el verano de 379, Esparta tenía un imperio exactamente tan impresionante

[4] Jenofonte, *Hellenica,* V, 3, 16.

y poderoso como el que habían tenido los atenienses en el siglo V. No obstante, en el invierno de 379-378 todo esto empezó a cambiar.

Los dioses primero vuelven locos a aquellos a quienes quieren destruir —eso decía un personaje de una obra de Eurípides—. El comportamiento de Esfodrías, *harmost* espartano de la Tespias beocia, a principios de 378, hemos de calificarlo nada menos que de locura. Quizá porque buscaba alcanzar cierto renombre personal excepcional, acaso porque había sido sobornado por los tebanos, o tal vez porque había actuado conforme a lo que entendía que eran las órdenes o los deseos de Cleómbroto, co-rey de Agesilao, Esfodrías intentó tomar el puerto de Atenas, El Pireo. Fue un fracaso. Si los atenienses necesitaban algún acicate que les convenciera de que debían ayudar activa y enérgicamente a Tebas a liberarse del control espartano, ahí lo tenían. Una noche, con una mezcla adecuadamente dramática de comedia y farsa, Pelópidas y un puñado de exiliados tebanos consiguieron entrar a hurtadillas en Tebas y capturar, matar o expulsar a la guarnición espartana y derrocar a la junta favorable a Esparta.

De regreso en Esparta, Esfodrías fue juzgado por alta traición, pero el juicio debió celebrarse sin su presencia. Tan convencido estaba de que lo declararían culpable y lo ejecutarían, que de hecho se condenó a muerte a sí mismo por anticipado al negarse a volver y afrontar las consecuencias. Sin embargo, lo consideraron no culpable, en lo que Jenofonte describe como uno de los errores judiciales más notorios de toda la historia griega. Su absolución se debió a Agesilao, que controlaba la mayoría de los votos del tribunal supremo espartano (compuesto por la Gerusía, probablemente junto a los éforos del momento). Un factor que pudo haber influido en la postura de Agesilao era que su hijo y heredero Arquídamo era el amante del hijo de Esfodrías. Jenofonte cuenta una bonita historia en la que Arquídamo intenta interceder por su amado padre, pero Agesilao no iba a cambiar de opinión por meras consideraciones sentimentales. Lo que al parecer le dijo a su hijo fue que, aunque Esfodrías era sin duda culpable, votaría su absolución por la pragmática razón de que Esparta necesitaba soldados como Esfodrías. Había una grave carencia de guerreros, por supuesto; pero para ser más claro y sincero Agesilao debería haber dicho que necesitaba espartanos punteros que, como Esfodrías después de la absolución, fueran servidores inquebrantable e incondicionalmente obedientes y leales a la voluntad del rey. Siete años después, Esfodrías moriría en combate en Leuctra —un melancólico testigo de la funesta influencia de Agesilao en las deliberaciones espartanas.

En 378, la recién liberada Tebas primero se reconstituyó políticamente como una democracia —moderada— y luego reconstituyó el Estado federal beocio, ahora por primera vez como sistema democrático. El retornado exiliado Pelópidas puso en marcha una reforma militar dinámica conjuntamente con el aún más brillante general y filósofo Epaminondas. Entre las innovaciones que impulsó estaba la creación de una fuerza hoplítica de élite de 300 miembros, consistente en 150 parejas homosexuales, conocida como la Banda Sagrada. El número era el mismo que el de la guardia real del ejército espartano y que el de la fuerza especialmente escogida para las Termópilas, así que probablemente era un eco deliberado de una idea espartana, si bien en el ejército espartano los miembros de las parejas homosexuales no se colocaban juntos en la falange. La Banda Sagrada sería la principal fuerza de ataque durante la década siguiente, en la cual Beocia, por un lado, creó una formidable alianza militar terrestre en la Grecia central

y, por otro, prestó su apoyo al establecimiento y desarrollo de una alianza esencialmente naval encabezada por Atenas, la Segunda Liga Ateniense. El objetivo de ambas alianzas era Esparta, que, como afirmaban con razón, no sólo se había aprovechado de las condiciones de la Paz de Antálcidas, sino que las había violado de manera flagrante en la búsqueda de sus propios fines egoístas y reaccionarios.

La cooperación militar activa entre Tebas y Atenas fue muy limitada. Los acontecimientos ponían de manifiesto que, en lo concerniente a la derrota de Esparta, no tenía por qué serlo más. La primera señal de que Esparta ya no era la fuerza que había sido se manifestó en 375, en la batalla de Tegira, Beocia. Lo que Pelópidas y la Banda Sagrada derrotaron no fue una leva espartana o peloponesia completa, sino sólo un destacamento, pero la victoria estaba cargada de significado por el hecho de que era la primera derrota espartana en combate hoplítico regular desde el excepcional desastre de Lequeo en 390, durante la guerra corintia. De todos modos, Esparta se negó a renunciar a su derecho en la Grecia central, y en 371 Cleómbroto fue finalmente enviado en ayuda de sus aliados de la Fócida al frente de una leva regular peloponesia contra la alianza completa liderada por Tebas, contra la cual Agesilao y Cleómbroto no habían logrado efectuar incursiones significativas en 376 y 375.

La batalla subsiguiente, la de Leuctra, fue la decisiva de la primera mitad del siglo IV. Jenofonte intentó restar importancia a la responsabilidad esencial de Agesilao en la calamitosa derrota de Esparta, diciendo que Cleómbroto y el alto mando habían entrado en combate algo más que achispados. Lo que realmente acabó con los espartanos fue la disciplina y las innovaciones tácticas de Epaminondas y Pelópidas. Con independencia de si los espartanos, como al parecer afirmaba Antálcidas, habían sido los profesores de los tebanos, éstos eran ahora mucho más competentes que los primeros sobre el terreno —algo tan extraordinario como el hecho de que, en las últimas fases de la guerra ateniense, la flota de Esparta era superior a la de Atenas—. En ciertos sitios, Epaminondas concentraba sus hoplitas tebanos de cincuenta en fondo —en comparación con el habitual fondo de ocho hileras utilizado en las batallas hoplíticas—. Colocaba sus tropas de primera, la Banda Sagrada bajo el mando de Pelópidas, a la izquierda, mientras que tradicionalmente, en la batalla hoplítica, el ala superior estaba a la derecha. Hacía avanzar las tropas de forma oblicua, no de frente como habría sido normal. Además, tenía enfrente sólo un ejército espartano desmoralizado y menos fuerte de lo previsto.

Hacia 371 no había en total más de 1.000 espartanos varones adultos. Diversas causas —sobre todo el terremoto de *c.* 464, bajas en combates y el régimen espartano de herencia y propiedad— habían contribuido a ocasionar esta *oliganthrópia,* esta escasez de soldados, que Aristóteles consideró con razón el factor determinante del fracaso final de Esparta como gran potencia. Una proporción considerable de estos ciudadanos que quedaban luchó, y perdió, en Leuctra; de 700 murieron unos 400, entre ellos el rey Cleómbroto y, como hemos señalado antes, Esfodrías. Ni siquiera Jenofonte pudo resistirse a señalar que a algunos de los aliados de Esparta de la Liga del Peloponeso no les desagradó este resultado. El efecto en la moral espartana fue tal que el rey superviviente, Agesilao, no tuvo más remedio que decretar que no se aplicaran los castigos habituales a los espartanos considerados culpables de escurrir el bulto o de actuar con cobardía en Leuctra. Era un reconocimiento tácito de que el régimen litúrgico había fracasado de forma contundente.

8

Caída y declive, 371-331 a.C.

Este capítulo analizará el catastrófico declive de la suerte de Esparta durante las décadas que siguieron al desastre de Leuctra. Los ilotas mesenios, con la vital ayuda de la democrática Tebas acaudillada por el filósofo y general Epaminondas, volvieron a sublevarse, pero esta vez definitivamente. Mesene, su nueva capital, era el signo exterior y bien visible de la humillación de Esparta. En el espacio de pocos años, la Liga del Peloponeso también se disolvió como instrumento efectivo del poder espartano en el extranjero. El hecho de que, durante estos años, Esparta se sintiera empujada a establecer de nuevo una alianza con Atenas indica el grado de desesperación al que había llegado la ciudad. De este modo quedaba expuesta notoriamente la vacuidad de la corona de Agesilao.

La liberación final de los mesenios no se habría producido sin intervención exterior, una intervención específica emprendida por el general más brillante del mundo griego que era además un hombre de mentalidad filosófica. Epaminondas se hizo famoso sobre todo en el campo de batalla, pero sir Walter Raleigh tuvo buenas razones para considerarlo el más grande de los antiguos griegos, no sólo entre los generales. Fue un liberador de un calibre sin precedentes hasta la fecha. A finales de 370, alentado por divisiones de Arcadia, incómodamente cerca de Esparta, estuvo por fin en condiciones de explotar su formidable victoria en Leuctra y aprovechar todas las repercusiones de la histórica derrota de los espartanos.

Invadió Laconia con una fuerza aliada de entre 30.000 y 40.000 hombres. Fue de cierta ayuda que muchos de los periecos del norte de Laconia ya hubieran desertado, pero si hubieran resistido, sólo habrían frenado un poco, no impedido, la invasión. Llegó cerca de Esparta, lo bastante para que los habitantes de la ciudad sin murallas vieran y olieran las cosechas y los edificios quemándose. Aristóteles, no muy caballeroso, afirmaba que las mujeres espartanas provocaban más tumulto y confusión en las filas espartanas que los propios enemigos, aunque esto probablemente sólo era una manera tendenciosa de decir que las mujeres estaban aterrorizadas ante la imagen totalmente inhabitual de un ejército enemigo concentrado destruyendo propiedades y bienes, incluidos los suyos, delante de sus narices. Sin embargo, Epaminondas no tenía interés en tomar, no digamos ya destruir, Esparta. Marchó por el valle del Eurotas hasta la ciudad portuaria espartana de Giteo, que seguramente sí destruyó, pero por motivos militares además de políticos. A continuación, volvió sobre sus pasos y se dirigió al norte a través de Laconia antes de poner rumbo a Mesenia, su principal objetivo.

Los ilotas ya se habían sublevado, aproximadamente al mismo tiempo que los periecos laconianos del norte; cabe presumir que al menos algunos de los periecos mesenios también se unieron a la revuelta, como habían hecho sus antepasados casi exactamente un

siglo antes tras el gran terremoto. El cometido de Epaminondas era procurar que la rebelión no fuera sofocada y que la liberación de los ex ilotas acabara siendo permanente. Lo consiguió supervisando la construcción de la ciudad de Nueva Mesene, cuyo recinto estaba reforzado por unas enormes murallas que aprovechaban ingeniosamente su emplazamiento en la falda del monte Itome. Los restos de estas murallas, que tan poco concordaban con la ausencia de ellas en Esparta, son aún sumamente impresionantes. En cuanto a los ciudadanos de Nueva Mesene, los primeros de la fila eran desde luego los varones adultos entre los residentes ex ilotas, pero pronto se unieron a ellos personas de ascendencia ilota procedentes de la diáspora mesenia, incluidas algunas llegadas de lugares tan lejanos como el norte de África.

Desde el cambio de nombre de la Zancle siciliana por Mesina hacia 490, y la fundación de Naupacto por los atenienses hacia 460, hubo «mesenios» que estaban orgullosos de llamarse así y, en el caso de los naupactianos, de hacer ofrendas descaradas en Olimpia bajo este nombre pese a sus antiguos amos espartanos. La más llamativa de estas ofrendas es el aún en buena medida existente monumento a la Victoria, esculpido por Peonio de Mende, a finales de la década de 420, pero desde 369 en adelante los «mesenios» *par excellence* fueron los ciudadanos de Nueva Mesene, y como tales fueron objeto de muy acalorados comentarios entre intelectuales de otras partes de Grecia.

Alcidamas, el retórico y sofista de Asia Menor, escribió, en favor de la liberación, que «Dios no ha hecho al hombre esclavo» —dando a entender que la esclavitud era una mera convención humana sin justificación divina y, por tanto, posiblemente sin justificación alguna—. Platón no fue ni mucho menos tan lejos —de hecho, la esclavitud influyó decisivamente en su modo de pensar—; pero sí declaró que el sistema ilota de los espartanos era el modelo esclavista más controvertido de toda Grecia, probablemente porque los ilotas eran griegos, no bárbaros extranjeros como la mayoría de los que carecían de libertad en el mundo griego. De todos modos, el comentario más elocuente sobre los mesenios ex ilotas se lo debemos a Isócrates, profesional rival tanto de Alcidamas como de Platón, en un panfleto disfrazado de discurso pronunciado por el príncipe coronado Arquídamo en el dramático contexto de aproximadamente 366 a.C. Lo que más molestaba al Arquídamo de Isócrates era que los espartanos tuvieran que aguantar a sus antiguos esclavos dándoselas de grandes señores, actuando como ciudadanos libres e independientes en lo que hasta hacía poco había sido su patio trasero.



ARQUÍDAMO

Arquídamo, hijo de Agesilao y su esposa Cleora, nació probablemente a finales de la década de 400. A finales de la década de 370 o a principios de la de 360 se casó con Dinicha, hija de Eudamidas, destacado comandante que luchaba por poner en marcha políticas impulsadas por Agesilao, y hermano del fallecido (en 378) Febidas, a quien aquél también había favorecido y protegido. Cabe presumir que el matrimonio fue dinástico.

Hace su primera aparición en los registros históricos en 378 como amante del hijo de

Esfodrías, intercediendo ante su todopoderoso padre por la vida del padre de su amado. Esfodrías fue perdonado, pero pronto, en 371, moriría en la batalla de Leuctra. Arquídamo no participó en aquel conflicto fatal, quizá porque aún no había engendrado un hijo varón y heredero. Su papel meramente auxiliar consistía en buscar supervivientes en la Megárida y acompañarlos a casa. Tres años después le fue concedido el primero de sus mandos confirmados, en virtud del cual sustituyó a su ahora anciano padre en Arcadia. Aquí ganó lo que se conoció como la batalla Sin Lágrimas porque no se perdieron vidas espartanas, que tan preciadas y escasas se habían vuelto. No menos revelador de la desesperada situación de Esparta es una anécdota conservada bajo el nombre de Arquídamo en la antología plutarquiana de «Dichos de reyes y comandantes»:

> Arquídamo, el hijo de Agesilao, cuando vio un proyectil lanzado desde una catapulta traída por primera vez desde Sicilia, exclamó: «¡Por Heracles! ¡El valor del hombre ha muerto!».[1]

En la crisis posterior a Leuctra, los espartanos se aliaron de buen grado con Dionisio I, tirano de Siracusa desde 405 a 367 (pues vaya con su oposición por principio a la tiranía...), a cambio de haber enviado éste en su ayuda tropas mercenarias y material nuevo al Peloponeso. Entre otras innovaciones de éxito, Dionisio auspició mejoras en artillería que le permitieron, por ejemplo, asediar y tomar Motia, en el oeste de Sicilia, en 398. El comentario de Arquídamo sobre el proyectil de la catapulta que vio a principios de la década de 360 es el equivalente exacto de la observación atribuida por Tucídides a uno de los espartanos capturados en Esfacteria en 425, y llevados como rehenes a Atenas, en el sentido de que las flechas («husos») eran armas de mujeres y no una prueba auténtica de coraje viril en el combate hoplítico, cuerpo a cuerpo, cara a cara. Esto era cierto, con mayor razón, respecto a los proyectiles lanzados por una catapulta de torsión, pero la respuesta horrorizada de Arquídamo también simboliza muy bien una de las principales explicaciones del fracaso militar de la Esparta reaccionaria en las nuevas circunstancias de la guerra en el siglo

Por lo visto, Arquídamo volvió a destacar durante la incursión de Epaminondas de 362, cuando el tebano penetró en la misma ciudad de Esparta. No se le dejó obrar a su antojo hasta la muerte de su padre en 360 o 359, tras la cual, al parecer sin competencia, subió al trono euripóntida como Arquídamo III. Su co-rey agíada Cleomenes II fue un cero a la izquierda (apenas se puede decir que gobernara) desde 370 a 309, sin que quedara constancia en los registros históricos. No obstante, ni siquiera el hábil y activo Arquídamo pudo hacer gran cosa para oponer resistencia a la marea macedónica que avanzaba hacia el sur bajo el mando del rey Filipo II (359-336) o incluso para restablecer la posición de Esparta en el Peloponeso pese al ataque sobre Megalópolis en 352. En 346 ocupó por breve tiempo las Termópilas en favor de los focios en su guerra de diez años con Filipo, pero los fantasmas de sus heroicos antepasados muertos seguramente no se sintieron reconfortados por su ignominiosa retirada.

El punto culminante del triunfante avance de Filipo para someter toda la Grecia

---

[1] Plutarco, «Dichos de reyes y comandantes», Arquídamo (*Moralia,* 191e); véase también *Moralia,* 219a, Arquídamo, n.° 8.

continental llegó en la batalla de Queronea, Beocia, en 338, aunque para entonces Esparta estaba demasiado debilitada siquiera para tomar parte en la misma. Cuando tras la victoria Filipo invadió Laconia, como había hecho Epaminondas, tampoco se tomó la molestia de conquistar ni ocupar la ciudad y la dejó a propósito fuera del marco diplomático de su nueva Liga de Corinto. Corinto, sede de la famosa declaración helénica de resistencia a Persia en 481, en otro tiempo había sido el principal aliado de la Liga del Peloponeso espartana, pero esta organización también había quebrado y desaparecido a mediados de la década de 360. Los corintios, al igual que otros antiguos aliados de la Liga, como las nuevas ciudades de Mesene y Megalópolis, y también Argos, prefirieron ponerse del lado de Filipo antes que del de Esparta. El habilísimo y diplomático Filipo, por su parte, sabía que, si excluía a Esparta de la Liga, se aseguraría la lealtad de esas ciudades antiespartanas.

El hijo y sucesor de Filipo, Alejandro Magno, mostró con claridad el mensaje de la impotencia internacional de Esparta en dos declaraciones sucintas. Primero, en 334, tras la batalla del río Gránico, mandó a Atenas precisamente trescientas panoplias (armaduras hoplitas completas) para que fueran ofrendadas en la Acrópolis ateniense con la siguiente inscripción:

> Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos —excepto los espartanos—ofrendaron este botín tomado a los bárbaros de Asia.[2]

La frase «excepto los espartanos» —para quienes el número 300 estaba grabado indeleblemente en su conciencia nacional colectiva— era un insulto premeditado y un recordatorio públicamente humillante de que no formaban parte de la cruzada panhelénica antipersa dirigida por Alejandro. Segundo, tres años después, en 331, el hijo y sucesor de Arquídamo, Agis III, encabezó una tentativa de revuelta contra la dominación macedonia, pero fue derrotado de forma total y definitiva en Megalópolis. Alejandro se refería a la reyerta con desdén, calificándola de «batalla de ratones».

Para concluir, y volviendo a los memorables episodios de 338, ¿qué pretendía hacer Arquídamo? Estaba lejos, en el extranjero, luchando y muriendo como mercenario a favor de la única colonia verdadera de Esparta, Taras (Tarento), contra los vecinos y nativos lucanianos. No podemos por menos de acordarnos de su padre Agesilao (véase p. 217), ¡y también casi para nada! Aun así, se erigió una estatua de Arquídamo en Olimpia, de la cual quizá tenemos una copia del período romano. Agesilao se habría quedado horrorizado. Para él, eran las hazañas de un hombre, y sólo sus hazañas, lo que debía quedar tras él en su memoria, y no una imagen esculpida falsa y sin ningún valor. *Sic transit gloria laconica.*

La fundación de Nueva Mesene no fue el único golpe posterior a Leuctra que Epaminondas fue capaz de asestar a Esparta. Dando otra vuelta de tuerca, supervisó, también en 368, la construcción de Megalópolis («La Ciudad Grande») en el sur de Arcadia, una mezcla de cuarenta comunidades anteriores, algunas de las cuales habían

---

[2] Arriano, *Anábasis [Las campañas de Alejandro Magno],* Libro *1,* capítulo 16.

sido periecas laconianas. En Arcadia había habido tendencias federalistas palpables al menos desde principios del siglo V, pero tuvo que ser Epaminondas, ciudadano del Estado democrático federal de Beocia, el encargado de llevarlo todo a buen término convirtiendo Megalópolis en la nueva capital federal de Arcadia. El tamaño de su teatro, el mayor del Peloponeso, era un índice de la importancia de Megalópolis como lugar de reunión federal. Naturalmente, Esparta opuso resistencia a los Estados federales con uñas y dientes y los disolvió siempre que pudo (el beocio en 386 y el calcídico en 379, por ejemplo). Además, el emplazamiento de Megalópolis era tal que amenazaba directamente la travesía al norte de cualquier ejército espartano que quisiera intervenir en otras partes del Peloponeso o al norte del istmo de Corinto. Era una espina que Esparta tenía permanentemente clavada.

Cuando hubo que componer el epigrama funerario de Epaminondas (junto a su estatua en la acrópolis tebana), no sorprende que fueran estas dos ciudades del Peloponeso las que aparecieran de forma señalada:

> Esto vino de mis asesores:
> Esparta se ha cortado el pelo de su gloria;
> Mesene aloja a sus hijos;
> Megalópolis se ha ceñido
> una corona de lanzas de Teba;
> Grecia es libre.[3]

La referencia a que Esparta se corta el pelo fue muy ingeniosa; cortarse el pelo era una muestra griega universal de duelo, pero los hombres espartanos tenían una cantidad excepcional del mismo. La imagen maternal de Mesene se contraponía implícitamente a la actitud criminal y categóricamente no familiar de Esparta hacia su mano de obra ilota esclavizada. Por último, Megalópolis es presentada como vencedora en los juegos de las coronas gracias a las lanzas de Teba, epónimo de Tebas. En otro tiempo fue la gloriosa «lanza dórica» de Esparta (excelente expresión de Esquilo) la que mantuvo Grecia libre —de los persas—. Ahora el zapato laconiano (al parecer, un tipo de zapatilla bastante extravagante) estaba en el otro pie, es decir, se le había dado la vuelta a la tortilla.

El epigrama funerario de Epaminondas fue escrito sólo seis años después de la fundación de Megalópolis, pues Epaminondas murió, victorioso, en la segunda batalla importante que iba a producirse en Mantinea, en el norte de Arcadia (la primera había sido en 418). En el verano de 362 había invadido el Peloponeso por cuarta vez. Para garantizar que los espartanos no estuvieran presentes en masa en la siguiente batalla decisiva, llevó a cabo una segunda invasión de Laconia, pero esta vez penetró en el propio asentamiento no amurallado de Esparta. Los defensores de la causa prefirieron desviar la atención a un acto individual de heroísmo, realizado por un adolescente de dieciocho o diecinueve años, a extenderse en la impotencia de los espartanos de Agesilao para oponer resistencia a Epaminondas y en la aparición de una disidencia significativa en las filas espartanas.

---

[3] Pausanias, Guía de Grecia, Libro IX, capítulo 15. Véase Levi, 1971.



ISADAS

La información fiablemente confirmada sobre Isadas se limita a un único fragmento de la *Vida de Agesilao,* de Plutarco. El contexto del pasaje es la entrada de Epaminondas en Esparta en 362, pero, aunque el contexto es claramente crítico, de ningún modo se agota el interés y la importancia del texto:

> Isadas, hijo de Febidas, a mi juicio ofreció un espectáculo soberbio de bravura no sólo a sus conciudadanos sino también a sus enemigos. Pues era excepcional tanto por su belleza como por su tamaño, y se hallaba en esa fase de la vida entre la niñez y la edad adulta, cuando las personas florecen con extrema dulzura. Iba completamente desnudo, desprovisto tanto de armas como de ropa protectora, pues había acabado de darse aceite, sin embargo, con una lanza en una mano y una espada en la otra, salió corriendo de la casa. Se lanzó en medio del enemigo, abatiendo un adversario tras otro. No fue herido por ninguno de ellos, fuera esto porque algún dios estuviera protegiéndolo debido a su valentía, fuera porque al enemigo le parecía que era algo mayor y más poderoso que un simple mortal. Según se dice, primero los éforos lo coronaron y luego lo sancionaron con 1.000 dracmas porque había arriesgado insensatamente la vida al luchar sin atuendo protector.[4]

Febidas, padre de Isadas, no era un espartano corriente: desmesuradamente ambicioso incluso para un espartano. En 382, ocupó y guarneció Tebas ilegalmente en tiempos de paz, pese a lo cual Agesilao respaldó la acción posteriormente, al margen de que él la hubiera impulsado u ordenado o no con antelación. El hermano de Febidas, Eudamidas, tío de Isadas, fue asimismo un comandante distinguido en la campaña de Esparta contra Olinto (381-379); y quizás a finales de la década de 370 o principios de la de 360, el hijo de Agesilao, Arquídamo, se casó con la hija de Eudamidas, sin duda por las habituales razones económicas y políticas. Febidas, sin embargo, murió en 378, mientras desempeñaba el alto mando de Beocia, por lo que Isadas, nacido a finales de la década de 380, creció huérfano de padre, si bien con el recuerdo consciente de un padre que había sido un héroe espartano.

En 362, cuando Epaminondas invadió Esparta, Isadas se encontraba en una etapa de la vida que, en el caso de los varones, los espartanos denominaban técnicamente *paidiskos,* «juvenil», esto es, entre el estatus de un chico *(pais,* de los siete a los dieciocho años) y el de un guerrero adulto formado *(anêr,* de veinte años para arriba). Se trataba de la fase intermedia en la que ciertos jóvenes especialmente destacados eran seleccionados para la Cripteia perseguidora de ilotas, o brigada de servicios secretos, cuando eran enviados al campo armados sólo con un puñal y sin otros víveres que lo que pudieran recoger o robar por sí mismos. A modo de prueba de hombría o ritual de iniciación, se les exigía que «se iniciaran en la sangre», matando a todos los ilotas que se encontraran —o quizá mejor a ilotas que fueran alborotadores conocidos—. La desnudez de Isadas corresponde a esta

[4] Plutarco, Agesilao, 30. Véase también Shipley, 1997.

fase preadulta, efébica, de su vida, pero el hecho de que hubiera acabado de ungirse con aceite tal vez quiere sugerir que había estado haciendo ejercicio. Fueron los espartanos, nos cuenta Tucídides, quienes introdujeron en Grecia la práctica de untarse con aceite, sin duda en parte debido a la abundancia de aceite de oliva producido en las favorables condiciones laconianas y mesenias; recordamos además el asombro del explorador de Jerjes al ver que los espartanos de las Termópilas hacían enérgicos ejercicios gimnásticos mientras se preparaban para luchar y morir (véase p. 111).

En consecuencia, fue quizás el recuerdo de la vida heroica de su padre y de otros héroes espartanos, como los de las Termópilas, lo que inspiró a Isadas para comportarse así. No obstante, su conducta fue también críticamente poco adulta en el hecho de que combatió solo, no como miembro de una falange disciplinada, y lo hizo con una especie de frenesí —quizás un poco como Aristodemo en Platea en 479, a quien los espartanos no concedieron el premio al valor porque les pareció que no había demostrado una valentía adecuadamente controlada, sino que había exteriorizado más bien una pulsión de muerte—. Probablemente es por eso por lo que los éforos, en una mezcla típicamente espartana de legalismo y pragmatismo, coronaron a Isadas, como si fuera un atleta victorioso en los juegos, y luego le impusieron una sanción fuerte —y reveladoramente monetaria.

Tras amarrar a Agesilao a Esparta, Epaminondas regresó al norte. Antes tuvo lugar una escaramuza de caballería en la que murió Grillo, hijo de Jenofonte, que había sido educado en la Agoge como invitado extranjero de honor. Lo más importante se produjo poco después. Como enfrentamiento hoplítico de manual, la segunda batalla de Mantinea siguió las mismas pautas que la de Leuctra y tuvo el mismo resultado, aunque en esta ocasión los espartanos recibieron ayuda de sus aliados de Atenas.

Lo que sobrevino a continuación fue una Paz Común firmada realmente en el campo de batalla, ¿o fue más bien una confusión común? Esta última era la opinión del historiador de la época, Jenofonte, antiguo cliente de Agesilao y exiliado pro espartano, para entonces quizá reconciliado de nuevo con su ciudad natal. En cuanto a Agesilao, en esta desesperada situación de su ciudad no concibió acción más útil que partir hacia el norte de África, aun habiendo rebasado ya los ochenta años, como comandante de mercenarios. Su principal objetivo era ganar rápidamente un montón de dinero en Egipto con la finalidad de volver a llenar las menguadas arcas de Esparta, pero murió cuando regresaba a casa en un lugar conocido como el Puerto de Menelao, en la actual Libia.

El nombre del lugar de su muerte era perfectamente adecuado para un rey espartano, pero su forma de morir puso un final triste a un reinado que había comenzado cuando Esparta al parecer ocupaba la cúspide del éxito y el poder, tanto en su territorio como fuera de él. El tribunal de los expertos modernos aún está debatiendo sobre el grado de responsabilidad de Agesilao en el hundimiento de Esparta, pero mi propio parecer es que tanto desde el punto de vista positivo, porque Agesilao siguió con demasiado ahínco una política imperialista sistemáticamente equivocada, como desde el negativo, pues fracasó estrepitosamente a la hora de abordar los subyacentes y viejos problemas económicos, sociales, políticos y militares de Esparta, le corresponde una buena parte de la culpa. Fue, en efecto, una realeza lisiada.

9

Renacimiento y reinvención, 331 a.C.-14 d.C.

En 331, Esparta estaba mal, pero no acabada del todo. Alejandro murió en Babilonia en 323 antes de poder regresar a Grecia y resolver el problema espartano para siempre, si es que realmente tuvo alguna intención de volver o de alterar la no-solución hábilmente artificiosa de su padre a la situación espartana. En las guerras de los sucesores de Alejandro, como acabaron conociéndose, que trastornaron el mundo griego egeo durante más de veinte años (la batalla de Ipsos, en 301, supuso una cierta conclusión), Esparta fue prácticamente un actor secundario y casi siempre se quedó al margen, lejos de la escena principal. Cabe destacar que Esparta no tomó parte en la revuelta liderada por Atenas contra Macedonia en 323-322, la denominada guerra lamiana; y en 315, cuando Casandro de Macedonia intervino en el Peloponeso, los espartanos se apoderaron de Mesenia.

Por su parte, Esparta entró en el juego de los mercenarios. La ciudad aportó los suyos propios y creó en Ténaro, al sur de Mani, uno de los mayores centros de reclutamiento de los cada vez más omnipresentes mercenarios con los que los sucesores libraban sus interminables guerras. De hecho, en 315, otro rey espartano, el agíada Acrotato (hijo del rey Cleomenes II, la prodigiosa nulidad que «reinó» desde 370 a 309), siguió los pasos de los euripóntidas Agesilao II y su hijo Arquídamo III al decidir emprender en persona una actividad mercenaria en el extranjero. Sin embargo, consiguió poco en Sicilia y, tras regresar a Esparta, falleció antes que su padre. Por su conducta prepotente demostró ser un espartano de la vieja escuela. No obstante, su hijo Areo, que sucedería a su abuelo como rey agíada, siguió el modelo contrario al tradicional.

Hacia 300, Arquídamo IV sucedió a su padre Eudamidas I como rey euripóntida. Fue bajo su mandato cuando Esparta se vio arrastrada por primera vez a las guerras de los sucesores, unos años después del principal reparto del botín que siguió a la batalla de Ipsos. En 294, Demetrio Poliorcetes, hijo de Casandro, invadió el Peloponeso, considerándolo una baza en la partida que estaba jugando por alcanzar el trono de Macedonia, que la derrota en Ipsos le había robado. En Mantinea le hizo frente Arquídamo IV, que enseguida perdió no sólo la batalla sino la propia vida y las de quizá 700 más, entre ellos compañeros espartanos. Demetrio presionó a Esparta en el sur, y sin duda la habría tomado y habría actuado contra ella con violencia si no hubieran distraído su atención asuntos más apremiantes en el norte de Grecia. Desde 370 Laconia ya había sido invadida cuatro veces, pero aun así Esparta seguía sin ser tomada por un conquistador extranjero. Una década después, en 281, Areo hizo su debut en la escena internacional; por fin un rey que gobernaba de verdad. Puede decirse que con él Esparta entró de lleno en el período helenístico de la historia griega. Fue una época no tanto de fusión cultural entre las costumbres y tradiciones griegas y orientales como de aproximación y alineamiento, pues los griegos y los orientales se mezclaron entre sí y se

influyeron mutuamente, pero sin que uno borrara ni transformara totalmente la cultura del otro.



AREO I

Areo I, hijo del difunto Acrotato, sucedió a su longevo abuelo Cleomenes II en el trono agíada en 309, aunque cabe decir que, como era menor de edad, el control fue responsabilidad nominal de su tío, el regente Cleónimo. No obstante, Cleónimo pronto decidió seguir el mismo camino mercenario al sur de Italia que su hermano, igualmente con escaso éxito. De todos modos, Areo pertenecía a un mundo de ideas distinto del de sus antepasados más inmediatos. Era partidario de una monarquía helenística de nuevo estilo.

En 307, los principales rivales por la herencia de Alejandro se declararon reyes en sus territorios respectivos. Areo los tomó como modelos y, un tiempo después de haber llegado a la mayoría de edad y haber asumido su papel de rey agíada, acuñó las primeras monedas espartanas de plata utilizando caracteres de Alejandro Magno con su propia imagen y una inscripción grabada con trazo vigoroso. No obstante, llamarse a sí mismo único «rey de los espartanos», como si ya no existiera la dinastía euripóntida, suponía una grave ruptura con la tradición litúrgica. Pero no estaba solo en este proceso de ruptura. En algún momento de la década de 270, su tío y antiguo regente Cleónimo se casó con una heredera euripóntida, cruzando linajes dinásticos. De todos modos, Areo estuvo a la altura de las circunstancias, y la peligrosa relación que se estableció entre su hijo (y futuro rey agíada) Acrotato y la euripóntida esposa de Cleónimo seguramente debió mucho a su astuta diplomacia.

Esta habilidad diplomática se puso aún más de manifiesto a gran escala en las disputas helenísticas interdinásticas. A principios del siglo III, fue el supuesto destinatario (deletreado como «Areio») de una carta del sumo sacerdote de Jerusalén, en la que éste apelaba a la ascendencia común de espartanos y judíos con vistas a conseguir ayuda espartana contra el rey seléucida Antíoco. En 280 Areo invadió Etolia tras organizar una coalición peloponesia contra el protector macedonio de los griegos. A finales de la década de 270, después de cambiar de bando, recibió una oportuna inyección de apoyo mercenario del rey de Macedonia Antígono II Gónatas, quien le ayudó con éxito a rechazar un ataque sobre Esparta de Pirro, rey de Epiro. Poco después firmó una alianza con Ptolomeo II Filadelfo de Egipto, que le permitió considerar la posibilidad de intervenir al otro lado del istmo de Corinto en la denominada guerra cremonidea de 267-262, formando parte de un eje espartano-ateniense-ptolemaico. Pero también fue durante su reinado cuando empezó a desintegrarse seriamente el famoso régimen «litúrgico», y en 265 no logró romper el bloqueo impuesto por la guarnición macedonia que ocupaba Acrocorinto y cayó muerto cerca de allí.

La misión inicial de Areo era liberar Delfos del control de la Liga Etolia. Este objetivo

sin duda obedecía tanto al deseo de Areo de poder y prestigio personales como a la devoción, aunque la tradicional consideración de Esparta hacia Delfos seguramente era auténtica. En cualquier caso, aunque a Aseo el fracaso le salió caro en términos militares, no fue algo ni mucho menos deshonroso, cuando menos porque había conseguido convencer a Megara, Beocia y algunas ciudades argólicas y cuatro ciudades de Aquea del norte del Peloponeso (que constituirían el núcleo de la Liga Aquea, fundada en 280) de que apoyaran su causa. Tras ser rechazado aquí, más adelante, en la década de 270, Areo recurrió a una estratagema regia espartana ya conocida, el reclutamiento de mercenarios de Creta. Pero en 272 lo mandaron llamar a toda prisa a Creta para enfrentarse a otra invasión de Laconia y a una agresión contra Esparta, esta vez a cargo del rey Pirro de Epiro. Con sus 2.000 mercenarios, reforzados por otros enviados en su ayuda desde Corinto por Antígono II Gónatas de Macedonia, Areo fue capaz de levantar el asedio. Al parecer, también hubo una importante contribución de algunas mujeres espartanas aristocráticas extraordinariamente valientes, entre ellas la viuda de Eudamidas L Esto prefiguraba el papel indudablemente central que ciertas mujeres espartanas desempeñaron en la historia de Esparta durante el tercer cuarto del siglo III.

El intento de Areo de tener un lugar en la primera división del mundo helenístico se vino abajo durante lo que se conoce como guerra cremonidea —así llamada en honor de uno de los principales protagonistas atenienses—, a principios de la década de 260. Pese a alcanzar cierto grado de conexión con uno de los personajes helenísticos realmente importantes, Ptolomeo II de Egipto, Areo fue muerto cerca de Corinto. Ahora los espartanos estaban de capa caída, en un punto incluso más bajo que el de la década de 360, inmediatamente posterior a Leuctra. Pues no sólo el deseado alcance territorial de Esparta en el extranjero era considerablemente inferior al real, sino que en el propio territorio las costumbres «licúrgicas» consagradas por la tradición estaban zozobrando en los arrecifes de una flagrante y creciente desigualdad social entre los espartiatas supuestamente «iguales», de los cuales ahora quedaban sólo unos 700. Entonces hicieron su entrada dos reyes reformistas, uno de cada casa real, cuya fama se debe entre otras cosas al hecho de que fueron seleccionados para su tratamiento biográfico completo por el biógrafo más destacado del mundo antiguo, Plutarco de Queronea, Beocia, que prosperó en las décadas anteriores y posteriores a 100 d.C.

Cuando Plutarco se puso a escribir sus *Vidas Paralelas* de grandes griegos y romanos, difícilmente podía pasar por alto la fama de los hermanos Graco —Tiberio y Cayo—, que ocuparon el cargo de tribuno de la plebe (en 133, y 123 y 122, respectivamente) y fueron asesinados en medio de una enconada contienda civil, castigados por introducir reformas necesarias en un sistema de gobierno republicano romano que aún seguía dominado por un senado muy conservador y unido. ¿Con qué griegos podía Plutarco comparar las agitadas vidas, y las muertes aún más agitadas, de los Graco? Lo mejor era que fueran un par de hermanos, pero si esto no podía ser, en todo caso una pareja con algún sentido. Su respuesta, un tanto extraña, fue los reyes espartanos Agis IV y Cleomenes III. Esta decisión explica por qué en este libro no aparecen biografías separadas de estos dos reyes singulares. Las historias de sus vidas son al mismo tiempo la historia de Esparta durante el tercer cuarto del siglo III a.C.

Cualquier paralelismo entre Agis y Cleomenes y los hermanos Graco era, en el mejor de

los casos, inexacto y distaba de ser total. Para empezar, Agis y Cleomenes no eran hermanos, aunque al menos estuvieron emparentados póstumamente: Cleomenes se casó con la viuda Agiatis de Agis. Agis y Cleomenes tampoco eran representantes oficiales del pueblo de Esparta en el sentido en que Tiberio y Cayo Graco habían sido elegidos tribunos de la plebe romana como candidatos en una lista reformista. Eran reyes hereditarios, que subieron a los tronos de las casas reales euripóntida y agíada y gobernaron durante *c.* 244-241 y 235-222, respectivamente. Sin embargo, como vio Plutarco seguramente después de otros, había en efecto no poco en común entre los dos reyes espartanos y los dos tribunos republicanos romanos. Los espartanos también cayeron muertos en el curso de un encarnizado enfrentamiento civil y ambos habían propugnado explícitamente un programa social radical, si no revolucionario, que habían intentado poner en práctica valiéndose de las atribuciones de su cargo.

Así pues, ¿por qué Agis IV y Cleomenes III vivieron y murieron así? Para hallar posibles respuestas a esta compleja pregunta no basta, por supuesto, con basarse sólo en la *Vida* conjunta de Plutarco. Primero hemos de investigar la naturaleza y en especial la fiabilidad de las fuentes que Plutarco decidió utilizar. La preferida fue sobre todo un escritor, el historiador contemporáneo del siglo III Filarco de Atenas. Pero ¿cuán fiable era el relato de Filarco? Si hemos de creer a su crítico más furibundo, Polibio, el gran historiador arcadio del ascenso de Roma, deberíamos contestar que... nada en absoluto. De hecho, Polibio señalaba por el nombre a Filarco como paradigma de cómo no se escribía buena historia. Lo que por lo visto fastidiaba a Polibio más que nada era el estilo de Filarco, pues a su juicio éste cometía el error categórico de confundir la historiografía pragmática con el género literario, ficticio y emotivo, de la tragedia.

Sin embargo, había entre ellos también una cuestión ideológica seria, y no podemos eximir a Polibio de la acusación de parcialidad. Había nacido en Megalópolis hacia 200, en la élite aristocrática que dominaba la Liga Aquea a finales del siglo ni y principios del II (véase p. 232). En lo que respecta a la escritura de la historia, Polibio mantenía la idea de que el patriotismo justificaba la tendenciosidad a favor del país o la ciudad de uno. Ahora bien, Cleomenes III de Esparta fue un resuelto, y durante bastante tiempo muy afortunado, enemigo de la Liga Aquea, y de hecho había saqueado y tratado muy despiadadamente a la propia ciudad de Polibio, Megalópolis, sólo una generación antes del nacimiento del historiador. Por tanto, Polibio no podía aceptar la imagen en general muy favorable de Cleomenes en la obra de Plutarco y de hecho sentía que debía demolerla.

¿Dónde reside la verdad? Por desgracia, la decisión de Plutarco de seguir a Filarco tanto para la interpretación como para los hechos no resuelve el problema, toda vez que se trataba de un biógrafo moralizador y no el típico historiador. Por tanto, lo máximo que podemos decir de nuestro propio relato es que no se contradirá con los hechos que Filarco, Polibio y Plutarco mantienen relativamente sin adornos, y que nuestra interpretación de dichos hechos al menos concuerda con uno de los episodios más intrigantes y a la vez más importantes de la historia espartana.

Una explicación de que este episodio sea tan fascinante es que se trata de una de esas raras ocasiones de toda la historia antigua griega (o romana) en que podemos decir con seguridad que el papel de las mujeres no fue sólo extraordinariamente destacado sino

realmente decisivo. Un siglo antes, en la *Política,* Aristóteles había escrito:

> En la época de la dominación *(archê)* de los espartanos, las mujeres consiguieron muchas cosas.[1]

Esto se refería probablemente al período comprendido especialmente entre 404 y 371. No obstante, fue entre los años 244 y 221 cuando esta controvertida afirmación adquirió fundamento real y resultó confirmada. Ya he mencionado que Cleomenes III se casó con la viuda de Agis IV, Agiatis. Plutarco nos cuenta además que fue Agiatis, deseando ardientemente vengarse del asesinato de su esposo y no menos interesada que él en llevar a cabo el programa de reformas por el que en principio lo habían matado, quien convirtió a la causa reformista a su segundo esposo Cleomenes. Después estaban la madre y la abuela de Agis, Agesístrata y Arquidamia, a las que Plutarco califica, convencido, como «las más ricas de todos los espartanos» (incluyendo hombres y mujeres), y que asimismo prestaban a Agis su apoyo inequívoco; y por último, aunque no por ello menos importante, estaba la temible madre de Cleomenes, Cratesicleia, que marchó al exilio antes que su hijo, fue rehén en la corte de Ptolomeo III y también perdió la vida en un sangriento enfrentamiento entre facciones.

La palabra griega para luchas intestinas, enfrentamiento faccioso o guerra civil era *stasis* (que ahora es el término moderno griego que significa «parada de autobús»). Como la *stasis* a veces podía amenazar la propia existencia de una *polis* griega, Aristóteles había convertido su prevención y evitación en el tema principal del Libro V de su *Política.* Pero por lo visto con pocos o nulos resultados: en cualquier caso, la *stasis* seguía sacudiendo el mundo griego en el siglo III como había hecho en el V y el IV. No obstante, una aparente novedad era que ahora también Esparta —la ciudad famosa en la era precedente por su *eunomia* (gobierno bueno y ordenado) y su estabilidad social— se veía tan trastornada por la *stasis* como cualquier otra ciudad griega. La raíz de la situación, aquí y en otras partes, era la extrema y creciente desigualdad en la distribución y posesión de bienes raíces.

En otro tiempo, Esparta se había enorgullecido precisamente de lo contrario. Se suponía que su alardeada igualdad política entre los *homoioi* o «semejantes» estaba basada en una igualdad económica de partida entre los ciudadanos que se remontaba a la legislación de Licurgo, la cual incluía una distribución supuestamente equitativa de tierra en Laconia y Mesenia. En realidad, la tierra espartana no estaba en absoluto distribuida de forma igualitaria ni lo había estado nunca. Siempre había habido espartanos ricos y espartanos pobres, como en las demás ciudades griegas. La marcada y cada vez más sensible diferencia entre Esparta y algunas ciudades era ésta: si un espartano se había empobrecido demasiado para poder contribuir con un mínimo legalmente establecido de productos naturales a su mesa común *(suskanion, syssition),* perdía su estatus de homoios y pasaba a ser miembro de la clase de subciudadanos de los hupomeiones («inferiores»). A su vez, esta degradación automática debilitaba cada vez más la fuerza militar efectiva de Esparta, que había garantizado su estatus de gran potencia dentro y fuera de Grecia hasta la batalla de Leuctra en 371.

Por preciso que fuera el mecanismo de concentración de tierras en Esparta (sobre este

[1] Aristóteles, *Política,* Libro II, p. 1.270.

asunto, los expertos modernos están tan divididos como lo estaban los antiguos), este factor era probablemente la razón principal de la creciente escasez de soldados espartiatas *(oliganthrópia),* debido al cual entre 400 y 250 el número de ciudadanos bajó de unos 3.000 a sólo 700, de los cuales sólo 100 tenían una participación sustancial en el conjunto de los bienes raíces. Fue esta grave situación la que Agis IV se propuso remediar, y lo hizo proclamando las tradicionales consignas de un campesinado oprimido: cancelación de la deuda y redistribución de la tierra. Paradójicamente, esto era en sí mismo una señal de la creciente «normalización» de Esparta: en términos sociales y económicos era cada vez menos un caso especial, aunque desde el punto de vista político siguiera siendo realmente muy extraña para los patrones griegos en general.

Aparte de un puñado de individuos ricos que eran parientes de Agis o, si no, estaban ligados a él, como cabía esperar los espartanos ricos como grupo se unieron para oponerse a esas medidas reformistas, y siguiendo el método espartano habitual recurrieron al compañero-rey de Agis, el agíada Leónidas II (que reinó *c.* 254-235) , para que abogara por su causa. Al principio, Agis pudo con ellos. Leónidas estaba exiliado, se cancelaron efectivamente las deudas, y las escrituras hipotecarias (conocidas como *klaria,* de *klaros,* que significa terreno o parcela) fueron simbólica y públicamente quemadas. Pero hasta ahí llegó el éxito de Agis. Antes de poder abordar en serio la planeada redistribución de la tierra, sufrió un humillante revés en el extranjero, en el istmo de Corinto, y a su regreso a Esparta sus enemigos lo asesinaron junto a sus parientes más cercanos.

La causa de la reforma, necesaria aunque estaba pragmática e igualmente justificada por razones éticas, tuvo que quedarse en suspenso durante casi quince años. Fue retomada, un tanto sorprendentemente, por el hijo de Leónidas, Cleomenes, que en 235 sucedió a su padre en el trono agíada. A diferencia de Agis, Cleomenes reparó en que la política exterior era tan importante como la doméstica, y preparó el terreno para la reforma interna mediante una serie de notables éxitos militares, en especial el logrado contra Arato de Sición y la Liga Aquea que dominaba. El saqueo de Megalópolis (en 223), ya mencionado, fue la culminación de su venturosa empresa, con lo cual durante un tiempo dio la sensación de que Cleomenes quizá devolvería a Esparta algo parecido a la posición de dominio internacional que el Estado había ejercido hasta 371.

No obstante, Cleomenes no era sólo un jefe militar competente, sino también un reformador interno muy eficiente, quizás hasta un revolucionario social. Agis, por lo que sabemos, sólo había propuesto una redistribución radical de la tierra. Como objetivos fundamentales suyos se mencionan cifras de 4.500 parcelas de tierra para espartanos y 15.000 para periecos, pero hizo pocos progresos, si acaso alguno, para alcanzarlos. Cleomenes, sin embargo, desde 227 llevó realmente a cabo una redistribución de tierra en Laconia a una escala parecida. Además, en su plan no se incluían sólo los espartanos pobres sino también los periecos pobres. Además, liberó a unos 6.000 de los ilotas laconianos que quedaban a cambio de una suma de manumisión pagadera en efectivo. El hecho de que tuvieran el dinero para pagar la citada suma es interesante en sí mismo como otra señal de la naturaleza cambiante de la economía de Esparta. Así pues, estos ex ilotas probablemente llegaron a ser los propietarios de la tierra que antes habían trabajado a la fuerza. También se convirtieron en ciudadanos de pleno derecho, no sólo en neodamodeis como los ilotas liberados por los espartanos con fines militares entre las

décadas de 420 y 370. En el paquete de medidas de Cleomenes estaban asimismo incluidos numerosos mercenarios suyos. Éstos supusieron un elemento clave de las reformas militares de Cleomenes, en virtud de las cuales intentó llevar el decadente y anticuado ejército espartano hasta los máximos niveles establecidos por la Macedonia antigónida o el Egipto ptolemaico.

Para asegurarse del todo de que sus enemigos políticos no impedirían ni anularían sus reformas, primero los mandó matar y luego tomó el decisivo control personal de las estructuras e instituciones políticas que podían haber sido utilizadas para desbaratar sus planes. Los éforos fueron asesinados, la monarquía dual fue abolida de hecho cuando colocó a su hermano Euclidas en el trono euripóntida, y la creación del cargo de los «patronomos» dejó a un lado la vetusta y anticuada Gerusía (mencionada en la Gran Retra), que veía así menguada su importancia. Las reformas de Cleomenes no se limitaron a las esferas económica y política. También emprendió una importante reforma social cuya finalidad era reinstaurar la Agoge, el régimen supuestamente «litúrgico» de educación pública uniforme e integral para todos los eventuales ciudadanos varones, amén de restablecer la vida comunitaria de las mesas y la preparación continua para los guerreros-ciudadanos adultos. Con respecto a esto, sobre todo, debemos formular la pregunta de si Cleomenes no era tan sólo un reformista sino también un revolucionario social, puede que con motivaciones ideológicas o incluso filosóficas.

Se dice que Esfero, de Borístenes, en el mar Negro, visitó Esparta cuando Cleomenes ocupaba el poder y estaba llevando a cabo sus reformas; y Esfero era un renombrado filósofo estoico con una preocupación inusitadamente realista por cambiar el mundo y por ver las ideas estoicas puestas en práctica. Andrew Erskine es el exponente reciente más convencido de que tras el paquete de reformas sociales prácticas de Cleomenes estaban las ideas y la inspiración del estoico Esfero.[2] Quizá. Si Cleomenes hubiera tenido realmente una motivación y una inspiración tan filosóficas, ello desde luego sería otra señal clara del enorme cambio cultural que había experimentado Esparta desde el apogeo, por ejemplo, del rey Agesilao II (c. 445-360). Pero, por desgracia, no es posible demostrar esta conexión. En todo caso, las reformas caducaron muy pronto. En 222, Cleomenes fue derrotado contundentemente en Selasia, justo al norte de Esparta, por Antígono III de Macedonia. Sus reformas fueron anuladas y revocadas. Tres años después, el propio Cleomenes tuvo una muerte algo menos que honrosa en el exilio, en la ptolemaica capital de Alejandría. Esto puso punto final a un experimento político y social extraordinario y posiblemente irrepetible.

Durante el período siguiente, Esparta volvió a estar de capa caída. Un par de individuos, primero Licurgo (¡nombre significativo!) y luego Macanidas, se elevaron por encima de la multitud y destacaron brevemente en papeles militares y políticos que les valieron el calificativo de «tiranos» por parte de fuentes hostiles. Pero fue sólo tras el desastre de Macanidas y la costosa derrota (al parecer murieron 4.000 espartanos) en la batalla de Mantinea en 207, doce años después de la muerte de Cleomenes, cuando Esparta volvió a experimentar un importante renacimiento, aunque bajo otro «tirano». Durante los siguientes quince años, el destino de Esparta estaría vinculado al nombre de Nabis, hijo de Demarato.

---

[2] Erskine, 1990.



NABIS

Se ha pensado que el nombre de Nabis era semítico y no griego (indoeuropeo) y, pese a su reclamación, basada en el nombre de su padre, de descendencia directa del depuesto rey euripóntida Demarato, exiliado hacia 490, seguramente era un simple usurpador advenedizo. Nació en el período comprendido entre 250 y 245. En 207 se hizo con la corona —no una corona única— a la quizá sospechosamente oportuna muerte de su pupilo real, cuyo evocador nombre era Pelops. Al modo de los tiranos griegos de antaño, creó una guardia personal de mercenarios y pidió ayuda también a algunos piratas cretenses. Una vez en el poder, no hizo nada para evitar las asociaciones con la realeza. Más bien al contrario, pues vivía en un palacio, la primera vez que en el sur de Grecia se veía un edificio así desde la Edad Tardía del Bronce micénica, tenía un establo de caballos de desfile, y por supuesto había hecho poner «rey» en monedas, sellos oficiales de ladrillo y otros documentos con inscripciones.

Se dice que Nabis torturó y mandó al exilio a sus adversarios espartanos y obligó a sus esposas a casarse con ex ilotas a los que había liberado y convertido en ciudadanos espartanos. Su propia esposa era extranjera, una griega de Argos llamada Apia; estos matrimonios dinásticos menudeaban entre los gobernantes helenísticos. Sin embargo, era la primera vez que un soberano espartano se salía con la suya y se casaba así fuera de Esparta. Un predecesor suyo, Leónidas II, fue destituido temporalmente en 244 precisamente por haberse casado con una mujer no espartana.

Nabis se las arregló para permanecer durante quince años al mando, pero en 192 fue asesinado en un golpe de Estado llevado a cabo por la Liga Etolia, el principal rival griego de la Liga Aquea. Las fuentes que tenemos le son uniformemente hostiles, de modo que cuesta aquilatar la afirmación de que pretendía revolucionar el Estado en su propio beneficio dictatorial restableciendo una versión de las reformas drásticas de Cleomenes III, que habían sido anuladas tras su derrocamiento en 222. Quizá sería mejor decir que puso en marcha la modernización necesaria de Esparta que por fin la sacaría de su particularista y provinciana sombra licúrgica y la llevaría a la claridad del más cosmopolita mundo griego helenístico tardío.

Mientras que Cleomenes III había liberado a 6.000 ilotas sólo como maniobra militar desesperada, probablemente sin intenciones a largo plazo para acabar con la esclavitud en general, la liberación de ilotas debida a Nabis era un objetivo político, parte de un paquete de medidas económicas de modernización. Nabis fomentó una perspectiva más flexible, orientada al mercado, lo que supuso un incentivo para las actividades artesanales y comerciales, de tal modo que hacia finales de su reinado podía decirse por primera vez, de forma convincente, que Esparta era económicamente dependiente del mundo exterior. En los asuntos internacionales, sin embargo, su suerte fue diversa, y al final Roma, mediante Tito Quinto Flaminio, acabó con cualquier pretensión de independencia en 195, cuando

Nabis se vio obligado a renunciar al control no sólo de Argos sino también de los puertos laconianos de los periecos. Un intento de recuperar estos últimos en 193 fue reprimido por Flaminio en colaboración con Filopeme, general de la Liga Aquea, y al año siguiente el propio Nabis fue asesinado.

Donde fue más perceptible el legado de Nabis fue en la muralla que Esparta por fin terminó no más tarde de 188, aunque seguramente había sido concebida, o al menos decididamente patrocinada, bajo el régimen de Nabis. En los viejos tiempos de la época clásica, la mera idea de levantar un cinturón defensivo alrededor de Esparta habría sido desdeñada por afeminada —aunque también había razones prácticas sólidas para no hacerlo, tanto positivas (Esparta ya tenía defensas suficientes, ambientales y humanas) como negativas (la separación física del quinto pueblo constituyente de Esparta, Amiclas)—. Ahora, en el paso del siglo un al u, Esparta necesitaba con urgencia la protección que pudiera ofrecer una muralla, y además un gobernante como Nabis sacaría provecho político de la construcción de un recinto excepcionalmente grande y poderoso. Llegado el momento, la nueva muralla de la ciudad de Esparta medía unos 48 *estadios* (aproximadamente 9.500 metros) de circunferencia; había sido construida con ladrillos de barro cocido rematados con losas sobre una base de piedra y tenía torres de vigilancia repartidas a intervalos regulares. Al mismo tiempo que se iba levantando la muralla, en c. 200, uno de los principales pueblos de Esparta, Cinosura («cola de perro»), dio públicamente las gracias a su comisionado oficial del agua, otro signo tanto de la urbanización de Esparta como de su mayor preocupación por la seguridad urbana.

La decisiva intervención de Roma, con independencia de sus motivos precisos, redundaron sobre todo en beneficio inmediato de la Liga Aquea, que desde su creación en 280 había llegado a ser una de las dos agrupaciones de ciudades griegas más fuertes, siendo la otra la Liga Etolia. Esparta y Aquea habían sido enemigas desde la época de Cleomenes III, y Esparta y Etolia habían sido aliadas con arreglo al conocido principio de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo. Sin embargo, fue irónicamente un golpe de Estado auspiciado por los etolios lo que acabó con Nabis, pues Etolia lo consideraba poco fiable. Pero esto también le hizo el juego a Aquea, que a través de Filopeme incorporó a Esparta por la fuerza a la Liga Aquea en 192. Para Esparta, esto supuso una humillación y un impacto sin precedentes. En otro tiempo —y no hacía tanto— todavía una fuerza a la que tener en cuenta, al menos en la política peloponesia, Esparta estaba ahora en pie de igualdad con el miembro más humilde de la Liga Aquea. Su autonomía, preciado componente del altísimo valor que los griegos daban a la libertad, tocaba a su fin. Cuatro años después, en 188, Filopeme completó la humillación mediante una profunda reforma interna —en el sentido exactamente opuesto al de las reformas llevadas a cabo por Agis, Cleomenes y, hasta cierto punto, Nabis—. Abolió las leyes de «Licurgo», al margen de lo que ahora significaran exactamente, y —de manera coherente según se mire— destruyó la nueva muralla no licúrgica de Esparta.

En cierto modo, ahora Esparta tenía dos amos, Aquea y Roma. En los siguientes casi diez años se produjeron una serie de idas y venidas entre el sur de Grecia y la ciudad de Roma, pues diversos grupos de exiliados espartanos intentaban convencer al senado romano, contra la furibunda oposición aquea, de que les devolviera el poder y restableciera cierta apariencia de Esparta «licúrgica» (aunque incluyendo la muralla). A la

larga, hacia 180-179 se resolvió el problema de los exiliados y se reconstruyó la muralla de la ciudad, pero cualquier otra clase de restablecimiento de una Esparta supuestamente licúrgica tuvo que esperar mucho más, al menos hasta después de la colonización general del sur de Grecia por Roma en 146. Entretanto, en el invierno de 168-167 tuvo lugar un acontecimiento de lo más significativo. En el verano de 168, el destacado general romano Lucio Emilio Paulo había derrotado al rey Filipo V de Macedonia en la batalla de Pidna. En el invierno siguiente, emprendió un avance a gran escala por Grecia, en parte para realizar lo que podríamos llamar turismo cultural. Yen su itinerario hizo una parada clave en Esparta, pues deseaba, como se dijo en su momento, presentar sus respetos al modo ancestral de vida de los espartanos. En realidad, de éste no quedaba mucho más allá de un estilo propio de vestimenta y la cabellera de los hombres. Pero muy bien pudo ser la visita de Paulo la que diera un ímpetu decisivo a los posteriores esfuerzos resueltos de los espartanos por convertir su ciudad en una especie de parque temático, un museo de su antaño glorioso pasado, precisamente como forma de atraer a turistas culturales como Paulo y de reivindicar un lugar en el sol helenístico, por razones culturales más que militares o políticas.

Como se ha visto, el sometimiento a Aquea hacía sufrir a Esparta. Por su parte, Aquea sufría con el castigo de Roma por haberse puesto de parte de Filipo de Macedonia en la guerra contra los romanos. Esto supuso el traslado forzoso a Roma e Italia de 1.000 aqueos destacados, entre ellos Polibio, como rehenes. Fue la intención de Esparta de independizarse de Aquea lo que llevó a ésta a enfrentarse nuevamente con aquélla y, por tanto, también a enfrentarse y caer derrotada ante Roma durante el período comprendido entre 152 y 146, que Polibio (repatriado por fin en 150 y para entonces partidario de Roma) calificaba despectivamente como «de confusión y disturbios». En 148, Esparta, ahora bajo el sólido liderazgo de Menalcidas (un nombre apropiado, derivado de combinar las palabras griegas correspondientes a «poder» y «fuerza»), se separó finalmente de la Liga Aquea quedándose al margen mientras los aqueos, a su vez, se rebelaban contra Roma en lo que, desde el punto de vista romano, fue la guerra aquea.

La victoria y las feroces represalias de L. Mumio contra los rebeldes pusieron fin drásticamente a esta guerra en 146. Por contraste, Esparta salió de la misma bastante bien parada. Desde luego, la independencia respecto a la ahora ya fenecida Liga Aquea se trocó por la subordinación al Estado protector global de Grecia, Roma, si bien la ciudad conservó intacta su reconstruida muralla, y probablemente fue entonces cuando se produjo una reinstauración parcial de las instituciones «licúrgicas». Esto afectó sobre todo a la Agoge, y es con esta Agoge posterior a 146 con la que están relacionadas la mayoría de las pruebas arqueológicas existentes, en especial las inscripciones del santuario de Ortia, junto al Eurotas. No obstante, ahora. Esparta era sólo una ciudad-estado como cualquier otra, limitada más o menos a su entorno inmediato en la llanura espartana, pues sin duda había sido privada del último de sus periecos, con la posible excepción de los de la región de Belminatis, en la entrada del valle del Eurotas, e incluso en la llanura espartana pronto serían desprovistos también de los ilotas que pudieran quedar. Podemos decir con razón que Esparta comenzó aquí su andadura, y también que era una Esparta totalmente diferente en comparación con la de sus antepasados helenísticos, clásicos y arcaicos.

Las antigüedades eran la tónica de la nueva Esparta, y de manera más que apropiada, la

ciudad, nunca antes famosa como centro de cultura escrita, al fin produjo sus propios anticuarios locales para registrar los procesos de fosilización. Se intensificó el contacto entre Esparta y Roma, hasta el punto de que la primera construyó un albergue para funcionarios romanos de visita. Entre 146 y 88 no aparece nada destacable en la historia espartana registrada salvo el comienzo de la primera guerra de Roma contra el rey póntico Mitrídates, en la que los espartanos se vieron involucrados a regañadientes. Al parecer esto supuso una incursión naval en Esparta a través del valle del Eurotas y dio lugar a algunas reparaciones en la muralla de la ciudad. No obstante, a principios de la década de 70 la paz estaba lo bastante restablecida para que el joven Cicerón emulara a Emilio Paulo e hiciera una visita turística a Esparta, ya no como conquistador sino como estudiante.

En 49 estalló en el Imperio romano la guerra civil al máximo nivel entre las fuerzas rivales de Pompeyo y Julio César. El conjunto de los griegos se encontraban en la esfera de Pompeyo, y los espartanos, igual que los otros, no tuvieron más remedio que satisfacer la petición de tropas cuando Grecia se convirtió brevemente en el principal escenario de la guerra. Las monedas espartanas del período confirman que había desaparecido cualquier clase de realeza; la interesante aunque imperfecta comparación que hizo Polibio de la constitución espartana y de la constitución republicana romana, que suponía equiparar la monarquía dual espartana con el consulado dual romano, no se sostenía en absoluto. Sin embargo, como veremos, en Esparta la monarquía de ningún modo había quedado relegada al olvido.

Pompeyo cayó muerto en Egipto en 48, y César asumió en exclusiva el gobierno del mundo romano con el título de «dictador». Aunque fue asesinado en 44, Roma tendía inexorablemente al establecimiento de una forma de monarquía, lo cual logró a la larga, de manera eficaz y duradera, el hijo adoptado y heredero de Julio César, Octavio, más conocido en la historia por su nombre ficticio de Augusto. En 42, cuando Octavio sólo tenía diecinueve años y Grecia se hallaba bajo la autoridad del republicano conservador Marco Bruto, los espartanos, audaces si no imprudentes, declararon su apoyo a Octavio y a su entonces socio político, Marco Antonio. Esta decisión, junto con el refugio que procuraron en 40 a la futura esposa de Octavio, Livia, resultaría enormemente providente y providencial, pues Augusto primero derrotó a Antonio en Actium en 31 y luego se instaló como primer emperador romano (a todos los efectos) en 27. Como única ciudad de la Grecia continental que respaldó a Octavio en Actium, Esparta «fue durante un tiempo el centro de atracción de la recién creada (en 27 a.C.) provincia de Acaia».[3] En 21, Augusto llegó al extremo de dignificar la ciudad con su presencia y a cenar con funcionarios locales.

El último héroe espartano (si éste es el término correcto) con que adornamos nuestra historia es Cayo Julio Euricles, cuyo nombre ya nos revela que hemos entrado en un mundo nuevo dominado por Roma. Debía su *nomen* (nombre familiar) Julio al hecho de haber recibido la ciudadanía romana del Julio más famoso de su tiempo, Cayo Julio Octaviano César Augusto, que por lo demás nosotros conocemos como Octavio o Augusto, pero para sus contemporáneos normalmente era sólo César. Augusto efectuó la mencionada visita a Esparta en parte para hacer honor a Euricles, quien se encontraba en la cumbre del euergetismo, la generosidad pública de inspiración política, de la cual dependía ahora Esparta, como otras ciudades griegas, para cubrir sus gastos ordinarios y

[3] A. Spawforth, en Cartledge & Spawforth, 2001, 99.

extraordinarios. Por tanto, era interés tanto de Augusto como de Euricles que éste contara con los medios necesarios para sus donaciones. Y sin duda contó con ellos.

Estrabón, el geógrafo griego contemporáneo de Asia Menor, calificaba la posición de Euricles como de «presidencia» *(epistasia)* de los espartanos y se refería a él como su «jefe» o «comandante» *(hégemôn).* Así, de nuevo los espartanos tenían un monarca de facto, como si Esparta, al igual que Egipto según Heródoto, en realidad no pudiera prescindir de los reyes. Augusto, que también era un monarca de facto de todo el mundo romano, lo habría entendido y se habría mostrado favorable. Lógicamente, Euricles, como Areo, emitió monedas con el mensaje «(acuñado) bajo Euricles». Y con la inmensa fortuna que poseía, que —gracias probablemente a la intervención de Livia— incluía la isla costera de Citera, realizó desembolsos generosísimos en consumo y ceremonial. Entre los edificios que financió destacaban el teatro reconstruido, el segundo más grande del Peloponeso, que naturalmente se usaba no para representar obras trágicas y cómicas de estilo ateniense sino más bien para organizar actos políticos; un gimnasio; y un acueducto. Entre otros ámbitos de interés cabía distinguir la religión oficial; de hecho, podría decirse que Euricles fue responsable de una especie de renacer religioso, lo que incluía la realización de sacrificios —en nombre de Esparta— a Helena y los Dióscuros (Cástor y Pólux, hermanos de Helena, como vimos al principio del libro) en Esparta, y a Poseidón (antes Pohoidan, en el dialecto local) en Ténaro, al sur de Mani.

Estas antigüedades religiosas tenían que atraer a Augusto, como seguramente estaba previsto. Pero otras acciones de Euricles no. Quizás a éste se le fue la mano al reafirmar el control de Esparta sobre las liberadas y antes penecas ciudades costeras de Laconia. Quizá se mostró demasiado cordial con el hijo de Livia e hijastro de Augusto, Tiberio, cuando éste perdió públicamente el favor de su padrastro en 6 a.C. Fuera cual fuese la causa, Euricles fue juzgado dos veces ante Augusto, privado de su «presidencia» y mandado al exilio. Desterrado caído en desgracia, murió antes de 2 a.C., el año en que Augusto completó su ascenso al poder autocrático recibiendo del senado el título de «padre de la patria» (Pater Patriae): en otras palabras, fundador de una dinastía hereditaria.

No obstante, cuando quince años después Augusto terminó su larga vida (y su reinado), en 14 d.C., los sucesores de Euricles estaban bien situados para ganarse el favor imperial del nuevo emperador, Tiberio, y volver a ser favoritos de la Roma imperial y recuperar el gobierno de Esparta. Un hijo de Euricles se llamó «Laco» («espartano») y un hijo de éste «Spartiaticus» (forma latina del griego «espartiata»). Así pues, seguía reinventándose la tradición, con arreglo a un estilo completamente espartano.

10

El legado: ¡Leónidas vive!

En este último capítulo presentaremos un breve análisis del desarrollo de la leyenda o el mito espartano, desde la antigüedad a nuestros días, utilizando a Leónidas como hilo conductor. Éste no llegó a ser exactamente una leyenda en vida, pero la leyenda de las Termópilas que nació inmediatamente después de su muerte giró alrededor de su liderazgo y sus heroicas proezas. Desde luego, su leyenda no ha sufrido ninguna desatención desde la antigüedad, y de hecho, mientras escribo, está a punto de recibir toda la atención de Hollywood —otra vez—. Antes de ascender a estas cumbres de vértigo, revisaremos primero brevemente lo poco que sabemos de su vida —que culminó en su sacrificio.

Conocemos a varios espartanos llamados León. Era un nombre bastante lógico para ser utilizado en una sociedad guerrera, próxima a la naturaleza salvaje, cuyas familias aristocráticas, entre ellas las dos casas reales, afirmaban descender de Heracles, el matador de leones. Por tanto, no sorprende que León se utilizara como nombre real, pero sólo sabemos de dos espartanos que se llamaban Leónidas (que significa «descendiente de León»), ambos reyes de la casa real de los agíadas. Nuestro protagonista, Leónidas 1, fue con mucho el más famoso de los dos.

Seguramente nació hacia 540, y su nacimiento no es lo menos interesante o importante acerca de él. Pues fue hijo de la primera esposa de su padre, pero sólo después de que su padre hubiera tenido un hijo legítimo, Cleomenes, con una segunda —y al parecer bígama— esposa. Heródoto escribió que la bigamia de Anaxándridas «no era nada espartana»: tal vez, pero esto no impidió a Cleomenes subir al trono a la muerte de su padre hacia 520 y llegar a ser de hecho uno de los gobernantes espartanos más poderosos y pintorescos de esa época y de cualquier otra. Tras el nacimiento de Cleomenes, Anaxándridas por fin logró una concepción satisfactoria con su esposa original: de ahí, primero, Dorieo, y luego otros dos varones, Leónidas y Cleómbroto.

Así pues, Leónidas fue uno de los cuatro hijos de su padre Anaxándridas, el segundo nacido de su primera esposa, el tercero en total. Si realmente nació hacia 540, entonces habría estado en edad de casarse, para los patrones espartanos, hacia 510 como muy tarde, aunque Leónidas, o bien se casó con una mujer desconocida y luego enviudó o se divorció, o bien decidió no casarse hasta que contrajo el matrimonio que conocemos —a finales de la década de 490 con Gorgo (véase el capítulo 3 para su biografía)—. Dado que ésta era una princesa real, una *patrouchos* (heredera) y encima su sobrina política, hay sobradas razones para pensar que Leónidas quizá retrasó deliberadamente su matrimonio con fines dinásticos amén de económicos hasta que Gorgo tuviera la edad normal de casarse de las jóvenes espartanas, a finales de la adolescencia.

Alrededor de 490 o 489, su hermanastro mayor Cleomenes I cometió una idiosincrásica

forma de haraquiri en virtud de la cual terminó su vida y su ocupación del trono agíada. ¿Saltó o lo empujaron? Y si lo empujaron, ¿fue Leónidas? El dedo de la sospecha ha señalado a Leónidas por regicidio putativo, pero no se puede demostrar nada, y si hubiera habido pruebas serias o siquiera sospechas de su complicidad, quizá no habría sido escogido para su papel clave en las Termópilas una década más tarde.

Con Gorgo tuvo un hijo, Plistarco, lo cual lo colocó al mismo nivel que el cuerpo especial de 300 espartanos que fueron elegidos para acompañarle en las Termópilas, en parte porque todos tenían hijos varones vivos. De todos modos, ésta no fue, probablemente, la única razón, ni siquiera la principal, por la que fue seleccionado él y no su co-rey euripóntida Leotíquidas para acaudillar lo que oficialmente era la avanzadilla espartana al paso. Sea como fuere, su conducta posterior como comandante justificó plenamente la decisión del Estado. La calidad de las hazañas de Leónidas no se pone en duda. Las hizo corresponder admirablemente con sus palabras. Dos de sus especialmente *boas mots* ponen de manifiesto que en humor negro lacónico podía competir con los mejores. Cuando Jerjes le pidió que rindiera sus armas y se sometiera al poder de Persia, al parecer replicó sólo con dos palabras griegas *(molôn labe):* «Ven y cógelas tú mismo». Al despuntar el tercer y último día de la resistencia en el paso, por lo visto dijo algo como «Tomad un desayuno abundante, pues esta noche cenaremos en el Hades». Era una referencia indirecta al hecho de que, cuando estaban en Esparta, los espartanos tomaban una sola comida obligatoria al día, la de la mesa común vespertina.

Durante la batalla de las Termópilas hubo un momento homérico en el tercer día, cuando algunos de los pocos espartiatas que quedaban lucharon hasta la muerte para impedir que los persas se apoderasen del cadáver de Leónidas, exactamente como si fueran los griegos de Homero en Troya luchando para proteger al muerto Patroclo a fin de que Aquiles pudiera enterrarlo debidamente. Al final, como es lógico, no estuvieron en condiciones de impedir que los persas hicieran lo que quisieran con el cuerpo de Leónidas, que, según una persistente historia griega, fue mutilado. Una anécdota contada por Heródoto refuerza esta historia al revés: tras la victoria de los griegos en Platea en 479, un exaltado sugirió al comandante en jefe espartano, Pausanias, mutilar el cadáver del comandante persa Mardonio como venganza. La fría, rotunda y totalmente admirable respuesta de Pausanias fue que los griegos no hacían esas cosas.

Tanto si el cuerpo de Leónidas fue mutilado como si no, sus restos —o lo que se tomó como tales— fueron llevados a Esparta para ser enterrados de nuevo cuarenta años después. De todos modos, el lugar de su muerte estuvo señalado desde poco después de 480 por un león de piedra, un *leôn* que recordaba permanentemente a Leónidas. Mientras que los espartanos corrientes que morían en campaña en el extranjero eran enterrados en el mismo sitio, y en casa se los rememoraba en lápidas mortuorias con la información lacónica de que tal o cual «murió en la guerra», al parecer era una costumbre espartana habitual llevar a enterrar a Esparta los cadáveres de los reyes, embalsamados con cera o miel si era preciso. Esto no fue posible en el caso de Leónidas, y en vez del cuerpo se dispuso una imagen simulada. Para compensar se le dedicó una espléndida versión de los extraordinarios ritos funerarios («más que apropiados para un ser humano», en palabras de Jenofonte) reservados a todos los reyes, ritos que según la opinión bien informada de Heródoto parecían más bárbaros, concretamente escitas, que típicamente griegos.

En la medida en que pueden reconstruirse, los ritos incluían primero a jinetes que recorrían el inmenso territorio del Estado espartano, convocando a dolientes de cada familia perieca e ilota, tanto hombres como mujeres. En la misma Esparta, se suspendía toda la actividad pública y se decretaba un período de duelo nacional de diez días. Se anulaban las deudas públicas, algunos presos eran puestos en libertad. La verdadera ceremonia empezaba con un tremendo alboroto, provocado por los sollozos (excepcionalmente permitidos) de las mujeres dolientes y por el ruido y los golpes efectuados con vasijas metálicas. Por unos instantes, la estructura social y política de la *polis* espartana permanecía en un estado de animación suspendida hasta que *Le roi est mort!* era seguido por un triunfante *Vive le roi!,* siempre y cuando, desde luego, no hubiera disputas por la sucesión, que por otra parte eran frecuentes. El nuevo entierro de Leónidas en Esparta hacia 440 se produjo en un momento delicado de las relaciones internacionales, con opiniones espartanas que oscilaban entre la conciliación y la belicosidad hacia Atenas durante la vigencia de la paz de 445. Quizás estos ritos funerarios pretendían reconciliar todas las facciones internas espartanas, fijando su atención en algo aceptado por todos y que recordaba la época gloriosa en que Esparta encabezara la resistencia triunfante contra Persia —un papel desde entonces usurpado o entregado a Atenas.

Según mi meditada opinión, después de su muerte todos los reyes espartanos eran tratados como héroes en el sentido técnico: es decir, eran venerados con culto religioso como héroes, semidioses sobrenaturales. No obstante, en el caso de Leónidas, a la veneración se le dio comprensiblemente un realce mucho mayor, y en el período helenístico los espartanos construyeron un santuario permanente, el Leonideo, e inauguraron en su honor una festividad anual, la Leonidea. Esta festividad fue refundada durante el mandato del emperador romano Trajano (98-117 d.C.), seguramente cuando —y porque Trajano estaba combatiendo contra los antiguos descendientes de los persas, los partos, y la refundación fue costeada por un benefactor con el nombre espléndidamente grecorromano de C. Julio Agesilao. En su forma romana, el festival incluía una feria, en la que los espartanos, contraviniendo directamente la habitual xenofobia de sus antepasados, intentaban deliberadamente atraer a comerciantes de viaje eximiéndoles de pagar los acostumbrados impuestos locales sobre ventas e importaciones. Hay incluso constancia de la actividad de un banco de intercambio comercial regulado públicamente, algo que los espartanos de la época de Leónidas no habrían siquiera imaginado, no digamos ya tolerado o alentado.

A mediados del siglo II de nuestra era, cuando Pausanias el Periegeta, de Asia Menor, pasó por Esparta, encontró a los espartanos reclamando activamente el derecho de su ciudad a ser un santuario en memoria de las guerras grecopersas de seis siglos antes o más. El monumento a Leónidas se erigió en el itinerario que pasaba por la tumba del almirante Euribíades, las obras conmemorativas dedicadas al regente Pausanias y a los muertos en las Termópilas, y la denominada Estoa persa del ágora. Podemos situar fácilmente a Pausanias en el contexto del movimiento general de recuperación cultural conocido, para abreviar, como Segundo Sofístico: Leónidas era un héroe evidente del pasado griego que los sofistas y retóricos contemporáneos alababan, aunque estas alabanzas a menudo eran exageradas y se ganaron merecidos comentarios satíricos del brillante y agudo Lucano.

Por otro lado, a Plutarco, otra honra del Segundo Sofístico, ni se le habría ocurrido satirizar a Leónidas. Al contrario, escribió una biografía suya, aunque por desgracia no ha llegado a nosotros. En vez de ello, tenemos los apotegmas atribuidos a Leónidas en la obra supuestamente plutarquiana «Dichos de reyes y comandantes» y los dichos más verosímilmente plutarquianos que el historiador incorporó a las *Vidas,* como las de Licurgo y Cleomenes III (que reinó de 236 a 221). Citamos de la segunda:

> Se dice que, cuando al Leónidas de los viejos tiempos le pidieron que diera su opinión sobre la calidad de Tirteo como poeta, contestó: «Excelente porque despierta el espíritu de los jóvenes». Esto se debía a que los poemas impregnaban a los jóvenes de tanto entusiasmo que en la batalla dejaban de preocuparse por su vida.[1]

Así pues, en la obra de un autor del siglo II d.C., mediante una observación atribuida a un rey del siglo V a.C., el lector llega hasta el poeta «nacional» de los espartanos del siglo VII a.C., en toral un período de unos 800 años de tradición.

En el siglo siguiente, el III d.C., el apologista cristiano Origen (c. 185-253) recurrió al precedente pagano en su guerra de palabras con el pagano Celso. No tuvo ningún escrúpulo en sugerir que el misterio cristiano fundamental de la pasión y muerte de Cristo podía esclarecerse mediante una comparación con la escogida y evitable muerte de Leónidas. Un siglo después, cuando se intensificó el enfrentamiento entre paganos y cristianos (y de hecho entre los propios cristianos), Sinesio de Cirene proclamó orgulloso su linaje espartano, y más concretamente que descendía —como Leónidas— de Eurístenes, uno de los supuestos fundadores de las dos casas reales espartanas. La erudición de Sinesio no era precisamente un rasgo característico de la antigua Esparta, pero su apasionada devoción por la caza en su época precristiana no habría extrañado en absoluto a sus supuestos antepasados.

Ya en el siglo V hay constancia de esta clase de reivindicaciones de parentesco, hechas tanto por comunidades enteras como por individuos, que acabaron siendo bastante corrientes en todo el mundo griego desde el período helenístico (últimos tres siglos a.C.) en adelante. Por ejemplo, a principios del siglo III a.C., el sumo sacerdote de Jerusalén llegó a afirmar que los judíos y los espartanos tenían como antepasados comunes a Abraham y Moisés. Naturalmente, una fanfarronada tal tenía que ver más con las necesidades políticas del momento que con la precisión y la autenticidad genealógicas. En cuanto a la objetividad de la afirmación de Sinesio, de hecho Cirene fue fundada por griegos de Tera en el siglo VII a.C., y la creencia adicional —también avalada por Heródoto— de que Tera (la moderna Santorini) fue fundada por Esparta era más que dudosa. El objetivo inmediato concreto de Sinesio, acaso optimista y desde luego interesado, era comparar su lucha contra los nómadas que devastaron la Cirenaica con la de Leónidas para defender Grecia contra los invasores persas. Aunque lejos de ser el último de los paganos (posteriormente se convirtió al cristianismo y llegó a ser obispo...), Sinesio muestra una salida oportuna del mundo antiguo.

El Renacimiento fue un movimiento intelectual y cultural más occidental que oriental, más romano que helénico. Una excepción a esta regla fue un hombre que salvó la división

---

[1] Plutarco, *Vida de Cleomenes,* capítulo 2. Véase también Talbert, ed., 1988.

entre el Este y el Oeste, Ciriaco dei Pizzicolli, un comerciante más comúnmente conocido como Ciriaco de Ancona por su lugar de origen en Italia. A él debemos un libro de viajes de 1447 que supera incluso la jeremiada de Pausanias el Periegeta en su *recherche du temps perdis.* En una larga lista de guerreros espartanos de otros tiempos, cuya ausencia lamentaba mientras se acercaba a Esparta por Mistra (entonces todavía sólo capital del despotato de Morea, aunque pronto sucumbiría ante los turcos otomanos), estaba, inevitablemente, Leónidas.

Si nos desplazamos de un extremo de Europa al otro, encontramos, a finales del siglo XVI, al humanista escocés George Buchanan (en 1579) elogiando a Leónidas, junto a Agesilao II y otros como verdaderos reyes, y comparándolos con monarcas modernos demasiado inmersos en el lujo. No obstante, se le opuso Algernon Blackwood (en 1581), quien abrazaba la idea constitucionalista de que, en Esparta, los reyes disfrutaban tan sólo del nombre y el título vacío de rey y no del fundamento del poder regio. Casi exactamente al mismo tiempo, Michel de Montaigne estaba escribiendo lo siguiente en su ensayo «Sobre los caníbales» (1580) —quizá no el lugar más lógico para buscar un comentario así:

> ... hay derrotas triunfantes que no tienen nada que envidiar a las victorias. Salamina, Platea, Mícala y Sicilia *[se refiere a la batalla de Himera, según la leyenda librada el mismo día que la de Salamina]* son las victorias-hermanas más justas bajo el sol, pero nunca se atreverían a comparar su gloria combinada con la gloriosa derrota del rey Leónidas y sus hombres en el paso de las Termópilas.[2]

Se trata de una observación perspicaz típica. Aunque de hecho fue una derrota, la batalla de las Termópilas ha terminado pareciendo singularmente una victoria.

Casi un siglo después, Fénelon, compatriota de Montaigne, utilizó a Leónidas, su único espartano, como personaje en uno de sus *Dialogues des Mons.* La idea y el título de la obra se tomaron en última instancia de Lucano (que puso en escena diálogos imaginarios, intrínsecamente verosímiles e históricamente posibles, y lo contrario). Sin embargo, la idea de un diálogo entre un rey espartano y el gran rey Jerjes de Persia se sacó más bien de Heródoto (aunque en rigor el Demarato de Heródoto era, para entonces, ex rey). Igual que Buchanan, Fénelon representó a Leónidas como un verdadero rey, en contraposición a Jerjes, y lo pintó con colores totalmente espartanos:

> Ejercí mi mandato a condición de llevar una vida dura, sobria y diligente, igual que la de mi pueblo. Yo era rey sólo para defender mi patria y garantizar el imperio de la ley. El trono me dio el poder para hacer el bien sin concederme licencia para hacer el mal.[3]

Jerjes, ay, era para Fénelon simplemente un rey «demasiado poderoso y afortunado»; si no lo hubiera sido, «habría sido un hombre totalmente honorable».

No mucho después, al final del siglo XVII, las hazañas de Leónidas en defensa de la libertad fueron brevemente glorificadas al otro lado del canal de la Mancha, en la escena inglesa. El autor estableció un contraste entre aquéllas y el deplorable faccionalismo del

---

[2] M. de Montaigne, «Sobre los caníbales», en *Ensayos completos,* El Acantilado, 2007.

[3] Fénelon, *Diálogo* XL, citado de Rawson 1969/1991, 220.

regente Pausanias en una, por lo demás, poco memorable obra de teatro que llevaba por título el nombre del segundo, y para la que Purcell escribió la música de acompañamiento (1696). Mucho más efectiva y merecedora de conmemoración fue la glorificación de Leónidas por Richard «Leonidas» Glover en su famoso poema de ese título publicado originariamente en 1737, punto culminante en la leyenda. El Leónidas de Glover es un patriota hasta la médula, amante cívico de la libertad que llevaba una vida abnegada y austera opuesta, en principio, a la de los voluptuosos persas, que languidecían bajo «el control absoluto de su rey Jerjes».

Esta extensa obra inició el proceso de creación de un mito moderno que evolucionó desde un paradigma literario en manos de Glover hasta un clamor tanto a favor como en contra de la revolución. Desde la tradición de la escuela pública victoriana fundada por Thomas Arnold de Rugby, continuada en el siglo XX por la Gordonstoun de Kurt Hahn, el mito ha inspirado de forma fundamental uno de los vectores más poderosos de la identidad cultural y política británica o inglesa. Así, el paradigma legendario clásico de los ideales del siglo XVIII llegó a ser de capital importancia para el conjunto de la tradición clásica. Tenemos aquí una ilustración local perfecta de la acogida continuamente cambiante de la antigüedad clásica, que ha dominado muchos aspectos de la cultura europea desde el Renacimiento.

Sin embargo, el culto a las Termópilas no fue exclusivo de Inglaterra. A principios del siglo XIX, las guerras nacionales de finales del siglo XVIII y sobre todo el crecimiento del filohelenismo allanaron el terreno para lo que podríamos denominar sin exageración «la era de Leónidas» en Europa. La más espléndida manifestación individual de este fenómeno cultural es, con mucho, el cuadro de Jacques-Louis David *Leónidas en las Termópilas*, al que dedicó muchos años y que expuso por primera vez en 1814. Cuando Napoleón, al parecer desconocedor o indiferente ante la opinión de Montaigne sobre las Termópilas, fue a ver el cuadro preguntó por qué David se había tomado la molestia de pintar a los derrotados. La mayoría de los observadores posteriores no han compartido la limitada visión napoleónica y casi unánimemente han reconocido que la visita al Louvre valió la pena.

El primer plano está ocupado por guerreros con casco y jóvenes desnudos, en diversas posturas y actitudes, con el conjunto compuesto y dispuesto de manera muy formal y simétrica. Detrás de ellos, a la derecha, se libra la batalla entre los griegos y los persas, con acompañamiento de trompetas; a la izquierda, guerreros con casco y capa roja de estilo espartano esgrimen coronas en dirección a un guerrero con atuendo parecido que parece estar grabando una inscripción rupestre (en realidad una traducción francesa algo decolorada de parte del epigrama de Simónides «Id y decid a los espartanos...») con el puño de la espada. El centro inmóvil de la pintura, y su figura central, es naturalmente Leónidas. También él aparece representado heroicamente desnudo salvo por la capa, que le cae sobre el hombro izquierdo y bajo el cuerpo, un par de sandalias, y un casco con penacho particularmente estrafalario. El escudo le cuelga de la correa en el hombro izquierdo, formando una especie de respaldo. Con la mano izquierda sostiene una lanza, con la derecha agarra una espada, cuya vaina tapa de manera provocadora lo que los periódicos populares denominarían actualmente su virilidad, aunque a la vez llama la atención sobre la misma. David era homosexual, y no es casualidad que el ojo del

observador vaya primero a la sexualidad de Leónidas y luego a las realzadas nalgas de los jóvenes que brincan a la derecha de la escena. David consideraba este cuadro su obra maestra, de modo que al final de su vida decía retóricamente: «Supongo que ya sabéis que no podía haber pintado a Leónidas nadie salvo David».

Sin embargo, por espléndido que sea, no debemos permitir que eclipse los inicios de la recuperación por los griegos de su pasado y su herencia cultural. Una ilustración temprana es el «Himno patriótico», de Constantinos Rhigas (1798), inspirado claramente en La Marsellesa, que contiene una conmovedora referencia al espíritu de Leónidas. También Byron, el más conocido de los filohelenos, en el *Peregrinaje de Childe Harold,* de 1812, se hizo eco de esta tendencia innata y procuró estimularla:

> Hijos de los griegos, ¡levantaos!
> …
> Sombras valientes de jefes y sabios,
> ¡Mirad la lucha inminente!
> Helenos de eras pasadas,
> Oh, ¡volved otra vez a la vida!
> …
> Esparta, Esparta, ¿por qué
> Yaces en un sueño letárgico?
> Despierta, y únete en masa
> A Atenas, ¡vieja aliada!
> Recordando a Leónidas,
> Ese jefe del canto antiguo,
> Que una vez te salvó de caer,
> ¡El terrible! ¡El fuerte!

Unos cuatro años después, J. M. Gandy, seguidor del arquitecto clasicista sir John Soane, creó «El Porche persa y la plaza de la Consulta de los lacedemonios», una admirable «reconstrucción» bidimensional del único monumento espartano importante del siglo V a.C. —cabe presumir que el Pórtico, o Estoa, persa fue construido en la década de 470—. Huelga decir que la imaginación de Gandy superó las capacidades creativas y prácticas de los antiguos espartanos, pero lo interesante es que, en un momento especialmente potente y fértil del neoclasicismo, una figura destacada del ámbito arquitectónico inglés decidiera dar rienda suelta a su fantasía en el emplazamiento arquitectónicamente insípido de la antigua Esparta.

A la larga, esta retórica verbal y visual tanto griega como extranjera fue un presagio de la guerra griega de la Independencia de 1821, que generó una avalancha de literatura patriótica en la que Leónidas nunca estaba lejos del centro. La heroica e intencionadamente planeada muerte de Markos Botzaris empujó a Byron a evocar la analogía con Leónidas. Esto se desarrolló más adelante en *Leónidas,* la tragedia clásica romántica de Michel Pichat de 1825, que culminaba en una impactante profecía del personaje de Leónidas sobre la influencia de la memoria de Esparta.

Mucho más famosos, y memorables, son los versos de *Don. Juan,* de Byron, sacados del canto al que a menudo aludimos como *Las islas de Grecia,* en el que el lord inglés se pone la

máscara de un poeta peripatético que entretiene a sus oyentes griegos con el sueño de que «Grecia puede todavía ser libre». He aquí el fragmento que se refiere específicamente a la contribución de Esparta y Leónidas a ese sueño:

¿Sólo hemos de sollozar por sus días más bienaventurados?
¿Sólo hemos de ruborizamos? —Nuestros padres sufrieron.
¡Tierra! Sácalos de tu pecho y devuelve
¡Un vestigio de nuestros espartanos muertos!
De la concesión de trescientos sólo tres.
¡Para hacer unas nuevas Termópilas![4]

Un desengañado siglo después, no obstante, una de las voces más potentes del siglo xx, Konstantine Cavafis, ofreció su aleccionadora rectificación:

Honor a aquellos que en su vida
custodian y defienden las Termópilas...
Y más honor aún les es debido
a quienes prevén (y muchos prevén) que Efialtes aparecerá finalmente
y que después de todo los medos pasarán.[5]

Aquellos a quienes no les haga gracia la idea de que los medos pasen, ni el pervertido uso que se hizo de Esparta y sus imágenes en la Alemania nazi antes y durante la Segunda Guerra Mundial, dirigirán su atención más bien al admirable torso de mármol pario de un guerrero desnudo descubierto en la década de 1920, en la zona del teatro situada bajo la acrópolis espartana, por miembros de Escuela Británica de Atenas. Al instante, como es comprensible, pero, ay, erróneamente, fue denominado «Leónidas». Erróneamente, porque el original formaba parte de un grupo, no se trataba de una estatua sola de pie, y el grupo seguramente estaba fijado al frontispicio de un templo, por lo que representaba un héroe o un dios, no un hombre mortal. (Ni siquiera un descendiente del «semidiós hijo de Zeus», Heracles, para lo cual Leónidas sí reunía los requisitos.) Además, la fecha de la escultura superviviente, aunque hay que admitir que es un asunto subjetivo, tiene más probabilidades de ser anterior a 480 que posterior. En cualquier caso, por último, es una fecha demasiado temprana para que se hubiera esculpido nada parecido a una escultura propiamente dicha en ningún lugar de Grecia, ni siquiera en la mucho más individualista Atenas, no digamos ya en la corporativista Esparta, de mentalidad comunitaria.

Sin embargo, es esta estatua de «Leónidas» la que constituye la base de las estatuas conmemorativas modernas erigidas tanto en Esparta como en el propio emplazamiento de las Termópilas. Quizá no menos conmovedora, y reveladora, a su modo es la copia instalada en una Esparta del Nuevo Mundo —en Wisconsin, una de los centenares de ciudades de Estados Unidos así llamadas—. Esta estatua pública ha sido norteamericanizada de todas las maneras posibles, hasta en la incorrecta letra «S» blasonada en el escudo. De hecho, en orden de batalla los antiguos espartanos se llamaban a sí mismos «lacedemonios», no «espartanos», por lo que en sus escudos estaba estampada

[4] Lord Byron, *Don Juan,* Canto.
[5] Estos versos son de «Termópilas», de Cavafis.

la letra griega lambda (una «V» invertida), no la sigma.

Leónidas sigue siendo material de leyenda en los medios de masas más masivos. En la década de 1960, una impactante película de Hollywood titulada *Los 300 espartanos* le dio el estrellato, y aún en la actualidad se le considera merecedor de protagonismo en Hollywood, con estrellas de la talla, o al menos del caché, de George Clooney y Bruce Willis al parecer compitiendo por el papel en una versión de la batalla de las Termópilas basada en *Puertas de fuego* (1998), del escritor de éxito Steven Pressfield. En el sitio web oportunamente llamado Amazon, las páginas dedicadas a las reacciones de los lectores de la novela de Pressfield son una esclarecedora instantánea del mito espartano en su última, occidental, encarnación.

¡Leónidas vive! Con él, también Esparta.

Apéndice

La caza: estilo espartano'

Actualmente, en la universidad hay más gente que nunca estudiando lenguas Clásicas o cursos de Estudios Clásicos o Civilización Clásica más o menos no lingüísticos. Más gente que nunca parece que quiere estudiar las lenguas antiguas. Sin embargo, Clásicas no está incluida por derecho propio en el currículo nacional mínimo prescrito por el gobierno británico para todas las escuelas estatales, públicas; como consecuencia directa de ello, cada vez menos personas estudian alguna de esas lenguas antiguas en la escuela antes de ir a la universidad. Por tanto, hay una necesidad constante de profesores universitarios como yo mismo para hacer proselitismo sobre el tema, para realizar una especie de labor diplomática, proporcionando vínculos entre universidades y escuelas, y entre universidades y el público en un sentido más general. Es lo que los franceses, de una manera bastante elegante y etimológica, denominan *haute vulgarisation* [«alta vulgarización»], y los más prosaicos británicos, «popularización». A mi juicio, ello no equivale a disminuir el nivel intelectual, rotundamente no, sino más bien a ponerse al tanto: hacer que las raíces —o una de las raíces principales— de nuestra civilización occidental sean más accesibles, más fáciles de utilizar, recordándole a la gente, en la actual cultura del período de atención de tres minutos, lo importante que es saber de dónde venimos, en última instancia, en un sentido cultural.

Dicho de otro modo, es un ejemplo de lo que el gran experto alemán de la época clásica Wilamowitz denominaba «dar sangre a los fantasmas» de la antigüedad. No obstante, para seguir con el juego de palabras, el que quiero examinar aquí es un tipo muy específico de sangría. A mi entender hay, a grandes rasgos, dos razones fundamentales para querer seguir estudiando hoy a los antiguos griegos. Primero, se parecen mucho a nosotros —genuinamente ancestrales en muchos aspectos culturales esenciales—. Segundo —la razón exactamente contraria—, difieren mucho de nosotros, también en aspectos básicos. Por ejemplo, su democracia participativa directa no era nuestra democracia representativa relativamente incruenta; su teatro y sus deportes se inventaron y se siguieron practicando en un contexto religioso crucial. Normalmente prefiero subrayar las diferencias entre ellos y nosotros por razones críticas, académicas e historiográficas. Y lo hago en especial cuando los griegos son invocados como «antepasados» nuestros para legitimar o dar un lustre favorable a prácticas o pasatiempos actuales polémicos. Aquí es donde aparece la cuestión políticamente controvertida de la caza. De algún modo, la analogía de Wilamowitz parece particularmente adecuada a un estudio de la caza de los griegos y los espartanos antiguos.

En el divertido libro *Bobos en el paraíso: ni hippies, ni yuppies: un retrato de la nueva clase triunfadora* (2000), David Brooks, el autor, hace los siguientes comentarios sobre la década de 1950: «Fue la última gran época de juergas socialmente aceptables. Era todavía una

época en que la caza del zorro y el polo no parecían antigüedades». Por desgracia, a mi entender, en mi país esto no parece ser lo bastante anticuado. Aunque en Escocia está prohibida, la caza del zorro con sabuesos goza de buena salud en bastantes condados ingleses, si bien también ahí está bajo una amenaza legal, de restricción estricta o de prohibición total, sobre todo por motivos éticos. Si Siegfried Sassoon, ex alumno de mi College de Cambridge, Clare, hubiera vívido otros treinta años, seguramente se habría mostrado complacido al ver las ventas de la última reedición de su ligeramente novelada *Memoirs of a Fox-Hunting Man [Memorias de un cazador de zorros]*, publicada por primera vez en 1928. Por otro lado, también estoy seguro de que una notable evocación reciente de la mítica Cacería del jabalí de Calidonia, *En figura de jabalí* (2000), del novelista de formación clásica Lawrence Norfolk, tuvo en cuenta el relieve político actual de la más refinada forma moderna de caza rememorada en las *Memoirs* de Sassoon.

Fue en este ambiente de enfervorizado debate político público donde apareció, en 1998, *On Hunting [Sobre la caza]*, de Roger Scruton, un pequeño libro de 161 páginas. El eco de los tratados existentes de Jenofonte (siglo IV a.C.) y Arriano (siglo II d.C.) con este título, publicados recientemente en un práctico volumen por el erudito Malcolm Willcock, es deliberado. El prefacio de Scruton empieza así:

> Cazar con perros es un arte que requiere tanto resistencia como destreza. Ya estaba muy arraigado en la antigüedad, y el tratado de Jenofonte sobre el tema pone de manifiesto lo mucho que se parecen las técnicas utilizadas por los cazadores en la antigua Grecia y las de la actualidad. También se parecían las actitudes —hacia los perros, hacia los seguidores de la partida y hacia el campo—. Sin embargo, la presa era diferente...

Podemos ver por qué Scruton quiere volver a los griegos, invocar su autoridad cultural en una época en que su pasatiempo y deporte preferido está amenazado legalmente por el gobierno. En cierto modo yo comparto su nostalgia del mundo de la Grecia antigua. Uno de mis pasajes preferidos de toda la literatura griega aparece en el Libro 17 de la *Odisea*, donde Ulises, con su andrajosa vestimenta, regresa a Ítaca tras una ausencia de veinte años para encontrar al viejo perro Argos tendido en el suelo, sarnoso, lleno de garrapatas, abandonado entre un montón de desperdicios. El amo y el perro se reconocen uno a otro pese a su cambiado aspecto, pero ese esfuerzo de reconocimiento resulta excesivo para el viejo can y, en las acertadas palabras de la traducción en prosa de Walter Shewring, «el destino de la muerte sombría cayó de repente sobre él cuando en ese vigésimo año había alcanzado a ver de nuevo a Ulises». ¡Qué diferente había sido la situación de Argos (en más de un sentido) veinte años antes! Toda vez que entonces, tal como lo expresó el esclavo porquero Eumeo, «en ningún rincón del espeso bosque había bestia alguna capaz de escapar de él cuando la perseguía. ¡Qué seguro estaba cuando seguía la pista a las presas!» —que podían ser cabras salvajes, ciervos o liebres.

De todos modos, ¿es de veras sólo la presa, tal como dice Scruton, lo que distingue la caza británica moderna de la caza griega antigua? Y aunque al menos algunas de las técnicas utilizadas sean similares, ¿es verdad que las actitudes griegas antiguas y las británicas modernas ante la caza son «parecidas»? ¿Es realmente posible, o útil, hablar de una manera tan general y anodina sobre las actitudes «de los antiguos griegos» ante la caza? En el resto de este apéndice analizaré estos tres aspectos por orden: presa, actitudes

e identidad del grupo cazador, con especial referencia a las costumbres de los antiguos espartanos.

No hace falta una gran imaginación para captar las enormes diferencias entre el tipo de caza llevada a cabo en nuestra época con armas de fuego —ciervos en Norteamérica (como en la película *El cazador),* pequeñas aves migratorias en los países mediterráneos— y la única caza de la que habla Scruton, la de zorros con perros y a caballo. Asimismo, pese a la afirmación de Scruton sobre una técnica semejante, de hecho la caza del zorro a caballo es también muy distinta de todas las formas de caza en la Grecia antigua, que se ejecutaba a pie en el momento de contacto con la presa. Pues, aunque los cazadores griegos cabalgaran inicialmente hasta el lugar, para abatir a la presa desmontaban.

En realidad, el paralelismo más directo, tanto respecto a la técnica como a la presa, entre la caza antigua y la moderna se observa entre la antigua caza de liebres y lo que los cazadores modernos denominan *beagling* (por el nombre del perro beagle utilizado). Pero el *beagling* no es un deporte, o pasatiempo, contemporáneo sofisticado, y cuesta imaginar que Scruton se deshiciera en elogios hablando del mismo como hace al defender, o mejor recomendar decididamente, la caza del zorro. Además, al menos uno de los objetivos de la caza de la liebre en la mayor parte de la Grecia antigua no es precisamente congruente con nuestras concepciones y nuestra práctica moderna, aunque era fundamental para los patrones griegos de pensamiento y conducta. Pues las liebres eran una forma característica de regalo de amante, más concretamente uno de los sellos distintivos de la relación pederasta de homoerotismo que la mayoría de los sistemas legales actuales prohíben por razones morales al considerarlo abuso infantil. Volveremos sobre la dimensión erótica de la caza en la antigua Grecia cuando examinemos las actitudes con mayor detalle. Pero, para acabar nuestro comentario sobre la presa, veamos otras dos diferencias realmente enormes entre las costumbres cazadoras de los griegos antiguos y de los británicos y norteamericanos actuales: la caza del jabalí y la caza del hombre.

El propio Scruton menciona la caza del jabalí salvaje, a la que Jenofonte dedica un capítulo en su tratado. Lo que no menciona, pese a sus aproximaciones de aficionado a la sociología y la antropología social de la caza moderna, es que la caza del jabalí en la antigua Grecia —a diferencia de la moderna británica del zorro— era una prueba de hombría en el sentido más literal, un test muy adecuado como el de la *andreia* (hombría, virilidad) que se le exigiría paradigmáticamente a un hoplita griego en el campo de batalla. En un sentido simbólico, la caza del jabalí también era tanto un rito de paso, dicho en términos técnicos, como —en todas las ciudades menos en Esparta— una señal de distinción de la élite social. Scruton tiene interés —demasiado— en subrayar lo que considera calidad popular, interclasista, de su caza del zorro. Pero pocos griegos tenían caballos y el material necesario, y los que sí los tenían utilizaban esclavos —otro hecho que Scruton oculta de forma inocente o hipócrita— que estaban encargados de hacer batidas, tender redes o almohazar los caballos, entre otras tareas indispensables del personal de apoyo. Sólo en Esparta, con sus abundantes recursos de ilotas y su insistencia en el valor de la caza como forma de adiestramiento militar para todos, tomaban parte también los ciudadanos corrientes en este peligrosísimo «pasatiempo». Pero es dudoso que Scruton deseara destacar Esparta como sociedad ancestral cazadora modélica.

La mención de los esclavos plantea la cuestión de la caza del hombre. En una sociedad

esclavista como la Atenas clásica, una forma característica de resistencia a la esclavización era la huida. El caso individual más llamativo del que tenemos constancia tuvo lugar al final de la guerra ateniense, cuando, si creemos a Tucídides, «más de dos veces 10.000 esclavos» escaparon al amparo de la ocupación de parte del territorio de Atenas por Esparta. Por lo común, los esclavos podían huir de uno en uno o de dos en dos, poquito a poco. Pero esta huida de esclavos fue tan regular y persistente que originó el fenómeno del perseguidor profesional de esclavos *(drapetagôgos).* Éste —y sus perros— se dedicaban a lo que sin duda era una actividad muy lucrativa. En la antigua Grecia, Esparta era un tipo muy distinto de sociedad esclavista; más adelante volveremos sobre esta diferencia entre Esparta y Atenas. De momento, lo que destacamos es que la caza del hombre era una parte sistemática de las relaciones cotidianas entre los espartanos y la clase inferior servil de los ilotas (griegos). En otras palabras, en Esparta la caza —selectiva— de ilotas no era ningún signo de disfunción sistémica, como las huidas en Atenas. Más bien era un hecho «normal», un elemento clave de la serie de técnicas represivas utilizadas por los espartanos contra los ilotas bajo el barniz legal de su declaración anual de guerra contra ellos. Así pues, en Esparta la caza y la guerra eran en realidad actividades solidarias, con un toque típicamente espartano.

Desde las diferencias en cuanto a la presa, con sus repercusiones ciertamente perturbadoras para las diferencias en la estructura social, tanto entre las sociedades antiguas y modernas como dentro de la propia Grecia antigua, pasaré ahora a ocuparme de diferencias esenciales en los aspectos metafóricos de la caza. Es un tópico que la terminología de la caza está incorporada a nuestro vocabulario cotidiano de una manera rutinaria, no amenazadora. Nosotros los académicos, por ejemplo, vamos en busca, «a la caza», de una referencia en la biblioteca de forma natural. Esto es, la caza se ha infiltrado en nuestro vocabulario en diversos niveles sociales y registros semánticos. También en la Grecia antigua. En la excelente monografía de Alain Schnapp sobre textos e imágenes de la caza en la antigua Grecia, el tercer capítulo —el primero importante— lleva por título precisamente *La métaphore du chasseur.*

No obstante, aquí termina cualquier semejanza o analogía útil o utilizable entre metáforas de caza antiguas y modernas. El conjunto de la obra de Schnapp se titula *Le chasseur et la cité,* lo que indica que, en la Grecia antigua, la caza no existía como fenómeno estrictamente social o económico, sino que tenía su sitio dentro y sólo dentro del ámbito omnímodo de la polis. Era política en un sentido en que no puede serlo la caza moderna. Por otra parte, el subtítulo del libro es *Chasse et érotique dans la Grèce ancienne.* Sin duda, la erótica y el erotismo han tenido y tendrán su lugar en los escenarios de caza modernos, aunque Adrian Phillips, en sus comentarios sobre Jenofonte, observa de modo enigmático que «para algunos [la caza] incluso desterrará "pensamientos de amor"». Pero la cuestión es que la erótica y el erotismo no se consideran de manera clara y directa el objetivo, ni siquiera uno de los principales objetivos, del fenómeno de la caza moderna en su conjunto.

Este diferencial clave nos sitúa, a mi juicio, en la pista interpretativa correcta, la pista donde se recalca la diferencia entre ellos y nosotros, entre lo antiguo y lo moderno. En otras palabras, actualmente la caza del zorro no es ni mucho menos tan «natural» o elemental como Scruton quiere hacernos creer; está lejos de ser un acto reflejo, automático, por decirlo así. Podría decirse que esto estaba más cerca de la realidad en la antigüedad

griega —cuando, conviene recordar, no se había desarrollado ni siquiera el concepto de derechos humanos (no digamos ya de los animales).

Esto me lleva al siguiente y último punto: ¿quiénes eran realmente los griegos de los que Scruton da a entender que eran pertinentemente ancestrales y fidedignos? Los griegos de la antigüedad eran muy conscientes de que ni mucho menos eran todos culturalmente idénticos, si bien casi todos admitían que eran más las cosas que tenían en común que las que los diferenciaban —con una excepción: los espartanos—. Según la tradición antigua, promovida por los propios espartanos y fomentada en especial por los atenienses, Esparta era «ajena», críticamente distinta, de todas las demás ciudades y sociedades griegas en cuestiones esenciales. Tras tener conocimiento de la dimensión propagandística de este «mito» o «espejismo» espartano, algunos expertos modernos han afirmado que en realidad Esparta no era tan diferente. Siento no estar de acuerdo por toda clase de razones, políticas, sociales, económicas, religiosas, etcétera, pero cuando menos por una que tiene que ver directamente con el tema que nos ocupa. A mi entender, la caza espartana difería *toto caelo* de la caza tal como se practicaba en cualquier otra ciudad griega de la época. Esto no es en absoluto un punto de vista novedoso, pero me parece que vale la pena exponer brevemente los rudimentos del caso, aunque sólo sea para poner de manifiesto lo problemática que es de hecho cualquier apelación a la autoridad de los griegos antiguos.

En el núcleo del sistema político general espartano *(politeia)* estaba la costumbre de pertenecer a las mesas comunes, de cuya ininterrumpida participación en las mismas dependía el ejercicio de la «ciudadanía» espartana plena (*politeia* en otro sentido). Sólo había dos excusas legítimas para no asistir a la comida vespertina obligatoria: una, la ejecución de un sacrificio necesario; otra, la caza. La caza espartana tenía como objetivo las mismas presas que la de otros griegos como los atenienses —ciervos, jabalíes, liebres, etcétera—. Pero, a diferencia de Atenas, en Esparta la caza no se concebía como una actividad de tiempo libre, no digamos ya un deporte. Y por lo que sabemos, los frutos de la caza no se incluían en el repertorio de las insinuaciones amorosas de un amante espartano a su joven amado. La caza espartana de animales era un asunto muy serio, y los productos de la misma eran aportados como rutina a las mesas comunes.

En todo caso, muchísimo más distinto aún de ciertas clases de caza ateniense era el hecho de que la comunidad espartana alentaba oficialmente a todos los hombres, al margen de su nivel económico, político o social, a participar con regularidad en la caza, al parecer por razones de preparación militar. Así pues, era obligatorio que los caballos y los perros de caza —que eran de propiedad privada— y los ilotas —que no eran de propiedad privada pero desde luego estaban ligados a la fuerza al servicio de amos y amas individuales— estuvieran a disposición de cualquier espartano que quisiera cazar. De hecho, los espartanos corrientes más pobres procuraban sacar provecho de este requisito, en parte por motivos militares, pero también porque esto les permitía contribuir con manjares adicionales a sus mesas y, de este modo, no ser menos que los más ricos que aportaban productos de sus grandes fincas.

Además, los espartanos, por ser tales, se mostraban muy orgullosos de la cría de caballos, perros y —presumiblemente—ilotas de la máxima calidad para la caza, y prestaban a la misma una gran atención. Una extensión de tierra en las estribaciones del monte Taigeto, no lejos de Esparta, recibía el prosaico nombre de Terai, «terreno de caza».

Algunas de las imágenes más memorables entre las figuras negras de las vasijas laconianas del siglo VI son las atribuidas al Pintor de Caza.[2] La figura 9, por ejemplo, vasija típica de dicho Pintor, muestra una representación característica «ojo de buey» de una escena de caza: se hace hincapié en la necesidad de la cooperación estrecha, casi instintiva, entre los cazadores, uno de los cuales parece un adulto ya formado, con barba y cabellera, mientras que el otro lleva el pelo largo pero es imberbe, seguramente aprendiz aún del oficio de su mentor. En la figura 10, vemos una característica figura hoplítica representada junto con su Argos, por así decirlo, su fiel perro de caza. En la figura 11, aparece un ánfora de terracota de una época temprana, con decoración en relieve, que servía como señalizador de tumbas. En un lado de la vasija hay una escena de caza fructífera, justo el tipo de imagen que un buen espartano querría llevarse consigo al otro mundo. Por último, la caza simulada fue desde luego incorporada como elemento central a la resucitada Agoge, el sistema educativo integral de los espartanos de las épocas helenística y romana. Pero seguramente ya estaba incluida en la Agoge del período clásico, pues se escenificaron manifestaciones rituales clave de ese ciclo en el santuario de Artemisa Ortia, diosa de la fertilidad, el crecimiento y las tierras salvajes, estrechamente vinculada a la caza de fieras.

No obstante, esta dedicación política oficial a la caza de animales no es de ninguna manera el rasgo más destacado de la caza espartana, que era, naturalmente, la caza de ilotas, tanto individual como colectiva, que ya he mencionado. Esta costumbre tolerada ofrcialmente servía para vigilar a los ilotas mediante una suerte de terrorismo de Estado y a la vez como prueba de hombría para los individuos espartanos preadultos seleccionados honoríficamente para prestar sus servicios en la Cripteia. Es en el contexto de la caza de ilotas auspiciada por el Estado donde la dura crítica que hace Aristóteles del sistema educativo estatal único de los espartanos es, a mi juicio, más elocuente. La educación espartana, señalaba, era sistemáticamente defectuosa por el hecho de que pretendía inculcar sólo una clase de virtud, el coraje marcial, y por tanto tendía a formar espartanos «como bestias», más específicamente «como lobos».

Los lobos tenían fama de ser cazadores y asesinos consumados. El «lobuno» Apolo (Apolo Liceo), cuyo nombre acaso recuerde al del supuesto fundador de ese sistema educativo espartano, Licurgo («lobo-trabajador»), era por tanto el patrón divino de una práctica que probablemente ni siquiera Roger Scruton desearía invocar como legitimación ancestral de su propio pasatiempo de elección.

Notas*

Estas notas sólo hacen referencia a las fuentes antiguas traducidas en el texto.

Introducción

1. Tucídides, Libro IV, capítulo 40. Véase también Strassler, ed. 1996.
2. Plutarco, *Vida de Agesilao,* cap. 6. Véase Shipley, 1997, en «Lecturas adicionales».

Capítulo 1

1. Heródoto, Libro I, cap. 4 (véase también cap. 3). Véase también Marincola, ed., 1996.
2. Heródoto, II, 120 (véase caps. 113-120).
3. Heródoto, VI, 61.
4. Safo, fragmento 23. Véase también West, 1993.
5. Safo, fragmento 16.
6. Aristófanes, *Lisístrata,* versos 78-84.
7. Aristófanes, *Lisístrata,* versos 1.296-1.315.
8. Heródoto, I, 65.
9. Plutarco, *Vida de Licurgo,* cap. 6. Véase también Talbert, ed., 1988.
10. Píndaro, fragmento lírico, citado en Plutarco, *Vida de Licurgo,* cap. 21.
11. Terpandro, fragmento lírico, citado en Plutarco, *Vida de Licurgo,* cap. 21.

Capítulo 2

1. Heródoto, VII, 152.
2. Heródoto, I, prefacio.
3. Heródoto, VIII, 65.
4. Heródoto, VI, 65.

Capítulo 3

1. Plutarco, «Dichos de mujeres espartanas».
2. Plutarco, «Dichos de mujeres espartanas», Gorgo n.° 1 (*Moralia,* 240d).
3. Plutarco, «Dichos de mujeres espartanas», Gorgo n.° 4 (*Moralia,* 240e).
4. Plutarco, «Dichos de mujeres espartanas», Gorgo n.° 5 (*Moralia,* 240e).
5. Heródoto, VII, 226.
6. Simónides, epigrama, citado en Heródoto, VII, 228.
7. Simónides, citado en Ateneo, XII, 536ab. Véase Campbell, ed., 1991.
8. Simónides, fragmento elegíaco 11. Véase también West, ed., 1993; Boedeker & Sider, eds., 2001.
9. Simónides, epigrama, citado en Tucídides, I, 132.

---

* Además, en nuestra edición digital, se han incluido a pie de página [Nota del escaneador].

Capítulo 4

1. Tucídides, 19.
2. Heródoto, IX, 37.

Capítulo 5

1. Aristóteles, *Política, Libro* II, p. 1.270.
2. Alcmán, *Partheneion,* frag. 1. Véase también West, ed., 1993.
3. Jenofonte, *Hellenica [Historia de Grecia],* Libro VI, capítulo 4, sección 16.
4. Plutarco, «Dichos de mujeres espartanas», Argileonis *(Moralia,* 240c).

Capítulo 6

1. Tucídides, IV, 121.
2. Tucídides, IV, 80, describe con espeluznante detalle una masacre ejemplar, encubierta, llevada a cabo por Esparta contra unos 2.000 ilotas, probablemente mesenios; quizá corresponda aproximadamente a ese momento.
3. Tucídides, V, 70.
4. Tucídides, V, 75.

Capítulo 7

1. La biografía de Cinisca que sigue es una versión modificada del capítulo pertinente en Cartledge, 2000.
2. *Antología palatina,* XIII, 16.
3. Plutarco, «Dichos de los espartanos», Agesilao, n.° 71 *(Moralia,* 213f); también *Moralia,* 189f, Licurgo, n.° 5; 227c, Licurgo, n.° 11; *Vida de Licurgo,* cap. 13.
4. Jenofonte, *Hellenica,* V, 3, 16.

Capítulo 8

1. Plutarco, «Dichos de reyes y comandantes», Arquídamo *(Moralia,* 191e); véase también *Moralia,* 219a, Arquídamo, n.° 8.
2. Arriano, *Anábasis [Las campañas de Alejandro Magno],* Libro *1,* capítulo 16.
3. Pausanias, *Guía de Grecia,* Libro IX, capítulo 15. Véase Levi, 1971.
4. Plutarco, *Agesilao,* 30. Véase también Shipley, 1997.

Capítulo 9

1. Aristóteles, *Política,* Libro II, p. 1.270.
2. Erskine, 1990.
3. A. Spawforth, en Cartledge *&* Spawforth, 2001, 99.

Capítulo 10

1. Plutarco, *Vida de Cleomenes,* capítulo 2. Véase también Talbert, ed., 1988.
2. M. de Montaigne, «Sobre los caníbales», en *Ensayos completos,* El Acantilado, 2007.
3. Fénelon, *Diálogo* XL, citado de Rawson 1969/1991, 220.
4. Lord Byron, *Don Juan,* Canto.

5. Estos versos son de «Termópilas», de Cavafis.

Apéndice

1. Este nuevo apéndice se basa en la conferencia de James Loeb titulada «Blood for the Ancient Greek Ghosts: Hunting for a New Past» [Sangre para los fantasmas de la antigua Grecia: a la búsqueda —caza— de un nuevo pasado], que pronuncié en la Universidad de Harvard el 15 de diciembre de 2000. Por su amable invitación, muestro mi agradecimiento más afectuoso a la Facultad *Junior* del Departamento de Clásicas, en especial a mi amigo y colaborador Nino Luraghi y al otro invitado, la cordial y simpática Gloria Ferrari Pinney.

2. Aunque formalmente no es posible afirmar categóricamente que el Pintor de Caza estaba representando escenas de género de la vida espartana cotidiana más que la cacería de Calidonia u otras cazas míticas del jabalí, creo que Alain Schnapp ha defendido esta interpretación de manera bastante convincente y concluyente.

Lecturas adicionales

Para los títulos completos, véase Bibliografía seleccionada

I. LIBROS Y ARTÍCULOS SOBRE ESPARTA

Cartledge, 1987, 2001a, 2001b; Cartledge & Spanforth, 2001; Chrimnes, 1949/1999; Den Boer, 1954; Finley, 1968/1981; Fitzhardinge, 1980; Forrest, 1968; Hodkinson, 1983, 1986, 1989, 1996, 1997b, 1999b, 2000; Hodkinson & Powell, eds., 1989; Hooker, 1980; Huxley, 1962; Jones, 1967; Malkin, 1994; Oliva, 1971; Poralla & Bradford, 1985/1913; Powell, ed., 1989; Powell & Hodkinson, eds., 1994.

II. FUENTES LITERARIAS [VÉASE TAMBIÉN EL CAPÍTULO g]

Boedeker & Sider, eds., 2001; David, 1982/1983; Campbell, ed., 1991; Marincola, ed., 1996; Moore, 1983; Shipley, 1997; Starr, 1965/1979; Strassler, ed., 1996; Talbert, ed., 1988; West, ed., 1993.

III. ARQUEOLOGÍA ESPARTANA

Boardman, 1963; Cartledge, 1976a; Cavanagh *et al.*, 2003; Cavanagh & Walker, eds., 1998; Congdon, 1981; Dawkins, ed., 1929; Dickins, 1908; Fitzhardinge, 1980; Hodkinson, 1998; Pipili, 1987; Powell, 1989; Steinhauer, 1978.

IV. POLÍTICA ESPARTANA

Adcock & Mosley, 1975; Andrewes, 1956; Bonner & Smith, 1942; Cartledge, 1976b, 1978, 1980; David, 1985; Herman, 1987; Jeffery, 1961/1990, 1976; MacDowell, 1986; De Ste. Croix, 1972; Staveley, 1972.

V. SOCIEDAD ESPARTANA (ILOTAS INCLUIDOS)

Bryant, 1996; Cartledge, 1981a, 1985, 1992; David, 1989a, 1989b, 1992, 1993; Dickins, 1929; Ducat, 1999; Figueira, 1984; Garlan, 1988; Garland, 1995; Van Gennep, 1960/1909; Golden, 1998; Hodkinson, 1996, 1997a, 1997b, 1999a; Hunt, 1998; Kennell, 1995; Oliva, 1971; Pettersson, 1992; De Ste. Croix, 1981; Scanlon, 1988; Vernant, 1991; Vidal-Naquet, 1968, 1986a, 1986b.

VI. GUERRA ESPARTANA

Adcock, 1957; Cartledge, 1977, 1996; Ferguson, 1918; Hanson, 1989, ed., 1991; Lazenby, 1985.

VII. NOVELAS HISTÓRICAS

Pressfield, 1998; Manfredi, 1988/2002.

Capítulo 1

Andrewes, 1956; De Polignac, 1995; Svenbro, 1993.

Capítulo 2

Cawkwell, 1993.

Capítulo 3

Lazenby, 1985

Capítulo 4

De Ste. Croix, 1972; esp. cap. 4.

Capítulo 5

Bradford, 1986; Bruit & Schmitt, 1992; Calame, 1997; Cartledge, 1981b; Congdon, 1981; Kunstler, 1983, 1987; Lacey, 1968/1980; Parker, 1989; Pettersson, 1992; Pomeroy, 1976, 1997, 2002, ed., 1991; Stewart, 1997; Zweig, 1993.

Capítulo 6

De Ste. Croix, 1972.

Capítulo 7

Cartledge, 1987/2000; Hodkinson, 1996.

Capítulo 8

Hodkinson, 1996.

Capítulo 9

Cartledge & Spawforth, 1989/2001.

Capítulo 10

Cartledge, 1999; Finley, 1962; Jenkyns, 1980; 011ier, 19331943/1973; Rawson, 1969/1991; Tigerstedt, 1965/1978; Turner, 1981.

Apéndice

Anderson, 1985; Barringer, 2000; Cartledge & Waterfield, 1997 [el tratado jenofóntico *Sobre la* caza]; David, 1993; Lane Fox, 1996; Norfolk, 2000; Parisinou, 2002; Phillips & Willcock, 1999; Scanlon, 1988, 2002; Schnapp, 1997.

Bibliografía seleccionada

Adcock, F. E., *The Greek and Macedonian Art of War,* California & Londres, 1957.

Adcock, F. E. & D. J. Mosley, *Diplomacy in Ancient Greece,* Londres, 1975.

Anderson, J. K., *Hunting in the Ancient World,* Berkeley, 1985.

Andrewes, A., *The Greek Tyrants,* Londres, 1956.

Barringer, J. M., *The Hunt in Ancient Greece,* Baltimore & Londres, 2001.

Boardman, J., «Artemis Orthia and chronology», *ABSA,* n.° 58 (1963), pp. 1-7.

Boedeker, D. & Sider, (eds.), *The New Simonides: Contexts of Praise and Desire,* Oxford, 2001.

Bonner, R. J. & G. Smith, «Administration of Justice in Sparta», *Classical Philology,* n.° 37 (1942), pp. 113-129.

Bradford, A. S., A *Prosopography of Lacedemonians from the death of Alexander the Great, 323 B.* C., *to the sack of Sparta by Alaric,* Múnich, 1977.

– «Gynaikokratoumenoi: did Spartan women rule Spartan men?», *The Ancient World,* n.° 14 (1986), pp. 13-18.

Bruit-Zaidman, L. & P. Schmitt-Pantel, *Religion in the Ancient Greek City,* P. A. Cartledge (ed. y trad.), Cambridge, 1992 (hay trad. cast.: *La religión griega: en la polis de la época clásica,* Akal, Madrid, 1992).

Bryant, J. M., *Moral Codes and Social Structure in Ancient Greece. A sociology of Greek Ethics from Homer to the Epicureans and Stoics,* Albany, Nueva York, 1996.

Campbell, D. A. (ed.), *Greek Lyric,* vol. III (Biblioteca Clásica Loeb), Cambridge, MA, 1991.

Calame, C., *Choruses of Young Women in Ancient Greece. Their Morphology, Religious Role, and Social Functions,* Lanham, MD & Londres, 1997.

Cartledge, P. A., «Did Spartan citizens ever practise a manual *tekhne?», Liverpool Classical Monthly,* n.° 1 (1976a), pp. 115-119.

— «The new Spartan treaty», *LCM,* n.° 1 (1976b), pp. 87-92.

— «Hoplites and Heroes: Sparta's contribution to the technique of ancient warfare», *JHS,* n.° 97 (1977), pp. 11-27 [reimpr. en trad. alemana con añad. en Christ (ed.), 1986, pp. 387425, 470].

— «Literacy in the Spartan oligarchy», *Journal of Hellenic Studies,* n.° 98 (1978), pp. 25-37, reimpr. en Cartledge, 2001b.

— «The peculiar position of Sparta in the development of the Greek city-state», *Proceedings of the Boyal Irish Academy,* n.° 80C (1980), pp. 91-108, reimpr. en Cartledge, 2001b.

— «The politics of Spartan pederasty», *Proceedings of the Cambridge Philological Socia",* n.° 27 (1981a), pp. 17-36 [reimpr. con añad. en Siems (ed.), 1988, pp. 385-415], reimpr. en Cartledge, 2001b.

— «Spartan wives: liberation or licence?», *Classical Quarterly,* n.° 31 (1981b), pp. 84-105, reimpr. en Cartledge, 2001b.

– «Rebels and *Sambos* in Classical Greece: a comparative view», en Cartledge & Harvey (eds.), 1985, pp. 16-46, reimpr. en Cartledge, 2001b.

– *Agesilaos and the Crisis of Sparta,* Londres & Baltimore, 1987 [reimpr. en rústica, 2000].

— «A Spartan education», en *Apodosis. Essays presented to W Cruickshank to mark his eightieth birthday,* Londres, 1992, pp. 10-19 [St. Paul's School, impresión privada], reimpr. en Cartledge, 2001b.

— «La nascita degli opliti e l'organizzazione militare», en S. Settis (ed.), *I Greci* II. *Una Storia Greca* 1. *Formazione,* Turín, 1996, pp. 681714, reimpr. en inglés en Cartledge, 2001b.

— «The Socratics' Sparta and Rousseau's», en Hodkinson & Powell (eds.), 1999, pp. 311-337.

— *The Greeks: Crucible of Civilization,* Nueva York, 2000 [reimpr. Londres, 2001] (hay trad cast.: *Los griegos: encrucijada de la civilización,* Crítica, Barcelona, 2004).

— *Sparta and Lakonia. A regional history 1300-362 BC,* Henley & Boston (2.' ed. en Londres), 2001a.

– *Spartan Reflections,* Londres & California, 2001b.

— *The Greeks. A portrait of Self and Others,* Oxford, 2002 (2.ª edición) [trad. alemana con Nachwort, Stuttgart, 1998] (hay trad cast.: *Los griegos,* Crítica, Barcelona, 2007).

Cartledge, P. A. *&* A. J. S. Spawforth, *Hellenistic and Roman Sparta: a tale of two cities,* ed. rev. Londres & Nueva York, 2001.

Cartledge, P. A. & R. Waterfield (eds.), «Sobre la caza» de Jenofonte, en *Xenophon: Hiero the Tyrant & other Treatises,* Londres, 1997, pp. 123-162.

Cavanagh, W. G., J. H. Crouwel, R. W. V. Catling *&* D. J. G. Shipley, *Continuity and Change in a Greek Rural Landscape: the Lakonia Survey* II: *Archaelogical Data,* Escuela Británica de Atenas, volumen suplementario 27, Londres, 1996.

– *Continuity and Change in a Greek Rural Landscape: the Lakonia Survey 1: Methodology and Intopretation,* Escuela Británica de Atenas, volumen suplementario 26, Londres, 2003.

Cavanagh, W. G. & Walker, S. E. C. (eds.), *Sparta in Laconia* (actas del 19.° Coloquio Clásico del Museo Británico: estudios B. S. A. 4), Londres, 1998.

Cawkwell, G. L., «Cleomenes», *Mnemosyme,* 4.ª ser., n.° 46 (1993), pp. 506-527.

Chrimes, K. M. T., *Ancient Sparta. A Re-examination of the evidence,* Manchester, 1949 [reimpr. en Oxford, 1999].

Christ, K. (ed.), *Sparta,* Darmstadt, 1986.

Congdon, L. O. K., *Caryatid Mirrors of Ancient Greece,* Mainz, 1981.

David, E., «Aristotle on Sparta», *Ancient Society,* n.° 13-14 (1982-1983), pp. 67-103.

— «The trial of Spartan kings», *Revue internationale des Droits de l'Antiquité,* n.° 32 (1985), pp. 131-140.

— «Dress in Spartan society», *The Ancient World,* n.° 19 (1989a), pp. 313.

— «Laughter in Spartan society», en Powell (ed.), 1989, pp. 1-25.

— «Sparta's social hair», *Eranos,* n.° 90 (1992), pp. 11-21.

– «Hunting in Spartan society and consciousness», *Echos du Monde Classique/Classical Views,* n.° 37 (1993), pp. 393-417.

Dawkins, R. M. (ed.), *The Sanctuary of Artemis Orthia At Sparta. Excavated and described by members of the British School at Athens, 1906-1910 (Journal of Hellenic Studies,* supl. V), Londres, 1929.

Den Boer, W., *Laconian Studies,* Amsterdam, 1954.

Dickins, G., «The art of Sparta», *Burlington Magazine,* n.° 14 (1908), pp. 66-84.

— «The terracotta masks», en Dawkins (ed.), 1929, pp. 163-186.

Ducat, J., «Perspectives on Spartan education in the classical period», en Hodkinson & Powell (eds.), 1999, pp. 43-66.

Erskine, A. W., *The Hellenistic Stoa. Political Thought and Action,* Londres, 1990.

Ferguson, W. S., «The Zulus and the Spartans: a comparison of their military systems», *Harvard African Studies,* n.° 2 (1918), pp. 197-234.

Figueira, T J., «Mess contributions and subsistence at Sparta», *Transactions of the American Philological Association,* n.° 114 (1984), pp. 87-109.

Finley, M. I., «The myth of Sparta», *The Listener,* agosto, n.° 2 (1962), 171-173.

— «Sparta», en J.-P. Vernant (ed.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne,* París, 1968, pp. 141-160 [reimpr. en Finley, 1981, pp. 2440, 1986a, pp.161-177].

— *Economy and Society in Ancient Greece,* ed. B. D. Shaw & R. P. SaIler, Londres, 1981 [reimpr. Harmondsworth, 1983] (hay trad. cast.: *La Grecia antigua: economía y sociedad,* Crítica, Barcelona, 2000).

Fitzhardinge, L. F., *The Spartans,* Londres *&* Nueva York, 1980.

Forrest, W. G., A *History of Sparta 950-192 B.C.,* Londres, 1968 [reimpr. 1980].

Garlan, Y., *Slavery in Ancient Greece,* Ithaca & Londres, 1988 [original francés, 1982].

Garland, R., *In the Eye of the Beholder. Deformity and disability in the Graeco-Roman world,* Londres, 1995.

Gennep, A. Van, *The Rites of Passage,* Londres, 1960 [original francés, 1909] (hay trad. cast.: *Los ritos de paso,* Alianza, Madrid, 2008).

Golden, M., *Sport and Society in Ancient Greece,* Cambridge, 1998.

Griffiths, A. H., «Was Kleomenes mad?», en Powell (ed.), 1989, pp. 51-78.

Hanson, V. D., *The Western Way of War: infantry battle in classical Greece,* Nueva York, 1989 [ed. rev., California, 2000).

– (ed.), *Hoplites. The Classical Greek Battle Experience,* Londres & Nueva York, 1991.

Herman, G., *Ritualised Friendship and the Greek City,* Cambridge, 1987.

Hodkinson, S., «Social order and the conflict of values in Classical Sparta», *Chiron,* n.° 13 (1983), pp. 239-281.

– «Land tenure and inheritance in Classical Sparta», *Classical Quarterly,* n.° 36 (1986), pp. 378-406.

– «Inheritance, marriage and demography. Perspectives upon the decline and success of Classical Sparta», en Powell (ed.), 1989, pp. 79-121.

– «Spartan society in the fourth century: crisis and continuity», en P. Carlier (ed.), *Le IVe siècle av. J.-C. Approaches historiographiques,* París, 1996, pp. 85-101.

– «Servile and free dependants of the classical Spartan "oikos"», en M. Moggi & G. Cordiano (eds.), *Schiavi e Dipendenti nell' ambito dell «oikos» e della «familia»,* Pisa, 1997a, pp. 45-71.

– «The development of Spartan society and institutions in the archaic period», en

Mitchell & Rhodes (eds.), 1997, pp. 83-102.
– «Pattems of bronze dedications at Spartan sanctuaries *c.* 650-350 BC: towards a quantifred database of material and religious investment», en Cavanagh & Walker (eds.), 1998, pp. 55-63.
– «An agonistic culture? Athletic competition in archaic and classical Spartan society», en Hodkinson & Powell (eds.), 1999a, pp. 147-187.
– «Introduction», en Hodkinson & Powell (eds.), 1999b, pp. ix-xxvi.
– *Property and Wealth in Classical Sparta,* Londres, 2000.

Hodkinson, S. & C. A. Powell (eds.), *Sparta: New Perspectives,* Londres, 1999.

Hooker, J. T., *The Ancient Spartans,* Londres, 1980.

Hunt, P., *Slaves, Warfare, and Ideology in the Greek Historians,* Cambridge, 1998.

Huxley, G. L., *Early Sparta,* Londres, 1962.

Jeffery, L. H., *The Local Scripts of Archaic Greece,* Oxford [ed. rev. por A. W. Johnston, 1990].

Jeffery, *Archaic Greece. The City-States c. 700-500 B.* C., Londres, 1976.

Jenkyns, R., *The Victorians and Ancient Greece,* Oxford, 1980.

Jones, A. H. M., *Sparta,* Oxford, 1967.

Kennell, N. M., *The Gymnasium of Virtue. Education and Culture in Ancient Sparta,* Chapel Hill & Londres, 1995.

Kunstler, B. L., «Women and the Development of the Spartan Polis. A Study of Sex roles in Classical Antiquity», tesis doctoral, Boston University, 1983.

— «Family dynamics and female power in ancient Sparta», en M.

Skinner (ed.), *Rescuing Creusa. New Methodological Approaches to Women in Antiquity (Helios,* suplen/. 13.2) Austin, Texas, 1987, pp. 32-48.

Lacey, W. K, *The Family in Classical Greece,* Londres, 1968 [reimpr. Auckland, 1980].

Lane Fox, R., «Ancient hunting: from Homer to Polybios», en G. Shipley & J. Salmon (eds.), *Human Landscapes in Classical Antiquity,* Londres & Nueva York, 1996, pp. 119-153.

Levi, P. (ed. y trad.), *Pausanias. Guide to Greece,* 2 vols., Harmondsworth, 1971.

Lazenby, J. E, *The Spartan Army,* Warminster, 1985.

MacDowell, D. M., *Spartan Law,* Edimburgo, 1986.

Malkin, I., *Myth and Territary in the Spartan Mediterranean,* Cambridge, 1994.

Manfredi, V. M., *Spartan,* Londres, 2002 [original italiano, 1988].

Mitchell, L. G. & P. J. Rhodes (eds.), *The Development of the Polis in Archaic Greece,* Londres & Nueva York, 1997.

Moore, J. M., *Aristotle and Xenophon on Democracy and Oligarchy,* Cambridge, 1983 (2.ª edición).

Mossé, C., «Women in the Spartan Revolutions of the Third Century B.C.», en S. Pomeroy (ed.), *Women's History & Ancient History,* Chapel Hill & Londres, 1991, pp. 138-153.

Norfolk, L., *In the Shape of a Boar,* Londres, 2000 (hay trad. cast.: *En figura de jabalí,* Anagrama, Barcelona, 2002).

Oliva, P., *Sparta and its Social Problems,* Ámsterdam & Praga, 1971.

Ollier, F., *Le mirage spartiate,* París, 1933-1943 [reimpr. en 1 vol, Nueva York, 1973].

Parisinou, E., «The "language" of female hunting outfit in ancient Greece», en L. Llewellyn-Jones (ed.), *Women's Dress in the Ancient Greek World,* Londres, 2002, pp. 55-72.

Parker, R., «Spartan Religion», en Powell (ed.), 1989, pp. 142-172.

Pettersson, M., *Cults of Apollo at Sparta. The Hyakinthia, the Gymnopaidiai and the Karneia,* Estocolmo, 1992.

Phillips, A. A. & M. M. Willcock (eds.), *Xenophon & Arrian On Hunting with Hounds,* Warminster, 1999.

Pipili, M., *Laconian Iconography of the Sixth Century B.* C., Oxford, 1987.

Polignac, E de, *Cults, Territory, and the Origins of the Greek City-State,* Chicago, 1995 (2.ª edición) [original francés, 1984].

Pomeroy, S. B., *Goddesses, Whores, Wives and Slaves: Women in classical antiquity,* Londres, 1976.

– *Families in Classical and Hellenistic Greece. Representations and realities,* Oxford, 1997.

– *The Women of Sparta,* Nueva York, 2002.

– (ed.), *Women's History and Ancient History,* Chapel Hill, Carolina del Norte & Londres, 1991.

Poralla, P. & A. S. Bradford, *A Prosopography of Lacedaemonians from the earliest times to the death of Alexander the Great (X-323 B.C.)/ Prosopographie der Lakedaimonier bis auf die Zeit Alexanders des Grossen,* Chicago, 1985 (2.ª edición) [edición original alemana, 1913].

Powell, A., «Mendacity and Sparta's use of the visual», en Powell (ed.), 1989, pp.173-192.

– *Athens and Sparta. Constructing Greek Political and Social History to 323 BC,* Londres, 2001 (2.ª edición).

– (ed.), *Classical Sparta: techniques behind her success,* Londres & Nueva York, 1989.

– (ed.), *The Greek World,* Londres & Nueva York, 1995.

Powell, A. & S. Hodkinson (eds.), *The Shadow of Sparta,* Londres & Nueva York, 1994.

Pressfield, S., *Gates of Fire,* Nueva York, 1998 (hay trad. cast.: *Puertas de fuego,* Nuevas Ediciones de Bolsillo, Barcelona, 2006).

Rawson, E., *The Spartan Tradition in European Thought,* Oxford, 1969 [reimpr. 1991].

Ste. Croix, G. E. M. de, *The Origins of the Peloponnesian War,* Londres & Ithaca, 1972.

– *The Class Struggle in the Ancient Greek World. From the Archaic Age* to *the Arab Conquests,* impr. correg., Londres & Ithaca, 1983 [original, 1981].

Scanlon, T. F., « *Virgineum gymnasium:* Spartan females and early Greek athletics», en W. J. Raschke (ed.), *The Archaeology of the Olympics,* Madison, 1988, pp. 185-216.

– *Eros & Greek Athletics,* Nueva York, 2002.

Schaps, D. M., *Economic Rights of Women in Ancient Greece,* Edimburgo, 1979.

Schnapp, A., *Le chasseur et la cité. Chasse et érotique dans la Grèce ancienne,* París, 1997.

Shipley, G., *The Greek World After Alexander 323-330 BC,* Londres & Nueva York, 2000 (hay trad. cast.: *El mundo griego después de Alejandro 320-330 a.* C., Crítica, Barcelona, 2001).

Shipley, D. R., *Plutarch's Life of Agesilaos,* Oxford, 1997.

Siems, A. K. (ed.), *Sexualität and Erotik in der Antike,* Darmstadt, 1988.

Starr, C. G., «The credibility of early Spartan history», *Historia,* n.° 14 (1965), pp. 257-272 [reimpr. en Starr, 1979, pp. 144-159].

– *Essays on Ancient History. A Selection of Articles and Reviews,* ed. A. Ferrill & T Kelly, Leiden, 1979.

Staveley, E. S., *Greek and Roman Voting and Elections,* Londres & Nueva York, 1972.

Strassler, R. B. (ed.), *The Landmark Thucydides,* Nueva York, 1996.

Steinhauer, G., *The Museum of Sparta,* Atenas, 1978.

Stewart, A., Art, *Desire and the Body in Ancient Greece,* Cambridge, 1997.

Svenbro, J., *Phrasikleia. An Anthropology of Reading in Ancient Greece,* Ithaca, 1993 [original francés, 1988].

Talbert, R. (ed.), *Plutarch on Sparta,* Harmondsworth, 1988.

Tigerstedt, E. N., *The Legend of Sparta in Classical Antiquity,* 3 vols., Estocolmo, Upsala & Gotemburgo, 1965-1978.

Tod, M. N., «A Spartan grave on Attic soli», *Greece & Rome,* n.° 2 (1933), pp. 108-111.

Turner, F. M., *The Greek Heritage in Victorian Britain,* New Haven & Londres, 1981.

Vernant, J.-P., «Between shame and glory: the identity of the young Spartan warrior», en *Mortals and Inmortals. Collected Essays,* ed. F. Zeitlin, Princeton, 1991, pp. 220-243.

Vidal-Naquet, P., «The Black Hunter and the origin of the Athenian *ephebia», Proceedings of the Cambridge Philological Society,* n.° 14 (1968), pp. 49-64 [reimpr. en Vidal-Naquet, 1986a, pp. 106-128].

– *The Black Hunter. Forms of Thought and Forms of Society in the Greek World,* trad. A. Szegedy-Maszak, Baltimore & Londres, 1986a (hay trad. cast.: *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego: cazador...,* Edicions 62, Barcelona, 1983).

– «The Black Hunter revisited», *Proceedings of the Cambridge Philological Socia),* n.° 32 (1986b), pp. 126-144.

West, M. L. (ed.), *Greek Lyric Poetry,* Oxford, 1993.

Zweig, B., «The only women to give birth to men: a gynocentric, cross-cultural view of women in ancient Sparta», en M. de Forest, ed., *Women's Power, Men's Game: Essays in Classical Antiquity in honor of Joy King,* Wasconda, Illinois, 1993, pp. 32-53.

Créditos de imágenes

MAPAS*

p. 14-15. El mundo griego clásico. Cortesía de Roudedge *(Atlas of Classical History,* 1985).

p. 16. El Peloponeso. Con autorización de Cambridge University Press *(Cambridge Ancient History,* vol. III, 1954).

p. 20. Laconia y Mesenia. Cortesía de Nick Sekunda y reproducido con autorización.

p. 37. Territorio occidental de Esparta: Mesenia. Cortesía de Nino Luraghi *(Journal of Hellenic Studies,* n.° 122).

ILUSTRACIONES

1. Imagen de la ciudad de Esparta. The Society for the Promotion of Hellenic Studies.
2. Santuario de Artemisa Ortia: templo. Paul Cartledge.
3. Estatua de Licurgo, Esparta. Michelle Jones/Ancient Art and Architecture Collection Ltd.
4. Heracles de bronce.. Staatl. Museen Kassel. Fotografías A570 y A572.
5. Segunda guerra mesenia *(c.* 670-650). Osprey Publishing.
6. Relieve en bloque de cuatro lados: de mármol gris azulado. Museo de Esparta. Photo Hannibal.
7. Reverso del bloque de cuatro lados. Museo de Esparta. Photo Hannibal.
8. Menelao y Helena: vasija ateniense de figuras rojas atribuida al «pintor-fundición», c. 480 a.C. Wadsworth Athenaeum, Hartford, CT.
9. Caza del zorro en un *kylix, c.* 540 a.C. (Louvre E 670). Antikensammiung, Staatliche Museen zu Berlin, Preussischer Kulturbsitz.
10. Estatuilla de bronce de un hoplita, santuario de Apolo Córito, finales del siglo VI a.C. Deutsches Archäologisches Institut, Atenas.
11. Ánfora de terracota, *c.* 600 a.C. Museo de Esparta # 5395.
12. Estatuilla de bronce, finales del siglo VI. Fotomas Index.
13. Placa de marfil de un barco de guerra, finales del siglo (NM 3462). H. Wagner/Deutsches Archáologisches Institut, Atenas.
14. Relieve de un héroe hoplita perieco de Areópolis (NM 2368). E. Kunze/Deutsches Archáologisches Institut, Atenas.
15. *Kratêr* de bronce de Vix, Francia, de finales del siglo VI (Museo de Châtillon-sur-Seine). The Bridgeman Art Library.
16. Estatuilla de bronce de un guerrero, *c.* 490 a.C. Wadsworth Athenaeum, Hartford,

* En esta edición no se han incluido los mapas originales por la mala calidad de su reproducción y en cambio se han añadido otros que reflejaban aproximadamente los mismos contenidos [Nota del escaneador].

CT.

17. Estatuilla de bronce de un guerrero hoplita, mediados del siglo VI a.C. British Museum # 1929.10-16.6.

18. Estatua de mármol, *c.* 490-480 a.C. G.T. Garvey/Ancient Art and Architecture Collection Ltd.

19. Vasija de figuras rojas de Apulia, *c.* 420 a.C. Davis Museum and Cultural Center, Wellesley College.

20. Escudo de bronce. American School of Classical Studies de Atenas: Excavaciones en el ágora.

21. Estatua de mármol, siglo VI. Museo de Esparta # 364.

22. Espejo de bronce de Lousoi, Arcadia, siglo VI. Museo de Esparta.

23. Puntas de flecha de bronce de Tsakona, Laconia. British School de Atenas.

24. Lisandro. Hulton Archive.

25. Monumento a las Termópilas, Termópilas. G.T. Garvey/ Ancient Art and Architecture Collection Ltd.

26. Estatua de Leónidas, Esparta. R. Sheridan/Ancient Art and Architecture Collection Ltd.

27. «Leónidas» de J. L. David, Louvre, París. The Bridgeman Art Library.

Aunque se han llevado a cabo todos los esfuerzos pertinentes para localizar a los titulares del copyright de las ilustraciones de este libro, los editores tendrán mucho gusto en hacer los agradecimientos oportunos en futuras ediciones en el caso de que se hayan producido omisiones lamentables en el momento de enviar la obra a la imprenta.